

Vicente Pozuelo Escudero
**Los últimos 476 días
de FRANCO**

Con algunos fragmentos
de las Memorias de Franco y la
reproducción, en color, de
ocho cuadros pintados por él.



espejo
de
españa

El doctor Vicente Pozuelo Escudero nació en Melilla en 1918. Estudió la carrera de Medicina en la Universidad de Madrid, se licenció con Premio Extraordinario en 1943 y más tarde se doctoró. Es Premio Obieta y Rodríguez Abaytúa de la Real Academia Nacional de Medicina y Premio Arnús del Hospital Provincial de Madrid. Profesor adjunto de la Cátedra de Endocrinología del profesor Marañón; médico interno; jefe clínico y profesor por oposición del Hospital Provincial de Madrid; jefe del Departamento de Endocrinología, por concurso-oposición de la Seguridad Social española. Miembro de la Academia de Medicina de Murcia; de la Academia Nacional de Medicina Argentina; profesor visitante de las Universidades de Córdoba y Mendoza (Argentina) y Guadalajara (Méjico).

Miembro de honor de las Sociedades de Endocrinología portuguesa, chilena, brasileña, ecuatoriana, colombiana y argentina. Miembro correspondiente extranjero de la Société de Endocrinologie de París. Doctor "honoris causa" de la Universidad "Federico Villarreal" de Lima. Fundador y director de los Cursos Internacionales de Endocrinología Clínica. Autor de más de quinientas comunicaciones y conferencias científicas y de los libros **Marañón y la medicina** (1963) y **Primer curso internacional de endocrinología clínica** (1963).

ÍNDICE

Introducción	6
I.- De México al Pardo	7
II.- Franco en zapatillas	15
III.- Un legionario de ochenta años	22
IV.- Conversaciones en el Pazo	33
V.- Su santa voluntad	42
VI.- Franco prepara sus Memorias	51
VII.- El pulso era normal	68
VIII.- Demasiada actividad	77
IX.- Franco sin maquillar	87
X.- El sufrimiento silencioso	94
XI.- La visita de Gerald Ford	105
XII.- La muerte sale al cruce	118
XIII.- El último verano	125
XIV.- Oscuros presagios	138
XV.- Primero, España	144
XVI.- La última batalla	157
XVII.- Franco, para la historia	165
Cuadros	171

Editorial Planeta
Espejo de España.- 1980

La vida se le convirtió en dramática novela, siendo él de traza muy poco novelesca.

Una cosa es cierta, sin el menor género de dudas: el amor profundísimo de Franco a España, su patriotismo sin un minuto de flaqueza; su enamoramiento de la Patria, su incondicional entrega al servicio del pueblo español. En este sentido quizá cabría decir que desde la primera juventud sintió el futuro de nuestro país como una esperanza inmarcesible.

MANUEL AZNAR

Sin la colaboración de los periodistas Marino Gómez Santos y Carlos Dávila no me hubiera sido posible la realización de esta obra.



Al Señor D. Vicente Pineda con todo respeto

[Signature] 5-4-78

Introducción

Hasta ahora he callado, de una manera sistemática, todo lo que significó mi asistencia personal al Generalísimo. Las circunstancias externas, con las que se está manipulando de una manera clara y terminante a la opinión pública, en el sentido de crear un ambiente negativo para el hombre que llevaba dentro Francisco Franco, me obligan a cumplir con un deber de conciencia. Por eso se escribe este libro.

Deber de conciencia es defender la memoria humana del hombre que he conocido, un hombre que no hizo más que demostrar de una manera constante su entrega total al servicio de los españoles, de España, de su concepto de la grandeza, de la nobleza y de la religión católica.

Si me callo y me sorprende la muerte antes de contar lo que he vivido, creo que estaría en pecado de omisión. Una cosa es callar por discreción y otra callar por cobardía en la defensa de los hombres que depositaron su confianza en nosotros como personas de conciencia.

Quiero agradecer a todos mis compañeros médicos en la asistencia y a los no médicos que intervinieron en las vivencias humanas de este libro, su apoyo espiritual y material en todo lo que ha significado esta etapa histórica.

No he solicitado permiso para mencionar nombres de nadie porque considero que es un papel que no podemos soslayar ante la Historia. Este libro quiere ser historia de lo visto y de lo realizado. Por ello he procurado dar la menor cantidad de nombres posible, aunque creo que figuran todos los que eran suficientes. No he pedido autorización para escribirlo a nadie más que a las personas que considero en conciencia que debía solicitarlo: a la Señora de Meirás, viuda del Jefe del Estado, y a su hija Carmen Franco. Creo que era una obligación moral. En lo demás he procedido con arreglo a mi conciencia.

Se alude sólo lo imprescindible a los problemas médicos, porque tuvimos un convenio de no hacerlo sin previo acuerdo y porque estas páginas no tienen más objeto que el de reflejar la vivencia humana, que es mi experiencia, y no quiero complicar en ello a ninguna persona.

I. De México al Pardo

La tromboflebitis del Generalísimo • México: Franco ha muerto • Beryl Hibbs, institutriz de la familia Villaverde-Franco • "Eres el médico adecuado" • Por teléfono, con Licinio de la Fuente Una cierta hostilidad • "Buenas tardes, soy el doctor Pozuelo"

Nunca pensé, nunca se me hubiera podido ocurrir, que un día sería el médico personal de Franco. Pero así fue. Cuando ocurrió, sin embargo, el primer episodio patológico que llevó a Su Excelencia hasta una habitación de la residencia que entonces llevaba su nombre, Ciudad Sanitaria Francisco Franco, yo estaba en México. Era el mes de julio de 1974. El profesor Ignacio Chávez, director del Instituto Nacional de Cardiología, nos había invitado. El día 7 llegamos a Ciudad de México. Habíamos volado desde España con los doctores Tamarit y Zúmel. Nos esperaban para cumplimentar un simposio sobre tratamiento de la diabetes. En esta enfermedad, en su terapéutica, nuestra experiencia personal es larga y los especialistas mexicanos querían contrastar criterios científicos para la mejor comprensión de nuestra interpretación del síndrome diabético individual.

En México, entonces, nos recibían a los españoles con los brazos abiertos. Nosotros pasamos por la capital y por Guadalajara y en las dos ciudades nos encontramos con una acogida absolutamente favorable, sin pretensiones de ningún tipo. Estábamos entre amigos. El profesor Chávez, muerto en 1979, era una gloria nacional. Tenía poca alzada, era enjuto y llevaba en su cara los rasgos precisos para denotar una ascendencia azteca. Su prestigio en cardiología era mundial. Chávez había admirado a don Gregorio Marañón, del que fui discípulo. Durante nuestra guerra civil, le ofreció la posibilidad de hacerse cargo de una cátedra en la Universidad Federal. Marañón agradeció la oportunidad que se le brindaba, pero prefirió París. Marañón quería estar cerca de España.

Ignacio Chávez era un intelectual riguroso, amable y nada dado a impertinencias dialécticas. Era también un enamorado de España y de nuestra Medicina. Nos preguntaba por todo, pero con un infinito respeto, para no herir susceptibilidades. A mí me interrogó sobre la evolución política de don Gregorio. Le dije:

-Muy sencillo: Marañón era, sobre todo, un hombre objetivo y práctico. Para él, la Medicina ocupaba el primer lugar de su vida. Cuando en una época todos los exiliados españoles se dedicaron a conspirar, él se consagró a lo suyo.

-¿ y cómo se llevaba don Gregorio con Franco? -me preguntó Chávez.

-Don Gregorio vivió en España diecisiete años después de regresar de su exilio. Ejerció asistencia! y docentemente en el Instituto de Patología Médica del hospital Provincial y de la Facultad de Medicina, asistiendo a las sesiones de las cinco Reales Academias de las que era miembro de número. Cuando entró en funcionamiento el

Instituto que lleva su nombre, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Franco lo inauguró personalmente.

En México, por aquel entonces, había una gran ignorancia respecto a España. El desconocimiento se alimentaba tanto por la labor de algunos compatriotas, que sin salir de aquella República opinaban sobre nuestro desarrollo, como por la parcialidad de los medios de comunicación social. Hasta tal punto esto era cierto que, a veces, costaba trabajo convencer a hombres cultos y universitarios de que hacía mucho tiempo que en España habíamos abandonado la alpargata y que el signo más evidente de nuestra evolución era el coche utilitario. Chávez no quería volver a España mientras no muriera Franco.

El día 14 de julio, salíamos los tres españoles del hotel María Isabel, en la enorme y larguísima avenida de la Reforma. De pronto un niño gritó a nuestro lado: «¡Ha muerto el dictador Franco, ha muerto el dictador Franco!» El «canillita» voceaba la noticia de portada de uno de los periódicos más sensacionalistas de México. Prácticamente me abalancé sobre el chico. La primera página de aquel diario era un alarde de parcialidad. En resumen, se decía que el Generalísimo había fallecido, pero que España estaba ignorante, que por miedo a la reacción popular incontrolada no se quería decir nada; que no se había dado a la publicidad el certificado de defunción y que se esperaban noticias de un momento a otro. Ni se decía qué clase de noticias, ni se ofrecían detalles para fundamentar la autenticidad de la información publicada. Sólo puedo decir que el chaval mexicano, desarrapado y vivaz, liquidó una enorme ristra de periódicos en unos minutos.

Pero la Radio y la Televisión mexicanas no nos confirmaron la noticia. Nosotros, sin embargo, estábamos intranquilos, muy nerviosos. Nos hallábamos fuera de casa, a miles de kilómetros de España y no podíamos saber cuál era la verdad de lo que sucedía. Por eso decidimos terminar con nuestros compromisos rápidamente y tomar el primer avión. Otros españoles que por entonces también estaban en México, hicieron lo mismo.

En los pocos, poquísimos días que aún tuvimos que permanecer en México fueron llegando noticias, informaciones más fidedignas. Así, nos enteramos de que Franco había ingresado en el hospital Provincial. En una ocasión, los doctores Álvarez Bravo y Peláez nos dijeron que el Generalísimo padecía una tromboflebitis. Nosotros, por nuestra cuenta, averiguamos los nombres de los médicos que le atendían. El domingo 14 de julio pudimos, por fin, conocer el texto de un parte clínico. Era tranquilizador; se decía en él que continuaba la evolución favorable y que Franco había comenzado a realizar ejercicios de rehabilitación. Supimos asimismo que había oído misa y despachado asuntos de Estado. Sin embargo, nuestra decisión no cambió. Seguimos pensando en marcharnos. Había que tener en cuenta nuestra situación: los periódicos informaban absolutamente mal. Se desecharon las buenas noticias y se incidía en las malas. Los diarios más serios recurrían a la anécdota. Recuerdo haber leído en aquellos días unas declaraciones de la hermana del Generalísimo, doña Pilar: «Mi hermano -decía- se encuentra muy bien, aunque algo aburrido y deseando reanudar su trabajo.»

Tuvimos entonces que responder a algunas preguntas sobre la calidad científica de los especialistas que, como se decía en México, «llevaban al Caudillo». Afirmé que los doctores Franco Manera, Ortega Núñez, Rivera López y Vaquero González estaban considerados como primeras figuras de nuestra Medicina. El médico de asistencia personal era por entonces don Vicente Gil que también firmaba los partes. En Ciudad de México nos pidieron interpretación clínica de los partes que se emitían. Nunca, sin embargo, caímos en la tentación de hacerlo. Hubiera sido una osadía por nuestra parte.

Por fin el 18 de julio pudimos volar a Madrid. Habíamos conseguido hablar con nuestras familias y la inquietud disminuyó considerablemente. Sabíamos de la evolución favorable de la enfermedad, y en el avión pude leer que Franco se recuperaba; que estaba tolerando perfectamente la actividad física y que, aunque no existía complicación alguna, la prudencia aconsejaba algunos días más de hospitalización. Pero apenas llegado a Madrid, las noticias cambiaron de cariz. Descansé un poco antes de incorporarme a mi departamento de Endocrinología de la Seguridad Social. Era ya el día 19 y en Radio Nacional pude oír textualmente «que se había producido un retraso por la presentación de complicaciones hemorrágicas». Posteriormente, en un anuncio oficial, se comunicaba que el Príncipe don Juan Carlos había asumido los poderes. El momento era, pues, trascendental para España.

Mis colaboradores, como todos los demás españoles, vivían en una situación de nerviosismo. Cuando llegué a mi despacho comenzó el interrogatorio: doctor, ¿le parece a usted correcta la terapéutico que se está siguiendo?, ¿se deben utilizar en este caso anticoagulantes?, ¿puede ser una tromboflebitis?, ¿no le parece a usted que aquí lo que hay es un cáncer de colon? Las preguntas eran normales; estaban en la calle y ellos no hacían otra cosa que transmitírmelas. Tres médicos de mi equipo me aseguraron, «de buenísima tinta», que Franco tenía un tumor; uno de ellos, el que parecía más enterado, decía que se trataba de un cáncer hemorrágico de estómago. Otro afirmaba que existía una hipoproteïnemia con una caída brutal del fibrinógeno derivada de un tratamiento desconsiderado con anticoagulantes. Todos afirmaban saber más que nadie. Pero -de esto me di cuenta en seguida- apenas conocían otra cosa que no fuera el texto de los partes.

Cuando terminó aquella feria del rumor, les dije:

-¿Por qué no celebramos una sesión clínica? Uno de ustedes trae todos los partes que se han publicado hasta el momento. Mañana nos reunimos aquí, me comentan su opinión y así, de una vez por todas, me entero de qué es lo que le pasa al Generalísimo.

Así lo hicimos. Yo me mantuve en mis trece:

-Carezco de información suficiente y en estas condiciones no puedo emitir un juicio, siquiera aproximado.

Les dije que en un hombre de la edad de Franco era peligroso utilizar anticoagulantes indiscriminadamente, pero no aventuré una postura diagnóstica dogmática ni, muchísimo menos, un criterio terapéutico.

En aquellos días Madrid era un hervidero de bulos. El Gobierno trataba de controlarlos. Un ministro, el de Información creo, pidió que se apoyara al Príncipe y, quizá veladamente, que se conservara la tranquilidad. Esto, sin embargo, era prácticamente imposible. Un día, al llegar a mi departamento, me encontré con uno de mis ayudantes que, de sopetón, me señaló:

-Se dice por Madrid que después de la situación tensa que se ha producido en el Francisco Franco, usted es una de las personas que figura en una lista para ser médico personal de Franco. Es más, se dice que con toda seguridad usted va a serlo.

Yo no sabía nada.

-No conozco cuál es la fuente de este rumor -le contesté-, pero tengo que desmentírselo. Ahora mismo, no me relaciono con los médicos que están tratando al Caudillo. El único contacto que he tenido estos años es puramente profesional con una de las personas de uno de los servicios de ese hospital. De manera que usted mismo puede juzgar la veracidad de esa noticia.

-A mí me lo han asegurado -respondió.

De nuevo la situación patológica de Franco fue mejorando. Continué, sin hacer caso de nada, con mi ejercicio profesional. La actitud de don Juan Carlos había contribuido a serenar el ánimo de los españoles. Se estaba comportando como un auténtico jefe de Estado. Aquellos días firmó la Declaración de Principios Hispano-Norteamericanos, un texto fundamental para nuestro futuro político. A la misma hora y el mismo día, en San Clemente (California), Nixon rubricaba el documento. Los periódicos recogían las frases del Príncipe al Gobierno: «Nada ni nadie podrá apartarme del rumbo que me he trazado.»

Una persona muy ligada a la familia Franco, institutriz de los nietos, la señorita inglesa Beryl Hibbs, estaba ingresada en la Ciudad Sanitaria La Paz. Fui yo quien había aconsejado su ingreso en aquel hospital: miss Hibbs padecía una anemia aguda, necesitaba continuas transfusiones y se precisaba realizar un estudio para conseguir un diagnóstico. Luego se supo que sufría una hernia de hiato con una ulcerita. Consuelo, mi mujer, fue a verla a La Paz. En un momento dado, entró a saludar a la enferma el marqués de Villaverde, y al darse cuenta de que estaba mi mujer, le dijo:

-Nuestra familia está pensando muy en serio la posibilidad de que tu marido se haga cargo de la asistencia personal del Generalísimo.

Mi mujer, según me confesó después, dijo «¡Vaya lío!», y se volvió rápidamente a casa. Había ido a hacer una visita que no era de cortesía, sino de cariño, y se encontró con aquella noticia. Nosotros conocíamos a miss Hibbs desde hacía muchos años. Era amiga personal nuestra. Durante algún tiempo se había encargado de la educación de nuestros sobrinos. Después fue a realizar la misma función a casa de los marqueses de Villaverde, antes de que nacieran los dos últimos hijos, Jaime y Aranza. Beryl es una

mujer que se dedica a los niños con verdadera vocación. En sus primeros años, sus únicos amigos en Madrid éramos nosotros. Casi nos consideraba su familia. Yo era su médico.

Beryl, a quien llamamos «Nani», estaba enormemente preocupada por la salud de Franco. Puedo decir que más que por la suya. Había sufrido una hemorragia gástrica pero, sin embargo, su preocupación no estaba en aquel hospital, sino en el Francisco Franco. Allí, el Generalísimo evolucionaba favorablemente. No había tenido ninguna recidiva y ésa ya era una buena noticia.

Aquel día, 24 de julio, salí pronto del ambulatorio y me marché a ver a Nani. Me dijo que había estado mi mujer, pero no me hizo ningún otro comentario. Cuando volví a la consulta, prácticamente me rodearon:

-Llame usted con toda urgencia al Pardo. La marquesa de Villaverde quiere hablar con usted:

Me fui a mi despacho, llamé al palacio y, después de unos momentos, se puso al teléfono Carmen Franco.

-Vicente, tengo que decirte algo muy importante. ¿Podemos vernos pronto?

Respondí:

-Cuando quieras. ¿Dónde deseas que nos veamos?

-Si quieres voy a tu consulta, pero prefiero que vengas a casa.

-De acuerdo. ¿A qué hora?

-¿Te viene bien mañana a las once?

Franco estaba por entonces muy restablecido. En el hospital, incluso, el doctor Hidalgo Huerta, director de aquel centro sanitario, ofreció una rueda de prensa en la que afirmaría que el Caudillo «podía marcharse a veranear cuando quisiera»; que podría reanudar sus actividades normales; que estaba física y mentalmente como antes; que la afección gástrica se había superado y que no tendría ninguna secuela. El doctor Hidalgo Huerta se comportó admirablemente en aquella rueda de prensa. Todo lo que pasó allí lo supe por un periodista, amigo mío, que me contó detalles.

-¿Sabes que le han preguntado a Hidalgo si Franco padece la enfermedad de Parkinson? -y ¿qué ha respondido?

-Se quedó un momento parado y ha dicho, casi literalmente: «el proceso patológico por el que fue internado en este hospital está, afortunadamente, sobrepasado. Aquí no hemos tratado a Su Excelencia de otra enfermedad».

Al día siguiente fui a la hora convenida a casa de los marqueses de Villaverde. Estaba Carmen sola. Yola conocía desde hacía algunos años. Habíamos coincidido en almuerzos de la Asociación Española para la Lucha contra el Cáncer, con Severino Pérez Modrego y García Orcoyen, entre otros. Pero mi relación con ella se estableció sobre todo por Nani. Carmen se preocupaba siempre por la salud de la institutriz de sus hijos. Cada vez que tenía un problema, por pequeño que fuera, me preguntaba. Últimamente, y cuando juzgué oportuna una intervención, tuvimos una entrevista personal. Nuestro contacto entonces fue puramente humano. Considero que en la asistencia a los enfermos hay que decir siempre la verdad; cada paciente debe saber la cuota de verdad que quiere conocer. Carmen Franco estuvo siempre de acuerdo conmigo. Creo, por mi cuenta y riesgo, que las conversaciones que tuvimos sobre Nani, y el hecho de que yo haya tratado a amigos comunes, fueron factores determinantes a la hora de la elección como médico de su padre. Soy un hombre con independencia de criterio, que no tiene ni hace caso de capillas, y no pertenece a ningún grupo médico. Mi grupo es el enfermo; nunca le impongo el nombre de un especialista que le opere, si ello es necesario; nunca hago otra cosa que no sea ofrecerle una sugerencia desinteresada.

Carmen me recibió con gran afecto. Me dijo:

-Quiero pedirte que te hagas cargo de la asistencia personal de mi padre. Eres, para nosotros, el médico adecuado.

Yo ya me imaginaba cuál iba a ser el sentido de la conversación, así que, rápidamente, contesté:

-Para mí, Carmen, es un honor. Consuelo y yo cumplimos nuestras bodas de plata y le había prometido hacer un crucero por el que ella tiene interés, prácticamente, desde que nos casamos. Ten en cuenta que llevamos veinticinco años de matrimonio y apenas hemos podido estar juntos quince días seguidos. El crucero nos hace mucha ilusión a los dos. Estoy seguro de que se va a identificar conmigo. Por eso te digo en principio que sí. En cualquier caso, y aunque no me atrevería a ponerte condiciones, sí debo decirte algo.

-¿Qué?

-Yo no puedo entrar en la Ciudad Sanitaria Francisco Franco. Salí de allí violentamente. A ese centro le había dedicado los mejores años de mi vida y trabajé con la mayor ilusión. Quise continuar la obra de Marañón.

Carmen no me hizo una sola objeción. Por mi parte, tenía necesidad de exponerle una segunda cuestión.

-Antes de que me haga cargo de la asistencia, me gustaría que tuvieras una conversación personal con el anterior médico de Su Excelencia, con Vicente Gil, en la que le digas que sois vosotros los que solicitáis mis servicios clínicos. Vicente Gil, como profesional y como hombre que ha dedicado una gran parte de su vida a tu padre, se lo merece. Pienso que debe de estar pasando malos momentos, por una situación desagradable que a mí no me gustaría atravesar.

Quedamos en aquella conversación en que, si no se decía nada en contra, yo me presentaría en El Pardo, como médico personal del Generalísimo, en el momento en que fuera dado de alta y saliera del hospital. Franco llevaba en la Ciudad Sanitaria una vida prácticamente normalizada, recibía visitas y todo el mundo tenía la impresión de que la enfermedad era solamente un recuerdo; desagradable, pero recuerdo. Despachaba con el Príncipe, con el presidente del Gobierno, con el de las Cortes y con los ministros que fuera necesario.

Mientras en mi coche, con un Madrid abatido por un tremendo calor, volvía al ambulatorio, pensé en que era absolutamente preciso que en el palacio del Pardo se instalara una unidad de rehabilitación (luego se hizo así), y pensé también que siempre que necesitáramos un equipo de especialistas de consulta, deberíamos llamar al que considerásemos más oportuno, mejor preparado, más adecuado para la salud de Su Excelencia. Y esto debía ser extensivo dentro o fuera de España.

En el ambulatorio apenas pude estar unos minutos. Me encontraba casi descompuesto. Decidí -yo para estas cosas soy inflexible- que debía presentarme a las autoridades de la Seguridad Social porque consideraba que para asistir personalmente al Generalísimo necesitaba una libertad de movimientos que me permitiera cumplimentar la asistencia sin la ligadura a que someten las obligaciones administrativas. No quería tener en este caso ninguna atadura. Fui a la calle de Alcalá, a la sede del Instituto Nacional de Previsión, cuyo delegado general era entonces un hombre importante: el doctor Martínez Estrada, un profesional de enorme envergadura no sólo física sino intelectual y moral. Un hombre imprescindible. Martínez Estrada me agradeció la visita y me dijo:

-Me alegra muchísimo la noticia que me das. Se debe hacer, todo lo imaginable para recuperar a Franco. Adelante, y no te preocupes de nada. Ahora mismo se lo digo al ministro.

El doctor Estrada comunicó entonces con el ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, de quien dependía la Seguridad Social. El ministro quiso que me pusiera al teléfono:

-Enhorabuena, Vicente. Pero es muy importante, para el Generalísimo, para nosotros y, desde luego, para ti, que no te desligues, que no abandones a los demás enfermos. Tú eres lo que eres y tienes la experiencia que hoy posees gracias a que has visto muchos pacientes y también, naturalmente, a que estudias y trabajas como casi nadie. Pero si te conviertes en médico de un solo enfermo, quizá te atrofies en tu sentido clínico. Ten en cuenta que de nosotros no vas a recibir más que facilidades.

Emocionado por las palabras de Licinio de la Fuente, le dije que estaba de acuerdo y que estas frases pensaba repetírselas al Caudillo en la primera ocasión en que ello fuera posible.

-Tienes razón, debo seguir sobre todo con mis enfermos de la Seguridad Social.

Cuando colgué el teléfono le dije a Martínez Estrada:

-El día que me presente ante Su Excelencia le voy a transmitir no sólo la conversación que he tenido con el ministro, sino que, además, le pienso afirmar esto: soy médico de asistencia personal de Su Excelencia y lo soy porque también pertenezco a la Seguridad Social. Si algún día necesitamos que reciba atención en un hospital determinado iremos a La Paz; no, desde luego, a una clínica privada.

Martínez Estrada aprobó mi idea, y dijo que se la comunicaría también al ministro. Antes de irme, creí que debía indicar al delegado general una última cosa:

-Tan importante me parece esto que te acabo de señalar que pienso que es el propio Licinio de la Fuente el que debe, incluso, informar de ello oficialmente al Generalísimo y a los demás compañeros de Gabinete.

Al abandonar el Instituto Nacional de Previsión, compré un periódico. Allí se informaba de todos los pormenores de la salida de Franco de la Ciudad Sanitaria Provincial. Se decía que el *Azor* estaba ya dispuesto para el 12 de agosto, y en un rincón, apenas visible, se aseguraba que el doctor Vicente Pozuelo Escudero se había hecho cargo de la asistencia personal, de los cuidados médicos, de Franco. Al llegar al ambulatorio un paciente me abordó sonriente y me dijo:

-Doctor: ahora somos «propietarios» del médico de Franco.

En casa, Consuelo estaba de acuerdo en que lo primero era la atención al Caudillo. Una vez más, nuestra identificación fue total. De modo que, como había quedado con la marquesa de Villaverde, cuando el Generalísimo abandonó la clínica, me presenté en el palacio del Pardo.

Me impresionaron las normas establecidas para pasar el primer control, normas que luego se repitieron para el segundo. Sin embargo, allí todo el mundo parecía esperarme. Cuando entré por la puerta principal y subí por la escalera de la izquierda -la de la derecha era de uso exclusivo para la familia-, me encontré con el grupo de los ayudantes militares. Mi primera impresión, a qué negarlo, no fue buena. Percibí una relativa hostilidad, las caras no eran, ni mucho menos, sonrientes, y los gestos simplemente distantes y corteses. Me saludaron el oficial de guardia y los ayudantes. Me pareció que entraba a contramano. Lo comprendí. Todos los que estaban allí eran amigos, alguno íntimo, del médico anterior, un hombre simpático que había pasado veinticinco años entre aquellas paredes históricas. Habían convivido en buenas y malas ocasiones y estaban, creo, identificados. Yo era un extraño y alguno debió de creer que iba a hacer una faena a un antiguo amigo y compañero.

A pesar de todo, permanecí tranquilo y fui saludando a todos con cordialidad, como si nada hubiera percibido. Llevaba mi cartera en la mano; dentro estaban mis útiles de trabajo, mi única verdad, aquella que me había llevado allí. En el despacho de ayudantes, contiguo al de Franco, me impresionaron dos tapices, *La Puerta de San Vicente* y la *Romería de San Isidro*. Allí vi una mesa que había pertenecido a don Alfonso XII y que era ante la que se sentaba Franco cuando grababa los mensajes de fin de año. De pie, estaba el segundo jefe e intendente de la Casa Civil, Fernando Fuertes de Villavicencio. Su acogida fue la misma. Dije sencillamente:

-Soy el doctor Pozuelo. Buenas tardes.

II. Franco en zapatillas.

Franco, en batín, pijama y zapatillas • Consulta con el equipo médico • Su voz era entonces apagada • Peculiar viveza en los ojos • "La verdad, a mí; si no estoy en condiciones, a mi hija" • "Yo todavía soy un enfermo" • Entraba a su despacho a las diez menos cinco • El teniente coronel Antonio Galbis • El capitán de navío Urcelay • Dos cuadernos para el Diario de asistencia • Primer almuerzo en El Pardo • Franco y la Televisión • "Fuertes es del Atlético" • El cocinero, un guardia • El primer aperitivo de Franco.

Me llevaron inmediatamente ante Su Excelencia, que estaba sentado en un salón próximo a su dormitorio, con un batín sobre el pijama y en zapatillas.

-Excelencia -dije-, soy el doctor Pozuelo.

-Ya le conozco. Usted me pidió audiencia el día 3 y yo le pido consulta el día 31.

Veintiocho días antes había sido recibido en audiencia formando parte de la comisión de la primera promoción de profesores, médicos y alumnos de la Escuela Iberoamericana de Endocrinología y Nutrición de la Seguridad Social.

La voz de Franco era entonces apagada, prácticamente sin timbre; la voz de un parkinsoniano, con un defecto de impulso por fallo de fuerza bronquial. Permanecía quieto y tenía su peculiar viveza de ojos. Su personalidad era tan grande que dominaba el entorno. Los detalles decorativos de la habitación desaparecían en cuanto se fijaba la vista en aquellos ojos que no le permitían a uno cambiarlos de lugar, porque su mirada era viva y penetrante, sin perder nunca el control de la situación.

Le exploré. Cuando hube terminado le dije que consideraba esencial recibir un informe del equipo médico que le había asistido antes, para conocer sus constantes, no repetir nada que no hubiera sido ya hecho, molestarle lo menos posible y comenzar la asistencia desde el momento clínico en que se encontraba actualmente. Yo creía que le había tratado un grupo de buenos profesionales y por ello todo lo que estos colegas hubieran hecho me serviría.

El día 31 de julio se celebró en El Pardo, a las cinco de la tarde, una consulta en un salón próximo a su despacho, a la que asistieron los doctores Hidalgo Huerta, Llauradó, González Bueno, Epeldegui, Ortiz Vázquez, López García, Schüller y Martínez Bordiú, sin más presencia familiar que la de éste y su esposa, Carmen Franco.

En esta consulta, a la que no asistió el Generalísimo, se leyó un informe médico en el que, por primera vez, se afirmaba que Su Excelencia padecía Parkinson por esclerosis vascular. Seguidamente, planteamos las líneas generales del diagnóstico: la terapia y la rehabilitación, y nos comprometimos a solicitar consulta a quien se precisara en cada momento. La responsabilidad directa sería asumida por el médico de asistencia personal y la responsabilidad delegada de los demás especialistas empezaba en el momento en que se llamara a cada uno de ellos, cuando se presentase una circunstancia nueva.

En aquella ocasión se indicaron asimismo, de manera clara, cuáles debían ser las circunstancias profesionales, humanas, de relación entre Franco y su médico de cabecera, que no podríamos admitir que fueran impuestas. Ello exigía una independencia absoluta.

En la segunda visita a Su Excelencia le comuniqué la norma que yo seguía con mis pacientes: si deseaba saber la verdad de lo que tenía; si no quería conocerla, a quién de su familia debería decírselo, en el momento que fuera necesario.

-Cualquier problema que se presente -respondió-, sea cual fuere su gravedad, a mí. Si yo no estoy en condiciones, a mi hija.

-¿Incluso si se trata de avisar de riesgo de muerte?

-Eso es esencial.

Desde entonces nunca le oculté nada relacionado con su situación al Generalísimo. y le propuse algo más: pensar en voz alta delante de él. Creo que le gustó. Después de permanecer un instante en silencio me pidió que le explicara qué era lo que había tenido, pues no se lo habían dicho. Entonces me referí al diagnóstico y no oculté la gravedad del proceso patológico que había padecido.

-¿Qué complicaciones puedo tener?

-Si continuamos con la terapéutica instaurada pueden volver las hemorragias.

-¿Por qué han seguido este tratamiento?

-Para evitar que se presenten una trombosis o una embolia que puedan proceder de los coágulos que tenía en la pierna.

-¿Qué piensa hacer usted?

-No puedo anticiparle nada hasta que no esté perfectamente enterado de toda su situación. Entonces, antes de hablar con nadie, como es mi costumbre, se lo diré, si como paciente desea saber la verdad.

Fijamos la regularidad de la asistencia y se convino que le visitaría a diario, una o dos veces si fuera preciso.

-¿A qué hora le conviene?

-Cuando usted quiera. Yo todavía soy un enfermo.

En aquella ocasión le manifesté que desearía seguir siendo, al mismo tiempo que de él, médico de mis enfermos de la Seguridad Social y médico de mis enfermos privados, porque no creía justo abandonar ahora a los que desde hacía treinta años habían creído en mí, entregándome su vida y su salud, porque en esos momentos ocupara una posición de privilegio.

-Sus enfermos -me interrumpió- son los primeros.

Antes de despedirme le pregunté:

-¿A qué hora se levanta Su Excelencia?

-A las ocho y media.

-Entonces puedo estar aquí a las ocho para explorarle antes de que se vista, y así no tendrá que desnudarse. Luego, se levanta normalmente y yo me marchó a mi consulta de la Seguridad Social.

Se hizo de esta manera. Todas las mañanas, a las ocho, comenzaba en su dormitorio la asistencia y permanecía con él hasta que entraba en su despacho, a las diez menos cinco. Entonces me despedía del ayudante de servicio, de los ayudas de cámara y de las enfermeras y volvía a Madrid, a mi trabajo.

El primer día de consulta normal estaba de guardia el teniente coronel de Artillería Antonio Galbis, en el que advertí una tensión retraída, seguramente debida a la lealtad a su amigo el médico anterior. La memoria me hizo fijar algunos hechos retrospectivos: Galbis podría ser un condiscípulo mío en el Colegio de los Escolapios de Getafe al que los demás admirábamos por su destreza en el dibujo de caballos, indios y cuatros del Oeste.

Con muchísimo cuidado, para que no pudiera interpretarse como una estrategia de acercamiento servil, le dije:

-Yo conocí a un Antonio Galbis en las Escuelas Pías de Getafe que estudiaba en mi curso, que vivía en los pabellones militares de Artillería y que dibujaba muy bien caballos, indios y *cow-boys*.

-Aquel Antonio Galbis soy yo. Mi padre estaba destinado en Getafe y yo estudiaba en el Colegio de los Escolapios. Sigo dibujando, con lo cual entretengo a mis nietos... Entonces, tú eres el Pozuelo que yo conocí. ¡Qué memoria tienes! ¿Cómo has podido acordarte de mi nombre y de mi apellido?

-Por lo gran dibujante que eras. Todos envidiábamos tus extraordinarias dotes.

Desde aquel momento, entre Antonio Galbis y yo se estableció una comunicación cordial. Habíamos pertenecido a un grupo de niños que iban al colegio juntos.

En el encuentro con los ayudantes concurrieron hechos que deben considerarse providenciales, porque en otra oportunidad, también gracias a mi memoria, identifiqué al capitán de navío Urcelay por su apellido. Recordaba yo a un jefe de mi padre -coronel médico destinado en el Parque de Automóviles-, cuando terminé la carrera, a quien debí el puesto de médico militar de la Dirección General de Transportes mientras estuve movilizado al final de mi Servicio Militar. Mi padre, comandante de Ingenieros de la escala de reserva, se lo había pedido para que, en vez de emplear el tiempo en mandar la instrucción, prestara mis servicios en un botiquín y me dedicara a practicar la Medicina en la medida que me fuese posible.

-¿Ha habido en su familia un coronel médico que estuvo destinado en la Dirección General de Transportes?

-Mi padre.

-Guardo de él un gran recuerdo, porque, cuando yo más lo necesitaba, me destinó a la Dirección General de Transportes, lo que significó para mí el prepararme para unas oposiciones, dedicándome íntegramente a estudiar, a trabajar en el hospital y en la Facultad de Medicina.

El día de la guardia siguiente, Urcelay, tuteándome ya, me dijo:

-He hablado con mi madre y se acuerda de tu padre, y de que tenía un hijo médico. Me ha dicho que erais una familia estupenda. Esta relación casual serviría para que también se reforzara mi amistad con Urcelay, que fue perfecta a lo largo de todo nuestro camino.

Algunos días después, y para que se lo comunicara a los demás ayudantes sin dar lugar a que se extrañaran, le dije a Galbis que había hablado con el Generalísimo sobre la conveniencia de que todas las incidencias de la asistencia médica se registrasen en un diario en vez de en una hoja clínica. El cuaderno se guardaría en la caja fuerte de los ayudantes para prevenir la posibilidad de que pudiera extraviarse, ya que se trataba de un documento histórico. Este diario se escribiría por duplicado y un ejemplar sería para mi uso profesional.

A la salida de aquella visita le pedí a Fernando Fuertes que hiciera el favor de facilitarme los cuadernos. Me entregaron dos, con pastas de hule, muy modestos, casi de colegial. Para que no hubiera dudas en ningún caso, le dije a Antonio Galbis:

-Desde ahora, cuanto escribo es secreto profesional. Si no os importa, quisiera contar con vuestra colaboración, porque si todos deseamos recuperar y rehabilitar al

Generalísimo, necesitamos rodearle de un afecto y de unas atenciones que nos permitan prever cualquier fallo en este proceso de recuperación. Como vosotros permanecéis aquí las veinticuatro horas del día y yo estoy sólo un momento, será conveniente que os convirtáis en mis ojos y mis oídos mientras permanezca fuera del palacio. Por tanto, cualquier cosa que advirtáis en su expresión, o en su palabra, decídmelo. Me interesa mucho que cronometréis cuánto tarda en comenzar a hablar desde que le preguntáis hasta que os contesta. Eso será para mí un indicador muy valioso en la evolución de la enfermedad; así sabré si consigue o no dominar su Parkinson.

Escribí la primera página del diario en presencia del ayudante y le entregué los dos cuadernos para que los guardara en la caja de seguridad. Al día siguiente y en los sucesivos continué escribiendo este diario que me ha servido y que me servirá de recordatorio clínico y humano.

Una vez que conocí los datos analíticos de Su Excelencia, y ante el convencimiento de la necesidad inmediata de proteinizarlo con una sobrealimentación adecuada, consideré que era esencial más colaboración.

Una mañana, Su Excelencia me dijo al terminar mi visita de asistencia:

-¿Puede usted acompañarnos a almorzar?

Era la primera vez que me invitaba. Contesté:

-Con mucho gusto. Si me lo permite, voy a avisar a casa.

-Muy bien.

El almuerzo se celebró en el comedor de diario. Me llamaron la atención sobre los muros tapizados de seda floreada tres pinturas: *Ciervo muerto y dos perros*, por Snyders, un *Florero* de escuela flamenca del siglo XVII y el *Bodegón de la langosta*, de la misma escuela y siglo.

Servía la mesa Alejandro, antiguo guardia que desde hacía treinta años cumplía este menester.

En aquella ocasión nos sentamos con el Generalísimo y doña Carmen su nieto Jaime, el ayudante de servicio y yo.

La comida, según pude observar, era similar a la de cualquier familia de la clase media española, pero elaborada menos cuidadosamente. Se tomaba vino casi siempre. Él sólo lo probaba, y ni en la mesa ni después tomaba licor alguno.

Durante la comida comentamos noticias del día y algunas de ellas internacionales. Hablaban la Señora, los nietos, el ayudante. El Generalísimo escuchaba a todos, sonreía y, de vez en cuando, apuntaba una observación, siempre con agudeza.

En realidad, el clima del almuerzo estaba sometido a la personalidad de Franco, un hombre que llenaba el ambiente. Tenía una estatura pequeña, unos ojos brillantes, pero donde él estaba no cabía nadie más. La Señora ocupaba su puesto con la dignidad

de una gran dama española, siempre muy vestida y cuidada. En aquella casa se respetaba de modo riguroso una norma, y en este sentido nada era improvisado. La Señora le seguía de manera permanente. Su respeto por la norma era absoluto. Allí quien mandaba era él.

Terminado el postre pasamos a la Saleta Gris, donde se acostumbraba a servir el café, decorada con retratos de las infantas María Luisa y María Isabel, así como del infante Félix Pascual, hijos de Carlos III, debidos al pintor de cámara Giuseppe Bonito. Sobre las consolas, jarrones de porcelana de Sevres, un reloj de mármol blanco, espejos con marcos dorados, todo bajo la gran araña de cristal tallado y bronce.

El Generalísimo tomaba una infusión desde que empezamos el tratamiento y después se retiraba a su dormitorio para descansar. Solía ver la televisión en un aparato antiguo, de los primeros que llegaron a España. Alguna vez le oímos comentar que este medio de comunicación, utilizado adecuadamente, podía convertirse en un imprescindible auxiliar para la educación del pueblo, y podía ser perjudicial si la programación se orientaba mal. Por eso solía estar pendiente de todos los programas. A veces se mostraba verdaderamente preocupado con la imagen y el concepto que se estaba creando en el subconsciente de los españoles mediante algunas emisiones que él consideraba que deformaban la espiritualidad nacional. Veía todo lo que le era posible, en cuanto no tenía tarea de despacho. Desde luego, siempre que se televisaban espectáculos deportivos, porque le interesaban. No se perdía los partidos internacionales de fútbol. Le divertían las rivalidades, y de su inclinación por el Real Madrid no cabía duda. Una vez, sonriente, me comentó:

-Hay que tener cuidado, porque Fuertes es del Atlético.

Pude observar que el horario de comidas era arbitrario porque Franco lo supeditaba a su entrega al trabajo y, en cierta manera, al ritmo de la vida familiar. Hablé de este tema con él. Le recomendé que el horario de las comidas debía estar incluido en las normas establecidas para su rehabilitación, a fin de que su organismo condicionara todos sus reflejos y de que pudiéramos programar sus actividades. Me respondió afirmativamente, y entonces hube de abordar el problema más difícil.

No tenía apetito a consecuencia de los tratamientos intensísimos que había recibido por vía oral y por inyección. Además, nunca había tomado un aperitivo. Como consideré que debía alimentarse cada tres horas, me propuse que tomara algo a media mañana. Mi iniciativa fue interpretada como una herejía al pedir que subiera el cocinero para hablar conmigo. Era un guardia del Regimiento del Pardo que se turnaba con otros tres compañeros, también antiguos guardias que habían aprendido el oficio. Esta heterodoxia se me perdonó a duras penas, porque se supo que mi propósito era que cada mañana habláramos de lo que había que preparar para la comida del Generalísimo. La primera conversación con el cocinero fue textualmente así:

-Aquí todos hemos de colaborar para que la recuperación del Generalísimo sea un hecho. Si a Su Excelencia no le entra la comida por la vista y por el olfato, ocurrirá que no comerá, y si come, le sentará mal. Creo que usted, como jefe de cocina, tiene también la responsabilidad de que coma a placer, a gusto, y esté pensando en lo que usted mande a la mesa. Necesitamos hacer un plan para organizar una alimentación sana y agradable. De modo que, con arreglo a los medios con que cuenta en la cocina,

dispone un aperitivo a media mañana y un almuerzo. A cualquiera le apetece un aperitivo bien presentado: unos bombones de jamón serrano, unos trocitos de queso, tres o cuatro gambas peladas, algún lomo de cigala, acompañados unas veces con un vasito de sidra; otras, con un poco de cerveza. Siempre de sorpresa, para que no piense, cuando se lo sirvan: «Ya está aquí la cerveza de todos los días».

Todo esto viene a colación porque el día que almorcé en El Pardo, invitado por Su Excelencia, supe que había desayunado un yogur y una ciruela; a media mañana, un zumo de naranja; en el almuerzo, una menestra poco surtida, ciento cincuenta gramos de pollo y otra vez dos ciruelas; a media tarde, un té con tres galletas, y en la cena, una sopa juliana, un trozo de merluza hervida y de nuevo tres ciruelas.

Aquel régimen de alimentación no ilusionaba a nadie. Por eso recomendé al cocinero que presentara los platos en olor, color y en viveza, variando de tal forma que nunca resultaran monótonos.

El cocinero respondió de una manera admirable. El hecho de que uno a otro se comunicaran que el médico hablaba con ellos, hizo que se esmeraran más. Pero esta relación se rompió al considerar la jerarquía que no era ortodoxa.

III. Un legionario de ochenta años

Recaída • Desfilando con marchas militares • La primera vez que oí: "¡Viva Franco!" • Franco desobedece órdenes • Balómetro e hipocelómetro • La tertulia de don Natalio Rivas • El Príncipe: "Todo lo que tengo se lo debo a él" • Franco puede veranear

Un día, a las ocho de la tarde, sonó el teléfono. Desde El Pardo me avisaban que Franco volvía a tener dolor en la pierna. En seguida pensé en una recaída en el proceso tromboflebítico. Además, tenía fiebre. Sin apenas arreglarme, subí al coche y enfilé la carretera del Pardo. Cuando llegué, la temperatura era de casi treinta y nueve grados. Franco estaba triste, taciturno, callado. Me miraba, mientras le reconocía, con ojos expectantes.

A pesar de que en un principio me asusté, pronto me di cuenta de que la situación no iba a ser tan grave como pudo temerse. Su Excelencia, sin embargo, debió de pensar por algunos momentos en que aquello era el principio del fin. No decía absolutamente nada. Cuando trataba de incorporarse, el dolor se manifestaba con mayor agudeza. Le aconsejé que se sentara en una silla y que permaneciese quieto, lo que era preferible a que estuviese mucho tiempo en la cama. El equipo médico que le había tratado unos días antes coincidió en que el Generalísimo debía reposar, pero nunca postrado.

Estaba enormemente decaído. Pero no quería que nadie adivinara ni su dolor, que debía ser constante y fuerte, ni su temor a que, de nuevo, volvieran a surgir las complicaciones. Confiaba yo, y así se lo decía a cada momento, en su enorme capacidad de recuperación y, también, en los resultados de los ejercicios de rehabilitación. Aquella situación difícil, claramente patológica, me exigió una total dedicación al paciente.

Una vez pasada la situación de emergencia, hacía la vida habitual: se levantaba quizá unos minutos más tarde, pero nunca después de las ocho y media, y casi inmediatamente comenzaba a trabajar sentado en su sillón. En ocasiones se cambiaba a una hamaca especial que le permitía cambiar de postura y superar mejor el dolor físico de la pierna.

Contra lo que pueda suponerse, mi mayor problema, con ser grave, no era el tromboflebítico, sino elevar el decaído estado psicológico de Franco. Esto era totalmente preciso para que el enfermo cumpliera mejor con los ejercicios de rehabilitación. Era un hombre de ochenta años, voluntarioso, pero que acababa de superar una enfermedad grave y se encontraba de nuevo mal. Necesitaba que no estuviera deprimido, que, a pesar de todo, remontara el dolor físico y que, por fin,

alejara de sí pensamientos desagradables. Mis primeros intentos por medios tradicionales no tuvieron demasiado éxito.

De pronto se me ocurrió que debía poner en práctica una idea que a mí mismo me había dado buenos resultados. Soy un hombre enzarzado en permanente lucha contra la enfermedad de los pacientes que he tenido que tratar en mi vida profesional. Soy también un hombre muchas veces cansado por el desgaste físico que exige mi dedicación vocacional. Por eso me encuentro, en algunas ocasiones, deprimido. Basta que se me amontonen los problemas profesionales y que aumente la constante tensión agresiva en el ambiente en que me muevo, para que mi estado de ánimo decaiga. Es natural, y ya no le doy demasiada importancia.

Un día en que me encontraba en esta situación, íbamos mi mujer y yo a pasar unos días de descanso relativo en el campo. Consuelo puso en marcha el magnetófono del coche y rápidamente reconocí la primera estrofa del *Himno de la Legión*. Mi semblante cambió. Desde joven, casi desde niño, me han gustado las marchas militares, pero, sobre todo, las letras y la música legionarias. Después, el *Himno de la Infantería*. Aparte de su especial acústica, me emocionan las frases que me recuerdan los momentos duros de mi vida, pero también los más bellos, aquellos en que viví entregado al servicio de mis ideales: Dios, España y mis amigos.

Pensé que si aquel himno había sido capaz de cambiar, de modificar de raíz el ánimo de un militar provisional, *con* sólo diez años de servicio, produciría mayor efecto en un hombre que llevaba toda su vida entregada a España y a la Milicia. No lo dudé más y llevé el magnetófono y las cintas grabadas al Pardo.

Era una tarde lluviosa y el clima contribuía, creo yo, a deprimir aún más a Su Excelencia. Estaba triste, sentado en una habitación cercana a su dormitorio, mal iluminada y, para mi gusto, incómoda. Doña Carmen le acompañaba; cerca, permanecía en pie el ayudante de servicio, teniente coronel Galbis. Cuando llegué, y apenas hube cambiado las primeras palabras, le dije:

-Excelencia, cuando yo me encuentro mal de ánimo, tengo una receta que a mí, personalmente, me surte gran efecto. Es un remedio nada científico, muy «casero» para decirlo de algún modo. Pongo, sencillamente, música, pero una música muy especial. Si no le importa, me gustaría saber si Su Excelencia reacciona igual que yo. Si me lo permite, voy a poner en marcha este aparato.

Tengo que decir que cuando iba en el coche hacia El Pardo pensé muy bien hasta en las palabras que iba a utilizar. En resumidas cuentas, el método no era demasiado ortodoxo y había, además, que contar con un ambiente nada propicio, escasamente favorable a las experiencias. Estábamos en una habitación que, si bien era de las más acogedoras del palacio, era lo suficientemente amplia como para que influyera en mí. La Señora estaba perfectamente vestida, preparada para recibir cualquier visita. Galbis, de uniforme, contribuía también a recomponer un marco adusto. Por eso me lo pensé dos veces. Franco me dijo con voz apagada:

-Pruebe...

Él no sabía, sin embargo, qué clase de cintas había introducido yo en mi magnetófono. La Señora me miraba intranquila...

Inmediatamente empezaron a sonar unos acordes: «Soy valiente y leal legionario...» Aquel hombre, lo recuerdo perfectamente, cambió. Sus ojos se hicieron más brillantes; apretó los labios, levantó la barbilla; estiró los hombros. Me pareció que se ponía marcial. Su cara se alegró. Se había producido el milagro. Yo pensé que el Generalísimo, que lo había sido todo, se sentía más que nada un legionario.

Galbis y yo no nos atrevíamos a decir palabra. Doña Carmen contemplaba, complacida, a su marido. Todos, tengo que decirlo así, estábamos emocionados. Nadie articuló palabra. Aquella tarde pusimos la cinta por las dos caras. Terminó de sonar la música y Franco afirmó:

-Efectivamente, doctor, éste es un buen invento.

Visto aquel primer éxito, había que inventar nuevas cosas para conseguir mantener el buen ánimo de Su Excelencia. Galbis y yo, aunque nada habíamos hablado, nos pusimos rápidamente de acuerdo con sólo mirarnos. Se trataba, sobre todo, de preguntarle cosas, de hacerle contar algo que le volviera a sus grandes, a sus primeros tiempos militares.

Se había creado un clima de confianza, así que le pregunté:

-Excelencia, hay algo que a mí me gustaría saber. Tengo un recuerdo antiguo de mi infancia que quisiera completar con su versión.

-¿Cuál es? -preguntó.

-Verá. El 24 de julio de 1921 yo tenía apenas tres años. Creo que no los había cumplido aún. Quiero recordar a mi madre tremendamente emocionada; me veo en sus brazos mientras corría por el muelle de Melilla. Entonces (mi padre era militar) nosotros vivíamos allí. Había mucha gente que gritaba sin parar; otros lloraban. Los más, cantaban. En aquellos momentos entraba un barco y bajaron a tierra jefes, oficiales y soldados. Un hombre gritó a mi lado: «¡Son los legionarios, vienen a salvarnos, vienen a salvar a Melilla!» Mi madre me apretaba más y más y también gritaba. Todos lo hacían. Los legionarios formaron frente a nosotros; los mandaba un comandante. De pronto oí su nombre. Lo oí por primera vez en mi vida: «¡Viva Franco!»

Le interrogué de nuevo:

-¿Cómo recuerda Su Excelencia aquello?

-Efectivamente, para nosotros fue inenarrable. Yo después, mucho después, escribí en el *Diario de una Bandera* un párrafo que recuerdo casi literalmente y en el que decía que Melilla estaba presa de pánico; que había rumores de que el general Silvestre se había suicidado; que nos habíamos quedado sin información alguna de la columna del general Navarro y que el Ejército parecía derrotado.

-¿Qué pasó en realidad?

-El espectáculo fue tremendo. Un ayudante del alto comisario nos anunció que la situación era dramática; que el enemigo estaba a las puertas de la ciudad y que había que levantar la moral de las tropas al precio que fuera. En aquellas circunstancias me apresuré a dar la novedad a los jefes. Uno de ellos, de paisano y con el brazo en cabestrillo, estaba aterrorizado. Mi impresión, se la pueden imaginar, fue horrorosa: era un jefe del Ejército español vestido con ropas no reglamentarias y dispuesto a embarcarse, a marcharse de allí, en definitiva. Yo no sabía si mi deber era coger la pistola y actuar duramente con aquel pobre hombre que, por otra parte, tenía mayor graduación que yo, o hacer que no me enteraba, tomar el mando e, inmediatamente, salir para primera línea. Opté por la segunda decisión. Aquel jefe fue uno de los generales que no se sumaron al Alzamiento Nacional. En la guerra mandó una de las unidades de las fuerzas republicanas.

Franco había cambiado definitivamente. Caí en la cuenta entonces de que la enfermedad, ni siquiera el Parkinson, que ya se había notificado oficialmente, podía con su memoria. Era en aquel momento un hombre ilusionado con lo que decía. Habló después del general Silvestre, y lo hizo con tremendo respeto. Después añadió:

-Nuestras tropas, cantando *La Madelón*, se distribuyeron rápidamente para comenzar las operaciones. Intentábamos, en primer lugar, defender y consolidar las posiciones; luego, avanzar.

Galbis y yo estábamos atónitos. Franco se levantaba para con- tamos todas estas cosas. Yo no me atrevía a insinuarle nada. Galbis le preguntó:

-Excelencia, ¿es cierto que estuvieron a punto de arrestarle en el desembarco de Alhucemas?.. Yo he oído sobre este episodio muchas anécdotas, muchas versiones...

-Cuando ocurrió el desembarco, tuve una cierta reacción personal; aquello me valió una «conversación» con el general Primo de Rivera. Yo mandaba una unidad en la que iba una primera olea- da de legionarios. Un oficial de Marina que viajaba con nosotros, al llegar a la costa se encontró con que allí no se podía desembarcar: el agua cubría más de metro y medio. El hombre había calculado mal. Muchos de nuestros soldados no sabían nadar. Él, en es- tas condiciones, comunicó con el Alto Mando; dijo que se había equivocado y, a continuación, se dio la orden de que las tropas volvieran. Pero ya los «pacos» habían empezado a disparar. Me hice cargo de la situación y pensé que nuestros soldados iban a quedar, a partir de entonces, con la moral por los suelos. Aquello podía interpretarse como un fallo de la operación. Naturalmente perderían también la confianza en sus jefes. Creí que los rifeños, sin embargo, se reforzarían pensando en que nos habían rechazado. Así que me creí en la obligación de dar la orden: «¡Al asalto!» Al corneta que venía a mi lado le indiqué: «Da la consigna». El cometa tronó: «Legionarios a luchar, legionarios a morir...» Los legionarios saltaron al agua y realizaron el desembarco. Se ayudaban entre sí. Era verdaderamente emocionante. Ganamos los primeros puestos y se consumó la operación. Eso fue todo.

-¿Y qué pasó después? -volví a interrogarle.

-Yo, en realidad, al proceder con arreglo a mi criterio había, en definitiva, desobedecido las órdenes recibidas. Naturalmente, se me llamó para que explicara los

porqués de mi actitud. Dije que, a mi juicio, se hubieran producido muchas más bajas si hubiéramos retrocedido y que así, habiendo hecho lo que hicimos, culminábamos el desembarco y, de paso, lejos de elevar la moral del adversario, minábamos su ánimo, y enaltecíamos el de nuestras fuerzas. Para mi defensa me basé en una ordenanza en la que se concede a los oficiales, al mando, la posibilidad de iniciativa en los momentos cruciales de una operación. Ésta es la verdad de lo que allí pasó.

Como Franco se había referido a uno de los generales de África, el general Silvestre, aproveché para preguntarle qué militares había admirado más en aquella campaña y en las diferentes etapas de la guerra.

-Entonces había un magnífico equipo militar. Conservo, sin embargo, un recuerdo imborrable, excepcional, del general Castro Girona. Tenía unas cualidades individuales, tácticas y estratégicas como yo he visto a lo largo de mi carrera en muy pocos soldados; eran muy difíciles de superar. Creo que al general Castro Girona no se le ha hecho suficiente justicia.

A continuación, Franco cambió de conversación.

-¿Conoce usted la anécdota de Bertolotti? -me preguntó.

El inefable doctor Bertolotti era una magnífica persona, un gran médico, un militar laureado con la Individual, al que Su Excelencia estimaba mucho.

-No -le dije.

-Un día Bertolotti estaba en primera línea de operaciones en África. Apareció entonces un teniente coronel de Artillería que iba a revisar los cañones y que tenía fama de zumbón. Se dirigió al médico y le preguntó: «¿Cómo está el fuego?» «Psch... regular», opinó Bertolotti. «Entonces, ¿no sabe usted cómo está la densidad del fuego?» «No, no lo sé.» «¿No tiene usted un balómetro?» «No, no señor.» Se marchó el teniente coronel y la chufra fue general. Bertolotti se había creído lo del balómetro y llegó a pensar, de buena fe, que existía un aparato para medir la cantidad de balas que caían disparadas por el enemigo. Un rato después volvió el teniente coronel, preocupado porque había explotado una pieza. Llevaba un aparato arrastrado por dos mulos. Dijo Bertolotti: «¿Qué es eso?» «Un hipocelómetro», respondió el teniente coronel. Bertolotti, a carcajada limpia, se dirigió a su interlocutor y, dándole unos golpes en el vientre, se mofó: «Conque hipocelómetro, ¿eh? Conque hipocelómetro... ¡ja, ja, ja!» La pieza, naturalmente, era un hipocelómetro. Bertolotti, de nuevo, fue objeto de bromas.

La Señora estaba pasando una tarde feliz. De repente, se me ocurrió preguntar a Franco:

-Excelencia, ¿cuantos años tenía cuando ocurrió el episodio de Melilla?

-Era ya mayor, tenía veintiocho.

Su Excelencia, según él, había parecido siempre mayor de lo que en realidad era. No le importaba recordar que en tiempos le llamaron cariñosamente «el Comandantín». Me acuerdo que le conté entonces una anécdota que a mí me había relatado don

Gregorio Marañón. Don Natalio Rivas y don Gregorio hablaban de la época en que se celebraban tertulias en casa de don Natalio, a las que acudían, entre otros, Alcalá Zamora, Belmonte, Juan Cristóbal, Millán Astray y, desde luego, Marañón. Éste solía decir que en aquellos años para ser ministro había que pasar por la tertulia de don Natalio. Franco asistió algunas veces, probablemente llevado por Millán Astray. Un día, nostálgico, don Natalio comentaba con Marañón: «¿Usted pensó alguna vez que aquel "comandantín", que venía a nuestra tertulia cuando pasaba por Madrid, y que siempre permanecía callado, escuchando a unos y a otros, iba a ser el protagonista de una larga etapa de la historia de España? La verdad es que ninguno de los que estábamos allí valoramos suficientemente a aquel hombre en aquel tiempo.»

De aquella tertulia recordé al Generalísimo otra anécdota relacionada con él.

-Me contaron que, por entonces, todos tenían una pobre idea de la mentalidad militar. Por eso, y para probarle, le interrogaron sobre la guerra de África. Alguien de la tertulia afirmó: «Yo creo que es un crimen llevar a la juventud allí. La están matando». Parece que Su Excelencia respondió algo así como: «Yo no entiendo de política. Vengo aquí porque es una tertulia en la que aprendo mucho. Si me preguntan por mi opinión, les diré que creo que la guerra de África se acabará en el momento en que haya un desembarco en Alhucemas. Para mí eso es muy fácil de realizar: con tres columnas se consigue una pacificación más o menos rápida. Pero lo que yo crea tiene poca importancia. Hay que introducir esta idea en los altos niveles, en aquellos donde se pueden tomar decisiones. Por otra parte, los medios de información deben decir al pueblo español que España en África tiene que cumplir con su papel histórico. No podemos ser segundones de Europa.» A continuación, decía don Natalio que Su Excelencia tomó un papel y dibujó cómo podría ser el desembarco de Alhucemas.

El Caudillo, que me escuchaba, creo que impresionado, dijo cuando terminé de contar aquella anécdota:

-Es cierta.

En los últimos momentos de conversación de aquella tarde que había comenzado triste y terminó feliz, le hablé a Franco de cuál había sido el comentario que don Natalio Rivas hizo a Marañón a raíz de aquella lección de estrategia política y militar que Franco les había dado. La observación de don Natalio fue así: «Franco, según confesión propia, no entendía de política. La gente de mi época hemos sido ministros, pero por poco tiempo. Ninguno de los políticos que iban por la tertulia pudo mantenerse en el poder tres años siquiera, y este hombre que decía que no sabía nada de aquello, que afirmaba que le gustaba escuchar, sobre todas las cosas, lleva más de veinte años como Jefe de Estado.»

Franco se rió y yo le pregunté:

-¿Qué le parece, Excelencia?

-Que yo estoy aquí porque no entiendo de política, ni hago política. Ése es el secreto.

Ahora pienso que un día como aquél, y las tertulias que mantuvimos entonces, nos ayudaron muchísimo a recuperar física y moralmente a un hombre de 80 años. Como por otro lado el heterodoxo procedimiento de las marchas militares funcionaba admirablemente, se me ocurrió perfeccionarlo.

-Creo que sería correcto y bueno para Su Excelencia no sólo oír estos himnos, sino andar y marcar el paso a su compás -le indiqué.

Dio su autorización y empezamos. Primero dábamos una vuelta al despacho; dos después, y así sucesivamente. Intentaba que aquellas dos piernas activaran su circulación venosa. Trabajábamos entonces a puerta cerrada, y así estuvimos actuando prácticamente hasta el final de su vida, casi hasta que tuvo que guardar cama. Era una medida fisioterapéutica que permitió conservar las dos piernas en excelente estado. Todos los días oíamos dos o tres marchas militares y andábamos. En una ocasión, cuando comenzamos este ejercicio, me contó que su capellán, monseñor Bulart, había estado unos días ingresado en una clínica malagueña que por entonces tenía mucho predicamento social. Monseñor Bulart había sufrido un problema bronquial, estaba muy fatigado y además padecía una esclerosis vascular. En aquel centro ya se utilizaba la música para hacer caminar y hasta bailar a las personas mayores. Yo no conocía ningún precedente. Hoy en casi todas las clínicas de la tercera edad, en los clubs geriátricos del mundo, la música es un elemento terapéutico de primer orden. Música y canciones de sus tiempos juveniles. Particularmente, pienso que renovar, hacer recordar los días de juventud, constituye una gran psicoterapia.

A pesar de que nosotros realizábamos aquella experiencia, como ya he dicho, a puerta cerrada, trascendió. Hubo comentarios para todos los gustos. Yo, desde luego, era entonces, y soy ahora, partidario de esta terapia; pero, en el fondo, se trataba de una innovación, y no siempre estas alteraciones de los métodos considerados como tradicionales han sido bien vistas. Igual sucedía allí, en un ambiente dogmático y ortodoxo en el que la norma era no variar nada. El protocolo era el protocolo.

Pero de esta forma conseguimos remontar un poco más la enfermedad. Aquello fue el principio de la escalada. Cada día, física y psíquicamente íbamos ganando terreno a la patología. Continuamente le decía:

-Nosotros, el equipo que le ha atendido y yo como médico personal de Su Excelencia, no queremos lograr una simple recuperación; no pretendemos que se vuelva a encontrar como cuando cayó enfermo; queremos mucho más: que cada día esté mejor. Esto es posible, y vamos a intentarlo. Cada vez un poco. Cueste lo que cueste.

El Generalísimo asentía.

También utilizamos los ejercicios de gimnasia sueca. Hacíamos flexiones de brazos y de tronco; también de piernas. El se sometía con una tremenda disciplina, con un rigor castrense. Como además se encontraba mejor, no hacía falta convencerle para que cumpliera sus tablas; nada le parecía difícil, todo le gustaba. Le marcaba la cantidad de flexiones que debía realizar, pero siempre tenía que decirle:

-Ya basta, Excelencia, ya basta.

Si no se le insinuaba nada, no paraba. A mí me parecía imposible. De vez en cuando le preguntaba:

-¿ Se ha cansado?

-No -respondía invariablemente.

Franco se encontraba mucho mejor, y aunque no recibía oficialmente visitas, sí se reunía con algunas personas de su entorno. Hacía en Madrid mucho calor y a él le gustaba sobre todo dar largos paseos por el jardín del Pardo. El día 4, cuando le acompañaba, llegó el Príncipe de España. Vinieron también doña Sofía y los niños. Franco habló con ellos con gran cariño. Le oí decir:

-Aquí estoy un poco solo, por eso me gusta que me vengan a ver.

Efectivamente, por aquel entonces en el palacio no había nadie de la familia. Sus nietos estaban en el pantano y el Caudillo -yo lo notaba- se encontraba un poco huérfano de cariño. En un aparte, don Juan Carlos me interrogó sobre el estado clínico de Su Excelencia, y aproveché para responderle:

-Una de las cosas esenciales que precisa es afecto, el cariño de todos a los que él considera su familia y, pienso, que entre ellos incluye a Su Alteza y a sus hijos.

-Me parece muy bien, yo haré lo que pueda -me aseguró el Príncipe.

Luego añadió:

-Todo lo que tengo se lo debo a él.

Cuando se marchaba, el capitán de la guardia, compañero de Academia del Príncipe, le saludó. Su Excelencia se quedó a almorzar en el jardín, tenía apetito y estaba, evidentemente, muy contento. Después de comer, subimos arriba, hicimos los ejercicios de paseo con marchas militares, anduvo otro poco, y seguidamente me marché del palacio. Era el primer día que salía para dormir en casa. La situación estaba prácticamente recuperada y me sentía mucho más tranquilo. Tenía enormes deseos de tenderme en mi cama. En El Pardo me habían asignado una habitación de invitados en la que durmió en 1947 Eva Perón cuando vino oficialmente invitada por Franco. La cama era estrecha y corta; bastante incómoda.

Mi asistencia clínica era entonces a tiempo completo. Visitaba a Su Excelencia muy pronto, a las siete y media de la mañana. Ordené que se tuviera especial cuidado con la alimentación que, como ya he dicho, había sido anárquica. Insistí en que le hicieran comer algo cada tres horas. A título de ejemplo, un día cualquiera, el 5 de agosto, Franco desayunó leche, bizcochos y ciruelas; a media mañana tomó un aperitivo con cerveza, unos trozos de queso y jamón, y a las dos y media comió lo siguiente: crema de verduras con un huevo, doscientos gramos de carne, patatas y jamón, fruta y helado. En la merienda una taza de té y dos galletas. Por la noche le sirvieron caldo de carne, un lenguado, ciruelas y helado. El régimen alimenticio estaba ya completamente establecido y yo vigilaba su cumplimiento. Los cocineros, después de nuestras primeras conversaciones, habían decidido servir a Franco platos atractivos. Cuidaban la

presentación y todo parecía apetitoso. Tengo que decir que colaboraron estrecha y cordialmente.

De vez en cuando me quedaba a almorzar. El día 5 nos sentamos a la mesa doña Carmen, su hija, los ayudantes Urcelay, Galbis y yo. El Caudillo comía con gusto y estaba de buen humor. Demostraba un extraordinario interés por todas las conversaciones que se suscitaban. Recuerdo que alguno de nosotros expuso su opinión sobre los problemas que tenía Nixon, problemas que luego desembocarían en el famoso *impeachment* y por los que tuvo que dimitir. Franco preguntaba las últimas noticias. Fue aquélla una comida realmente agradable; parecía existir un clima de confianza favorecido, desde luego, por dos hombres de los que guardo un excelente recuerdo: el teniente coronel Galbis y el capitán de navío Urcelay.

Estaba pendiente de todos los detalles. Me pasaba el día observándole. No quería que por falta de atención se me escapara algún pormenor interesante. Por eso me di cuenta un día que existía una pequeña contractura en la pierna derecha, y que este factor hacía que el pie basculara mucho. Pensé que si le poníamos una mínima cuña, un pequeño suplemento al tacón del zapato, andaría mejor y el dolor de la contractura disminuiría. Así sucedió efectivamente.

De este y otros factores, por intrascendentes que parecieran, informé a los especialistas con que me reuní el día 6 de agosto para una consulta clínica. Analizamos la evolución del estado del Generalísimo y todos coincidimos en que el último episodio patológico había sido, en realidad, una recidiva de la tromboflebitis padecida en el mes de julio. Estimamos, además, que la recidiva tuvo carácter periférico y que había que continuar el desarrollo progresivo de la psicoterapia y de la fisioterapia. El éxito de la primera también había sido importante.

Tras los primeros días de decaimiento que ya he descrito, el Caudillo remontó aquella pequeña depresión y, a medida que se iba encontrando mejor, su ánimo ascendía. Comenzó de nuevo a entusiasmarse por todo, tenía unas tremendas ganas de vivir, de hacer cosas y de trabajar. Sobre todo, de trabajar. Mi contacto diario y permanente me llevó a la conclusión de que para él lo más importante era la misión que tenía que cumplir. Entonces me di cuenta que en el momento en que él pensaba que ya no podía seguir con la tarea emprendida, con la labor que aún le quedaba por hacer, se deprimía.

Me dijo que estaba mejorando. En ningún momento, a pesar de -que el Príncipe había asumido las funciones de Jefe de Estado, dejó de preocuparse por las cosas de España. El día 8 recibió a don Juan Carlos. Estuvieron solos durante más de una hora en el despacho oficial. Aquel día pensamos que la conversación era un prolegómeno del Consejo de Ministros que se iba a celebrar al día siguiente. Fue un Consejo dedicado a temas preferentemente económicos, como la elevación del tipo de interés del Banco de España. Una vez terminado, Franco saludó a todos los ministros en el jardín del Pardo, firmó a los ayudantes una serie de diplomas, charló de nuevo con don Juan Carlos, habló también con el presidente del Gobierno, Arias Navarro, y con el ministro de Asuntos Exteriores, Cortina Mauri. Finalmente acudió el presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel.

A Cortina le preguntó por todos los detalles de la dimisión de Nixon y de la jura como presidente de Gerald Ford. Franco estaba perfectamente informado. A Nixon le había recibido en España hacía algún tiempo y guardaba de él un excelente recuerdo. Comentó el discurso final del ex presidente, un discurso que fue muy discutido en su país y en el que Richard Nixon afirmó que no quería defenderse para no robar tiempo a la Presidencia: «Norteamérica -señaló- precisa una persona totalmente entregada a gobernarla.» Cuando Franco hablaba de este tema lo hacía como Jefe de Estado y tenía las ideas muy claras. Nunca, sin embargo, se le oyó emitir una opinión desfavorable sobre Nixon.

Vivía ya con la ilusión de trasladarse al Pazo de Meirás. Decía que ése era el último eslabón que le quedaba por atar, que cuando llegara al Pazo ya se podía afirmar que había reanudado su vida normal. Yo estaba muy preocupado. Pregunté cuál era el medio en que iba a viajar. Me respondieron:

-Naturalmente, en avión.

Esto me planteaba el problema de las escaleras. Franco había estado durante muchos días en reposo absoluto, tenía ochenta años y había padecido una tromboflebitis dolorosa importante. En estas condiciones, hasta el hecho de subir unas escaleras entrañaba riesgo, quizá peligro. Además, el Generalísimo debería subir ante las cámaras de televisión y ante el Gobierno y el público que le irían a despedir a Barajas. Franco no podía ascender cojeando.

Pedí que trajeran al jardín del Pardo unas escalerillas de Iberia. El primer día en que llegaron, comenzamos los ejercicios. Estaba yo literalmente aterrorizado ante la posibilidad de una caída. Sin embargo, Franco subió perfectamente, sin dar un mal paso. Antes le había recomendado:

-Vamos a hacer una prueba, para ver si se encuentra en condiciones de subir esta escalera. Súbala con la mayor soltura posible, pero despacio, por favor; no corra. Piense que lleva realmente mucho tiempo sin subir ni bajar una escalera como ésta.

Cuando me quise dar cuenta, había ascendido todos los peldaños. Después, bajó con toda normalidad.

-¿ Se ha cansado? -le pregunté.

-No.

-¿Ha tenido algún dolor?

-Ninguno.

-Perfecto, pero no suba más; no suba más.

Continuamos el ejercicio durante tres días. El 12, lunes, nos reunimos nuevamente el equipo médico para tener una consulta. Al final, la Casa Civil comunicó lo siguiente:

Celebrada la reunión periódica de la Junta Facultativa que atiende desde su salida de la Ciudad Sanitaria Francisco Franco a Su Excelencia el Jefe del Estado, constituida por los profesores y doctores don Ernesto Castro Fariñas, jefe del Servicio de Cirugía Cardiovascular del Gran Hospital del Estado, don Tomás Epeldegui Fernández, jefe del Departamento de Traumatología y Ortopedia de la Ciudad Sanitaria La Paz, don Eloy López García, director de la Fundación Jiménez Díaz, don Julio Ortiz Vázquez, jefe del Departamento de Medicina y director de la Residencia General de la Ciudad Sanitaria La Paz, don Vicente Pozuelo Escudero, jefe del Servicio de Endocrinología y Nutrición de la Seguridad Social, y don Amador Schüller Pérez, jefe del Departamento de Medicina Interna de la Ciudad Sanitaria Primero de Octubre, ha estudiado el curso clínico, efectuando una nueva exploración, considerando los nuevos datos analíticos, y estima que dada la evolución favorable de la convalecencia de Su Excelencia el Jefe del Estado, éste se encuentra en condiciones de realizar su acostumbrado descanso estival.

Se levantó acta y la firmamos todos. Estuvieron presentes el doctor Martínez Bordiú y el duque de Cádiz, como miembros de la familia del Generalísimo.

Franco podía ir al Pazo de Meirás.

IV. Conversaciones en el Pazo

Continuó los ensayos por la escalera • Al llegar al Pazo pidió una cerveza • Asistencia médica desde las ocho y media de la mañana hasta la noche • Franco vestía trajes de verano con corbatas entonadas • El retablo de la capilla del Pazo • Los escudos del jardín • Me telefona el Príncipe desde Mallorca • Llegada de don Juan Carlos al Pazo • La única mentira que le dije a Franco • Almuerzo en el "Azor" • No quiero aficionarme a la pesca • "Este es el país de la envidia" • Sólo un ministro había entendido la enseñanza primaria • La Seguridad Social • "¿Está organizada la urgencia, sobre todo en los accidentes laborales?" • "He tenido la desgracia de heredar los caballos" • Volar como un águila • Un jabalí como mascota de la Legión

Fijada la fecha para el viaje a La Coruña el 16 de agosto, los cuatro días que mediaban hasta el viernes fueron utilizados por mí en preparar el material de asistencia y algunos libros. No tenía consulta porque había tomado el permiso en el momento en que el Generalísimo tuvo la agudización del nuevo episodio de tromboflebitis y, prácticamente, estaba dedicado a él. No tenía más obligación en aquellos momentos que la asistencia a mi madre, que no se encontraba bien.

El grupo que iba a trasladarse a La Coruña estaba formado por las enfermeras de la Seguridad Social de La Paz, diplomadas en Cardiología y con experiencia de asistencia intensiva: María Fernanda Población Éscobar, María del Carmen Casado Ugarte, Pilar Iglesias Redondo, Catalina García Martín-Caro; la foniatra doña Matilde Martín Lucas; los ayudas de cámara Juan, Zamorano y Maximino, que actuaban también como enfermeros y que se relevaban, porque el servicio era permanente, como el de las enfermeras. La foniatra trabajaba a diario, menos los domingos. Yo no tenía relevo.

El día 13, por la mañana y por la tarde, estuvimos practicando -con nerviosismo por mi parte, aunque procuraba que no se notase- nuevos ensayos de ascensión por la escalera de Iberia, ya que pesaba sobre nosotros la responsabilidad de que pudiera ocurrir un accidente o un incidente. Habíamos conseguido una gran soltura, ya que Su Excelencia subía y bajaba con rapidez la escalera, sin tocar la barandilla, lo cual nos daba una extraordinaria confianza.

El 16 fue el gran día del viaje. Llegamos a Barajas en caravana y el Generalísimo, después de saludar al Príncipe, al presidente del Gobierno, a los ministros

del Ejército y de Marina, subió rápidamente la escalerilla de un Boeing-727. Al llegar arriba se volvió para saludar. Creo que fue una de las primeras veces que se le vio en público, después de la enfermedad, radiante de alegría. Saludó con el brazo en alto, semi doblado y agitándolo.

A bordo iban los duques de Cádiz, los marqueses de Villaverde, el ministro del Aire, los jefes de las Casas Militar y Civil, los ayudantes de campo, doña Isabel y don Felipe Polo, Francisco Franco Martínez-Bordiú y sus hermanos Mariola y Jaime.

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Labacolla a las seis y tres minutos. El recibimiento fue extraordinariamente emotivo. Franco estaba contento y animado y nada más llegar pidió una cerveza.

El Pazo, con tres torres cuadradas de distinta altura, unidas por un cuerpo de edificio, tenía la entrada cubierta por una maravillosa buganvilla. Lo primero que pude ver fue la capilla de piedra, la gran escalera hasta donde llegaban en otro tiempo los coches de caballos, el comedor, la maravillosa biblioteca de la Pardo Bazán y el cuarto de ayudantes.

Una vez que hube dejado el equipaje en el hotel Finisterre volví al Pazo para organizar los turnos de enfermeras y acordar el horario de la foniatra. Mi asistencia médica comenzaría a las ocho y media de la mañana, continuando la dedicación hasta las nueve y media de la noche.

Generalmente desayunaba en el hotel con mi mujer, de quien me despedía a las ocho de la mañana. Nada más terminar me acompañaba al coche, volvía a la hora de almorzar y ya no nos veíamos hasta las nueve y media de la noche, en que regresaba cansado por la atención de todo el día en permanente alerta. No tenía humor más que para acostarme. De vez en cuando salíamos a rezar a una iglesia próxima, y a pedir a Dios ayuda en la misión en que estábamos empeñados.

Todas las mañanas, puntualmente, me recogía el coche en el hotel y salíamos por una carretera umbría, llena de vegetación, que a mí, acostumbrado al paisaje seco de Castilla, me maravillaba. Por la ventanilla del coche veía con frecuencia unas mujerucas que marchaban lentamente por las cunetas.

Entrábamos en el Pazo siempre por la misma puerta y con el ceremonial de costumbre, atravesando un túnel vegetal conseguido con bambúes. Una vez allí, aguardábamos la hora exacta para comenzar la visita diaria y enterarnos cómo había sido la noche, o cualquier novedad que se hubiese producido.

Inmediatamente después comenzaba la clase de foniatría, tras la cual el Generalísimo se encerraba en su despacho. Mientras tanto bajábamos al cuarto de ayudantes para escribir algunas notas, conversar y estudiar el programa del día, siempre con el propósito de incrementar la psicoterapia y la fisioterapia, que era una de mis misiones.

Poco antes del almuerzo bajaba el Generalísimo para reunirse con un grupo de amigos que iban a visitarle, en el que figuraban el almirante Nieto Antúnez, creo que uno de sus mejores amigos, y el teniente general. Castañón de Mena. Cuando al cabo de

un rato nos llamaba, nos incorporábamos al grupo para dar un paseo, durante el cual se conversaba animadamente.

El Generalísimo iba señalando detalles concretos de algunas plantas, de los árboles que había ido plantando en determinados sitios. Conocía el nombre latino de casi todas las especies y, con frecuencia, solía explicar por qué había colocado allí, precisamente, una determinada planta.

Iba vestido, impecablemente, con trajes de verano, casi siempre de gris y con corbatas entonadas. El sombrero se lo ponía cuando hacía sol, no utilizaba bastón y caminaba sin parar. Acababa cansando, muchas veces, a los que le acompañaban. Al almirante Nieto Antúnez, que había sido un gran andarín, le oí comentar en una ocasión:

-¿No será imprudente que camine tanto? Porque a mí me cansa. El Generalísimo, aquella mañana, hizo como que no se enteraba.

De lo que se mostraba más satisfecho era de la capilla, con un espléndido retablo barroco gallego en talla, en madera, del siglo XVIII. Me dijo, mientras lo contemplábamos, que el barroco gallego era una consecuencia de la enorme cantidad de mano de obra que hubo en aquel tiempo y de la necesidad de utilizarla, por lo que habían quedado en Galicia piezas de gran valor artístico.

-Esto ya va faltando -añadió- porque aquellos artesanos, lanzados a la emigración, fueron creando escuela en diversos países.

Otro de sus entusiasmos eran las piedras talladas con el linaje de distintas casas solariegas de Galicia, Santander y Asturias, las cuales había distribuido por distintos sitios del jardín. En cuanto surgía la oportunidad, le gustaba detenerse ante aquellos escudos. Recuerdo que fuimos a verlos tres veces, no por reiteración, sino porque en un momento determinado había hablado yo de una familia antigua cuyos descendientes eran amigos míos. Me dijo, con aquella memoria que le ha caracterizado:

-Venga usted a ver el escudo y podrá decirle a sus amigos que el original está aquí bien conservado.

Cuando se enteraba de que había derribos, mandaba inmediatamente comprar el escudo de la casa solariega, sobre todo para que no se perdiera. Le interesaban mucho la arqueología y la Historia como testimonio del heroico pasado de España.

El día 24 de agosto estaba el ambiente del Pazo revuelto porque iba a llegar el Príncipe. Me había telefoneado, personalmente, para decirme que le gustaría ir, que si estaba toda la familia, y que si habría sitio para él.

-Alteza -le respondí-, si me lo permite, creo que sería conveniente que telefonara al Generalísimo para decirle lo que me está diciendo a mí, que desea verle y jugar con él una partida de golf.

-Bueno, yo le llamaré.

Al día siguiente, al terminar la exploración, Franco me preguntó, dándolo por sabido:

-¡Ha hablado usted con el Príncipe...!

-Sí.

Me miró de aquella manera que él miraba y que invitaba a que uno vaciase la conciencia, porque si reservábamos algo nos parecía pecar de traición. Entonces, añadí:

-Me ha preguntado el Príncipe cómo se encontraba físicamente Su Excelencia y que si como médico veía prudente que viniera. Le he dicho que, como médico, no había inconveniente, y que a mi juicio, con quien había de hablar era con Su Excelencia, que es el dueño de la casa, al que física y psíquicamente todo lo que fueran muestras de cariño le iban a venir muy bien.

Respondió:

-Gracias.

No sé lo que hablaron el Generalísimo y el Príncipe por teléfono, pero el 27 de agosto llegó don Juan Carlos al Pazo de Meirás. El recibimiento fue magnífico. En las inmediaciones de las Torres de Meirás estaban instaladas las cámaras de Televisión y gran número de periodistas. Saludé al Príncipe y me separé del grupo que se formaba siempre en torno del Generalísimo, en el cual permanecían muchos políticos de hoy, haciéndose sitio con los codos.

Me fui a hablar con los chóferes del Parque Móvil, a los cuales quiero rendir aquí merecido homenaje porque se trata de un grupo de hombres abnegados, algunos de los cuales pertenecen actualmente a la Casa Civil de Su Majestad el Rey, todos de una dedicación absoluta. No tienen nunca sueño, ni obligaciones particulares, ni cansancio en los días de largo servicio. Los he conocido a todos. Me los cambiaban a diario.

La tarde en que llegó el Príncipe, después del recibimiento que le dispensaron el Generalísimo y su esposa, así como las autoridades locales, don Juan Carlos subió a su habitación.

Me fui al hotel y a la mañana siguiente saludé a Su Alteza, pero ya no hubo momento para que pudiéramos hablar, porque me había dado cuenta perfectamente que mi conversación a través del teléfono había sido recogida y que suscitaba curiosidad la posible relación que pudiera establecerse entre el Príncipe y el médico.

Mi situación no era nada agradable. En un momento en que coincidimos al subir la escalera, el Príncipe me dijo con esa expresión de franqueza que tenía entonces y que mantiene:

-¡Vaya...!

Esto me hizo pensar que la tensión que yo estaba notando, por alguna razón, la había percibido también el Príncipe.

Estuvo en el Pazo varios días, fue invitado por algunos amigos personales, compañeros de promoción de la Academia, a distintas fiestas y reuniones. Pero don Juan Carlos dijo en varias ocasiones:

-He venido aquí para estar con el Generalísimo; quiero ver cómo se encuentra, ir con él al golf y al *Azor* y acompañarle.

Como se rumoreaba que cualquier tarde iríamos al *Azor*, decidí anticiparme, porque tenía la duda de si el Generalísimo podía embarcar sin riesgo. Dependía mucho de la marea; había que pasar en una motora porque el *Azor* no fondeaba en el puerto. Me preocupaba que en un momento determinado pudiera fallarle una pierna con riesgo de caer al mar o de sufrir una fractura. En aquella primera visita me acompañó el capitán de navío Urcelay para realizar la prueba de embarque y desembarque. Después de realizar estas operaciones, me di cuenta de que era posible si la mar estaba en calma.

Algunos días después, cuando el Generalísimo propuso ir al *Azor*, me consultó; le dije que no había problema que lo impidiera. Supuso para él una gran alegría volver al barco. Fue acompañado por el Príncipe; los niños estuvieron jugando, la jornada fue muy familiar y almorzamos a bordo.

Su Excelencia, entusiasmado, me enseñó el barco. Ya lo conocía por habérmelo mostrado el capitán del *Azor*, Antonio Meirás, con el capitán de navío, Urcelay, la tarde en que fuimos juntos. Pero en esta ocasión Franco, mirándome a los ojos, me preguntó:

-¿Conoce usted el barco?

-No -le respondí.

Es la única mentira que le dije al Generalísimo. Porque vi en sus ojos una cierta ilusión por enseñarme el barco, no quise defraudarle diciendo que ya lo conocía. Entonces me contó como al advertir que resultaba un poco pequeño para lo que él quería, lo mandó partir en dos y, añadiendo un cuerpo intermedio, consiguió el tamaño justo para hacer pesca de altura.

Su gran ilusión era la pesca, posiblemente más que la caza. Quiso aficionarme a mí, como después lo intentó también con la caza. Entonces me dijo:

-Es muy bonita, muy deportiva la lucha contra el pez que se presenta.

Se rió mucho en algunas ocasiones en que al surgir este tema, yo le había dicho:

-No quiero aficionarme. Soy una persona muy apasionada. Toda mi vida la he dedicado a curar, a luchar contra la muerte. Considero, pues, un contrasentido aprender y especializarme en matar, aunque sean peces o perdices. Comprendo que la caza, para

un militar o para un hombre de negocios y para otra mucha gente, resulte un deporte excitante. A mí, quizá por una cuestión profesional, un perro que sufra me preocupa.

Se rió y dijo:

-Eso es vocación.

El día 27 de agosto tuvimos una conversación en la biblioteca de la Pardo Bazán. Al terminar la clase de foniatría bajó Su Excelencia al despacho. Esperó a que estuviéramos solos, mirando a los ordenanzas, que inmediatamente salieron. Había aprendido ya el significado de esa mímica y en muchas ocasiones, en el momento en que me miraba, si estaba con otra persona, me marchaba por suponer que conmigo contaba la misma regla que con los demás.

Aquel día me dijo:

-No se marche.

Prefería que me dijera «no se marche» a parecer entrometido. Aquel día me preguntó mi parecer acerca de la evolución de su problema. Como habíamos quedado de acuerdo en hablar claro, le dije que creía que las cosas iban bien, pero que a su vez deseaba preguntarle si podía reforzar algunos procedimientos, aunque le molestara. Porque mi intención era continuar con el criterio que habíamos expuesto en conversaciones anteriores, para mejorar su forma y que estuviera en condiciones muchísimo mejores que en los últimos años. No hizo esperar la respuesta:

-Eso quiero.

-¿Está contento con esa norma? ¿Cree que debe modificarse...? Porque, claro, necesito una seguridad, ya que las cosas que estamos haciendo, unas veces chocan con el ambiente y el protocolo, y he de tener su conformidad ante críticas y actitudes que puedan retraer mis decisiones en un momento determinado.

-Siga usted adelante -me dijo-, y con quien únicamente tiene que concretar es conmigo. No haga caso de críticas, porque éste es el país de la envidia.

Aquello reforzó mi criterio para continuar la tarea considerada heterodoxa. Con ello me compensaba ampliamente la dedicación desde las ocho y media de la mañana hasta las nueve y media de la noche, pendiente de sus gestos, con el fin de estudiar la posibilidad de recuperación de aquellos movimientos que estaban aún en situación de inferioridad.

En varias ocasiones en que conversábamos en grupo, en presencia del almirante Nieto Antúnez, el teniente general Castañón de Mena y alguno de sus ayudantes, surgían temas diversos. El preguntaba, nosotros contestábamos, y de esta manera se examinaban las más diversas materias, como, por ejemplo, la Universidad. Consideraba

Franco que las Universidades en España se resentían de un fallo clasista, y nos dijo que había intentado explicar a los ministros de Educación la política que él consideraba que se debía seguir: emplear mucho dinero en la enseñanza primaria y preparar culturalmente a los niños y a los jóvenes hasta los 16 años. Dijo que, a su juicio, sólo un ministro había entendido ese criterio, al crear la Educación General Básica; pero que después se produjo contra él una gran ofensiva por parte de los catedráticos, para acabar con aquel sistema que potenciaba la E.G.B., disminuyendo el acceso a las Universidades.

-El gravísimo problema que hemos tenido -añadió Franco- es que la mayoría de los ministros de Educación han sido catedráticos, lo cual supone que a la hora de hacer planes de enseñanza cuentan más con el espíritu de cuerpo y con las ventajas para ellos, que con las necesidades de los estudiantes, de sus familias y de la cultura de España.

-¿Y quién es, Excelencia, si se puede decir, el ministro que ha procedido más a su gusto, intentando potenciar la Educación General Básica?

-Sin duda, Villar Palasí.

Dijo también que estaba informado perfectamente de que el sistema de oposiciones era malo, que la Universidad debería estar dispuesta para crear universitarios que no fueran envidiosos, sino constructores de cultura y técnica, más que cicateros y especialistas en la «zancadilla», los cuales empleaban una gran parte de su tiempo en entorpecer la labor del compañero más que en construir la propia.

-Eso -añadió- no puede ocurrir en el Ejército nunca, porque cada uno tiene su propia responsabilidad y ha de responder ante el jefe de la unidad, de la sección, de la compañía, del batallón o del regimiento.

Creía que esa norma y esa idea que él tenía no habían sido potenciadas suficientemente.

-Estas juventudes -dijo también- llegan mal preparadas a la Universidad, porque no se ha cuidado suficientemente la enseñanza primaria, que debe estar además mejor retribuida. Los maestros han debido tenerse más en cuenta en la distribución del presupuesto, porque cuentan con lo mejor de España, que es la cera Virgen del niño.

Otro día surgió la conversación sobre la Seguridad Social, una de sus obras predilectas. Consideraba Franco que en la asistencia sanitaria no se podían escatimar medios, que año tras año debía ampliarse la dotación de camas hasta alcanzar el número uno del índice de Europa, porque su gran ilusión era que los españoles que él denominaba productores, incluyendo a los obreros y a los empresarios, tuvieran garantizada, en primera categoría, la asistencia profesional sanitaria.

-Es necesario -refirió Franco- que en los equipos médicos se establezca la misma disciplina que en la milicia. Aunque se trata de una profesión liberal, debe existir un lazo de unión entre los médicos y los distintos miembros del equipo. Esto es prácticamente la resolución del problema del enfermo.

Aseguraba también que lo mismo que en el Ejército había una escuadra, un pelotón, una sección y una compañía, sería muy conveniente que la misma organización, al nivel que la técnica indicara, estuviera establecida en los hospitales, para un mayor control asistencial, docente y técnico de los médicos.

-Debe haber un jefe de departamento o un jefe de servicio y a sus órdenes dos ayudantes, que a su vez tengan dos médicos encargados de servicio y cada uno de ellos disponga de otros dos, que podrían ser residentes, internos, becarios... pero siempre un número de elementos del equipo que puedan ser controlados en su tiempo, en su rendimiento, en su preparación, en su promoción y en su sentido de la responsabilidad. No solamente hay que formar a los médicos, sino a los futuros jefes de servicio. Yeso no ése puede conseguir más que con un ejemplo permanente de la jerarquía.

-Esto -dije- es prácticamente lo que se intenta en la Seguridad Social con lo que se llama la «organización piramidal».

Franco había planteado este tema en distintas ocasiones. Además, me preguntó que si estaba suficientemente organizada la urgencia, sobre todo en los accidentes laborales. Aquello me acució para ir a la Residencia de La Coruña y preparar la urgencia por si fuera necesaria en la asistencia de cualquiera de las personas del equipo, pero esencialmente para la de quien era yo responsable.

El personal de aquella Residencia se comportó de una manera excepcional en todos los sentidos y nosotros procuramos que tuvieran todos los medios asistenciales. Aquel año fue para ellos providencial, porque pudieron cubrir las necesidades de material que aguardaban desde la inauguración del centro.

Al día siguiente, en un momento en que estábamos sentados en el jardín, de tertulia, surgió el tema de los deportes. El almirante Nieto Antúnez habló de que el deporte náutico era maravilloso. Le respondí que resultaba carísimo y que estaba reservado a los privilegiados; que había que promocionar deportes que pudiera practicar todo el mundo.

Entonces Nieto Antúnez aludió a otro deporte que, por visto, sabía que le gustaba a Franco: la hípica. Se extendió en la exposición de las extraordinarias ventajas que tenía. Franco le interrumpió:

-Bueno, tiene sus ventajas, pero aquí el doctor nos dirá qué le parece.

-Pues sí -dije-, tiene efectivamente ventajas e inconvenientes.. .

Agudamente cortó mi frase el Generalísimo con una sentencia:

-En este caso, deporte, lo que se dice deporte, quien lo hace es el caballo.

Nos echamos a reír y continué:

-Efectivamente, no hay más que unos músculos que se desarrollen, los aductores, que sujetan las rodillas del jinete al caballo. En realidad, los golpes que aquél recibe en el trote y en el salto están descritos desde la época de Hipócrates corno

malgnos, hasta tal punto que ya entonces había unos caballistas en Grecia que, por montar mucho a caballo, desde niños, eran impotentes, como consecuencia de los golpes que habían recibido con la silla. Existe también una tribu de indios mexicanos, asimismo descritos científicamente, los cuales fueron objeto de observación, con resultados muy interesantes sobre este tipo de lesiones. Está demostrado que el ejercicio de la equitación perjudica al hombre en la próstata, y a la mujer, ese batir constante contra la silla dura, le ocasiona muchas veces lesiones graves. En definitiva, toda exageración es patológica.

Franco, que había escuchado atentamente, refirió:

-He tenido la desgracia de heredar los caballos. Heredé el *Tizón*, que había pertenecido al infante de Baviera, que tuve que dejar de montar porque fracturó el brazo a un ayudante; después heredé el *Tenorio*, del general Queipo de Llano. Y así sucesivamente. Un caballo mío, mío, que yo haya cogido desde joven, eso no lo he tenido nunca.

Las anécdotas surgían de continuo y, además, procurábamos siempre contestar de modo inmediato para obligarle a que hablara rápidamente, cambiando mucho de terna. Era una parte del entrena. miento que seguíamos a diario, porque todavía no se había hecho cargo del poder.

Continuamos hablando del terna deportivo y dije que mi ilusión, cuando era joven, hubiera sido hacer ese vuelo de mariposa de algunos paracaidistas. Franco confesó:

-Pues la gran ilusión de mi vida hubiera sido el vuelo sin motor. Volar como un águila y ver todo desde lo alto.

Le animaba extraordinariamente la tertulia. Un día me atreví a preguntarle:

-Excelencia, ¿por qué en los desfiles lleva la Legión un borrego como mascota? No lo encuentro lógico.

Respondió inmediatamente:

-Inadmisible: en mi Bandera llevábamos un jabalí.

V. Su santa voluntad

Consejo de Ministros en el Pazo • Preside el Príncipe • Entrenamiento con video-tape • Los análisis clínicos reflejan normalidad absoluta • Franco, dado de alta • Pide el parte médico por escrito • Reasume la Jefatura del Estado • Radio Moscú anticipó la noticia • Franco se entrena en el juego de golf en el Pazo • Una pelota rompe el farol más artístico • El faisán blanco • "Está usted haciéndose muy gallego" • La estatuilla de Santiago apóstol • Demostración de su santa voluntad

El 30 de agosto se celebró Consejo de Ministros en el Pazo presidido por el Príncipe, y un Consejo de la Junta de Defensa Nacional que duró noventa minutos.

Una vez concluido el Consejo, el Caudillo fue cumplimentado por los ministros, a los que ofreció una copa. Después de despedirse del Príncipe reanudamos el entrenamiento con un video-tape. en el cual estudiábamos la musculatura de la cara durante la lectura o la exposición, en contestación inmediata, a preguntas de cualquier tipo, para ver qué capacidad de respuesta alcanzaba dentro del tratamiento que llevaba.

El día 31 por la tarde celebramos una consulta, indicando previamente a los médicos, por teléfono, la situación en que estábamos; que se habían realizado a Su Excelencia unos análisis de sangre que reflejaban normalidad absoluta; que todos los datos clínicos eran completamente normales y que estaba en perfectas condiciones. Castro Fariñas, Martínez Bordiú y yo, que éramos los que estábamos con Su Excelencia, le dijimos que su problema se encontraba resuelto y que en aquel momento podía considerarse dado de alta e iniciar una vida normal.

Fue alrededor de las cinco de la tarde. Entonces Franco nos dijo:

-¿ Quieren ustedes hacer el favor de redactar un parte médico y firmarlo?

Nos encerramos a escribir un parte que es el siguiente:

La Casa Civil de Su Excelencia el Jefe del Estado, celebrada la reunión periódica de la Junta de Facultativos que atiende a Su Excelencia el Jefe del Estado, constituida por los profesores y doctores Ernesto Castro Fariñas, jefe del Servicio de Cirugía Cardiovascular del Gran Hospital del Estado; don Tomás Epeldegui Fernández, jefe del Departamento de Traumatología,

Ortopedia y Re- habilitación de La Paz; don José María Gómez Mantilla, jefe del Laboratorio de La Paz, de la Seguridad Social; don Eloy López García, director de la Fundación Jiménez Díaz; don Julio Ortiz Vázquez, jefe del Departamento de Medicina y director de la Residencia Sanitaria de La Paz de la Seguridad Social; don Vicente Pozuelo Escudero, jefe del Servicio de Endocrinología de la Seguridad Social; don Amador Schüller Pérez, jefe del Departamento de Medicina Interna de la Ciudad Sanitaria Primero de Octubre, estudia- do de nuevo el curso clínico, efectuada una nueva exploración y considerados los datos analíticos del día de la fecha, informan: que su proceso de tromboflebitis de la extremidad inferior derecha está clínicamente curado y que se da por terminada la convalecencia pudiendo reanudar su vida habitual. Pazo de Meirás, 31 de agosto de 1974.

Una vez redactado el parte volvimos a telefonar, uno a uno, a todos los médicos que figuraban dentro de la consulta, recabando su autorización para que cada uno de ellos indicara los inconvenientes que pudiera haber. Todos manifestaron estar de acuerdo con la situación y con los datos que dábamos, y pensaban, como nosotros, que se podía considerar terminada la convalecencia. Así se lo comunicamos al Caudillo.

Fue una sorpresa el que inmediatamente después de tener el parte en la mano, Franco tomara los poderes. En realidad, los que estábamos cerca, no nos dábamos cuenta de la enorme tensión que tenía, al ver que las cosas no marchaban bien. No confiaba enteramente en el control de la situación.

Mi mujer se mantenía lo más alejada posible del ambiente y era como una isla en el hotel Finisterre. No hacía más que esperar y temblar. Pasaba muchísimo miedo y con frecuencia me preguntaba: «¿Tú estás seguro de lo que estás haciendo?», «¿Lo has estudiado bien?», «¿Te das cuenta de la trascendencia que tiene?» Era realmente mi conciencia. Alguna vez se lo manifesté a Su Excelencia y se reía. En cierta ocasión dijo:

-Tiene que venir un día, porque deseamos que esté con nosotros.

-Creo que no lo va a lograr. -Verá como sí.

Entonces la invitó. Consuelo, verdaderamente emocionada, se presentó en el Pazo. Fue a almorzar precisamente aquel día en que acabábamos de darle al Generalísimo de alta. Su alegría y la de la Señora eran fáciles de advertir. Estaban encantados, porque la ver- dad es que en su fuero interno Su Excelencia, después de la larguísima evolución que había tenido su problema, y la cantidad de amigos que habían ido muriendo, no las tenía todas consigo.

Aquella noche, en la radio y en la televisión oímos -yo no lo sabía- que Su Excelencia reasumía la Jefatura del Estado.

El día 1 de septiembre corregimos de estilo el parte y se dio ya la orden de salida oficial; pero fue muy interesante que Franco comentara que Radio Moscú, el 30 de agosto, había anunciado que reasumía los poderes. Antes de que nosotros hubiéramos hecho el parte definitivo.

El día 2 por la mañana me dijeron que Su Excelencia había tenido una conversación con el general Fuertes de Villavicencio, al que preguntó la versión que él tenía de por qué estaba yo allí; cómo y quién me había llevado y cómo se me pagaba. Fuertes me informó que Su Excelencia se había interesado por todas estas materias y, además, preguntó si tenía intención de seguir, ordenando que se me regulara mi situación administrativa, si deseaba continuar.

Enterado de esto, le comenté al Generalísimo aquella misma tarde:

-Me ha referido el general Fuertes esta mañana que Su Excelencia se había preocupado de preguntar el cómo, el porqué de mi estancia aquí, así como la compensación económica que tengo. He de decirle que soy un médico de la Seguridad Social, que me han concedido el permiso reglamentario durante el mes de agosto y me lo han prorrogado durante el mes de septiembre, considerando que Su Excelencia es un enfermo de la Seguridad Social al que debo seguir asistiendo de una manera personal. La Seguridad Social me abona unas dietas, con las cuales pago el hotel. Respecto a un crucero que tenía proyectado, tampoco me ha perjudicado la asistencia a Su Excelencia, porque mi madre tiene un cáncer y, en conciencia, no hubiera podido realizar el viaje. Pero, además, mi madre no quiere saber qué enfermedad tiene. Me ha hecho prometerle que nunca se lo diré, ni si se va a morir. Si hubiera anulado el crucero para quedarme en Madrid, mi madre hubiera sospechado que pensaba que se iba a morir. De modo que no tiene por qué agradecerme el que me hubiera quedado en agosto.

Le indiqué que en cuanto a si debía o no seguir, él era quien debía decirlo. Respondió:

-Sí, desde luego y ahora quiero preguntarle ¿cómo considera que debe continuar la asistencia?

-A mi juicio, de una manera directa y personal. De la misma forma que hasta ahora: pensando en voz alta para que Su Excelencia sea el primero que conozca lo que ocurra.

Entonces le propuse no hablar con nadie sobre su enfermedad, nada más que con él, eliminando influencias de todo tipo y dependiendo exclusivamente de su persona. Y que si en un momento determinado quería que su hija estuviera informada, yo la informaría. Respondió que sí, que con nadie discutiera y que era un problema personal.

A mi modo de ver, y así se lo dije, el mío debería ser un destino dentro de la Seguridad Social, para que en todo momento los medios de esta entidad pudieran ser utilizados en su asistencia. Dijo también que sí, pero que yo debía estar dentro de la Casa Civil.

Como su deseo era jugar al golf, llevaba mucho tiempo sin practicar y sus jugadas iban a ser en público, le propuse que por qué no ensayaba los golpes antes de ir a La Zapateira. No le pareció mal y para ello utilizamos un artilugio que emplean los jugadores profesionales para su entrenamiento. Se trata de un mecanismo en el que las pelotas están atadas a una larga goma para que vuelvan.

Empezó a practicar, y en un golpe seco y fuerte una bola rompió el farol más artístico del segundo piso del Pazo. Mientras contemplaba el desperfecto, observó:

-Me ha hecho la misma sensación de triunfo y, además, de encogimiento, que cuando salía de pequeño a romper faroles a pedradas en El Ferrol.

Una mañana, al bajar al jardín, me dijo:

-Hemos discutido sobre si debía ir o no al golf. Estaba lloviznando y no me apetecía.

-Excelencia, no hemos discutido. Era su yerno que quería que usted fuera a La Zapateira.

-¿Por qué?

-Porque se comprometió anoche con el doctor Ortiz Vázquez a que usted jugaría al golf, porque como están pendientes los re. porteros gráficos y los periodistas de su rehabilitación, el doctor Ortiz Vázquez, que es un gran médico, quiere ver por sí mismo la movilidad y la situación de Su Excelencia. No se fía de ninguno de nosotros.

-Mañana -dijo resueltamente-, aunque nieve, iré a jugar al golf a La Zapateira.

El día 3 de septiembre fuimos al golf como había impuesto. Esto exigió un extraordinario control de nervios. Lo tengo en mis notas: «control emotivo por todos los motivos». Franco fue con el general Fuertes en el Rolls, y para asegurarse, preguntó si iba yo.

Tuvo una magnífica tolerancia en el paseo y dio los golpes con una buenísima pegada, porque estaba entrenado de los días que había utilizado el aparato mecánico en el Pazo.

Entonces conocí a Joaquín Guimaraes, su compañero del golf durante el verano, que se manifestó entusiasmado ante el buen aspecto y las jugadas de Su Excelencia.

Guimaraes había conocido personalmente a Franco un día en que éste se presentó de improviso en el campo de La Zapateira. Era Guimaraes miembro de la Junta Directiva. En la primera ocasión en que el Generalísimo fue a jugar se encontró en el campo con aquella persona que le había recibido en su primera visita. La relación deportiva fue iniciada por Franco:

-¿Quiere jugar conmigo?

-Con mucho gusto, Excelencia. Es un honor. -Muchas gracias.

Desde entonces Guimaraes fue compañero de juego del Jefe del Estado.

El primer día que fue a La Zapa te ira en este verano de 1974, Franco jugó nueve hoyos. No quisimos que hiciera más porque, aunque él lo pretendía, pensamos que por

aquella mañana bastaban. Luego fuimos al bar, donde el Generalísimo se mostró extraordinariamente optimista, comentando distintas anécdotas. Durante el momento que duró el descanso tomó una Fanta. Era lo que más le gustaba.

Ese día se acostó a las doce de la noche. Había comenzado su actividad a las nueve y media de la mañana con la exploración, porque retrasamos la asistencia para que fuese descansado al golf. Después de explorarle dedicamos un momento a la rehabilitación; luego se bañó, se arregló, y estuvo preparado a las diez y media. Desde allí salió para La Zapateira. Al regreso almorzó, descansó un rato y tuvo clase de foniatría de las dieciséis a las diecisiete horas.

Soy aficionado a la fotografía y para tomar algunas jugando y paseando -porque me interesaba tenerlas como referencia de su movilidad- le pedí permiso. Se echó a reír y dijo:

-Veremos si sale alguna.

Dudaba mucho de mis habilidades como fotógrafo.

Una mañana, el ayudante de servicio me preguntó:

-¿Sabe algo? Porque aquí «radio macuto» no sabe nada de nuestra vuelta a Madrid.

El Generalísimo había asumido el poder el día 2 de septiembre. Todos esperábamos que de un momento a otro surgiera la orden de regresar al Pardo. Nos preguntábamos cuándo; estábamos preocupados. Yo especialmente, porque tenía a mi madre muy grave. Diariamente, mantenía una conversación telefónica con ella y el Generalísimo solía preguntarme. Algunas veces dejaba pasar un día sin hablar con ella para no darle la sensación de gravedad, entreteniéndola luego con pequeñas anécdotas. Para mi madre su- ponía una ilusión extraordinaria el hecho de que su hijo estuviera atendiendo a Franco y, de vez en cuando, me preguntaba detalles nimios de cómo iba aquel día vestido, y esas cosas que a las señoras mayores les encantan. Sabía que el cáncer iba minando a mi madre, destruyéndola. Yo la ilusionaba diciéndole:

-Por cierto, que Su Excelencia me ha preguntado por ti y me ha dicho que si quiero ir a verte que vaya, que te dé un abrazo y que esté contigo el tiempo que sea necesario. ¿ Tú me necesitas, mamá?

-No, no -me decía siempre-, quédate al lado de ese hombre, porque para mí supondría un cargo de conciencia que por venir a verme pudiera pasarle algo y tú no estuvieras a su lado.

Yo sabía que en el momento que quisiera podía ir en avión a Madrid y estar con mi madre. De vez en cuando Franco me preguntaba:

-¿Cómo está su madre? ¿Ha hablado usted con ella?

Yo le contaba, claro, mi disgusto y mi emoción. el lo recogía siempre muy atentamente, y en una ocasión dijo:

-Son cosas de la vida. Mi gran disgusto fue la muerte de mi madre.

Aquel mismo día, cuando bajó Su Excelencia, me preguntó:

-Doctor, ¿usted cuándo tiene que reanudar sus actividades en Madrid? ¿Cuándo termina su permiso?

-Mi permiso ha terminado el día primero de septiembre y puedo prorrogarlo. No me lo van a negar ni el director general del Seguro de Enfermedad, ni el presidente del Instituto Nacional de Previsión, ni el ministro de Trabajo. Pero, en principio, mis colaboradores, todo mi equipo, están en espera de las nuevas normas a partir del día primero de septiembre.

-Hay que mover mucha gente -observó Franco-, y los preparativos son cuatro o cinco días. ¿Le parece a usted bien que nos volvamos el día siete? ¿ Si no alcanzamos esa fecha, podría ser el día nueve? Puede usted marcharse antes, si quiere.

-No, Excelencia. Me parece muy bien y lo prepararé todo para el día nueve. ¿ Yo puedo llamar a Madrid?

Me miró y dijo:

-Sí, pero no es conveniente.

Fue otro motivo de agradecimiento. Su Excelencia tenía que volver para hacerse cargo de sus ocupaciones; podía haberlo hecho en cualquier momento, pero consideró que yo tenía unas obligaciones subsidiarias y, sin ninguna necesidad, me hizo una pregunta que valoré como de una elegancia extraordinaria.

El día 6 de septiembre estuvimos trabajando con el magnetófono en la repentización de que ya hemos hablado, con las pararrpuestas y las contestaciones que eran mi tarea, aparte de la realizada por la foniatra. En los ratos que disponía solíamos jugar con el magnetófono, a fin de que se escuchase y corregir así la dicción y las puntuaciones.

El día 7 de septiembre llegó al Pazo de Meirás un faisán blanco, perfectamente preparado. Era un faisán del Pardo, muy bonito, que había sido disecado para que sirviese de motivo decorativo. Cuando llegó, al primero que se lo mostraron fue al Generalísimo. este dispuso:

-Que lo coloquen sobre el arcón que está a la entrada, a la izquierda.

En la oscuridad de aquel rincón, en una zona de muebles oscuros, el blanco del faisán resaltaba extraordinariamente sobre aquel fondo, y los que estábamos allí nos acercamos varias veces para observarlo con detalle. Era un sitio donde realmente aquella pieza decorativa se hacía notar.

Apareció doña Carmen, que iba a misa. Estábamos el jefe de la Casa Militar, don Luis Díez-Alegría; el jefe de la Casa Civil, don Fernando Fuertes de Villavicencio; los ayudantes de servicio y yo mismo, que nos disponíamos también a asistir a la misa del domingo.

-¿Has visto qué bonito está el faisán? -preguntó el Generalísimo a la Señora.

-Precioso. ¿Te parece que lo coloquemos aquí? -propuso doña Carmen, al mismo tiempo que lo trasladaba donde había otros faisanes disecados, enfrente, a la izquierda de la escalera. Su Excelencia dijo:

-No.

La Señora lo colocó en otro sitio.

-Aquí

-No.

Todos los que presenciábamos aquel hecho estábamos un tanto violentos. Pensaba que yo, al menos, no me atrevería a decirle a mi mujer dos veces, en público, que no a una idea suya.

Doña Carmen propuso nuevamente:

-¿Aquí?

-No.

Entonces la Señora cogió el faisán y lo colocó nuevamente sobre el arcón. El Generalísimo dijo entonces:

-Sí. Efectivamente, ahí es donde está mejor.

Paseando por el Pazo contemplamos una estatuilla de piedra que representaba a Santiago apóstol colocada sobre una columna, al lado de la pista de tenis. La vegetación la había cubierto absolutamente y Su Excelencia consideró que por aquellas circunstancias el motivo ornamental había desaparecido. Era una estatuilla antigua, de cierto mérito artístico, y consideró preciso trasladarla a otro sitio. Nos preguntó a un grupo que le acompañábamos en el paseo:

-¿Dónde les parece a ustedes que se coloque?

Los que le conocían bien, sensatamente, se reservaron la opinión personal; los que le conocían menos, dieron su parecer. Continuamos el paseo y, de pronto, Su Excelencia dijo a uno de los ordenanzas:

-Colóquese usted para ver cómo quedaría la columna en ese lugar.

Nos retiramos hasta tener una perspectiva de aproximadamente veinticinco metros. Su Excelencia dijo:

-No.

Inmediatamente después nos trasladamos a otro lugar que había propuesto otra de las personas del grupo. El Generalísimo volvió a decir:

-No.

Entonces, a uno de los miembros de la Casa Civil se le ocurrió la preparación de un monigote que nos sirviera de referencia, con la altura aproximada de la columna, para hacernos una idea del! contraste.

-Bueno, bien, que lo preparen -dijo el Generalísimo.

Al día siguiente estaba preparado.

El intento del conocimiento, del trajín *psíquico* y psicológico de Su Excelencia, así como su actuación en estos aspectos, constituía una parte de mi oficio, además muy atractiva. Por ello, pensé aquella noche dónde podría entonar la columna y la estatuilla dentro del Pazo. y porque estaba preocupado con el tema, comencé a poner en juego todas *las* Posibilidades que se me vinieron a la mente. Había en el Pazo, muy cerca de donde estaba situado *el* garaje, una casita de piedra, típica de la arquitectura popular gallega, adornada Con unos faroles, regalo del alcalde de Santiago. Allí mismo, una plazoleta con un islote en el centro, donde daban la vuelta los coches. Enfrente de la casa estaba situado un hórreo.

Cuando fui por la mañana al Pazo, mientras llegaba mi hora de comenzar la asistencia médica, me detuve en la plazoleta. Acompañado por el chófer, estuve mirando *el* lugar y pensé que, si aquello era prácticamente una plaza gallega, lo único que *le* faltaba era la columna con la estatuilla de Santiago Apóstol.

Después de la asistencia al Generalísimo, le acompañamos en el paseo. Yo me callé, porque estaba aprendiendo en estas permanencias junto a Su Excelencia. Al advertir mi silencio, me hizo esta observación:

-Está usted haciéndose muy gallego.

-Con un maestro como Su Excelencia -le respondí- no hay más remedio que aprender, aparte de que en mi oficio, cuando un médico considere que ya lo sabe todo, ese día hay que retirarle de la circulación y jubilarle, porque *le* falta la autocrítica. El médico tiene que estar aprendiendo a diario, y nadie sabe lo que estoy aprendiendo aquí.

Contuve mis deseos de opinar, no obstante seguir el Generalísimo y sus acompañantes dando paseos por el Pazo, en busca de un emplazamiento adecuado.

Por la tarde Franco volvió a sacar el tema de la colocación de la columna. Entonces me atreví a intervenir:

-Excelencia -dije-, pienso que la estatuilla necesita un ambiente; tiene que contrastar o conjuntar. Las dos Posibilidades son buenas. Una obra de arte debe colocarse sola, contrastando, o debe buscarse el sitio dónde se la integre a un conjunto.

Me miró como él miraba y dijo:

-¿Dónde?

-Si le parece, vamos hacia abajo.

No le quise decir dónde, porque sabía que me lo pisaba; pero al llegar a la plaza, me situé en el centro y dije:

-Coloquen aquí el monigote.

Una vez colocado, Su Excelencia lo miró, se volvió hacia el hórreo y hacia la casa. Le dije:

-Y esto podría ser plaza de Santiago Apóstol...

Su Excelencia, sin aguardar a que terminara, decidió:

-Aquí. Esto es la plaza de Santiago Apóstol.

De regreso, comentaría aún:

-Se podrían copiar los rótulos de las calles de Santiago para ponerlos aquí.

En mis notas tengo apuntado: «7.IX.74. El Pazo.» Después de referir la anécdota de la columna, consta en la ficha esta anotación: «Día de demostración de su santa voluntad.» Todo esto que estaba ocurriendo y que yo presenciaba, contrasta con la idea que algunas gentes tenían de que, a su edad, el Generalísimo se dejaba manejar por unos y otros. La conclusión que saqué es que ese día nos había demostrado que, por encima de todo, él sabía hacer su voluntad sin contrariar a nadie.

En cuanto a su respeto humano, su educación, su corrección hacia los demás, me lo demostró en todo lo que ocurriría en aquella época. Era leal a sus amigos y para él, indiscutiblemente, el médico anterior seguía siendo un amigo al que quería y al que respetaba. Yo había entrado allí, como ya se ha explicado, como un meteoro. Esto significa que, en un hombre cauto como Franco, no se puede entrar en su intimidad, avasallando. Hay que tener en cuenta que desde que a los 33 años era ya general, estaba acostumbrado a que todo el que se acercaba a él fuese a pedirle algo. Y, como me dijo en una ocasión, a «hablar mal de otro». Eso le hacía ser reservado en sus opiniones sobre los demás.

VI. Franco prepara sus Memorias

**Veinte capítulos para unas Memorias • "Pueden existir filtraciones"
• Franco graba en cuatro etapas • Cómo se copiaron las grabaciones
• Las cintas, sobre la consola de su dormitorio • Los folios copiados,
en la caja de seguridad de Franco • Personas que estaban en el
secreto: Franco, su hija, mi mujer y yo • Fragmentos inéditos de las
Memoria**

-¿Por qué no hace, por qué no escribe sus Memorias?

Se lo dije sin apenas habérmelo pensado dos veces. Pero creo que fue una buena idea. Pasado el primer momento, le indiqué que sería importante que los recuerdos que tenía, la múltiple correspondencia que había recibido (desde Churchill a Hitler y Mussolini), los documentos que guardaba, debía recogerlos en unas Memorias íntimas. Era importante que contara cómo había sido su vida, y también, los condicionamientos que le habían conducido a obrar de una determinada manera. Le dije algo más:

-Por otra parte, Excelencia, estas Memorias pueden convertirse un día en una garantía económica para su familia.

Franco me miraba, pero aún no decía absolutamente nada. Añadí:

-Nadie sabe lo que puede pasar en España; mucho menos, en el mundo. Por eso sus Memorias, unos textos rigurosos y sinceros, serán, sin duda alguna, un tesoro imprescindible para la interpretación de nuestra Historia moderna. Creo firmemente que todas las editoriales se las disputarán.

Cuando creyó que había terminado, me dijo:

-Es imposible; no tengo tiempo. Ahora bien, estoy totalmente de acuerdo con usted en que estas Memorias serían importantes.

Pensé en que realmente la circunstancia del tiempo se oponía a que el Generalísimo pudiera escribir unos textos que consideraba fundamentales. Por eso le sugerí que en vez de hacer los ejercicios de repentización que por entonces estábamos realizando y que desarrollábamos ante el magnetófono, podía, cuando se quedara a solas, dictar sus recuerdos. Después, una persona pasaría las cintas a máquina y así, sin necesidad de escribir, se iría haciendo acopio de material. Las cintas serían el esqueleto de su biografía.

Le indiqué:

-Por mi parte, puedo ayudarle; si quiere, mañana traigo un esquema de cómo concibo unas Memorias. A mí me interesan muchísimo las biografías. Tengo una gran colección en mi biblioteca.

Si a Su Excelencia le parece, esta noche trabajo sobre un primer índice y mañana se lo entrego, lo estudia y me da su opinión.

El Generalísimo respondió:

-Creo que éste es un buen procedimiento. Haga lo que dice. Tráigame el índice.

Cuando volví a casa hojeé algunas biografías y escribí en un montón de notas el análisis de cómo concebía yo una biografía de Franco. Trabajé en esto bastantes horas. Al final, salió una lista de veinte capítulos y, como estaba, sin pasarlo a máquina, lo llevé al día siguiente al Pardo.

Cuando entré en la habitación de Su Excelencia, lo primero que hice fue coger los folios que había redactado. Mi letra es pequeña y difícil de entender. Por eso leí a Su Excelencia el esquema escrito la noche anterior. Cuando terminé me dijo:

-En principio me parece bien, pero tenemos que madurarlo. Además, existe un grave problema...

-¿Cuál? -pregunté.

-¿Quién pasa las cintas a máquina? Pueden existir filtraciones. Después añadió sonriente:

-El espionaje industrial de los productores de libros es muy sofisticado.

Me pidió también aquella mañana que le llevara algunas biografías de las que yo tenía, entre ellas la de la reina Victoria, una de Napoleón, la de Fleming y la del cirujano alemán Sauerbruch.

Yo las había leído todas, incluso alguna de ellas más de una vez, fijándome mucho en los índices. Creía, no sé si equivocadamente, que los índices podían dar una definición, siquiera aproximada, de la línea del libro.

Franco, dos días después, señaló:

-He visto los índices, tal y como usted me había recomendado, y podemos empezar a trabajar.

Luego añadió:

-Me interesa.

Al día siguiente le pregunté:

-¿Ya lo ha visto con más detenimiento?

-Sí, lo he estudiado y me parece que no hay que corregir nada.

El índice que yo había redactado era muy simple y estaba hecho siguiendo, naturalmente, una pauta cronológica. Empezaba con los recuerdos del colegio y el ambiente de El Ferrol donde Franco había nacido. Pasábamos a los recuerdos familiares, sociales y escolares. El segundo capítulo se iniciaba con la enseñanza secundaria; en él explicaba el nacimiento de su vocación militar y de su ilusión por la Marina. El tercero se refería a su fracaso y a su reacción psicológica ante él, cuando cerraron la Escuela de Marina, a causa del ambiente antimilitarista derivado de la catástrofe del 98. El cuarto hablaba de su ingreso en la Academia Militar y de su experiencia como cadete. El quinto incidía en su primer destino de Armas. El sexto, África y su impresión de Melilla. El séptimo trataba de la entrada en esta ciudad el año 1921. En el octavo, sus primeros ascensos por méritos de guerra. Después venía un capítulo al que yo daba mucha importancia: la Legión; sus anécdotas contadas en el *Diario de una Bandera*, escrito cuando era comandante, el ambiente legionario, los primeros voluntarios. El décimo se refería al desembarco de Alhucemas e incluí en él la descripción del papel que había desempeñado el general Primo de Rivera y los pequeños enfrentamientos que tuvo con el que luego fue el Dictador. Seguía otro capítulo dedicado a su ascenso al generalato, a su impresión por ser el general más joven de Europa. Otro capítulo podía dedicarse a la proclamación de la República, a su etapa como director de la Academia General Militar de Zaragoza y a sus gestiones primeras como pacificador. El decimotercero, en mi índice, trataba del Movimiento Nacional en tres momentos: la disposición de la guerra, el comienzo de la misma y el final. A continuación, venía un capítulo sobre la segunda guerra mundial, su actitud de neutralidad en ella, su documentación y su correspondencia con los principales protagonistas de aquel conflicto. Continuábamos con dos capítulos: uno sobre Hitler y otro sobre Mussolini. Después, la terminación de la segunda guerra mundial. Posteriormente, las Memorias debían referirse, ya sin una capitulación rigurosamente establecida, a los siguientes temas: el bloqueo de España, la etapa de la autarquía española, la recuperación de nuestra economía (aquí se debían incluir detalles como la fundación del Instituto Nacional de Industria y del Seguro Obligatorio de Enfermedad), las relaciones internacionales de nuestro país (vuelta de embajadores, pactos y acuerdos de amistad), evolución y desarrollo del régimen político y así sucesivamente... Al final era imprescindible incluir, a mi juicio, un apéndice con su hoja de servicios, tal y como ésta figura en el expediente militar; un índice bibliográfico de discursos y otro muy importante, a mi modo de ver, sobre la Guerra Civil Española. Éste podría ser el libro.

Su Excelencia, al verlo y según ya he dicho, lo aprobó sin reserva. Me dijo que había hecho un buen trabajo y que creía poder ajustarse al patrón que habíamos marcado. Luego me indicó:

-Debemos poner manos a la obra inmediatamente.

Mientras habíamos hecho los ejercicios de recuperación de habla, utilizamos mi magnetófono. Las cintas también las había llevado yo. Me pareció, sin embargo, que para dictar las Memorias no se debía utilizar este magnetófono. Se lo dije y el Caudillo

ordenó que le compraran uno y se adquirieran también cintas suficientes. Un día me lo enseñó todo en su dormitorio. Algunas jornadas después me dio la sorpresa:

-Aquí está grabada la primera cinta.

La escuchamos. Me pareció perfecta de dicción y de tono. El Generalísimo, por otra parte, dictaba con una puntuación correcta. Hablaba bajo, pero su timbre era sensiblemente mejor al de las últimas semanas. Los entrenamientos con el magnetófono habían dado sus resultados. Su voz se entendía perfectamente. La cinta cubría treinta minutos de grabación y, tal y como indicaba el índice, Franco hablaba, en primer lugar, de El Ferrol; de la llegada de su familia a esta villa marinera; del cariño que sentía por su madre y, también, del ambiente que había respirado en los primeros años de su vida. Era, en resumen, un capítulo interesante, ameno, bien contado y, desde luego, lleno de sinceridad.

Cuando terminamos de escuchar la grabación, el Generalísimo me volvió a plantear la misma cuestión que ya me había comunicado cuando se me ocurrió la idea:

-El problema, doctor, está en quién copia a máquina estas cintas.

-Su Excelencia -dije- tendrá alguna persona de su confianza...

-Usted sabe que eso no es posible -respondió sonriendo.

-Dígame, pues, qué se puede hacer -le respondí preocupado.

-Usted me ha dicho que su mujer le pasa a máquina las cintas magnetofónicas en las que graba los tratamientos a sus enfermos...

-Sí, desde luego.

Bueno, pues yo creo que la única persona que puede hacer esto es ella. La única en la que yo confiaría; primero, porque tiene cultura y, segundo, porque es discreta. Creo, doctor, que nadie como ella puede mantener nuestra obra en secreto.

Realmente no esperaba estas palabras del Caudillo. Eran una prueba de confianza, que me emocionó extraordinariamente. Sin embargo, caí en la cuenta de los problemas que a partir de entonces se me iban a plantear. Pensaba que por mucha discreción que utilizara, podía suceder que en algún momento, alguien, no importa quién, escuchara la voz de Franco y trascendiera el hecho de que estábamos trabajando en unas Memorias. Últimamente yo había tenido algunos disgustos con alguno de los que rodeaban al Generalísimo. Habían empezado las envidias. Ciertos personajes no se daban cuenta de que yo tenía una confianza derivada de mi dedicación, de mi cuidado de la salud de Su Excelencia. Además, Franco tenía una extraordinaria capacidad de captación. Yo, desde luego, no había sido extraño a ella.

Le respondí al Generalísimo:

-Tengo que hablar con mi mujer. Estoy seguro, porque sé la mucha admiración

que ella le profesa, que va a decir que sí. Para ella, para nosotros, será un enorme honor, pero también, Excelencia, un tremendo compromiso.

-No hay otro remedio. Yo grabo las cintas, usted se las lleva, Consuelo las transcribe, me las devuelven, las corrijo y nuevamente su mujer las pasa a limpio. Me guardo el pliego definitivo y voy almacenando el material hasta que tengamos escrito el libro completo. Creo que éste es el mejor método, ya le digo que no hay otro.

Cuando pensé lo que el Caudillo me había comunicado, caí en la cuenta de que cuanto había dicho estaba muy meditado, muy pensado, que no era una expresión primaria. Creí, por tanto, que resultaría muy difícil hacerle cambiar de opinión. Me convencí de que su idea era la más adecuada, que debía aceptarla y, como él mismo decía, había que poner manos a la obra.

Pronto hicimos la prueba y una vez transcrita la primera cinta magnetofónica, se la entregué. Mi mujer estaba realmente emocionada. Me dijo que el relato estaba hecho con calor, con vida, con gran fluidez.

Franco tardó muy poco tiempo en hacer las correcciones precisas a los primeros folios que le había llevado. Con este método hicimos cuatro grabaciones, que alcanzan en el tiempo hasta el momento de su entrada en Regulares, en Melilla. Los folios, una vez corregidos, Su Excelencia los guardaba en su propia caja de seguridad. Nunca abandonaba las cintas previamente grabadas; siempre estuvieron sobre la cómoda de caoba de su habitación: un lugar que quedaba permanentemente a su vista. Incluso tuvo la precaución de situar las cintas, unas encima de otras y en una determinada posición.

Al pasar las grabaciones a máquina no se hacía más que un original y una copia. Ese era el compromiso que teníamos y que siempre respetamos. Entregaba a Su Excelencia tanto el original como la copia, para que él los utilizara cuando quisiera. Carmen Franco, hija del Caudillo, recogió todo este material una vez muerto su padre. Después del entierro, sin embargo, yo me encontré con la tremenda sorpresa de que todo el mundo trataba de saber dónde estaban las cintas. Así supe que, realmente, había habido filtraciones.

El Caudillo, sin embargo, no quiso que nadie supiera que estaba grabando sus propias Memorias. Las tres únicas personas que, oficialmente, conocíamos la existencia de las cintas grabadas y de los folios redactados éramos Su Excelencia, Consuelo y yo. Ni siquiera la Señora. Yo, por mi parte, en una ocasión, le dije a Carmen:

-He convencido a tu padre para que, sin escribirlas, grabe sus Memorias. Mi argumento ha sido que un día tú tendrás el original para hacer de él lo que creas más conveniente; tanto si se trata de reivindicar la memoria del Generalísimo, como si lo necesitas de apoyatura económica.

Carmen Franco me respondió:

-Gracias.

Cumplí con mi deber, y ella se dio por enterada. Sellamos también el compromiso de mantenernos en silencio hasta la muerte de Franco. No creo que ella lo

rompiera.

Tengo que decir que nadie, que yo sepa, oyó nunca a Franco grabar las cintas. El dictaba al magnetófono en su propio despacho, sin que hubiera otra persona delante. En el despacho, Franco manejaba sus documentos y utilizaba sus archivos. Tenía, todo el mundo lo recuerda, una memoria prodigiosa. Un día me dijo que, alguna vez comprobaba alguna fecha, por ver si se había equivocado. Nunca o casi nunca tuvo que rectificar. Señaló que las grabaciones le costaban muy poco tiempo, pero que, sin embargo, antes de iniciar el dictado hacía un laborioso plan de preparación. Se encontraba muy contento de cómo le estaban saliendo las cosas, del resultado que él veía escrito en papel. En una ocasión me dijo que nadie podía sospechar nada:

-Tengo encima de mi mesa tantos papeles que cuando alguien pide permiso para entrar coloco encima un expediente para ocultar el magnetófono.

Las grabaciones las dictó en cintas magnetofónicas de 60 o de 90 minutos y las realizó en cuatro etapas. Su hija, la duquesa de Franco, nos ha permitido reproducir algunos fragmentos. Agradecemos esta valiosísima aportación, que ayuda a completar, con sus propias palabras, la personalidad y la propia vida de Francisco Franco.

En el Noroeste de nuestra península, la ría del Ferrol constituye un magnífico puerto natural, rodeado de montañas, con amplio fondeadero y con un estrecho canal de entrada, elegido en tiempos de Fernando VI, para establecer en ella una base naval, con sus astilleros y arsenales, en donde, desde entonces, quedó establecida la Jefatura del Departamento Marítimo, con jurisdicción sobre toda la costa norte, desde la frontera francesa a la portuguesa. Esta gran obra fue continuada y ampliada por su sucesor Carlos III, que volcó en ella sus mejores afanes.

Con este motivo, hubo de concentrar grandes medios y realizar amplias obras que ocuparon, con sus instalaciones, toda la costa norte de la ría, al tiempo que se levantaba una nueva población, con plazas y calles, tiradas a cordel que, uniendo los tres barrios viejos de Cruceiras, Canido y Esteiro, fue rodeada de murallas y baluartes, con los castillos a la entrada, que la barreaban y que la convirtieron en plaza fuerte. En una de las calles de esta gran ciudad, la denominada de María, hoy de Frutos Saavedra, el 4 de diciembre de 1892, he venido al mundo.

Con aquel mismo fin, se incorporaron, del resto de la nación, los medios administrativos, técnicos y especializados necesarios, para dotar a la base del personal idóneo, entre los que vino, como maestro de velas de los bajeles de Su Majestad, de Puerto Real (Cádiz), Manuel Franco de la Madrid, del que descende la familia Franco, dedicada desde entonces al servicio de la Marina, y entre los que destacaron, por los altos puestos alcanzados, don Francisco Franco Vietti y su hijo Nicolás, mi padre, ambos intendentes generales de la Armada, así como lo fue mi otro abuelo, el padre de mi madre, don Ladislao Bahamonde y Ortega, también intendente general de la Marina.

Nuestra familia estaba compuesta por mis padres, que respondían al tipo medio de los señores de entonces: ellos severos, adustos, autoritarios, fríos en

religión, que la consideraban como cosa de mujeres; ellas virtuosas, creyentes, fieles, que constituían el verdadero ángel del hogar. Religiosas y amparadoras de los hijos, ante los que, muchas veces, tenían que hacer de madre y de padre. La completaban los cuatro hermanos: Nicolás, Francisco, Pilar y Ramón, distanciados entre sí catorce o quince meses, excepto Ramón, que se distanciaba de mi hermana en dos o tres años. Esto le llevaría, sin duda, a ser en la infancia el más tranquilo y pacífico de los hermanos.

Mi infancia fue corta y sencilla, y no registra apenas hechos importantes. Fui bautizado en la iglesia castrense de San Francisco. Fueron mis padrinos los dos hermanos de mi padre: Paulino y Hermenegilda. Me pusieron por nombre Francisco, Paulino, Hermenegildo y Teódulo. El primero, en recuerdo de mi abuelo, ya fallecido. Los dos siguientes, por mis padrinos, y Teódulo, por el santo del día. Sin duda no quisieron ponerme Bárbaro, que sería el otro santo del día que me hubiera correspondido.

En los primeros años de mi infancia, fui a un colegio mixto, regido por dos señoritas, doña Aurora y doña Pepita, de cerca de nuestra casa y al que asistían otros chicos de mi edad, de familias amigas. De aquí pasé al colegio de primera enseñanza de don Manuel Comellas, que había venido a sustituir al viejo sacerdote, don Marcos, que hasta entonces los regía.

Nuestros amigos comprendía a todos los muchachos de nuestra edad de la ciudad, que iban desde los condiscípulos a los parientes más próximos, entre los que destacaban los primos hermanos, los de Lafuente Bahamonde, hijos de la única hermana de mi madre, casada con un capitán de navío de la Marina, que vivían en la casa de mis abuelos. y también teníamos gran relación con los Franco Salgado, primos de mi padre, por la circunstancia de ser éste su tutor y haber venido a vivir a una casa próxima a la nuestra. Precisamente, una de las hermanas, Candelaria, interviene en un suceso emotivo y memorable de mi vida: el prepararme para mi Primera Comunión.

Los juegos eran los tradicionales en aquellas épocas y variaban con los meses del año. Así, había el mes del trompo; otro, de las cometas; otro, de la villarda, marro, rescate, justicias y ladrones. Solíamos jugar en la plaza de Amboage, como más próxima a nuestra residencia, y en el paseo de Herrera, enfrente de la casa de mis abuelos y primos. Cuando disponíamos de más tiempo, íbamos a la Alameda de Suanzes, algo más alejada. En los días festivos, realizábamos excursiones a los alrededores, a los pueblos de la Ría. Con mucha frecuencia, subíamos a Chamorro, situado al oeste de la plaza sobre la ladera de Pico Douro, donde existe una ermita en que se rinde culto a la Virgen de Chamorro, de gran devoción popular y a la que se asciende por una senda de montañas, que algunas personas suben de rodillas, para ofrecer sus votos a la Virgen. Entre sus devotas, figuraba mi madre, quien la ofrecía algo, siempre que sus hijos estaban en peligro. ¡Cuántas veces, a mi vuelta de África he ido acompañándola, en cumplimiento de sus promesas! y aun hoy, en mis visitas a Ferrol, no dejo de ir a orar unos momentos ante la Virgen, que sin duda debe de haber contribuido tanto a lo que suelen llamar mi buena estrella.

El ambiente de la ciudad era profundamente naval, pues no en vano pertenecían a la Marina la mayor parte de las actividades de sus habitantes.

La vida, hecha al empaque de una sociedad jerarquizada, era modesta y sencilla, aunque a espaldas de estas apariencias se registraban irritantes desigualdades sociales. Recuerdo lo que impresionó mi sensibilidad infantil el bajísimo nivel de vida de las aguadoras que suministraban el agua a las casas. Después de hacer grandes colas en las fuentes públicas, a la intemperie, percibían quince céntimos por transportar y subir a los pisos, sobre la cabeza, las sellas (herradas) de veinticinco litros de agua. O aquel otro caso de mujeres que, en el puerto, descargaban, por una peseta de jornal al día, el carbón de los barcos.

Un suceso de gran trascendencia había contribuido grandemente al ambiente que desarrolló mi infancia: la pérdida de las Colonias, cuya resaca acompañó aquellos años de mi vida. El recuerdo de Cuba y Filipinas estaba presente en las conversaciones familiares.

El nivel de la enseñanza en El Ferrol, en estos años, era en general, bajo. No existían colegios religiosos masculinos y cuanto más tiempo pasaba, se acusaba más la diferencia y el atraso de no seguir el paso del resto de la población. Faltando escuelas, los profesores se limitaban a tomar la lección de memoria, por el libro, sin explicaciones ni aclaraciones. No había instituto de segunda enseñanza, y para los exámenes había que trasladarse a La Coruña. En cuanto a la preparación para la Marina, estaba mucho mejor servida, pues existían varias academias, con limitado número de alumnos, dirigidas por marinos o militares, que llegaban a alcanzar gran fama, por sus éxitos en las oposiciones. Entre ellas, la regida por un capitán de corbeta, don Saturnino Suanzes, fue la por mí elegida para ser su alumno. El estar enclavada en El Ferrol a bordo de la fragata *Asturias*, fomentaba el interés de los opositores por estos colegios que recibían alumnos del resto de España. En este estado de mis estudios, en la primavera de 1907, cuando se esperaba el anuncio de la convocatoria, un suceso inesperado vino a arrojar un jarro de agua fría sobre mis ilusiones: no había convocatoria. Se cerraba la Escuela Naval. Resolución que nadie acertaba a comprender que esto se hiciese precisamente en los momentos en que la Nación se enfrentaba con la construcción de la nueva escuadra, que había de hacer necesario, a corto plazo, un mayor número de oficiales. y este hecho pasó a ser decisivo para mi porvenir. Desbordó los proyectos que habíamos concebido. La mayoría de mis compañeros se había decidido por la carrera militar, en que la preparación era muy semejante y menos exigente. Así regresé aquel día a casa, del colegio, con el propósito de convencer a mis padres para seguir el mismo camino.

Se me contestó con su resistencia, por mi corta edad, pues no era lo mismo ingresar en una escuela, existente en la misma ciudad donde vivían mis padres, entre chicos de edades inferiores a los 17 años, que tener que marchar a otra capital, alejada, entre alumnos de mucha más edad. Por fin, conseguí convencer a mi padre, no tanto a mi madre, pero con la condición de que fuera a una academia con régimen de internado, lo que decidió mi presentación en la

Academia de Infantería de Toledo. Esto representó mi próxima salida al interior de España...

El segundo fragmento recoge el ingreso y parte de su estancia en la Academia.

El viaje a Toledo, para los exámenes, iba a contribuir a formarme una primera y ligera visión de España. Todo se presentaba para mí como una novedad. Mas al no existir los medios de información de hoy, ni los modernos de relación y transporte, se vivía cercado por el ambiente local.

Para emprender el viaje había que tomar el tren en La Coruña o en la estación de Betanzos. Resultaba más cómodo y ,t práctico el viaje de dos horas, por mar, a La Coruña, que el tener que utilizar la diligencia, durante más de siete, ya que el ramal del ferrocarril en construcción, entre Ferrol y Betanzos, seguía el ritmo de las obras públicas del Estado, en aquella época, que no se sabía cuándo iban a acabar, pese, en este caso, al interés de la Marina en su terminación.

De esta forma, recibí la citación que se me hacía, para mi presentación en los exámenes de Toledo, un día caluroso de julio. Acompañado por mi padre, emprendimos el viaje hacia Madrid. Deliciosa fue la primera parte del viaje en el recorrido por Galicia, pese a las incomodidades que el trayecto entrañaba por su difícil trazado y deficiente estado de la vía. Una mejora importante había tenido recientemente el viaje: la incorporación al pasaje de primera de algunos vagones de corredor, en los que podía el viajero levantarse y moverse durante el recorrido. La parte más molesta del trayecto era el paso entre Lugo y León, por los numerosos túneles, con sus humos asfixiantes y el abrir y cerrar ventanas, para aliviar la situación. Pronto disminuyó la vegetación y empezaron a presentarse los montes pelados, sólo alterados por la zona de viñas del valle del Bierzo. Este contraste entre Castilla y Galicia viene a mis ojos a justificar la admiración expresada por los visitantes de Galicia y la ponderación del paisaje que a los chicos tanto nos sorprendía.

He de confesar que este primer viaje con mi padre, rígido y adusto, no resultara divertido, pues le faltaba la confianza y la solicitud que le hicieran cordial. ¡Qué diferencia con los futuros viajes con los compañeros! Entrado en la dilatada llanura de Castilla, el tren parece precipitarse, con propósito, sin duda, de ganarse el retraso acumulado en la parte montañosa del recorrido. Bajo este traqueteo del tren, necesitábamos pasar la noche, para amanecer en el cruce de la Sierra. Allí quedaba Ávila, recoleta tras sus viejas murallas. y más abajo, El Escorial, desde donde Felipe II gobernaba el mundo. Y, en seguida, el llano Madrid, con sus modestos pueblos y diminutas colonias veraniegas. Y, tras una dilatada parada, para conceder la entrada, la llegada a la estación del Norte, donde esperaba la algarabía de los mozos de cuerda y la salida a la espera de los coches de punto y los ómnibus de los hoteles. Ya estamos en el Madrid feliz de los quinientos mil habitantes.

El paso por Madrid no pudo ser más rápido. Unas horas para asearse,

visitar a unos parientes y recoger una carta de recomendación, para volver, a la tarde, a tomar el tren para Toledo. Así, salvo el paso a través de las avenidas y calles principales, quedaba para mí inestimable, la capital de España.

Esto de la carta de recomendación era cosa que yo no alcanzaba a entender. Me parecía un vicio que arrastraba la sociedad, que no podría tener influencia en el ingreso en un establecimiento militar y que podría alcanzar efectos contrarios a los pretendidos. Así se lo expresé a mi padre, que acabó por comprenderlo.

Por otra parte, las cartas en sí carecían de valor. ¡Quién iba a decirme entonces que, veintiún años después, me iba a corresponder, como director de la Academia General Militar, el corregir estos abusos!...

Mediada la tarde, en un viaje en tren, de dos horas, salimos para Toledo. Próximos a la llegada, al cruzar la Vega, se nos presentó la vista magnífica de la ciudad, coronada sobre la cumbre por su Alcázar y más abajo, la Catedral y los principales monumentos, asomándose sobre las casas de la vieja urbe. Frente a la estación, nos esperaban las típicas galeras, tiradas por seis caballos que, cruzando el Tajo por el viejo puente de Alcántara, iban a enfrentarse con la dura faena de remontar la cuesta del Miradero, que da acceso a la típica plaza de Zocodover, mentidero y centro comercial de la población, y en donde se dislocaba el tráfico, para tomar por el laberinto de las estrechas y sombreadas callejuelas, que imprimieron su carácter a esta antigua población dormida en el tiempo.

Allí nos esperaba el que había de ser mi apoderado durante mi futura estancia en la Academia, quien nos pilotó hasta la calle del Horno de Bizcochos, en la que estaba el alojamiento que nos había buscado para nuestra estancia en la ciudad. El día siguiente había sido señalado para mi presentación en el Alcázar. La impresión que me produjo la entrada, la grandeza de su patio de Armas, presidida por la estatua de Carlos V, con aquella leyenda en su base: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez», fue inenarrable. La emoción que me producían esos lugares gloriosos, con sus piedras seculares, embargaba mi ánimo y desbordaba mis ilusiones. Lo que sí puedo decir es que aquí, en la cuna de la Infantería española y ante la evocación de sus glorias, se desvanecían mis antiguos sueños marineros y descubría que iba a hacer algo importante en mi vida, al tener el honor de vivir bajo esos techos.

Mis exámenes discurrieron perfectamente. Primero, asistí como espectador, a los exámenes de uno de los tribunales, considerado como el más duro, mal llamado en la ciudad «el tribunal de la sangre», por los muchos suspensos que decían repartía. Y nada de dureza aprecié en él. Así que cuando me correspondió actuar ante el mismo, estuve completamente tranquilo, pasándolo con mucha facilidad. De este modo, a los nueve días de mi estancia en Toledo, superadas ampliamente las pruebas por las notas conseguidas, podía ya considerarme cadete. Libre ya de la preocupación de los exámenes, mi actividad se concretó a cuanto se relacionara con mi vida como cadete. La visita detallada a la Academia y a sus servicios, el encargo del uniforme, las pruebas de los sastres, etc., pasando a segundo lugar la visita a la ciudad, que se concentró en la

Catedral, con sus tesoros artísticos. Tiempo iba a tener, los próximos años, para disfrutar con la contemplación de otros lugares artísticos o históricos, que entonces iban tornando importancia. Así, atendiendo a lo más urgente, decidió mi padre el regreso al Ferrol, donde debía esperar mi nombramiento oficial de cadete...

Este verano de 1907 continuó para mí lleno de satisfacciones. La llegada de la comunicación oficial de mi designación como cadete. La de vestir, por primera vez, el uniforme, con mi guerrera y pantalón rojo de la Infantería y mi correspondiente espadín o sable. ¡Qué mayor ilusión para un muchacho de catorce años!

El primer acto de mi vida oficial fue mi presentación a la autoridad militar, en la persona del general gobernador de la Plaza.

Por otra parte, el cuidado del uso del uniforme, del buen porte militar, de la perfección en el saludo a los superiores y el cambio natural de impresiones con los otros nuevos cadetes, ingresados, ocupaba todo mi tiempo.

Pronto pude apercibirme que el paseo en uniforme por la ciudad, no resultaba fácil ni cómodo, sobre todo, el recorrido por la calle principal, frente al Casino, donde se acumulaban los primeros grupos de jefes y oficiales, que sometían a su juicio crítico la pretendida marcialidad de los cadetes.

El verano resultó cortísimo, ya que en los últimos días de agosto tenía que realizar mi presentación en Toledo, para llevar a cabo mi filiación como cadete. Ésta tuvo lugar en un Alcázar, todavía en vacaciones, casi vacío, ante el personal administrativo, que me designó a la tercera Compañía, que ocupaba en la segunda planta del Alcázar, los frentes y la explanada de gimnasia y el de la población, asignándome el número de filiación 4.595, que había de acompañarme en toda mi vida como cadete, y con el que debía marcar toda mi ropa y enseres. En este destino a la tercera Compañía, parece que no me acompañó la suerte. Pues, según la opinión de los que se tenían por más enterados, se debía a la circunstancia de prestar servicio en ella dos de los tenientes de peor fama, que, lejos de hacerse querer y respetar, decían que ponían en peligro la interior satisfacción de la Compañía.

La principal ocupación que en estos días nos embargó, fue marcar con el número nuestras ropas y ensayar su colocación en la papelera-pupitre, con arreglo a un diseño reglamentario que se nos entregó, lo cual constituía un verdadero problema, por lo limitado del espacio, que requería gran habilidad, para ponerlo en estado de revista que pronto habríamos de sufrir.

De esta semisoledad en que nos encontramos, pasamos a la llegada, en las últimas horas del último día de agosto, del resto de los cadetes. Las salas se convertían en hervideros humanos, ante los que los novatos nos sentíamos cohibidos, por los gritos y acciones que nos dirigían los antiguos. Comenzaba el duro calvario de las novatadas. Triste acogida que se ofrecía a quienes veníamos llenos de ilusión a incorporarnos a la gran familia militar. La mala impresión que me produjo este abuso y contrasentido de las novatadas, se conservó durante

toda mi vida, cuando hubiera sido tan fácil, asignar a cada nuevo alumno, un padrino entre los antiguos, que se ocupase de tutelarlos, guiarlos y protegerlos siendo responsables de cuanto les sucediera, facilitándoles y haciéndoles cordial su ingreso en el Ejército, como se estableció, pasados los años, en la Academia General Militar de Zaragoza.

Dura fue esta primera noche, que bien pudiéramos llamar toledana, si a los gritos de las novatadas, unimos el ruido y trajín de los cadetes que regresaban en el último tren, lo cual duró hasta bien entrada la noche. Y, cuando, al fin, pudimos conciliar el sueño, sonó el toque de diana y, de nuevo, las conminaciones que nos dirigían los antiguos, nos arrojaron de la cama.

No habían hecho más que comenzar nuestras dificultades pues, cuando nos dirigíamos al cuarto de aseo para lavarnos, nos vimos forzados a hacer cola, al ser el número de lavabos la tercera parte de alumnos y pasar, por delante de los novatos, los de las promociones anteriores. Así que tuvimos que conformarnos con un aseo hartamente precario que, para lo sucesivo, resolvimos con levantarnos media hora antes del toque de diana.

Al toque de fagina, la llamada para el desayuno, asistimos en formación al comedor, que estaba situado en la parte más baja del Alcázar, a donde nos dirigíamos en riguroso silencio, bajo el mando de los oficiales de servicio, sujetos, por lo tanto, a su disciplina y sanciones. En el comedor permanecíamos en silencio hasta estar reunidas todas las Compañías, momento en que el jefe de servicio mandaba el Punto, para sentarse y poder hablar.

En las mesas nos esperaban las tradicionales migas, famosas en el Ejército, que tanto se prodigaban en los campos de Castilla, que daban una gran base alimenticia al desayuno, que empezaba a consumirse con timidez, pero que pronto se comían en forma considerable.

Un hecho que nos sorprendió desde el primer día, fue el conocer de cerca la situación de privilegio de que gozaban los cadetes externos. Vivían con sus familias e iban a la Academia a las clases y prácticas. En el argot militar se les conocía con el nombre de «medias»; recibían así un trato preferente, al estar libres de las sanciones que a los internos se les prodigaban por pequeñas faltas o infracciones.

En esta mañana del primer día del curso académico, reunidos en el patio del Alcázar, fuimos distribuidos por clases. y fuimos a formar frente a las puertas de, las aulas, donde, a las órdenes del más antiguo, esperábamos la presencia del profesor este, después de pasar lista y firmar la primera hoja de nuestros libros, nos señaló la lección para el día siguiente. y de este modo fui conociendo, al correr de la mañana, a los tres instructores que íbamos a tener durante el curso.

No es necesario encarecer el cambio sufrido por el alumno en esos primeros días. Pasar de la sosegada vida de familia a tener que realizar todo a toque de corneta, agravado por las novatadas, aumentaba las dificultades de esta difícil etapa.

La amplitud de nuestra promoción, que alcanzó la cifra de trescientos cincuenta cadetes, hacía difícil el conocerlos y concertarnos, aun dentro de la misma Compañía. Había mucha diferencia de edades, que iba desde unos cuarenta muchachos que teníamos entre 14 y 15 años, pasando por un centenar y medio de 16 a 18, otro centenar de 18 a 20 y unos cuarenta de más de 20.

Este desconocimiento entre nosotros hizo que tardásemos en darnos cuenta de la fuerza con que contábamos que, al conjurarnos para hacer la ofensiva, hizo que al trascender nuestra decisión, se terminasen las novatadas.

Esta diferencia tan grande de edades, hacía que se formase en las Compañías un residuo de perdigones resentidos que acababan por imprimir su pesimismo en el ambiente general de la Compañía. Es lamentable que una minoría indeseable, siguiendo viejas tradiciones, pudiera afectar de manera tan grande al espíritu de una Corporación, ante los llamados a evitarlo.

La instrucción militar comenzó desde el primer día, utilizando como instructores a los alumnos del tercer año, y tuvo lugar en los patios y explanadas de la Academia, hasta constituirse las Compañías tácticas y el batallón de alumnos. Con éste salíamos al campo de tiro de la Vega o a los montes de San Servando, para lo que necesitábamos atravesar la población con la consabida pérdida de tiempo.

Una contrariedad nos esperaba al recibir el armamento, en el que, por primera vez, nos asignaron a los más jóvenes, fusiles a los que se les había cortado unos quince centímetros de longitud del cañón. No sabemos a quién se le había ocurrido tan malhadada idea, aunque los alumnos lo achacaron a varios profesores que tenían hijos alumnos en edades inferiores. El hecho fue que los recibimos mal y no lo cumplimos, pues nos las arreglábamos para coger los fusiles ordinarios disponibles de los compañeros enfermos, aunque exponiéndonos al peligro de ser arrestados si nos cogían. También aquí molestaban los hijos de papá.

El profesorado estaba formado por los comandantes y capitanes del Arma de Infantería, puestos distinguidos a los que se llegaba por designación ministerial, aunque luego, encastillados en una mal entendida libertad de cátedra, pudieran olvidarse de su misión primordial: la formación total del alumno que, ante la inhibición de aquellos, quedaba entregado al arbitrio de los tenientes ayudantes de profesores, poco estimados por los cadetes y que eran los que mantenían el contacto directo con los alumnos.

Es cierto que las Compañías tenían orgánicamente asignado un comandante, pero inoperante, pues no mantenía la menor relación con sus cadetes, a los que veía únicamente una o dos veces por año, con motivo de la Revista General de Ropa y Armas. Faltaba la relación directa del mando, que preconizan nuestras Reales Ordenanzas, privándose al alumno, en sus problemas, del autorizado consejo de su capitán.

Las materias de estudio estaban distribuidas en tres agrupaciones. La

primera clase, que abarcaba los estudios militares, tácticos, logísticos e históricos. La segunda, que comprendía las ciencias aplicadas. y la tercera, menos apreciada, con respecto a las otras dos, que registraba las armas portátiles, la educación moral del soldado, las leyes penales militares, de las que quedaban encargados los tenientes ayudantes de profesor.

Aunque hemos de reconocer la importancia relevante que para la formación total militar tienen en rango las primeras y segundas clases, estimo que no puede menoscabarse lo que desde la salida de la Academia va a constituir, para el oficial, base de la función de cada día.

En este orden, constituí un testigo de excepción, por haberme correspondido, en la clase tercera, como profesor, un teniente, con el título de abogado, que nos enseñó, de forma tan clara las leyes constitucionales, los fundamentos de la jurisdicción militar y las leyes penales militares, familiarizarnos con el manejo de los códigos y practicando la materia y sus enseñanzas, que me sirvieron de mucho en mi vida militar y que agradecí frecuentemente al correr de mi vida.

No había transcurrido mes y medio de nuestra incorporación a la Academia, cuando iba a tener lugar un acontecimiento de gran trascendencia y para el que se nos venía preparando: la Jura de la Bandera, que consagraba con juramento perpetuo la entrega total y voluntaria de nuestra vida a la Patria. Ésta tuvo lugar el 13 de abril de 1907, en uno de esos días luminosos de Castilla. El marco para la ceremonia no podía ser más grandioso: el patio de armas del palacio de Carlos V, ocupado por el batallón de alumnos en perfecta formación, y en las amplias galerías, las familias de los cadetes. En este escenario se desarrolló el acto. A las notas vibrantes del cornetín, sucedió la aparición de la bandera, acogida por el himno nacional. A su presencia, una corriente de emoción invadió al conjunto. Terminado el himno, se elevó la voz templada del oficial, que tomaba el juramento con las frases entonces en vigor: «¿Juráis a Dios y prometéis al Rey servir constantemente sus banderas, defenderlas hasta perder la última gota de vuestra sangre y no abandonar a los que os están j mandando en acción de guerra o preparación para ella?» Y, al contestar: «Sí, juramos», se quebraron muchas voces en las gargantas, conscientes de lo que juraban. De cómo lo cumplieron, responde ya la Historia, con sus innumerables héroes y mártires de esa promoción caídos por España.

Nuestras relaciones con la población eran, en general, frías. Se limitaban a dos horas y media de paseo los sábados, para efectuar nuestras pequeñas compras, y desde las doce del domingo, hasta las ocho de la tarde. Teníamos la sensación de constituir para la capital una mera operación mercantil, a la vez que para los cadetes, que contemplaban desde el Alcázar la ciudad acostada a sus pies, se les presentaba Toledo como una población atrasada, dormida en el siglo XVI, cuya grandeza se desconocía sin que nadie: promoviese conferencias o actos de visita a sus monumentos y lugares importantes. ¡Cuánta ocasión perdida! Cuando hubiera sido tan fácil, para compenetrar las Armas y las Letras, como soñó Cervantes.

La enseñanza, en general, era rutinaria. Se seguía el sistema memorista, tan cómodo para el profesor adocenado, pero en pugna con mi anterior preparación para la Marina, en que se buscaba la razón y el porqué de las cosas, por medio de preguntas y de pegas. He de confesar que me costó mucho adaptarme. Por lo demás, fui un estudiante corriente, con afán de saber y no de pasar. Estudiaba todos los días mis lecciones como si me fueran a sacar en clase. Y, una vez que intenté aprovechar el conocimiento previo de que iba a ser interrogado, no salí muy bien parado. Relataré esta anécdota por la importancia que estas cosas tuvieron en la formación de mi carácter.

Discurría el estudio sobre fortificación, en mi segunda clase. El profesor era hombre bueno y fácil de contentar. Nos solía interrogar por riguroso turno y yo había quedado, en orden de actuación, para el siguiente día. El hecho de existir dos días festivos intermedios me ofrecía tiempo para prepararme. La lección que correspondía estaba dedicada a los trazados en las fortificaciones. Materia ardua a la que el libro de texto dedicaba corto espacio, en forma muy oscura e imprecisa. Se me presentaba ocasión de lucimiento si conseguía aclarar conceptos, consultando otros autores sobre la materia. Y así lo pretendí, dirigiéndome a la biblioteca para realizar las consultas convenientes, en lo que me ayudó el capitán bibliotecario, que se interesó por lo que buscaba, lo que me facilitó encontrar la bibliografía y fijar ideas sobre la materia, de lo que tomé las oportunas notas. Así, fortalecido en mis ideas, salí a la pizarra el día esperado para mi intervención.

Empecé mi exposición recordando los distintos factores que condicionan la decisión sobre una fortificación y la depreciación progresiva que la fortificación sufre con el paso del tiempo, por los continuos progresos de las armas y el aumento de potencia de los medios de combate, que hacen que las fortificaciones sean antiguas en pocos años. El profesor, que hasta entonces parecía escucharme paciente, cuando comenté el análisis de los sistemas en auge, al referirme a sus trazados cambió de gesto y, como malhumorado, me interrumpió diciéndome que no estábamos en el Ateneo, que no me sabía el libro, y que me ponía un mediano.

Mi fracaso no podía ser más rotundo, sin que ni el afecto que entonces me brindaron mis compañeros lograra atenuar.

Esta anécdota había de tener su conclusión veinte años después. Cuando de coronel de la Legión, tras el desembarco de Alhucemas, me correspondió fortificar el amplio sector cubierto por la Legión, en lo que puse toda mi atención y cuidado, con tal suerte o acierto, que llamó ampliamente la atención por su originalidad y eficacia, siendo compartido este juicio por el general en jefe don Miguel Primo de Rivera, que lo visitó. Tanto le impresionó que, de regreso a Ceuta, ante los jefes de cuerpo, reunidos en la Comandancia General, hizo grandes elogios de la fortificación que acababa de conocer y, al reiterarme su felicitación, me preguntó dónde había aprendido tanto. Daba la casualidad de que, entre los jefes de cuerpo reunidos, se encontraba mi antiguo profesor de fortificación en la Academia, que le presenté al general y que le felicitó por haber conseguido tan destacado discípulo, lo que él escuchó confundido, sin más comentario.

Este tema de fortificación había de ser materia a la que dedicué preferente atención toda mi vida.

Pese a los defectos que en la enseñanza y formación del alumno se registraban, la materia prima era tan buena y los afanes de servicio y superación tan grandes, que los resultados de su formación militar pueden estimarse como buenos.

Por otra parte, ¡puede tanto el ejemplo! No en vano, el pecho de los militares es espejo en el que sus inferiores se miran y entre las cruces y medallas que lo decoran, las de guerra despiertan la mayor admiración y respeto.

Entre otros muchos recuerdos, el que verdaderamente concentra nuestra atención, es el caso de un comandante, condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando, por su conducta heroica. Había luchado al arma blanca con el enemigo y conservaba, en su cabeza, las gloriosas cicatrices de los machetazos recibidos. Ello solo nos enseñaba más que todas las otras disciplinas. De aquí la gran importancia que tiene la elección del profesorado en estos centros, que han de ser representación viva de las virtudes castrenses. No podemos menos de recordar lo estimulante que resulta la visita a la Academia, de los militares destacados por sus grandes méritos y la impresión que produce en los cadetes el conocer de cerca a los militares gloriosos, formados en sus mismas aulas.

Conforme pasaba el tiempo, poco estimulado por el resultado de mis estudios, me iba maliciando, utilizando la libertad de que disponía para concertarme con un compañero y cambiar su clase de equitación por la mía de gimnasia, duplicando, de este modo, mi clase de equitación y sirviendo a mi afición a los caballos, que había de conservar toda mi vida. O, lo que era peor, distraer mi tiempo en tareas más atractivas, con la lectura de novelas o algún amorío prematuro, que distraía mi atención preferente del estudio.

Los cursos se desarrollaban con toda normalidad, sólo alterada por el toque de general a que, a iniciativa del coronel, ponía a la Academia en estado de alarma, interrumpiéndose, a sus ecos, todos los actos y yendo los alumnos, a paso ligero, a formar en el menor tiempo posible al batallón de alumnos, dispuestos a emprender la marcha, lo que era, para todos nosotros, causa de general alborozo, para libramos ese día de la monotonía de las clases.

Las marchas tenían puesto de honor en los entrenamientos y todos los años se realizaba un recorrido por los pueblos de la provincia, en los que éramos alojados en los modestos hogares de los campesinos, donde empezamos a conocer de cerca las grandes virtudes e hidalguía de ese pueblo español, digno de la mejor suerte.

El campamento de los Alijares, en las cercanías de Toledo, era lugar reservado para realizar las prácticas y servicios de campaña durante diez o quince días del comienzo del verano.

Fue en el primer campamento en donde tuvimos el honor de ser atacados por dos Compañías del Regimiento de León que, procedentes de Madrid, a las órdenes de Su Majestad el Rey, intentaron durante la noche sorprender al campamento, lo que constituyó para nuestra promoción una honrosa efemérides.

Durante el segundo curso, un acontecimiento importante vino a imprimir carácter a la vida española: la agresión sufrida por las fuerzas de la plaza de Melilla, que provocó la campaña pacificadora de aquel territorio. Lo cual produjo gran confusión en la vida de la nación, con su repercusión directa en las Academias militares, que hubieron de reforzar su preparación y entrenamiento.

Nuestra Academia despertó a una nueva ilusión: la de sentir próximo el día en que pudiéramos figurar entre las fuerzas combatientes. Esto hizo que se hablase de intensificar y acortar los cursos y que viviéramos pendientes de las noticias de la campaña. Hasta una tarde, que llegó la noticia de la ocupación del Gurugú por las tropas españolas, lo que desbordó el entusiasmo, lanzándose la Academia a la calle detrás de la música, seguidos por el pueblo, en sincera y popular manifestación.

Esta gran victoria, tranquilizando las aguas, puso un compás de espera a las actividades bélicas.

Las inquietudes políticas, que a los sucesos de Melilla se sucedieron en la nación, no tuvieron la menor repercusión en la vida de la Academia, que siguió su marcha normal. Los alumnos, entregados a sus estudios y prácticas, ajenos a las noticias de cada día, como menores de edad, a los que los sucesos llegaban amortiguados por el paso del tiempo. Eran los profesores los que nos informaban de los acontecimientos importantes. Así, tuvimos conocimiento de la subversión, en Barcelona, con su semana sangrienta y de los motines provocados en el embarque de tropas para Melilla y en alguna otra capital. Y de cómo, cumpliendo la ley de orden público, la autoridad militar restableció el orden.

Esto nos recordaba la ingrata tarea a que está llamado el Ejército, en casos de excepción, para garantizar el orden, defender la Constitución y el imperio de las Leyes.

Lo que no acertábamos a comprender era el que pudiera mantenerse una ley de reclutamiento tan vetusta, que conservase en su texto la reducción a metálico del servicio militar mediante el pago de una cuota, del que hacían uso las clases más poderosas y dotadas. Argumento este con el que, al parecer, se pretendía encubrir los intentos de subversión. De esta circunstancia nos dábamos más cuenta los naturales de El Ferrol, que nos librábamos del servicio militar, porque un ferrolano ilustre había dejado una importante parte de su fortuna para redimir, con sus rentas, del servicio militar a los hijos de Ferrol y su comarca.

Con esta nueva edición y preocupación de futuro, llegó el esperado mes de julio, en el que terminamos el tercer curso y, en brillante fiesta militar, se nos hizo entrega a la XIV Promoción de Infantería, de los Reales Despachos de Oficial...

VII. El pulso era normal

Una cama ortopédica • La muerte de mi madre • Audiencias y cartas credenciales • Consejo de Ministros decisorio • Franco en el cine • El atentado de la calle del Correo • Los abogados y la Magistratura • Los derechos humanos de los asesinos • El "entrenamiento agudo" • "Soy el presidente del sindicato del carbón" • No puedo aislarme para escribir mis Memoria"

Regresamos a Madrid el 9 de septiembre. Aquel día, Franco hizo la misma vida que durante todas las vacaciones. Se levantó después de que le explorara, para continuar los ejercicios de foniatría y despachar asuntos urgentes que le habían preparado sus ayudantes. Después nos fuimos en caravana al aeropuerto. Al llegar ya había gente que deseaba despedirse del Generalísimo. Sin demasiado protocolo, saludó a la dotación de Iberia, en cuyo avión «Cariñena» íbamos a realizar el vuelo. Embarcamos. Pronto me di cuenta de que a Franco le gustaba, de que gozaba en este medio de transporte. El viaje apenas iba a durar cuarenta y cinco minutos, pero el Generalísimo los aprovechó bien. Cuando se desató el cinturón de seguridad manifestó su interés en visitar la cabina de mando. Allí permanecería un momento preguntando detalles e interesándose por los pormenores del vuelo.

En Barajas esperaban los presidentes del Gobierno y de las Cortes y todos los ministros, menos el de Comercio, por entonces Nemesio Fernández Cuesta, que, según nos dijeron, se encontraba en Argel. En las terrazas del aeropuerto se agolpaba un público que aplaudía a Franco. Se volvió agitando la mano para saludar a todos. Barajas estaba alegre; las banderas nacionales ondeaban en un día de mínimo viento y fuerte calor.

Franco había pasado veinticuatro días en el Pazo de Meirás. Podía considerarse éste como un verano importante: primero, un Consejo de Ministros presidido por el Príncipe; luego, un comunicado de la Casa Civil notificando a los españoles el restablecimiento de Su Excelencia y, finalmente, la reasunción de poderes, que todo el mundo esperaba, el día 2 de este mes de septiembre. Pero lo más importante era que el Generalísimo se había recuperado y podía, en definitiva, cumplir con las obligaciones de su cargo. Por esto, nunca creí que tuvieran razón los augures periodísticos que por aquellos días apostaban por un hecho trascendental para el día primero de octubre. Luego, vi que yo tenía razón.

Habíamos dispuesto que en el dormitorio del Generalísimo, en el palacio del Pardo, se instalara una cama prototipo proyectada por el doctor Hernández Ros, un

modelo que se iba a utilizar en el Centro Especial Ramón y Cajal. Las camas que entonces -me refiero a 1974- había en todo el mundo, y, naturalmente, en España, eran muy rígidas, duras y antiguas. El doctor Hernández Ros había diseñado un prototipo con una serie de ingeniosos artilugios que permitían, a voluntad del paciente y de los sanitarios, levantar la cabecera, los pies o el centro. El sistema era totalmente eléctrico; se habían suprimido las molestas palancas, y el mismo enfermo podía regular la cama sin esfuerzo, sencillamente. Le habíamos pedido a Hernández Ros que nos prestase una, y así fue el Caudillo quien estrenó el primer prototipo de una cama que hoy utilizan los enfermos de la Seguridad Social.

La cama se había instalado en el dormitorio de Sus Excelencias. Era un dormitorio con lechos de caoba y bronce dorados, con cubiertas de seda verde. Había un oratorio de la época de Fernando VII, con una pintura de Luis de Morales: *La Virgen con el Niño*. Se cuidaba hasta el menor detalle y yo no quería romper el ornato. Naturalmente, se conservaban la cabecera y los pies del mueble; sólo se había suprimido el centro del mismo. De esta forma no se estropeaba la decoración. Aquel primer día después de la estancia en Galicia, esperé a que Franco se acostara. Quería conocer su opinión y saber si él consideraba que podía adaptarse y dormir mejor. A los pocos minutos me dijo:

-Sí, vale, desde luego que vale.

Por la mañana cuando llegué, me indicó, sin embargo, que se había encontrado un poco incómodo:

-Me ha costado algún trabajo acostumbrarme.

El Generalísimo no se había aprendido, no manejaba aún a la perfección, los diferentes mecanismos. Así que estuvimos un buen rato probándolos todos. Al fin me señaló:

-Creo que ya los domino. Me gustaría conocer al doctor Hernández Ros, para agradecerle su deferencia.

Cuando, después del veraneo, me incorporé a mi trabajo habitual, me encontré con que me rodeaba una permanente expectación. Pocos, sin embargo, eran los indiscretos que me preguntaban detalles sobre la salud del Generalísimo. A esos trataba de sortearlos como Dios me daba a entender. Por entonces vivía una situación dramática: mi madre estaba muy grave, víctima del proceso canceroso que avanzaba a extraordinaria velocidad. Yo, por mi parte, tenía que procurar que no notara nada, que mi cara no revelara la angustia que padecía. La visitaba diariamente y salía deshecho de su casa.

Franco, una mañana, me preguntó cómo se encontraba mi madre.

-La he visto francamente mal. Ella está muy contenta; no sabe, desde luego, que se va a morir muy pronto.

El Generalísimo me comentó:

-Yo pienso que así es mejor. Dios pone velos a las personas cuando quiere que no sufran.

Todos los días se interesaba por mi madre. El día 20, como todos los demás, llegué al palacio del Pardo a las ocho de la mañana. Entré en la habitación del Caudillo.

-¿Qué tal continúa su madre? -me preguntó.

-Murió ayer, a las doce de la mañana, el mismo día y a la misma hora en que nací yo.

Cuando decía esto me encontraba emocionado. Franco lo notó y me dijo:

-¿Ve usted cómo hay que contar siempre con la Providencia?

Le miré y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Añadió:

-Sé cómo está usted. ¿Por qué ha venido?

-Porque a mi madre le hubiera gustado que viniera. Ella me pidió en una ocasión que no la enterráramos hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Tenía miedo, como tienen otras muchas personas, a que se la enterrara viva. Mañana lo haremos. Por eso, Excelencia, si no le importa, vendré por la tarde en vez de por la mañana.

-No venga -me dijo.

-Sí, sí. Ella, desgraciadamente, ya no me necesita. Pero yo sé que a usted le gusta que venga todos los días.

Terminé de explorarle y me marché a casa de mi madre para estar con mi familia y arreglar los últimos asuntos. Mi sorpresa se produjo al día siguiente. Cuando me encontré -mi madre vivía en Donoso Cortés, 15- con que la Policía Municipal había despejado la calzada y las aceras. Tenían órdenes de dejar la calle libre para la hora del entierro. Nosotros no habíamos dado ninguna publicidad del fallecimiento, porque ella no quería y porque, además, constituimos una familia sencilla y deseábamos un entierro de la misma condición.

Se dijo una misa a la que asistió Carmen Franco con sus hijas, los ayudantes del Generalísimo y muchos amigos -yo ya los consideraba como tales- que trabajaban en las diferentes dependencias del palacio del Pardo, y, luego, llevamos el cuerpo de mi madre hasta su sepultura.

Aunque me imaginaba algo, no sabía a ciencia cierta de quién había partido la idea de ofrecer para el entierro todas aquellas facilidades de tráfico. Hasta el cementerio habían ido los motoristas abriendo paso. Cuando llegué me comunicaron que Franco había dicho:

-Pozuelo es un hombre muy querido. Su madre requiere un entierro ejemplar. Es preciso que no exista complicación alguna y que todo esté perfectamente organizado.

Dio, pues, orden personal de que la Policía Municipal de Madrid se ocupara de todo.

Cuando le di las gracias, me contestó:

-Era lo menos que se merecía su madre.

Recuerdo muchas anécdotas que aclaran hasta qué punto Franco tenía admirables detalles de humanidad. y los tenía con todo el mundo, con todas las personas de su entorno, desde luego. En una ocasión, un ordenanza que actuaba como mayordomo en las audiencias, me comentó que había estado tres días sin acudir al palacio porque su madre había muerto. Franco se enteró de ello y le mandó llamar: «Cuando salí de aquel despacho, tenía los ojos llenos de lágrimas», me dijo.

Todos los días, a las diez, Franco entraba en su despacho, comenzaba a trabajar inmediatamente y pedía a los ayudantes información de primera mano sobre todo lo que iba necesitando. Una vez sentado, lo primero que hacía era leer artículos, de diverso signo, que le habían preparado como resumen de prensa y que los ayudantes juzgaban interesantes. Sin embargo, él no se conformaba con aquella síntesis y pedía los periódicos. Deseaba conocer y ampliar las informaciones. Después revisaba la correspondencia que le enviaban las Casas Militar y Civil. Trabajaba toda la mañana salvo cuando tenía audiencias o presentación de credenciales.

Las audiencias se iniciaban a las once. Una hora antes, el Generalísimo comenzaba a estudiar todas las carpetas que contenían información sobre cada una de las visitas que recibiría aquella mañana. Analizaba todas y por ello, cuando llegaban las personas citadas, él sabía perfectamente cuál era el objeto de la audiencia y cuáles las peticiones que se le iban a hacer. Esto servía tanto para las individuales como para las colectivas. En su despacho oficial y hasta su muerte, el Caudillo recibió en audiencias privadas e individuales a 9.169 personas, y a 5.023 comisiones integradas por 68.596 personas.

Un miércoles, oyó discursos, casi siempre solicitudes, de siete distintas comisiones. Aproximadamente a la una y media terminó y no parecía cansado. Todas las personas que le iban a ver consideraban que el asunto que les llevaba hasta El Pardo era de una trascendencia tal que no admitía demora alguna. Una vez me comentó un personaje literalmente:

-Divido mi vida en dos partes: antes y después de la audiencia que me concedió Franco.

Después de comer apenas reposaba unos minutos, despachaba con sus ministros; cada día con uno y a veces con dos. El presidente iba con más frecuencia. Eran tardes largas en las que el Generalísimo pedía noticia pormenorizada de todos los asuntos que

llevaban a despacho los titulares de las diferentes carteras. Pretendía enterarse de todo y lo conseguía.

A mí, aquel despacho me impresionó desde el primer momento. No podía sustraerme, siempre que entraba en él, a la idea de que por allí habían pasado miles de personalidades. El Caudillo tenía fotografías, pocas, de los visitantes que a él le habían causado mayor impacto, desde el rey Hussein, Mohamed V, Eisenhower, los reyes de Grecia y Nixon. Allí se habían celebrado las ceremonias de jura de todos sus ministros; allí, finalmente, transcurría la mayor parte de la jornada de Franco, una jornada que muchas veces se prolongaba más de doce horas. El despacho, por otra parte, era una sinfonía de buen gusto: estaba todo el día lleno de luz y los muebles, las pinturas (un techo espléndido de Bayeu que representaba a la Monarquía española) y los tapices bruseleses, eran ejemplares de gran valor artístico. Me fascinaba aquel lugar de trabajo.

Algunos jueves, los nuevos embajadores en Madrid presentaban sus cartas credenciales.

En los días en que había dos o tres embajadores, el protocolo se alargaba toda la mañana, primero recibía al embajador en presencia del introductor, y luego pasaba a conversar con él a una saleta inmediata. Era una ceremonia bonita, pero aburrida a fuerza de repetirse. En los últimos años, además, Franco celebraba estos actos en el palacio Real, con lo que, una vez terminadas las ceremonias, volvía rápidamente al Pardo, se cambiaba de ropa y jugaba durante una hora, aproximadamente, al golf. Así hasta la hora de comer.

Los viernes celebraba Consejo de Ministros, que en ocasiones se prolongaba por la tarde. A última hora despachaba con el jefe de la Casa Militar. Los viernes iba también el Príncipe de España una vez que se marchaban los ministros. Tengo la impresión de que Franco le informaba de todos los pormenores habidos en la reunión con los distintos titulares de departamento. Sin embargo, en los últimos meses, el Príncipe no tenía un día fijo para acudir al palacio; lo hacía, simplemente, cuando Franco y él lo consideraban oportuno. Puedo decir, desde luego, que se entrevistaban con gran frecuencia.

El sábado por la mañana y después de hablar con el presidente del Gobierno o con algún ministro, almorzaba siempre en familia. Por la tarde asistía a una sesión privada de cine. Siempre había algún invitado, amigos personales de Su Excelencia como el almirante Nieto Antúnez, o su capellán. Estaban también los ayudantes y los miembros de la Casa Militar. A Franco le gustaba mucho el cine. Le proyectaban algunas de las películas de estreno en Madrid. Siempre, antes, el No-Do. El lugar de las proyecciones era un pequeño teatro construido en la época de Carlos IV, restaurado al terminar la guerra civil, que tenía un inconfundible sabor neoclásico. En este teatro, y según consta fehacientemente, Franco vio 470 películas nacionales y 1 492 extranjeras.

El domingo asistía a misa, oficiada siempre por monseñor Bulart a hora temprana. Comulgaba habitualmente y el resto del día lo dedicaba a la vida familiar. Su entretenimiento preferido era la televisión. Veía todos los partidos de fútbol que se transmitían.

Uno de los días más tristes, más trágicos y también más aciagos que yo viví al lado del Generalísimo, fue el 13 de septiembre de 1974. En aquella fecha, ETA realizó uno de sus atentados terroristas. Una bomba de gran potencia estalló en la cafetería Rolando, un establecimiento al que solían asistir inspectores de Policía y miembros de la entonces Policía Armada. Una explosión tremenda destruyó totalmente aquel bar abarrotado de público. Murieron muchas personas y hubo más de setenta heridos. Los cadáveres aparecieron horriblemente mutilados. Por unos momentos, la lluvia de cascotes se convirtió en auténtica metralla que estallaba en las caras de las desgraciadas víctimas. El edificio parecía derrumbarse. Fue aquél un espectáculo dantesco que luego se ha repetido en otras ocasiones y en otros escenarios.

Al Generalísimo le informaron unos minutos después de sucedido el atentado. Al principio todo fue confusión; nadie creía que ningún grupo pudiera atribuirse tan espeluznante atentado. Aquel mismo día Franco presidía por primera vez un Consejo de Ministros decisorio, después de su enfermedad. Cuando se enteró de la magnitud del atentado, se impresionó muchísimo. Yo estaba muy preocupado por las consecuencias físicas y psíquicas que pudiera tener en su salud. No obstante, toleró perfectamente las informaciones a pesar de que éstas, por momentos, eran más graves. Le tomé la tensión y era la habitual; en su pulso no denotaba alteraciones. Reaccionó como un verdadero militar. Dijo:

-Que se realice una investigación inmediata. Este asunto, cueste lo que cueste, hay que resolverlo rápidamente y detener con urgencia a los autores y a los encubridores de esta barbarie.

A continuación, añadió:

-El grave problema que tenemos es la Magistratura y los abogados.

Yo, a pesar del dramatismo de aquellos instantes, me atreví a interpellarle:

-¿Por qué, Excelencia?

-Porque están totalmente equivocados. Consideran, y así lo repiten, que estas salvajadas son políticas, y no; son sólo asesinatos. Hablan y hablan de derechos humanos, pero, naturalmente, no se acuerdan de los derechos de las víctimas inocentes que mueren alevosamente. Dígame usted por qué se van a respetar los derechos humanos de los asesinos, de unos seres crueles que han violado los de sus víctimas. A estos desintegradores de la sociedad hay que tratarlos con la máxima energía. O se acaba con ellos, o ellos acaban con nosotros.

Las palabras del Generalísimo me produjeron un auténtico *shock*. Fueron unas frases que recordaré mientras viva. Franco estaba seguro de que este atentado podría quedar impune.

A pesar de la conmoción que supuso para toda España y naturalmente para el Caudillo el atentado de la calle del Correo, yo estaba por entonces mínimamente satisfecho. Me había dolido en el alma la muerte de aquellos desgraciados, pero el hecho, el salvaje asesinato de muchas personas, me había servido para evaluar la resistencia de mi paciente. No tuvo una sola alteración.

Diariamente practicábamos un juego que a él le divertía mucho. Tratábamos de repentizar. Para mí era importante que Franco consiguiera dominar su lenguaje. Poco a poco lo íbamos consiguiendo. Simulábamos, por ejemplo, que yo era el presidente de una de las muchas comisiones que iban a visitarle en audiencia. Intentaba buscar temas distintos, para que las respuestas fueran más variadas y tuvieran una mayor complejidad. Empecé por la más fácil, para mí:

-Soy -dije- el presidente de la Comisión de Endocrinología, que viene a presentar su respetos a Su Excelencia, a hacerle ver la enorme importancia que tiene una especialidad, que se basa en el estudio de las glándulas de secreción interna, para el desarrollo de una política adecuada de nuestro país en temas de nutrición. Nuestro deseo es que Su Excelencia acoja con cariño las conclusiones que, a continuación, le presentamos.

Pulsaba el cronógrafo y le advertía:

-Un minuto, Excelencia; tiene sesenta segundos para contestar a lo que le he dicho.

Entonces él respondía:

-Señor presidente de la Comisión Nacional de Endocrinología: agradezco su exposición y, sobre todo, su interés y sus desvelos por el desarrollo de la situación endocrinológica, metabólica y nutricional de todos los españoles. Nuestra misión es promover una raza mejor, una talla mejor, un espíritu mejor; yo les pido, me atrevo a exigirles, y no sólo como Jefe de Estado, sino como representante de todos los españoles, de su presente y de su futuro, de esta España que está andando, que ustedes entreguen todo su trabajo, todo su afán, y sobre todo su corazón, a la labor de realizar, de poner en práctica sus ideas. Lo importante de todas las ideas es efectuarlas. Con que ustedes consigan la plasmación del treinta por ciento de todo lo que prometen, yo, personalmente, me conformo y pienso que se conformarán todos los españoles. ¡Viva España!

Sin apenas dejarle descansar, yo comenzaba otra vez:

-Soy el presidente del Sindicato del Carbón...

Mi interés estribaba en observar cómo este hombre era capaz de repentizar sobre los más variados temas. Trataba de agilizar su mente. Consideraba que mi trabajo, que mi papel allí, se fundamentaba no sólo en agilizar físicamente al Generalísimo, enfermo de Parkinson, sino asegurarme de que en todos los instantes de su trascendental labor se comportaba con reacciones mentales adecuadas. Estos ejercicios me causaron algún problema. Yo seguí adelante. Una vez tuve que esgrimirlos como razón básica para demostrar la capacidad analítica e intelectual de Su Excelencia. Alguien me informó que se estaba comentando la posibilidad de incapacitar políticamente al Generalísimo. Se dudaba de sus condiciones físicas y psicológicas. Ese alguien creía que el Parkinson y su proceso tromboflebítico eran enfermedades invalidantes.

Las pruebas que realizaba fueron, pues, de extraordinaria importancia. Pensé incluso, en un momento dado, en firmar un certificado notificando, si ello fuera preciso, que este hombre de ochenta años era capaz de repentizar; que podía incidir en, por lo menos, seis conceptos distintos, sin esfuerzos y sin lagunas mentales. Cuando le proponía una lista de datos para que él luego me los repitiera por el orden que había utilizado, lo hacía sin dudar, sin equivocación alguna. Coordinaba todas sus respuestas con mis preguntas y nunca, nunca, se permitía frivolidades conceptuales.

Yo seguía con el tema del carbón. Sacaba la información generalmente leyendo la prensa diaria, informes técnicos u otras publicaciones. Si quería que Franco me contestara con rigor, no podía permitirme hacer una exposición llena de lugares comunes. Tenía necesidad, por otra parte, de plantearle temas de actualidad. Concretamente, tengo anotado en mis fichas, que cuando le hablé del tema del carbón, me respondió:

-Señor presidente del Sindicato Nacional del Carbón: estoy plenamente convencido de la importancia del carbón como elemento primario, básico de la energía. Tan convencido estoy de que este mineral y el agua son esenciales, que ha sido siempre preocupación primera mía la planificación y construcción de una red de embalses para disminuir así los desembolsos, enormes desembolsos, que España tiene que hacer para importar energía. Hoy podemos enorgullecernos de ser exportadores, de enviar a Francia y Portugal energía española. Antes éramos subsidiarios de estos dos países. Tengo la misma ambición de realizar un programa evolutivo con el carbón porque sé que los depósitos de petróleo, tan escasos en nuestro país, tendrán pronto su fin y, sin embargo, los de carbón son mucho más amplios, más baratos y permanentes.

Improvisaba, según ya he dicho, estas respuestas en un solo minuto. Cuando se cumplía, daba yo un pequeño golpe en la mesa para indicarle que había terminado su tiempo de exposición. Entonces terminaba:

-Señores, pueden irse con la completa seguridad de que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles.

Finalmente decía siempre:

-¡Viva España!

El pasaba un rato amable, ameno y divertido con estas experiencias, con estas pruebas de repentización. Luego se reía al oírse al magnetófono. A veces se enfadaba consigo mismo, y se creía en la obligación de repetir. Afirmaba:

-Tengo que mejorar de tono. Yo le dejaba hacer y le decía:

-Ahora muy bien de tono, muy bien de timbre, pero éste resulta demasiado sostenido, igual en todas las frases. Es necesario que acentúe y subraye determinadas palabras, algunas oraciones. Subraye los conceptos que le parezcan más importantes. El político tiene algo de actor y es necesario que utilice un poco, no demasiado, un tono declamatorio.

Franco me contestó:

-Yo no soy político.

Para mí era admirable la humildad del Generalísimo. El rigor y la disciplina con que se sometía a mis sugerencias. Admitía siempre todas las correcciones que le hacía. Casi nunca quedaba satisfecho de sí mismo. El llamaba a estas prácticas «entrenamiento agudo».

Juzgué imprescindibles estos ejercicios, por encima de otros que habíamos comenzado antes. Continuábamos, desde luego, con la gimnasia, que él cumplía como siempre, sin la menor vacilación física. Pero a medida que pasaban los días, tenía menos tiempo para asuntos que no fueran estrictamente de trabajo. En una ocasión en que entré después del peluquero del Regimiento del Pardo, que le cortaba el pelo, le pregunté:

-Excelencia, ¿continúa con el relato de sus Memorias? ¿Puede estos días trabajar en la grabación?

-Sabe usted que lo hago con mucha ilusión. Pero tengo demasiado trabajo y no puedo aislarme. Además, los últimos acontecimientos que hemos vivido, con esta plaga del terrorismo, no me han permitido concentrarme.

Nunca supe nada más de sus Memorias.

VIII. Demasiada actividad

Finalizada la asistencia del equipo médico • Franco pide la cuenta • "Más vale que Hacienda les inspeccione" • Una pausa en el Consejo de Ministros • Franco saluda a 427 personas • Diez minutos en pie y saludando • Un callo en el dedo meñique del pie derecho • Franco no quiere cambiar de zapatos • Trabajó hasta las dos de la madrugada • La primera cacería • Disparó treinta y ocho cartuchos • Once faisanes y dos perdices • Un sobre azul con menos de 150 pesetas de dietas

Incorporados a la vida normal de Madrid, consideramos oportuno reunir a los médicos del equipo para dar por finalizada la asistencia y saludarle, ya que después de firmado el parte no nos habíamos despedido de él. Se convocó a todo el grupo, una vez obtenida la audiencia, y acudimos al Pardo con Gómez Mantilla, López García, Epeldegui, Ortiz Vázquez, Schüller, Martínez Bordiú y Castro Fariñas. Alguien tendría que contestar a las palabras de Su Excelencia y el doctor Ortiz Vázquez propuso que fuera Schüller.

Fuimos recibidos en el despacho oficial por el Generalísimo, que expresó su gratitud por la cariñosa y eficaz asistencia que había recibido de todo el grupo. Pidió la cuenta y dijo que estaba seguro de que se hubiera arruinado de haber tenido que pagar, en todo lo que valían, las atenciones que nuestro grupo le había dispensado, con arreglo a la categoría profesional de cada uno.

-Esto no quiere decir que ya se marchen -añadió-, porque deseo dejar la puerta abierta a la necesidad de contar con ustedes en otro momento que pueda surgir.

Contestó Schüller que nos sentíamos muy honrados por la asistencia, pero que no acostubrábamos a cobrar a la familia de los médicos. Y con cierto sentido del humor, añadió que en realidad Su Excelencia se hallaba en ese caso por ser padre político de un médico.

-Pero sí le suplicamos -terminó Schüller- que si tiene ocasión haga el favor de recomendamos a Hacienda, porque estamos todos muy preocupados con las inspecciones.

Encajó el Generalísimo con una sonrisa la insinuación simpática de Schüller, replicando después:

-Más vale que Hacienda les inspeccione porque ganen mucho, que no se acuerde de ustedes porque les compadezca.

Todos comentamos lo cortés y simpático que había estado el Generalísimo con el grupo médico.

El establecimiento de la pauta a seguir en la asistencia al llegar a Madrid fue de mutuo acuerdo.

-Ya estamos en Madrid -le dije-. ¿Aquí cómo seguimos?

-Pues igual.

-Le hemos dado de alta. Su Excelencia está bien. No necesita visita de médico diaria. Si le parece yo vengo con la frecuencia que me señale.

Me miró y me preguntó:

-¿A usted le importa venir a diario?

-No, Excelencia. Únicamente pienso que su tiempo es sagrado; que su tiempo es de España y considero que mi visita no es prácticamente necesaria.

-Es absolutamente necesaria. Sonrió y yo le respondí:

-De acuerdo. ¿Entonces qué le parece?

-Yo creo que a la misma hora, y después usted puede ir a ver a sus enfermos de la Seguridad Social. Y, en todo caso, si le preguntan que cómo estoy, puede decirles que estoy mejor.

Proseguimos realizando la asistencia médica a las ocho y media de la mañana, estábamos hasta las diez menos cinco en todas las actividades primarias y, al terminar, me esperaban el ayudante con el jefe de la Casa Civil para que fuera aprobado el menú del día. Desde allí me iba a la Seguridad Social. Llevaba siempre un «busca», mediante el cual estaba permanentemente localizado. Al mismo tiempo, para que no hubiera problemas, como se dieron cuenta de que mi teléfono comunicaba muchísimo, dispusieron la instalación de un teléfono secreto que no figuraba en la guía, al cual no podía llamar más que quien tenía el número: la Casa Militar, la Casa Civil y yo. Cada vez que sonaba el teléfono, mi mujer se angustiaba. Pensaba que quizá no tuviera puesto el «busca» y se ponía en movimiento para localizarme. Pero, realmente, por el «busca» me llamaron pocas veces.

El día 25 se jugó en Copenhague el partido de fútbol España-Dinamarca. El Generalísimo lo siguió entero por televisión y a la mañana siguiente comentaría que no le había gustado la selección española, a pesar de haber ganado por 2-1.

El día 27 se celebró Consejo de Ministros. Fue muy breve. Le habíamos aconsejado que, por favor, interrumpiera en la mitad de lo que considerara el Orden del Día, para que tomaran un refrigerio los ministros, con pretexto de que él se moviera, en vez de permanecer mucho tiempo sentado. Lo hizo por primera vez, aunque en lo sucesivo no seguiría la norma. Consideraba que la importancia de los asuntos del Consejo no permitía interrupciones. En este Consejo se implantó la jornada continuada con carácter experimental para los funcionarios civiles de Madrid y Barcelona.

Por la tarde Franco recibió a los niños de la Operación Plus Ultra, nueve españoles y siete extranjeros. Acompañaban al Generalísimo su esposa, sus nietos Aranza y Jaime y su bisnieto Francisco.

El 1º de octubre, con motivo de cumplirse el treinta y ocho aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado, nos encontramos con la sorpresa de la concesión de condecoraciones al grupo médico que le había asistido, en la categoría de Grandes Cruces: *Orden del Mérito Militar*: Ernesto Castro Fariñas y Vicente Pozuelo Escudero. *Orden del Mérito Civil*: José María Gómez Mantilla, Eloy López García, Julio Ortiz Vázquez, Amador Schüller Pérez, Manuel Hidalgo Huerta, Francisco Vaquero González, Ramiro Rivera López, Ángel Ortega Núñez, Ricardo Franco Manera y Roberto Llauradó Sabé. *Orden de Sanidad*: Tomás Epeldegui Fernández.

El día resultó muy ajetreado debido a la celebración del aniversario. El Jefe del Estado y el Príncipe fueron cumplimentados en el Palacio de Oriente por el presidente del Gobierno y los ministros, Consejo del Reino, representantes del Consejo Nacional y de las Cortes, nuncio de Su Santidad, Cuerpo Diplomático, Tribunal Supremo, Consejo de Estado, Consejo Supremo de Justicia Militar, Tribunal de Cuentas del Reino, Consejo de Economía Nacional, Alto Estado Mayor, obispos y otros dignatarios de la Iglesia, Reales Academias y diversas corporaciones y entidades públicas.

El grupo médico acordó que, como era protocolario, deberíamos pedir audiencia para dar las gracias al Jefe del Estado por las condecoraciones que nos había concedido. Pensamos que sería más oportuno ir en Comisión, porque si juntos habíamos actuado, era también razonable que acudiéramos del mismo modo a testimoniarle nuestra gratitud. Así se hizo. El Generalísimo contestó a las nuestras con unas palabras muy emotivas, breves pero justas.

Al día siguiente de la concesión de estas condecoraciones tuve ocasión de darle personalmente las gracias y me atreví a preguntarle por qué la Gran Cruz del Mérito Militar y no otra. Me contestó:

-Su padre era militar. Es, por tanto, un tributo al hombre que usted dice que ha querido más. Que su padre vea, desde su eterno descanso, que su hijo ha recibido la máxima condecoración que el Ejército concede a un español.

Salí abrumado, pensando lo que hubiera disfrutado mi padre con esa muestra de cariño y respeto hacia su memoria, del hombre que él más había admirado en su vida. Desde El Pardo fui al cementerio, a la tumba de mi padre.

El día 4 se celebró la onomástica del Generalísimo, cuya celebración dio comienzo por la mañana en El Pardo. Su Excelencia presidió con su esposa y con los Príncipes de España. Acudieron el Gobierno, el Consejo del Reino, altos mandos militares y diversas autoridades civiles. Sus Excelencias y sus Altezas Reales llegaron a pie desde el palacio al cuartel del Regimiento de la Guardia, donde esperaban los presidentes del Gabinete y de las Cortes y los ministros. Cruzaron luego el patio de Armas y salieron al patio exterior. Allí, en un altar portátil, fue oficiada una misa por don Eloy del Moral, capellán de la Casa Militar, que pronunció una plática con alusiones a la obra apostólica de san Francisco de Asís. La banda del Regimiento interpretó durante la ceremonia la *Serenata* de Schubert y otras composiciones.

Concluida la misa, los asistentes cumplieron al Generalísimo, a doña Carmen y a los Príncipes, los cuales entre las ovaciones del vecindario salieron del recinto para situarse en una tribuna dispuesta en el paseo. Desde ella presenciaron el desfile de las fuerzas de a pie y de a caballo, mandadas por el coronel Pérez de Sevilla e integradas por la escolta de motoristas, guardia exterior, lanceros y Guardia Civil.

Yo estaba preocupado porque, de pie, el Generalísimo saludó a 427 personas, dato que obtuve de uno de los ordenanzas y de un guardia civil, a quienes pedí que hicieran el favor de contar las personas, para saber las veces que Su Excelencia estrechaba la mano y el tiempo que pasaba de pie.

Hasta la tribuna, anduvo el Generalísimo quinientos metros. Me admiró verle saludando durante diez minutos -el tiempo que tardó en desfilar el Regimiento-, firme y sin bajar el brazo.

Después del desfile, Su Excelencia ofreció en el Salón Árabe de los acuartelamientos, a las autoridades militares, civiles y a las dignidades eclesiásticas, un cóctel servido por Perico Chicote.

Fue un rato de camaradería muy simpático y cuando creí que ya se volvía al palacio -tenía que acompañarle- pregunté:

-¿Adónde va ahora?

-Al pabellón de suboficiales.

Allí compartió unos momentos, tomó un zumo y, como todos los años, se efectuó el brindis tradicional.

Al final de aquella jornada le dije al Generalísimo:

-Me ha parecido que el esfuerzo de hoy ha sido excesivo.

-¿Cuál?

-Todo. Cuatrocientos veintisiete personas a las que ha saludado.

-Me ha encantado.

-Diez minutos saludando, firme, con la pierna como la tiene y desentrenado.

-Cuando se manda hay que hacerlo con todas las consecuencias.

-Sí, Excelencia. Me perdonaré, pero yo soy el médico y he de decirle que la fuerza humana tiene su límite.

-En este caso, lo que es necesario es necesario.

Una de aquellas mañanas, mientras me dirigía al Pardo, leí en el *ABC*:

Golpe de Estado de la izquierda en Portugal. La tensa situación del país ha desembocado en la dimisión del general Spínola de la Jefatura del Estado y en su relevo por el general Costa Gomes. El discurso de despedida dirigido a la nación es duro y dramático y en él se denuncia el desvirtuamiento de los ideales del 25 de abril y la anarquía que atenaza a Portugal. Se han producido otros importantes relevos en los altos mandos del nuevo régimen. Unas doscientas personalidades de la época salazarista han sido detenidas. En medios oficiales se denuncia la desarticulación de un complot preparado para asesinar a las personalidades más relevantes del régimen revolucionario. Se afirma que Portugal entra en una etapa decididamente izquierdista. Cunhal declara al periódico soviético Izvestia que el partido comunista tuvo una intervención decisiva en la caída de Spínola. Un manifiesto sindical critica violentamente las palabras de despedida del presidente dimitido y exige su detención.

Al llegar advierto que al Generalísimo estos acontecimientos políticos no le han sorprendido.

El 5 de octubre, sábado, al efectuar las exploraciones que realizábamos de forma sistemática, observé que el dedo meñique del pie derecho presentaba un callo que no me causó buena impresión y que me hizo suponer que podría ser la clave de la tromboflebitis que Su Excelencia había tenido. Desaparecida la infección, pensé que quizá fuera conveniente proponer una persona de responsabilidad que arreglara aquel pie.

Había observado, asimismo, que aquellos pies con callos estaban condicionados por un calzado muy duro, que el Generalísimo llevaba habitualmente. Se trataba de un calzado que había sido de uso popular en los años de la posguerra, muy barato, nada cómodo, con suela muy dura y con una tremenda piel. Lo que llamaba mi madre «calzado de batalla».

Aquellos zapatos que yo no podía tolerar, los usaba habitualmente un hombre mayor, que había padecido una tromboflebitis, el cual estaba martirizando sus pies.

-Excelencia -le dije-, es preciso cambiar de zapatos. Me miró extrañadísimo y respondió:

-Estos zapatos los he llevado siempre.

-Muy bien, pero ya no los puede llevar. Tiene que usar unos zapatos más finos, porque la piel de Su Excelencia es mucho más suave y, por tanto, mucho más sensible y porque hay que quitar ese callo. Pero de nada servirá quitarlo si continúa con los mismos zapatos, porque a los pocos días vamos a estar en las mismas condiciones.

-Bueno, es que eso supone un conflicto, porque tengo muchos pares que me regala Segarra. Además, a mí no me molestan estos zapatos.

-Bueno, Excelencia, pero si tiene unos callos que se han producido por el roce de una piel bastante dura, el zapato tiene que molestarle.

-Me molestan hasta que el pie se hace al zapato.

-No, no. Eso es lo que se dice en el Ejército, pero lo que dicen los médicos es todo lo contrario: el zapato es el que se tiene que hacer al pie.

Se rió.

-Ustedes son unos comodones -dijo.

-No, Excelencia. Nosotros tenemos que cuidar los pies y, por tanto, hemos de usar unos zapatos que se acomoden a un pie delicado.

-Bueno...

Hablé con la Señora y con su hija a quienes propuse que llevaran unos zapatos de un número mayor al suyo, de horma ancha, para conseguir que el pie estuviera cómodo. Al día siguiente se probó varios zapatos, todos le parecían muy lujosos y no quería ninguno.

Carmen propuso a su podóloga, doña Antonia Martínez Pacios, para que tratara los pies al Generalísimo. Como yo tenía que estar delante para juzgar la precisión técnica, porque se trataba de una pequeña intervención, aprobé la propuesta. Prefería, además, que fuera la familia quien la designara. Así que apareció doña Antonia Martínez Pacios en El Pardo y el día 7 arregló los pies por primera vez a Su Excelencia, delante del médico. Lo hizo con una gran habilidad.

Al desprender el globo córneo del callo apareció la clave de la tromboflebitis: debajo había un absceso, que ya estaba asepticado y esterilizado, debido a la enorme cantidad de antibióticos que se le administraron anteriormente.

Le expliqué al Generalísimo la trascendencia del hallazgo. Desde entonces ya no opuso ninguna resistencia al cambio de zapatos.

Comenzó la etapa de audiencias y el día 21 de octubre durmió muy bien, pero se acostó a las dos de la madrugada, porque estuvo leyendo y trabajando en su despacho. Le pedí por favor que no permaneciera tanto tiempo sentado, porque las piernas no se lo permitían.

-Efectivamente. Haré lo posible; pero es que hay cosas que debo resolver.

Las piernas estaban muy bien y no existió ninguna pastilla inflamatoria, a pesar del horario de trabajo que había tenido y de que se levantó, como siempre, a las ocho y media de la mañana.

El día 25 tuvo doce audiencias civiles y ello me llevó a insistir que así no podía seguir. Pedí a la Casa Civil que redujera el trabajo, porque cada audiencia suponía un mínimo de 25 minutos, en los cuales el Generalísimo escuchaba, contestaba y resolvía. Entre audiencia y audiencia tomaba sus notas.

El martes anterior había tenido 14 audiencias particulares y una colectiva. El esfuerzo era, a mi juicio, desproporcionado.

-¿No le parecen demasiadas audiencias? -le comenté.

-Es una de las pocas oportunidades que tengo de estrechar manos de españoles y de escucharles. Me gusta y aprendo mucho.

La actividad del Jefe del Estado era muy intensa. El Consejo de .Ministros del 25 de octubre fue largo y se trató de un amplio programa de austeridad. La persistencia de la grave situación económica internacional obligaba a España a revisar muchas de sus actitudes. Se establecían tres objetivos para 1975: asegurar el nivel de empleo, reducir el ritmo de inflación y contener los desequilibrios con el exterior.

El *Boletín Oficial del Estado* del 30 de octubre publicaba seis decretos de la Jefatura del Estado en los que se disponía el nombramiento de don Rafael Cabello de Alba y don León Herrera Esteban como ministros de Hacienda e Información y Turismo, respectivamente. Asimismo se publicaba otro decreto en virtud del cual se nombraba a Cabello de Alba vicepresidente segundo del Gobierno.

Ya en plena marcha las actividades oficiales del Jefe del Estado, nos encontramos con un problema nuevo con el que había que enfrentarse: las cacerías. Existía un programa desde muchos años atrás, en el cual el Generalísimo recibía la invitación de determinados propietarios de cotos a los que procuraba corresponder invitándoles, a su vez, en los cotos pertenecientes al Patrimonio Nacional, a la Dirección General de Montes y al Instituto Nacional de Colonización, así como en su propia finca de Valdefuentes.

Las cacerías significaban para mí un problema en cuanto al traslado y una serie de detalles y preparativos. Se produjeron algunas consultas respecto a programas, lugares, número de cacerías a las que asistiría Su Excelencia y fechas. Porque, en realidad, consideraba que un hombre de 81 años está en una edad como para pensarse mucho en ir de caza. Por diversos motivos. Aparte de que, por muy bien que esté de vista una persona de esta edad, su adaptación es distinta de la de un hombre joven. Luego teníamos que contar con que había sido un tirador excepcional que, en determinada época, superó de verdad los récords de las cacerías. Y claro, en aquellos

momentos no podía, ni muchísimo menos, competir con ningún cazador. Los días de caza no eran tampoco clementes, sino jornadas duras, en las que se hacía notar el invierno. Los puestos de caza estaban situados en zonas de poco abrigo, porque los ojeos se conducen siempre hacia los puestos en los que la caza tenga salida. En ellos azota el viento, suele hacer frío y en caso de lluvia las ráfagas de viento que impulsan el agua son inevitables.

Todo esto, que me preocupaba como médico, se lo expliqué a Su Excelencia, el cual me respondió:

-Estoy muy acostumbrado y eso no es problema. No se preocupe.

Entonces se proyectó la primera cacería a que iba a asistir después de la enfermedad. Se celebraría en La Cepilla, una finca dentro de la provincia de Madrid, el 24 de noviembre.

Me advirtieron que había que llevar ropa adecuada. Entonces mi mujer se dedicó a comprar una serie de cosas para que me las pusiera con ocasión de la cacería: unas botas altas, unas cazadoras... Lo compró todo, lo llevaron a casa y, en el momento de probármelo, decidí no utilizarlo.

-¡Si lo va a llevar todo el mundo! -me dijo.

-Bueno, muy bien. Yo soy el médico e iré vestido de médico.

Sin bata blanca, pero con corbata, unos zapatos adecuados y el abrigo. Llevaré mi ropa de calle, puesto que no voy a cazar, sino a cumplir una misión profesional.

Mi mujer se quedó con la compra hecha. Lo sentí, pero no utilicé nada de cuanto había dispuesto para salir al campo.

En esta cacería acompañé a Su Excelencia, vestido de calle, en tres ojeos.

Antes de que se celebrase, me habían avisado los ayudantes, y me lo repitieron convenientemente:

-Ten en cuenta que cuando se va con el Caudillo hay que salir muy preparado. Métete en un baño y haz todo lo que tengas que hacer, porque, como él no necesita nada, no se le puede pedir nada.

El dominio de su naturaleza era tan extraordinario que antes de subir al coche ya iban los ayudantes preparados para no tener que bajar por ninguna circunstancia.

Cuando ya iba con la caravana, Su Excelencia me mandó un aviso invitándome a subir a su coche. Luego, en la cacería, le acompañé en el puesto. Antes me había preguntado si iba a cazar y si quería ir a algún puesto. Le repetí de nuevo mis argumentos anteriores sobre la caza, él se sonrió y dijo:

-Bueno, lo que usted quiera.

Nos quedamos en el puesto con el Generalísimo, Zamorano, Juan y yo. Comenzó el primer ojeo. Yo pensaba que en aquel momento estaba al lado de un hombre que para mi cuenta tenía 81 años y 11 meses. Pasó el primer ojeo. Había disparado treinta y ocho cartuchos, abatiendo trece piezas: once faisanes y dos perdices. Se le escapó un tiro en el último ojeo y le molestó muchísimo. Era la primera cacería y a mí me pareció que estaba cansado. Se lo dije. Entonces él lo negó enérgicamente:

-No estoy cansado.

La cacería duró hasta las cuatro de la tarde en que nos sentamos a comer. Había dispuestas varias mesas y me colocaron en la de la Señora. Al formarse la tertulia a la hora del café volví al lado de Su Excelencia y tuve oportunidad de oír los comentarios y exageraciones que los cazadores estaban haciendo sobre lo que habían realizado en los distintos ojeos. Franco sonreía y en un momento determinado dijo dirigiéndose a alguien:

-¡Y los que se ha llevado usted! ¡Y los que ha cobrado usted y no ha cazado!

Así sucesivamente. No se oían más que faroles de los cazadores. Él miraba, se sonreía, escuchaba y le divertían las cosas y las exageraciones de unos y otros. Tenía yo la seguridad de que no le penetraba ninguna, y que las pasaba por alto. El que creyera que le estaba impresionando, se equivocaba rotundamente, porque vivía su propio mundo.

En aquella cacería estaban Cobas, Arburúa, Juan Herrera, Monreal, Carmen Franco y su marido, Francis... y bastantes personas más que me fueron presentadas, pero que no recuerdo.

Volvimos al Pardo tras el café. De aquella cacería me mandaron media docena de perdices.

Dos días después, Su Excelencia me preguntó:

-¿ Qué le ha parecido a usted la cacería?

-Una fiesta social por la cual yo no sacrificaría nada.

Al día siguiente me entregaron un sobre azul en el cuarto de ayudantes. Lo abrí y encontré alrededor de 150 pesetas. Entonces pregunté que a qué correspondía aquella cantidad.

-Son las medias dietas del día de la cacería -me dijeron.

Por acompañar a la cacería al Generalísimo y estar desde primera hora de la mañana hasta las seis de la tarde, pasando un frío feroz, la Administración de la Casa Civil consideraba suficientemente pagada la asistencia con menos de 150 pesetas. El tiempo se regala o se cobra. Estuve a punto de devolverlo. Después mi reacción fue humorística y me eché a reír.

-Desde luego -les dije-, no tenéis arreglo. Ahora, esto es una cosa que tiene que saberse.

Creo que no me entendieron. Pero cuando entré a hablar con Su Excelencia iba aún con el cuerpo revuelto. y como aquel hombre era superanalítico lo detectó.

-¿Qué le pasa?

Saqué el sobre del bolsillo y le dije:

-Es obvio que no asisto a Su Excelencia por dinero, pero considero bochornoso lo que ha ocurrido. Porque si esto hacen conmigo, que tengo contacto directo con Su Excelencia y se lo puedo contar, ¿qué es lo que harán con los pobres chóferes y con los secretarios que van a la cacería? ¿Cómo es posible que se considere pagado como media jornada con Su Excelencia, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, con menos de 150 pesetas? ¿Con qué moral pueden trabajar los hombres que están a su servicio, Excelencia? ¿Qué es lo que le pagan a esta gente si a mí me han entregado 150 pesetas? Vamos, es que no lo entiendo.

Entonces, él, que me había escuchado hasta el final, contestó:

-No se preocupe. Esto se arreglará.

En la siguiente cacería me encontré con la sorpresa de que las dietas de los ordenanzas que iban a acompañar al Generalísimo las habían subido de 300 a 1.300 pesetas.

Es evidente que la preocupación social de Su Excelencia tropezaba muchísimas veces con el caparazón que rodeaba su poder.

IX. Franco sin maquillar

Dos quirófanos para El Aaiún • Un accidente dental • Franco sin abrigo • La República de Grecia • "Ni un diez por ciento a favor de la Monarquía" • "Todos nos envidian" • "Estamos los dos en un pozo" • ¿Podemos maquillar a Franco? • Su último mensaje

Aquel mes de diciembre, el último fin de año que iba a vivir Franco, comenzó francamente mal. El problema del Sahara estaba caliente. Hassan II había montado una auténtica campaña para integrar la que entonces era provincia española, en su territorio. España se había limitado a seguir con fidelidad la doctrina de las Naciones Unidas, definida en su Carta, y preconizaba un referéndum libre para que los propios saharauis eligieran su futuro. Marruecos, y principalmente su rey, que tenía que ocultar problemas interiores, desplegó una ofensiva que se juzgaba en aquellos tiempos subjetiva, parcial e injusta por cuanto nunca este país había ejercido una autoridad real y efectiva sobre el territorio saharauí.

Lo cierto es que el Sahara era un punto conflictivo que a Su Excelencia le tenía sumamente preocupado. Llegaban continuas noticias de incidentes, de mayor o menor gravedad, que estaban convirtiendo aquella provincia autónoma en un foco de tensión internacional. Cuatro países -España, Marruecos, Mauritania y Argelia- estaban implicados en el problema. La situación -una vez se lo oí a una persona cercana al círculo militar del Generalísimo- era claramente prebélica. Por otra parte, los saharauis rebeldes creaban problemas en las fronteras con las naciones mencionadas. En una ocasión, una patrulla de tropas nómadas que deambulaba por una zona cercana a la frontera marroquí chocó con una banda armada. Se produjo una refriega, de resultados de la cual fueron heridos un soldado español y un componente nativo de la patrulla, que hubieron de ser internados en el hospital de El Aaiún.

Si en el palacio del Pardo todos estábamos preocupados por aquellos incidentes, había una persona que lo estaba más que nadie: un teniente coronel ayudante que tenía un hijo destinado en el Sahara, el cual se encontraba enfermo en El Aaiún. El muchacho debía ser operado de apendicitis y su padre supo que no podía ser intervenido, simplemente, porque no había un solo cirujano; sólo un médico para todas las gentes que aún quedaron allí, el cual que atender, además, a una población de siete mil soldados.

El ayudante me comentó su preocupación:

-Estoy aterrado. A la menor escaramuza y como se produzcan sólo cuatro o cinco heridos, que no son muchos en las actuales circunstancias, ¿qué van a hacer con

ellos si no existe un solo cirujano? Ni tan siquiera el médico puede operar, porque no hay medios. El hospital, que figura como tal, no responde a las características que debe tener un centro de esta naturaleza. Yo puedo conseguir que mi hijo sea evacuado. Pero, ¿y los demás? Esto es para mí un grave problema de conciencia.

Le respondí:

-Esos problemas de conciencia tienen únicamente una solución y debe ser rápida. A mí se me acaban inmediatamente en cuanto cumplo con ellos. Luego me quedo tranquilo. Te aconsejo una cosa, que es la que en tu caso haría: pasa sin pérdida de tiempo, y díselo a Su Excelencia. Yo te espero aquí.

Le convencí, y sin dudarle un solo momento, el ayudante entró a ver a Franco. Después de unos minutos salió y le pregunté:

-¿Qué te ha dicho?

-Ya está todo arreglado. Ha escuchado toda la información que le he podido ofrecer y me ha dicho simplemente: «Gracias.»

Ya me disponía a despedirme cuando sonó el teléfono; lo descolgó, tapó el auricular, me hizo una seña y dijo:

-¡Espera!, ¡quédate!

Aguardé a que terminara de hablar. Cuando dejó el aparato, blanco como el papel, me indicó:

-¿Sabes quién era?.. Pues, el ministro del Ejército, que me ha dicho textualmente: «¿Quién ha estado con el Generalísimo y le ha dado una información que compromete a todo el Ejército?» Le respondí que en aquellos momentos no había allí más que dos personas: el doctor Pozuelo y yo. El ministro me aseguró que no quería saber nada más.

Yo le afirmé:

-De verdad, que tengo muchísimo interés en conocer cómo termina este episodio.

Al día siguiente, en cuanto llegué -al palacio del Pardo, y como el ayudante se encontraba todavía allí, porque aún no se había cumplido el relevo de guardia, le pregunté:

-Por fin, ¿qué pasó ayer?

-A las doce y media se presentó el ministro del Ejército. Lo había llamado Su Excelencia. Venía a informarle. Cuando iba a entrar al despacho, le pregunté: «Ministro, ¿por qué me ha preguntado esto?» El me respondió: «Me ha dicho Su Excelencia por el teléfono directo que, inmediatamente y sin demora posible, envíe al Sahara un quirófano

y dos equipos de cirujanos para establecer un servicio permanente.» Todo esto, antes de las dos de la tarde.

Algunos días después, y por médicos militares amigos míos, supe la verdadera trascendencia de aquel asunto. Se armó un verdadero revuelo. Casi por sorpresa escogieron unos equipos quirúrgicos que trabajaban en hospitales militares de Madrid y Sevilla y los mandaron, con sus correspondientes enfermeras, a El Aaiún. y sin posible respuesta. Todos forzosos. Luego me afirmaron:

-Ese día, el del revuelo, a las 4 de la tarde el Sahara contaba ya con quirófanos y cirujanos dispuestos para cualquier eventualidad.

El día 9 de aquel diciembre lleno de acontecimientos de uno y otro signo, el Generalísimo se rompió el diente clave que soportaba la prótesis superior de la boca. Se quedaba no sólo sin sujeción, sino, lo que es más grave, sin aparato. Le tomé la tensión y advertí que le había subido apreciablemente. Cuando examiné la pieza pude observar que se podía ver la pulpa. No había solución de mantenimiento. Por eso le anticipé:

-Me parece, Excelencia, que no tendremos más remedio que practicar una extracción.

Avisamos al doctor Iveas, que acudió inmediatamente, y después de explorar la boca del Caudillo, afirmó:

-No hay más remedio que extraer la pieza. Franco decidió, sin dudar un momento:

-Ahora mismo.

El diente se había roto a las nueve de la mañana y a las doce estábamos en la consulta del odontólogo, en el paseo de la Castellana. Con anestesia sin adrenalina, Iveas realizó la extracción. Franco no formuló una sola queja, a pesar del dolor. Se recompuso el aparato y volvimos al Pardo. Como si nada hubiera ocurrido, continuó aquella mañana su trabajo hasta la hora del almuerzo.

El día 8 fue domingo. Lo recuerdo porque es para mí una fecha histórica. A mediodía asistimos al homenaje que la Organización Juvenil Española rindió al Jefe del Estado. Asistieron más de 17000 jóvenes. Era un día de frío tremendo, lluvioso y con ventarrones. Los militares, los ministros, el propio Príncipe de España, se presentaron con abrigo. De pronto apareció Franco de uniforme, a cuerpo. Dijo:

-He visto por la ventana a esos pobres chicos que están ahí abajo en mangas de camisa. Por eso salgo de uniforme y sin más abrigo.

Cuando se asomó, miles de voces prorrumpieron en gritos de entusiasmo. El Generalísimo se iba a dirigir a una tribuna instalada al efecto ante el edificio del palacio. El acto tuvo que demorarse algunos minutos: todos los acompañantes, al ver al Generalísimo, corrieron a dejar sus abrigos. Don Juan Carlos también. El Príncipe pidió

prestada una banda y un cinturón. Le dejaron el de capitán general que, habitualmente, utilizaba Su Excelencia.

Luego bajaron todos. Los discursos fueron brillantes; más que eso, diría que imperiales. El de Franco fue para mi gusto el más natural. Su mensaje se concretaba en estas palabras: «Mi confianza está en vosotros.»

Tanto el acto como el día resultaron de gran emotividad. Fue también el último aniversario de la fundación del Frente de Juventudes, al que asistió el que era también entonces jefe nacional de FET y de las JONS.

Cuando nuevamente subimos a las dependencias del palacio, los comentarios giraron al principio sobre lo que acabábamos de presenciar y, después, sobre el referéndum de Grecia. Ese mismo día en aquel país acudían a las urnas para decidirse por una disyuntiva: Monarquía o República. Naturalmente era aún muy pronto para tener noticias concretas. Sin embargo, cuando llegué el martes día 10 a cumplir con la acostumbrada visita de asistencia clínica, Franco me habló del tema. Desde luego, estaba yo muy interesado en conocer cuál era la opinión, la interpretación que el Generalísimo hacía de la derrota que había sufrido el rey Constantino. En un momento le pregunté:

-¿Qué le ha parecido lo de Grecia?

-Natural -me respondió.

-¿Y qué pasaría, Excelencia, si en España se planteara una consulta de esta índole?

-Los votos favorables a la Monarquía no llegarían a un diez por ciento.

Cuando volvía a mi consulta de la Seguridad Social, iba pensando en la respuesta que me había dado el Generalísimo. Luego leí diversos comentarios de prensa en los que directa e indirectamente se achacaba al primer ministro Karamanlis el desastre monárquico. Pero lo cierto es que la Monarquía sólo obtuvo el 30,8 por ciento de los votos y la República más del doble, el 69,2. Posteriormente le referí al Generalísimo detalles de la crónica que Luis Calvo había mandado desde Atenas. Me impresionó, y así se lo dije, un párrafo de aquel texto magistral; decía: «*Apax ke día pantos*» («De una vez y para siempre»). Así acababa la Monarquía de Grecia, una vieja nación que no se ha distinguido, precisamente, a lo largo de su historia, por su coherencia ideológica. Ha sido un pueblo que siempre ha pensado una cosa y ha dicho otra.

Otro de los grandes temas que nos tenían a todos los españoles pendientes del hilo del interés en aquel mes fue el debatido Estatuto de Asociación Política. Después de un Consejo de Ministros que presidió Franco en El Pardo se dijo que las asociaciones no habían sido ni detenidas, ni frenadas. Pero las críticas menudeaban. En aquel Consejo, al parecer, se decidió, con el beneplácito del Jefe del Estado, que el presidente Arias se dirigiera a los españoles el día 12 para tratar sobre el tema. A la hora indicada, Franco se colocó delante del televisor para escuchar al presidente Arias, que, a mi juicio, estuvo convincente. Dijo que se trataba de consolidar constitucionalmente el

régimen; que el anteproyecto que se presentaba era, en realidad, un puente que anudaba el presente con el futuro; que todos los españoles mayores de dieciocho años tenían derecho a asociarse para ejercer la acción política y que, en definitiva, las asociaciones que se proponían favorecerían la formación del consenso de los gobernados y por ello «civilizaban» la vida política ciudadana.

Cuando por la mañana del día 13 vi a Su Excelencia, le pregunté:

-¿Qué opinión le merece el discurso?

-Es necesario concienciar a los españoles, sea cual fuere su ex- tracción social, de que no es posible establecer nuevas disputas. Una de las máximas que en España han sido más ciertas y que nos han hecho más daño, es la de «divide y vencerás». Nuestro país, dividido, será, otra vez, fácil pasto de nuestros enemigos seculares, entre los cuales no excluyo a algunos países que envidian nuestra tranquilidad, nuestra serenidad, nuestro progreso, nuestro «milagro español». Por otro lado, envidian el conjunto de nuestros valores morales. Tenga usted en cuenta que los grupos ateos, desde los comunistas a los masones y los sionistas, lo único que quieren es dividirnos otra vez, romper esta España. Así les resultará más fácil engullirla.

Después aseguró que él creía en las asociaciones, y que éstas debían plantearse cuanto antes para que, estando él en plenitud de poder, se pudieran controlar y no se convirtieran en un reino de taifas político, en el que cada uno antepusiera sus intereses particulares a los nacionales.

Las asociaciones fueron aprobadas en el Consejo Nacional del Movimiento el día 16 de diciembre, sin ningún voto en contra. Hubo, sí, tres abstenciones, las de Cruylles, Garicano y el actual ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja. Franco firmaría el decreto- ley correspondiente el día 23.

Unas fechas antes había muerto en Madrid el que fue jefe de la Casa Civil de Su Excelencia, don José Navarro, conde de Casa Loja, un caballero que primero había sido ayudante de campo de Franco y en 1958 jefe de la Casa Civil hasta junio de 1974. Yo prácticamente no le conocí en el palacio, pero por aquellos días oí comentarios favorables sobre su personalidad deportiva, de la cual hacía tiempo que se había retirado.

El viernes 27, el Generalísimo debía grabar su tradicional mensaje de fin de año. Para mí el acontecimiento constituía un auténtico test: era la expresión ante toda España de si yo había hecho algo o nada, de si, realmente, había ayudado al Generalísimo. Era una prueba de fuego con treinta y cuatro millones de españoles como jueces. Si lograba que se le entendiera, mi labor sería un éxito. De lo contrario... Teníamos, además, el precedente del año anterior, en que nadie pudo enterarse prácticamente de lo que había dicho.

Yo estaba nervioso. El Caudillo se encontraba en la misma situación, aunque, naturalmente, no dejaba traslucir la menor im. presión. Cuando estuvimos a solas, me preguntó:

-¿Qué le pasa? Le noto a usted muy preocupado.

-Excelencia -respondí-, es que estamos los dos en un pozo y no veo la salida.

-¿Por qué?

-Porque si no salimos los dos de ésta, nos quedamos dentro del pozo. Quiero que salgamos con dignidad, que Su Excelencia tenga un gran éxito ante las cámaras de televisión.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me contestó:

-En realidad, todos estamos en un pozo, y la única salida es la que se hace con dignidad. A eso llevo aspirando toda mi vida.

Le respondí:

-El primer intento es dentro de unas horas; es el mensaje de fin de año. Excelencia, le tengo que confesar que me tiene usted con el alma en vilo. ¡Como no se le oiga...! ¡Me hundo! ¡Me muero!

Se echó a reír y dijo:

-No tenga cuidado. Ya me he probado en este aparatito.

Y señaló el magnetófono.

Pero yo quería tener todos los cabos atados y en un *video-tape* empezamos a ensayar: la sonrisa, la posición de las manos, el tono. El se veía y se corregía.

En un descanso, y muy poco tiempo antes de que comenzaran a llegar los técnicos y el ministro de Información, que iba a estar presente en la grabación, le pregunté:

-¿Cuándo ha hecho el discurso?

-Lo finalicé hace días -respondió.

Después los ayudantes me indicaron que Franco pedía papeles, documentación, se encerraba en su despacho y escribía.

De pronto el palacio del Pardo se llenó de gente, de cámaras de televisión, de cables y grandes focos. Llegaron las autoridades y los técnicos, todos nerviosos. Eran las últimas horas de la mañana del día 27 de diciembre. El jefe de la Casa Civil hizo un aparte conmigo y me preguntó:

-¿Tú crees que se podrá grabar todo de un tirón?

Y es que, al parecer, el año anterior fue una grabación accidentada que tuvo que repetirse muchas veces. En algunos pasajes resultaba prácticamente imposible oír a Su Excelencia. Le dije:

-Pienso que sí.

-¿Y cuánto durará?

-Alrededor de treinta minutos.

Se hicieron cuatro pausas. Durante aquella media hora, el Caudillo mantuvo perfectamente el tono y la modulación. Las gentes que había por allí estaban un poco sorprendidas. Uno de los que más, el director general de Televisión, que antes de comenzar me señaló:

-¿Maquillamos al Generalísimo?

Yo me volví hacia Franco y le transmití la pregunta.

Puso cara de circunstancias y me dijo:

-¡No!, ¡dígame que no!

Aquél fue el último mensaje de Franco. Después sólo escribió otro: su testamento. Pasó entonces revista a todos los problemas nacionales e internacionales, y quizá como una premonición se refirió al Príncipe de España: «Sus cualidades personales, su prudencia política, su preparación y, sobre todo, su alto sentido del deber confirman la esperanza en él depositada.» Cuando terminó de hablar, el Caudillo estaba sensiblemente emocionado, pero muy contento. Volvimos al cuarto, se acercó a mí, y me dijo:

-Sobresaliente para los dos.

Le contesté:

-Tengo una gran alegría, Excelencia.

Me respondió:

-Me ha costado mucho menos que en los últimos cuatro años.

X. El sufrimiento silencioso

Cacería en Santa Cruz de Mudela • La cama del Generalísimo, rígida y dura • "Tengo las manos heladas y no puedo precisar el tiro" • A las cinco de la mañana se encontraba mal • Todos estaban pendientes de él • La Pascua militar • "El servicio es el servicio" • "No ponga límites a la Providencia del Señor" • Nombramiento de cinco ministros • Micrófonos sobre la mesa del Consejo de Ministros • Spínola pide asilo • Asesinato del rey Faisal • La soberbia del intelectual • La Señora se encuentra mal • Soledad

En enero de 1975 comenzaron las cacerías programadas en las que el Generalísimo era anfitrión. La primera se celebró en Santa Cruz de Mudela, el día 4 de enero de 1975. Salimos de Madrid el 3, a las 17.45 para permanecer allí hasta el día 5, porque el 6 se celebraba la Pascua militar.

Conocía yo Santa Cruz de Mudela, en las estribaciones de Sierra Morena, del tiempo en que fui a investigar al archivo de la Marina, en el palacio de Santa Cruz. Estaba interesado, entonces, en el estudio de la obra de uno de los médicos que han sido fundamentales en la asistencia social y militar de la Historia de España. Me refiero a Cristóbal Pérez de Herrera, el hombre que se empeñó en unificar los hospitales de Madrid, creando el hospital Provincial de la calle de Santa Isabel. Pérez de Herrera eligió el lugar, proyectando incluso los planos. A él se debe esa obra ingente, maravillosa, que ha sido el hospital Provincial de Madrid, donde tanto se ha trabajado y servido a la historia médica de España. Pero muy distinto era llegar, como en esta ocasión, con la caravana y encontrar una fiesta social en cuyo ambiente debíamos entrar.

Allí estaban los invitados, algunos de los cuales, a su vez, habían sido anfitriones: Sainz de Montagut, Mateo Sánchez, Terry, Segovia, Mora Figueroa, los ministros de Agricultura y Justicia, el gobernador de Ciudad Real, Andrés Martínez Bordiú, la hija de Su Excelencia, Carmen, y su marido Cristóbal.

La casa era grande, una de esas casas de finca con bastantes habitaciones, un gran comedor y, en su mayor parte, decorada con muebles del Patrimonio Nacional.

A nuestra llegada, el hombre que cuidaba la finca y la caza, y que era el responsable ante el Instituto Nacional de Colonización, Isidro, vino a saludarme muy afectuosamente, lo que le agradecí mucho. Entonces me preguntó Su Excelencia que de

qué le conocía. Le referí que había pasado por allí camino del Viso del Marqués y le expliqué para qué. Entonces me preguntó detalles sobre Cristóbal Pérez de Herrera y volvió a interesarse por el hombre que me había saludado.

-¿ Cómo se llama?

-No le conozco más que por Isidro.

-Claro -dijo-, es que el nombre se hace legendario en estos sitios.

Fuimos a ver su dormitorio para probar la cama. Era muy baja y no se encontraba cómodo en ella. Acostumbrado ya a la cama sanitaria, algo más alta y comodísima, aquella le resultaba rígida y dura. Pensé que seguramente iba a tener dificultades para dormir. Me respondió:

-Yo creo que no. He dormido muchas veces en esta cama. Efectivamente, a la mañana siguiente me confirmaría:

-Tenía usted razón; la cama es incómoda. He estado nervioso; ya estoy acostumbrado a la otra.

La mañana era muy desapacible, a pocos grados por encima de cero.

Le dije que hacía mucho frío para salir.

-No. Estoy acostumbrado.

La Señora, entonces, le preguntó:

-¿Te quedas con nosotros?

-No -contestó con energía.

Salimos en el jeep para trasladarnos a los puestos que nos correspondían. Con un frío feroz, estuvimos en tres ojeos por la mañana y en uno por la tarde. Como no podíamos movernos para no espantar la caza, se nos quedaban la nariz, las orejas y las manos heladas. No comprendía cómo aquel hombre podía resistir aquella situación tan inclemente, y hacía señas a los secretarios, preguntando si no terminaba de una vez. En cada ojeo permanecimos en el puesto, inmóviles, detrás de la pantalla de ramas, durante una hora.

Este tiempo fue para mí de martirio porque pensaba: «Este hombre se enfría de próstata, de pies, de manos; va a hacer una nefritis o una prostatitis.» Mi sufrimiento, como médico, era enorme porque estaba pensando que no podría ser buena la permanencia en aquella situación. Pero tampoco podía imponer mi criterio en una circunstancia que él consideraba normal, porque lo había hecho siempre y pensaba que podía continuar haciéndolo. y porque estaba en el disfrute total de sus poderes.

Como tardaron mucho en pasar las perdices, cuando pasaron no tiró. Ciertamente habían entrado muy pocas. Aquél fue un año de muy pocas perdices.

Le pregunté por qué no había tirado.

-Tengo las manos heladas -dijo- y no puedo precisar el tiro. Comimos en una tienda de campaña formando un gran grupo.

El menú era muy variado. Era el «taco» usual de las cacerías: tortilla a la española, carne, chorizo, morcilla, con abundancia de vino, cerveza y agua. El Generalísimo tuvo ese día una amplitud de dieta y comió lo que le apetecía. No quise hacerle ninguna indicación, porque la cantidad de calorías que debía haber gastado era considerable, a juzgar por lo que yo sentía en mí mismo.

Mientras estábamos formando parte de la tertulia yo le había preguntado:

-¿Qué relación tiene esto con el Patrimonio?

-Ninguna. Es una de las obras sociales que hacía muchísima falta y que, si puedo, la continuaré hasta el final. Es la obra de Colonización, de defensa de la tierra y del hombre.

Se sabía de memoria el tema y añadió:

-Aquí los hombres que trabajan son colonos a los que se les entrega cuatro hectáreas de regadío y veinte de secano. Se les dan facilidades mediante créditos para que puedan criar animales. Se les adquiere la cosecha y de ese modo obtienen siempre un beneficio neto. Están trabajando su propia tierra, pegados a ella, con la seguridad de un rendimiento positivo. Todos han sido jornaleros antes de venir aquí. Ellos han solicitado su propiedad y tienen sus parcelas que dan un fruto extraordinario. Recientemente han venido de Rusia a conocer este sistema, porque ellos fracasaron en sus planes quinquenales y, sin embargo, nosotros hemos triunfado en el plan Badajoz y en esto. Es la única reforma agraria que cabe: que el que trabaje considere que el fruto de ese esfuerzo que realiza es suyo. Y que además se sienta interesado en la política del país, porque sepa que, si desciende el nivel de vida, baja también el precio de los productos que cosecha, mientras que, si sube el nivel de vida, subirán también los productos de la tierra.

Luego el Generalísimo dio orden de que me enseñaran la escuela y la iglesia y, a mi regreso, añadiría aún:

-Procuramos que los hijos de estos colonos, en lo posible, tengan una formación profesional acelerada y puedan, si les gusta, seguir la línea de la agricultura y si no, que les resulte posible pasar a las universidades laborales o las distintas universidades, para obtener un título universitario si están capacitados. Ésta es una de las obras a las que tengo más cariño. En España, el hacer pequeños propietarios supondrá una gran salvaguardia para impedir revoluciones desintegradoras.

Esta es una visión de las ilusiones que el Generalísimo depositaba en las obras realizadas que aún pensaba perfeccionar.

La tertulia fue, en realidad, formada por grupos que se renovaban, porque todos querían estar cerca. De manera que los invitados iban pasando por allí más o menos sensiblemente. De vez en cuando Su Excelencia se levantaba para andar, en evitación de que se le entumecieran las piernas, porque el frío que hacía era enorme.

Aquella noche dormimos en La Encomienda y a las cinco de la mañana me llamaron porque se encontraba mal. Estaba muy nervioso, con una gran exacerbación del temblor. Lo atribuí rápidamente al frío que tomó durante el día y pensé en un enfriamiento que podía producir una complicación bacteriana. Le di un antibiótico, le aplicamos calor y, sobre todo, aproveché para insistir en que llevaba una vida que, a mi juicio, era muy dura y que la repercusión tenía que ser mayor en él. Una vez más, también, le dije que las fuerzas tienen su límite y que era conveniente no llegar al límite del esfuerzo.

Después de administrarle el tratamiento adecuado se durmió. Dije que no le despertaran hasta que él lo hiciera por su cuenta. Fue a las diez de la mañana cuando tuvimos la primera señal. Pasé a verle, le exploré, vi cómo estaba, y considerando que arreciaba el frío y que no ganaría nada con salir, le recomendé:

-Creo que lo prudente es que continúe en cama y duerma hasta las doce, porque ha pasado mala noche.

Se resignó, durmiendo dos horas más. Entonces se levantó, y después de arreglarse bajó al comedor. Hizo el almuerzo con todos y en tertulia. A mí me correspondería sentarme entre Sainz de Montagut y el ayudante Urcelay. Se hallaba cerca Francisco Franco Martínez-Bordiú, el nieto mayor. Su Excelencia estaba cuatro o cinco lugares más allá. Yo permanecía pendiente de todas sus reacciones, como creo que lo estaban todos los comensales, porque trascendió que había pasado mala noche y que no salió de su habitación hasta las doce de la mañana. Todos estaban pendientes de él, deseando cazar detalles para su propia cosecha.

En la tertulia se contaron esas anécdotas típicas de las cacerías. Unas de mal gusto, otras de grueso calibre. Algunas sólo para hombres; otras para hombres y mujeres, pero menos. Él sonreía, pero a mi modo de ver se desconectaba cuando alguna de las anécdotas pasaba de su nivel de tolerancia, y hacía como si no la escuchaba. Nosotros iniciamos una conversación sobre la medicina y sus problemas, la vocación y las especialidades, aludiendo a la que Francis quería dedicarse. Estábamos hablando de estas cosas cuando el Generalísimo, que no nos perdía de vista, intervino para decir:

-¿Usted qué piensa de la especialización?

Nos hizo entrar en el problema, lo cual fue para mí señal de que estaba alerta, aunque había conversaciones en las cuales él, intencionadamente, no participaba.

Regresamos para dormir en Madrid, ya que al día siguiente tenía la celebración de la Pascua militar, que iba a suponer para él una prueba extraordinaria.

A mediodía del día 6 acudieron al palacio del Pardo los consejeros del Reino presididos por Alejandro Rodríguez de Valcárcel, para felicitar al Jefe del Estado en el día de la Pascua militar.

Recibidos en el despacho oficial, el presidente del Consejo del Reino pronunció unas palabras a las que el Jefe del Estado contestó con frases de agradecimiento, resaltando la labor realizada por el consejo del Reino y la que llevaría a cabo en el futuro. Por último, conversó con los consejeros, a todos los cuales estrechó la mano.

A primera hora de la tarde llegaron al palacio del Pardo, con objeto de cumplimentar al Generalísimo en la Pascua militar, A. R. el Príncipe de España; presidente del Gobierno; ministros militares y representación de los tres Ejércitos. En las Comisiones figuraban tenientes generales, almirantes, generales y demás jefes con mando de la Guarnición de Madrid.

El Caudillo y el Príncipe de España saludaron a todos los reunidos, y a continuación el teniente general don Francisco Coloma Gallegos, ministro del Ejército, en nombre de los tres Ejércitos, felicitó a Su Excelencia expresando la fidelidad y lealtad inquebrantables de todos hacia su persona y al régimen, haciendo un canto a la unidad y disciplina, que se mantienen en lugar destacado. El Caudillo contestó con un discurso.

Después de la jornada del día anterior, que fue muy dura, consideré que Su Excelencia se había expresado muy bien, aunque se le notaba con menos tono.

Al terminar tuve una conversación con él.

-Considero -le dije- que las energías de Su Excelencia no se pueden malgastar. Hay que administrar más sus fuerzas y dedicarse a lo trascendente y sólo a eso. Excelencia, no es lo malo morir; lo malo es convertirse en un medio hombre, para no poder seguir su obra y sentirse compadecido. El me miró y dijo:

-Eso no ocurrirá en mi caso.

-¿Por qué?

-Creo en Dios y pienso que cuando Él considere que mi obra ha terminado, me llevará y le he pedido muchas veces que si es posible sea con cierta rapidez.

Entonces yo le respondí:

-Coincidimos en eso. A mí, desde la guerra, me queda una oración.

-¿Usted qué pide a Dios?

-Que cuando considere que mi obra esté terminada me llame; no quiero que nadie sufra por mí. No me importa que sea joven. Pido, asimismo, ser mejor cada día, porque considero mis imperfecciones. Y que me dé fuerzas para poder servir a los demás en mi obra.

-Yo-respondió Su Excelencia- lo hago todo en una sola oración: «Señor, dame fuerzas para cumplir mi obra. No tengo prisa y no quiero pausas.»

Aquello me impresionó extraordinariamente, porque me di cuenta de que pensaba en la proximidad de la muerte y tenía prisa en realizar las cosas más necesarias. Por eso me atreví a indicarle:

-Para hacer esa obra lo mejor es administrar sus fuerzas, sin desaprovecharlas.

Me contestó:

-Yo no estoy cansado y el servicio es el servicio.

Como contestación sin palabras, el día 8 de enero recibió quince audiencias.

La visión de las orinas, que eran turbias, me hizo entrar en sospechas de los resultados que se confirmaron con los análisis: tenía una albuminuria y, además, piocitos y hematíes. Era el resultado del enfriamiento de Santa Cruz Mudela. Estaba tomando todavía antibióticos, en una situación profiláctica, porque yo me lo esperaba. Le pedí reposo absoluto, permaneciendo con la bolsa de agua, para que estuviera caliente dentro de la cama. No me dijo nada, pero, sin embargo, se vistió para despachar con el presidente del Gobierno, porque consideraba que no podía faltar a sus obligaciones. En esos días estaba verdaderamente incómodo, tanto por la situación inflamatoria de su vejiga y de su próstata como por la situación de la boca, que no acababa de solucionarse. Tenía la boca descarnada que correspondía a su edad y llevaba unos aparatos nuevos para intentar adaptarse. Era preciso explorarle la boca, porque, como no se quejaba, había que evitar que se produjeran erosiones o aftas que no tuviéramos controladas. Su enorme dureza para el sufrimiento era evidente, porque no cabe duda que lo tenía. Nos habíamos acostumbrado a conocerle, y cualquiera de las personas que estábamos cerca nos dábamos cuenta de su situación. Lo que pasaba era que él no lo decía nunca. Era preciso adivinarlo para adelantarse a practicar la cura o hacer la prestación. Le contrariaba reconocerse en inferioridad física.

El día 12 de enero reconoció que el aparato le molestaba en la boca. Le dolía la encía y nos encontramos con un granuloma en la zona de la extracción. Le pedimos que descansara y que se quitase el aparato. A pesar de todo recibió a los ministros de Justicia y Hacienda con el aparato puesto.

Iveas, con todo su saber, entusiasmo y cariño, intentaba conseguir que se amoldase a lo que es normal en la situación de inferioridad de una boca y una cicatriz a esa edad. Porque todos sabemos que las cicatrices tardan más en realizarse con la edad y que, por tanto, una cicatriz como consecuencia de una extracción de boca resulta mucho más larga en su evolución y es, además, más fácil de interferir que en una persona joven. Como esto lo sabíamos, Iveas y yo anduvimos como locos con la idea de prevenir la presencia del decúbito, pero él procuraba siempre decirnos que no le

molestaba y que se encontraba perfectamente. Éramos nosotros los que teníamos que buscar y encontrar las zonas inflamatorias. Este martirio de los decúbitos lo tuvo prácticamente en la última década de diciembre y todo el mes siguiente.

El día 31 de enero le dije a Su Excelencia que se cumplían seis meses de asistencia.

-Gracias a Dios -pensé en voz alta- hemos salido del primer pozo y estamos fuera del brocal, rogando para que podamos celebrarlo de seis en seis meses, durante diez años.

Su respuesta fue:

-No ponga usted límites a la Providencia del Señor.

El día 4 de marzo tuvo Su Excelencia una conversación con el presidente y después nos enteramos de que se había producido una crisis con el nombramiento de cinco nuevos ministros: vicepresidente tercero del Gobierno y ministro de Trabajo, don Fernando Suárez González; ministro de Industria, don Alfonso Álvarez de Miranda; ministro de Comercio, don José Luis Cerón Ayuso; ministro secretario general del Movimiento, don Fernando Herrero Tejedor, y ministro de Justicia, don José María Sánchez-Ventura y Pascual. Estos nuevos ministros sustituían, respectivamente, a don Licinio de la Fuente, a don José Utrera Molina, a don Francisco Ruiz-Jarabo, a don Alfredo Santos Blanco y a don Nemesio Fernández Cuesta. Hasta que no fue publicado por la prensa, el hecho no trascendió en el ambiente facultativo en que nos movíamos. Hubo una reserva absoluta y ni un comentario antes, ni durante, ni al final de la crisis. En ningún momento dejó trascender el Generalísimo la menor señal de que había tomado una determinación importante, como era la de renovar cinco carteras en un Gabinete.

Los comentarios se producían fuera del palacio del Pardo. Muchos amigos me preguntaban: ¿Qué ha pasado? ¿Tú qué sabes? ¿Qué es lo que has oído? Nadie se podía creer que no me había enterado de nada de lo que ocurría allí dentro. Porque en realidad éstas eran cosas que, en su introversión, Su Excelencia las consideraba totalmente separadas. Aparte de que en nuestra relación jamás hubo una situación de intento político. Procuré que no se politizara en ningún momento mi asistencia y, sobre todo, que no se interpretara como que podía inclinarme a favor de personas, fracciones o grupos a la hora de hablar con el Generalísimo. Conservaba mi independencia de pensar en voz alta. He perdido por ello bastantes amigos que me pidieron que hiciera gestiones a su favor en determinadas causas. A todos les contesté lo mismo: «Soy médico, no tengo más actuación que la profesional, y, además, de mí no sale el hacerlo y estoy seguro de que él tampoco me lo admitiría.»

El 7 de marzo fue el primer Consejo de Ministros celebrado en el palacio del Pardo con carácter decisorio, bajo la presidencia del Jefe del Estado, que constituyó una nota curiosa por el hecho de haberse instalado micrófonos sobre la mesa de

deliberaciones. En cualquier Consejo de Administración, en cualquier aula o sala parroquial hay un sistema de micrófonos que permite hablar en voz baja, sin fatiga, al auditorio. Consideraba yo que en aquel despacho inmenso, donde se celebraba el Consejo de Ministros en el que se discutían asuntos de Estado, el último ministro de la mesa captaría muy difícilmente el tono de conversación de muchos de sus compañeros de Gabinete. Si se tiene en cuenta, además, que una gran mayoría de los ministros tenía más de cincuenta años, hay que suponer que su dureza de oído les impedía captar los matices de las conversaciones. Pero, sobre todo, había otro problema y es que ninguno de ellos tenía la decisión suficiente para declarar, en un momento determinado, que no había oído una cosa y pedir que lo repitiesen, porque esto debía considerarse de mal tono. Por eso le pregunté a Su Excelencia:

-¿Alguno de los ministros, cuando Su Excelencia habla, pide que repita?

Se me quedó mirando y dijo:

-Sigue usted haciéndose más gallego.

-Es que me interesa mucho saberlo, porque en el Consejo de Ministros es absolutamente preciso que todo lo que se diga se escuche. Yo tengo una persona en casa que oye mal y que dice siempre: «Sí, señor», «sí, señor», y no se ha enterado de lo que le he dicho. Por esta razón se producen unas lagunas considerables en la eficacia del trabajo. Creo que valdría la pena, dado que nadie confiesa que no oye, acondicionar unos micrófonos que aumenten la voz lo suficiente para tener la seguridad de que todos oyen. Y, sobre todo, porque este sistema se ha adoptado ya en todos los sitios donde hay una mesa redonda, una conferencia, una reunión de vecinos, de accionistas y, cuánto más aquí, que lo que se está discutiendo son asuntos trascendentes de España.

El resultado de esta conversación lo trasladé a la Casa Civil, dos meses antes de que se dispusiera el sistema, y ese día 7 de marzo fue cuando se inauguró.

El día 11 se produce una sublevación en Portugal. Algunos manifestantes intentaron asaltar la Embajada española. Hacia las seis de la tarde llegó en helicóptero a Talavera la Real, acompañado de su esposa y de dieciocho oficiales, el general Spínola.

El Generalísimo durmió bien y los acontecimientos no le quitaron el sueño. Lo que sí puedo asegurar es que a pesar de la proximidad de las fronteras y del peligro que todos veíamos que podía trascender hacia nosotros, en ningún momento se reflejó ni en su pulso, ni en sus tensiones, ni en su sueño. Actuó exactamente igual que todos los días. Para mí fue admirable, porque, aunque ya iba conociendo el dominio de sus nervios y de sus reacciones, todos los días me sorprendía.

Por uno de los ayudantes supe que anteriormente le había llamado el presidente del Gobierno para que inmediatamente -el Caudillo estaba descansando- le pasara un aviso urgente. El general Spínola consultaba a Su Excelencia por mediación del embajador del Brasil en Madrid que por qué no se ponía en marcha el Pacto Ibérico que podía salvarle del asedio a que estaba sometido; si podía prestársele asilo en la

Embajada española; que la gestión la hacía a través del embajador del Brasil, por tratarse del embajador de un pueblo hermano.

Cuando el ayudante trasladó el mensaje, el Generalísimo, al parecer, había respondido:

-Respecto al Pacto Ibérico, no se puede invocar porque lo ha roto él al acabar con el status anterior, sin consulta posterior a España. En cuanto al asilo, que no; que era la única nación anticomunista occidental que había en Europa y que la mayoría silenciosa que llevó a cabo una gran manifestación en Lisboa, se podría atribuir a que la habíamos movido nosotros. Y entonces sí asaltarían la Embajada, y España no tendría más remedio que mandar sus paracaidistas a Lisboa. En cuanto al embajador del Brasil, su país hermano ¿por qué no ha sido él quien lo ha asilado?

El estupor y la consternación se apoderaron el 25 de marzo de las representaciones diplomáticas árabes en Madrid. A última hora de la tarde, la Oficina de la Liga Árabe emitió un comunicado en el que se hacía constar la enorme pérdida que el asesinato del rey Faisal suponía para el mundo islámico y para toda la humanidad, reiterando que «la justicia es el único camino de paz en el Oriente Medio». En la Embajada de Marruecos se calificó la noticia del magnicidio como «catástrofe para el mundo musulmán». El Príncipe don Juan Carlos fue enviado por Su Excelencia para representarle en el acto de los funerales del rey Faisal. Ese día el Generalísimo permaneció con un insomnio intenso hasta las cuatro de la madrugada.

A la mañana siguiente me dijo refiriéndose a este hecho:

-Seguramente habrá sido una venganza por lo de su hermano. Yo no conocía al detalle la política árabe, pero me permití esta observación:

-¿Y no habrá, Excelencia, una imbricación con los servicios de información de los dos bloques que se disputan el dominio del mundo?

-Desde luego, no creo que los Estados Unidos lo hayan hecho. No lo creo, porque de todos los árabes era Faisal el más moderado y el hombre en quien más se podían apoyar en caso de un problema en Oriente Medio. Pudo haber sido una venganza, muy corriente en estos grupos, o puede ser también un complot. Pero, desde luego, lo que no creo que haya sido es una intervención de los Estados Unidos, lo cual significaría una falta de habilidad.

Luego la conversación derivó hacia el tema de los intelectuales. Hablamos de Ortega, de Marañón y de Pérez de Ayala. Había tenido yo oportunidad de conocerlos. Le dije a Su Excelencia que eran personas de una gran sensibilidad y que, por tanto, escuchaban a unos ya otros; ellos tenían sus propias ideas, lo que no quita para que muchas veces estuvieran un poco fuera de la realidad. Porque muchos vivían dentro de sus castillos de intelectualidad, en los cuales pensaban mucho pero escuchaban poco. Creía yo que tanto los gobernantes como los intelectuales estaban en el mismo caso del médico, el cual aprende tanto con el estudio en libros y revistas como escuchando a los enfermos. Es más, hay un momento en el cual el médico tiene que hacer muchísimo más

caso a lo que escucha que a lo que ha leído, porque lo que ha leído ha sido escrito por personas que unas veces se conocen y otras no. Y hay que saber hasta qué punto lo que se escribe es fruto de una experiencia o recolección de experiencias ajenas, sin control crítico suficiente. Se publican muchísimas revistas de medicina con «refritos», donde sus autores no expresan un criterio propio porque en realidad no lo tienen. Les basta, a veces, un solo caso clínico, para que generalicen como si tuvieran una experiencia extraordinaria. Hablan sobre enfermedades de las cuales a lo mejor han visto un solo enfermo, tratando de poner de manifiesto una experiencia que no tienen.

Franco contestó a esto diciendo:

-Mire usted, el médico es un intelectual como los demás y el gran pecado del intelectual que se lo llama a sí mismo, es la soberbia. Esa soberbia del intelectual es peligrosísima, porque radica en una falta de autocritica. Consideran que viven en un mundo distinto, muy superior al de los demás, y por eso creen que la sociedad tiene la obligación de servirles y de perdonarles sus errores y sus pequeñas o grandes equivocaciones.

El día 25 de este mes tuvo un nuevo episodio de flebitis que nos asustó de nuevo, con una pastilla inflamatoria que requirió un nuevo intento de la limitación de su horario de trabajo. No lo conseguimos. Hizo su tratamiento y volvió a mejorar extraordinariamente.

Me habían invitado a dar una conferencia. Pedí permiso a Su Excelencia para asistir al curso organizado por la Escuela de Endocrinología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. Le dije que aprovecharía un vuelo a primera hora de la mañana para dar la conferencia y en un avión inmediato regresar a Madrid. Entonces, en vez de la visita médica a las ocho y media de la mañana, lo haría por la tarde. Así fue.

Como en aquellos momentos era sabido que yo asistía a Su Excelencia, a la salida de la conferencia en Barcelona me aguardaba un grupo de periodistas para hacerme preguntas. Me refugié en lo profesional, relacionado con la endocrinología, que era el tema que me había llevado allí, pero cuando aludieron a la asistencia al Generalísimo utilicé la frase de siempre: «No hay comentarios.»

Llegué a Madrid por la tarde y, al entrar, lo primero que me preguntó Su Excelencia fue:

-¿Qué tal su conferencia? ¿Cuánta gente ha asistido? ¿Le han hecho muchas preguntas? ¿Cómo ha encontrado usted la especialidad en Cataluña?

Me preguntó también por el ambiente que había observado en Barcelona, y qué impresión me produjo la gente que había visto por la calle. Le contesté a mi leal saber y entender lo que había visto. Después se fue a jugar al golf y a visitar su finca de Valdefuentes.

Con esto quiero decir que Franco estaba interesado en todas las cosas, en los más diversos temas, escuchaba a todo el mundo y además preguntaba con interés y en profundidad. Después organizaba su vida, de forma que nada de lo que tenía programado fuera interrumpido.

El día 28 de marzo se produce un episodio de inestabilidad de la Señora. Se queja de que ha tenido una situación desagradable, la exploro y encuentro una arritmia completa, con una hipotensión. Esto produce gran intranquilidad a Su Excelencia cuando se lo digo. Le preocupaba este fallo en la salud de su mujer. Era la compañera de su vida, la que había estado permanentemente a su lado. No existía más vida familiar que la que ellos dos tenían, a la que incorporaban a sus hijos, nietos y bisnietos en el momento oportuno. En principio, al Generalísimo le inquietaba pensar que podía ocurrirle algo a su mujer. Me preguntó con mucha intención si consideraba que era peligroso; que cuál era el diagnóstico; que si estaba seguro y qué creía yo que se podía hacer. Entonces acompañé a la Señora a casa del doctor Pescador y estuvimos reconociéndola juntos. Coincidimos los dos en que lo que necesitaba era un poco más de descanso, racionalización de su régimen higiénico y puesta a punto de sus actividades.

La tensión afectiva a que estaba sometida la Señora debido a la situación era considerable, porque hay que reconocer que si iba mucha gente a contarle cosas a Su Excelencia, casi siempre desagradables, la Señora recibía frecuentemente personas que se encargaban de decirle cosas más o menos indiscretas que la colocaban en una situación tensa. En todo caso, la discreción de las relaciones establecidas en el matrimonio exigía filtrar la información, procurando eliminar aquello que de apasionado o de interesado podía haber.

Conseguimos compensar la situación de la Señora. Estábamos ya en Semana Santa. En esos días prácticamente desaparecía de Madrid todo el mundo. Entonces la soledad del matrimonio se acentuó. Desaparecieron los ministros; se marchó la familia. Una mañana Su Excelencia me preguntaría:

-¿Qué va a hacer usted? ¿Cuál es su proyecto para la Semana Santa?

-Considero que, en la asistencia a mis enfermos, uno de los elementos esenciales es que puedan contar conmigo en cualquier momento. En una ocasión como ésta, en que se queda solo, creo que lo mejor que puedo hacer es estar cerca de Su Excelencia. Como son días de fiesta y no tengo que ir a la Seguridad Social, si le parece, durante la Semana Santa podré estar un poquito más de tiempo con Su Excelencia e intensificar el entrenamiento.

Su labilidad emotiva hizo que se le humedecieran los ojos. Me dio las gracias y dijo que no debía sacrificarme, sino descansar. Entonces le respondí:

-En mi descanso está el que mi conciencia no me acucie porque esté faltando a mi deber. y mi deber es estar donde se me necesite. En estos días, precisamente, considero que Su Excelencia necesita compañía.

XI. La visita de Gerald Ford

"Mi ilusión: ingresar en una Cartuja" • "En Portugal no existe libertad" • La envidia, mal nacional • Política de buena vecindad • "Me ha ganado la burocracia" • El primer cuadro, un lirio • Muere Franco Salgado-Araujo • El médico de Gerald Ford • "Estos americanos me quieren quitar hasta el médico" • "Cuando nos tocan, avasallamos" • "Los americanos no somos suficientemente ricos" • "¿Ford? Un hombre bienintencionado"

Fue una Semana Santa para mí inolvidable. Pudimos, durante aquellos días de reposo espiritual, entablar una serie de conversaciones que me descubrieron, en muchas ocasiones, un Franco inédito e íntimo; un Franco que tenía perfecta conciencia de la misión histórica que le había tocado desempeñar. A este respecto, una vez me afirmó: «Lo que estoy haciendo no tiene mérito alguno, porque cumplo con una misión providencial y es Dios el que me ayuda. Me concentro, pienso y medito en la capilla, o sin estar en ella. Medito ante Dios y, generalmente, los problemas me salen resueltos.» Estas cosas me las decía Franco sin darles importancia, pero con énfasis preciso para que me diera cuenta de que no eran pensamientos improvisados.

En los días de Semana Santa me quedé en el palacio más tiempo del habitual. Normalmente, y si no se había presentado ningún problema, salía hacia las diez de la mañana. Entonces, sin embargo, permanecía allí por lo menos hasta las doce. Algún día fui invitado a almorzar. Todas las conversaciones que teníamos las anotaba escrupulosa y detalladamente. Lo hacía al regresar a casa. Eran apasionantes y consideraba que debía reflejarlas con la mayor fidelidad, sin perder, si ello era posible, una palabra, ni siquiera una sílaba. El primer día en que cumplí este programa de dedicación intenso, le pregunté.

-Excelencia, ¿qué le resta en su vida por hacer?, ¿le apetecería cumplir algo que todavía no haya podido realizar? ¿Se ha quedado con ganas de llevar a cabo alguna idea propia?

Me respondió sonriente y rápido:

-Sí, desde luego. Desde hace diez años mi ilusión, que no sé si podré cumplir, es ingresar en una Cartuja, quedarme en una celda y permanecer solo; a las órdenes de un

superior que me dicte el trabajo que debo efectuar; con un trozo de tierra pequeño para cultivar; con una biblioteca para leer y una simple mesa para escribir. Sin ver a nadie, rezando ante Dios y realizando un trabajo manual que me permita olvidarme de muchas cosas, de casi todo.

Me emocioné mucho. Ésta es la primera vez que recojo y que, desde luego, comento esta conversación, esta gran confianza. Pero debo decir que tales palabras no sólo las oí de boca de Su Excelencia. Doña Carmen, su esposa, se las escuchó en cuatro o cinco ocasiones.

Muchas veces hemos vuelto a hablar de esto. Doña Carmen me asegura que la idea de hacerse cartujo no fue esporádica en el Caudillo. En sus últimos diez años era un pensamiento fijo, pensamiento que nunca pudo ver realizado.

Otro de los temas de actualidad en aquellos días en nuestras conversaciones era Portugal, que estaba convulsionado. Franco tenía información de primera mano sobre los sucesos lusos e, incluso, tal y como ya ha quedado escrito, intervino personalmente en uno. Un día le interrogué:

-¿A su juicio, adónde va Portugal?

-Las revoluciones para sedimentarse necesitan tiempo, mucho tiempo. Los más inquietos quieren estrangularlas; otros amenazan. Pero se equivocan, aunque los que amenazan sean hombres de paz y orden, porque los más fanáticos pueden utilizar tales argumentos para estimular a las masas y lanzarlas contra los propios retadores. Todo el mal que ahora existe en Portugal lo ha traído la revolución. Pero hay que esperar; hay que esperar a que esto salga a la luz y se haga todavía más patente. Ésta será la única forma de coger el toro por los cuernos, y enmendarlo. En este terna, Estados Unidos se ha comportado torpemente. Una vez más. Ha financiado los movimientos de los políticos de la revolución; unos hombres que no tienen talla y que sólo se han fijado el objetivo de terminar con cualquier vestigio de la labor que durante decenios realizó Salazar. Salazar llevó a los portugueses al desarrollo. Por esto, ahora, lo más urgente es cambiar, modificar lo que están haciendo unos locos que van a malograr el trabajo de años y años. Es muy triste perder lo que ha costado tanto esfuerzo, tanto sudor, tantas lágrimas, millones y millones de escudos. Se está utilizando la demagogia para hablar de libertad. Pero esa libertad no existe en Portugal. Tengo la seguridad de que pronto volverán a recordarse los buenos tiempos, y, entonces, la revolución se sedimentará. Hay que retomar el camino.

Al volver sobre estos temas anotados en mis fichas tengo un cierto escalofrío. En el caso de Franco y en el de otro gran hombre que conocí, don Gregorio Marañón, se daban unas ciertas características de premonición, de capacidad intuitiva, extraordinarias. En más de una ocasión, he pensado si atribuir esta perspicacia a la experiencia y a la práctica (Franco siempre negaba que él fuera un experto en política) o, simplemente, a unas condiciones prospectivas casi providenciales. Digo esto porque cuando hablo de Portugal me estoy remitiendo a una conversación tenida en los primeros días de abril de 1975, una charla con un hombre de ochenta y dos años que había adivinado lo que ahora mismo, febrero de 1980, está sucediendo, ha sucedido, en Portugal. El análisis que me hizo del problema luso se ha cumplido por entero. Franco acertó.

El Miércoles Santo tuvimos también unas conversaciones muy interesantes:

En un momento en que estábamos solos me preguntó:

-¿Cómo van sus relaciones profesionales con sus compañeros?

-Como siempre, Excelencia, bien. Todos somos amigos, mientras no se demuestre lo contrario.

Con una media sonrisa me respondió:

-La medicina es quizá la profesión en la que está más desarrollado el mal nacional que es la envidia.

Me sugirió a continuación otras reflexiones, asegurando que no sólo era un mal nacional, sino de todos los países latinos. Luego añadió:

-Y contra esto sólo hay un remedio: la educación en los primeros años del niño. En las familias, los padres siempre suelen decir a sus hijos: «Tú eres el más alto, tú eres el más guapo, el más listo y el más fuerte.» El niño, que cuenta con el apoyo inconsciente e incondicional de sus padres, intenta no superar a sus amigos y a sus compañeros deportivamente, que esto sería muy sano, sino meterles un gol como sea, aun con trampas. Así utiliza todos los medios, malos o regulares, para conseguir mejores calificaciones. De este modo, en su casa seguirá siendo el más alto, el más guapo, el más listo y el más fuerte. De cualquier manera. Esto, doctor, es una pena.

-¿Se puede utilizar alguna terapéutica para evitarlo?

-Los únicos que pueden ayudar son los maestros. Pero aquí, en España, muy pocos lo hacen. Hemos intentado por todos los medios que el maestro se encuentre en las mejores condiciones, pero aunque yo hubiera querido que fueran elementos aristocráticos dentro del funcionariado de la Administración, tengo que decir que no lo he logrado. y pienso, sin embargo, que para que España sea grande, los maestros deben creer, deben tener la idea firme, de que España es grande. Si no, no hay nada que hacer. En ellos está el enseñar a estudiar, a amar el trabajo, a construir la propia personalidad. Su responsabilidad es extraordinaria. Yo he querido desde siempre que se imbuyan a los profesores estos pensamientos por dos caminos: por la vía de la Secretaría General del Movimiento, haciéndoles sentir postulados patrióticos, y por la del Ministerio de Educación. Pero he conseguido muy poco. Me ha ganado la burocracia.

-¿Existe, Excelencia, algún posible arreglo?

-Hay que modificar, desde luego, la tendencia educativa que induce al niño a ser envidioso; hay que enseñarle, sí, a autovalorarse para que pueda madurar solo. La solución está en que el niño se dé cuenta de que la única razón que tiene para mejorar se basa en su propio yo. Así será más eficaz en la sociedad y, desde luego, más digno. Por otra parte, ya le digo que nada se hará si, previamente, los maestros no colaboran y sintonizan con estas ideas. Esto es esencial en la educación. y hay que comenzar desde muy pronto. Claro está que no minusvaloro el papel de los padres, que tienen que actuar

según estas pautas antes, mucho antes, de que sus hijos vayan por primera vez al colegio.

Una vez que finalizamos con el análisis de la problemática educativa, Su Excelencia habló, de nuevo, del atentado contra el rey Faisal. Franco me dijo que había tomado la decisión de enviar al Príncipe a los funerales porque había constatado que don Juan Carlos gozaba de múltiples simpatías en el mundo árabe. La buena imagen del sucesor podía condicionar el crecimiento del papel estratégico de nuestro país, un papel que debía centrarse en la mediación entre las naciones occidentales y las árabes. Añadió:

-Mucha gente, incluso muchos políticos de nuestro hemisferio, se han olvidado o ignoran deliberadamente que si los árabes lanzan un grito de guerra santa, contando como cuentan con la tremenda fuerza de coacción que les dan sus reservas petrolíferas, el mundo se puede conmover y se producirá una auténtica catástrofe. Como en el caso de Portugal, reconsideramos esta conversación de 1975 en 1980.

Mientras hablábamos, caminábamos por el despacho del Generalísimo. Allí él conservaba todos sus papeles, hasta los más íntimos. Aunque en ningún momento me hizo la menor indicación, noté que el Caudillo no tenía demasiado interés en que nos vieran conversando, ni tampoco que algunas personas intervinieran en una charla en la que él se encontraba relajado, libre y sobre todo sin las molestas ataduras del protocolo.

En otras ocasiones, comentábamos acontecimientos e informaciones delante de los ayudantes o incluso de los enfermeros. Sin embargo, las que hasta ahora he relatado se desarrollaron siempre a solas. Él las buscaba. Cuando llamaba al médico y decidía hablar con el hombre, nunca quería hacerlo delante de otras personas de su entorno. Por otra parte, Franco era un gran defensor del protocolo establecido y creía que cualquier distinción que hiciera con algún miembro de la Casa, podía ser mal interpretada.

En Semana Santa, en el palacio del Pardo, apenas había otra actividad que no fuera la simplemente religiosa. El capellán, monseñor Bulart, celebraba las funciones a las que asistían únicamente el Caudillo y su esposa, los ayudantes de servicios y, cuando estaban, los jefes de las Casas Militar y Civil. Por mi parte, pasaba, como ya he dicho, la mayor parte de las mañanas junto al Generalísimo y, después, me iba a comer al campo. No había por aquellos días casi nadie en el palacio. La familia había salido de vacaciones; sólo acudía a jugar al jardín el bisnieto, hijo de don Alfonso de Borbón y María del Carmen.

La política internacional era, por entonces, una de las obsesiones de Franco. Durante esos días pasó revista a nuestras relaciones' con los países fronterizos. Naturalmente surgió el tema de Francia. Yo le pregunté:

-Excelencia, ¿qué opina de la conducta que siguen con nosotros nuestros vecinos galos?

-Los franceses, desde luego -me respondía-, son unos buenos patriotas. Casi inmejorables. Pienso que para ser patriota hay que sentirse invadido y dominado dentro del propio territorio.

Y los franceses han tenido históricamente muchas veces esta sensación. Sin ir más lejos, en los últimos cincuenta años, Francia ha tenido que soportar dos invasiones alemanas; dos invasiones que trajeron por consecuencia inmediata el resurgimiento de un ultranacionalismo. Con nosotros realizan una política de buena vecindad, según su saber y entender:

-Y esa política ¿tiene alguna respuesta?

-Sí, sí, la política española de buena vecindad.

Me dijo estas frases entre sonrisas. Yo le pregunté entonces si creía que Francia apoyaba abiertamente el terrorismo, que era el cáncer del País Vasco.

Me respondió:

-La palabra no es apoyo; simplemente, dejan hacer. A mi juicio, se equivocan. Cuando alguien siembra cizaña en un campo que linda con el suyo propio, corre el peligro de encontrarse un día sin cosecha. Pronto se les ha olvidado la lección de la mixomatosis; quisieron acabar con esta enfermedad en una región, y han podido terminar con los conejos de toda Europa. El terrorismo siempre es objetivamente malo; pero lo es menos cuando sólo afecta a las naciones próximas. Eso piensan los franceses. Algún día se darán cuenta de que el cáncer les ha invadido también a ellos y será tarde entonces para rectificar.

No todo, sin embargo, en aquellas vacaciones fueron charlas más o menos trascendentes. Continuamos, desde luego, con las clases de foniatría, a las que se sometía con todo rigor. Además se daba perfecta cuenta de que iba adelantando, que prosperaba mucho en el dominio de su lenguaje. Se fatigaba menos que al principio y esto le contentaba extraordinariamente. Algunas veces y mientras caminábamos conversando en su despacho, se llevaba las manos a la espalda. Yo entonces le decía:

-Excelencia, bratee; hay que bratear.

Inmediatamente lo hacía. Yo le había hablado de la necesidad del braceo para sostener una buena coordinación del equilibrio y para mantener una mejor circulación venosa.

Un día, creo que el Viernes Santo, Franco se quedó un momento en silencio; yo también. Al cabo de unos instantes me preguntó:

-¿En qué está usted pensando?

-Pienso, Excelencia -le dije-, en que desde muy joven usted ha tenido un ayudante para todo. ¿No es así?

-Efectivamente, desde los veintiocho años hay siempre una persona a mi lado que me acompaña a todos los lugares a los que voy. Esto ha supuesto para mí un sacrificio: no he tenido más intimidad que la que me ha proporcionado mi familia.

Una mañana, después de explorarle, me quedé contemplando unos cuadros que había en las habitaciones privadas de Su Excelencia.

Se dio cuenta y me preguntó:

-¿Le gusta a usted la pintura?

-Me encanta, pero no toda.

-Venga usted, le voy a enseñar un cuadro. ¿Qué le parece?

-Bonito, las flores son muy hermosas, tienen un dibujo correcto y el color es sobrio y atinado.

-¿Quiere ver usted este otro?

-Excelencia -le respondí-, es prácticamente igual que el anterior. Existe entre ellos muy poca diferencia.

-De verdad ¿la encuentra? -Poca, poquísima.

-¿Cuál de los dos le gusta más?

-Éste -le indiqué señalando al primero. Se rió.

-No me extraña -dijo-, es el auténtico; el otro es una copia que he pintado yo.

Era buena, casi parecía haber sido realizada por un profesional. Como yo había oído hablar de las aficiones pictóricas de Franco, pero nunca directamente a él, le dije:

-¿Cómo y cuándo comenzó a pintar?

-Finalizada la guerra. Entonces, varios artistas solicitaron que posara para ellos con el fin de realizar algunos retratos y llevarlos a centros oficiales. Vinieron por esta casa algunos pintores. El primero de ellos fue Morcillo, luego Enrique Segura y Sotomayor. Yo, la verdad, aguantaba mal aquellas sesiones que, aunque nunca se alargaban más de una hora, se me hacían interminables. Por otra parte, tenía una gran curiosidad por conocer cómo se desarrollaba el proceso de creación del retrato. Pensé que podía ver lo que los pintores estaban haciendo y para ello mandé colocar un espejo detrás, a fin de seguir todos y cada uno de los trazos sobre el lienzo. Asistía así al nacimiento del retrato y, además, no me aburría. Aquello despertó en mí el deseo de probar. Todos los pintores que pasaban por este cuarto, cuando finalizaban sus sesiones, guardaban cuidadosamente sus pinceles y se los llevaban. En una ocasión, sin embargo, Sotomayor se olvidó de hacerlo. Los cogí para pintar un lirio del jardín, que di por terminado en una sesión. Cuando al día siguiente se lo enseñé y le dije que había utilizado sus propios pinceles, Sotomayor, un poco sorprendido, me dijo: «¿Sabe que le ha salido muy bien? Debe continuar. Esto no debe quedar así.

Franco me contaba aquella anécdota, divertido. Me confesó que cuando mostró el lirio al pintor, se encontraba un poco avergonzado. Pero aquel día se animó a continuar probando; que la pintura le había descansado mucho; que era para él un sedante y que los cuadros le hacían olvidar preocupaciones más perentorias. Luego añadió:

-Así realicé estos cuadros y otros que ya verá usted en el Pazo de Meirás. En el Pazo hay uno que considero el más importante: tiene cuatro metros, casi es un mural. Sé que no son obras perfectas, pero son mías, de un hombre que las ha realizado con tesón y voluntad. Sobre todo, he conseguido divertirme.

Finalizado aquel periodo de reposo, comenzó de nuevo la dinámica de la vida oficial y política. La intensidad era extraordinaria. A mí me daba la impresión de que el Generalísimo quería redoblar sus esfuerzos, aumentar más su dedicación al trabajo. El día 2 de abril celebró audiencias hasta las dos y media de la tarde y despachó con diversos ministros, prácticamente hasta la hora de retirarse a cenar. Vuelvo a repetir que se preparaba todos los temas, que nada dejaba a la improvisación del momento.

Como hombre que debía cuidar del normal desenvolvimiento físico de Su Excelencia y que no podía sustraerse ante el enorme desgaste que suponía aquella actividad, estaba preocupado, y se lo dije:

-Excelencia, me permito recordarle que a los ochenta y dos años no se puede llevar esta vida. Significa un brutal atentado contra la propia economía vital; esto no hay quien lo aguante. Por muy bien que se encuentre, no puede continuar por este camino.

Me contestó con una sonrisa y estas palabras:

-No sé si los demás podrán aguantar este ritmo; yo sí.

Franco estaba aquellos días en un casi perfecto estado físico. El día 13 pude leer unas declaraciones que el doctor Hidalgo Huerta, director de la Residencia Francisco Franco, hizo a un periódico gallego. Decía que Franco no padecía anomalía gástrica de ninguna índole. Estaba en lo cierto. Hidalgo no veía a Franco desde el mes de noviembre, justo desde el comienzo de la escalada; ya por entonces comía muy bien y había recuperado peso. Por eso la impresión no pudo ser más favorable.

El día 21, el ayudante de servicio me estaba esperando para indicarme que había que dar la noticia al Caudillo de la muerte de su primo el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo. Estaba muy unido a Su Excelencia y había sido secretario militar y particular, después de desempeñar los puestos de jefe del Regimiento de la Guardia del Generalísimo, segundo jefe de la Casa Militar y jefe de esta Casa, cargo en el que había cesado en 1956 para dedicarse a la dirección de las secretarías. Fue también, en colaboración con el periodista Luis de Galinsoga, redactor de un libro biográfico sobre Franco: *Centinela de Occidente*.

Yo había conocido hacía poco tiempo al teniente general Franco Salgado-Araujo, cuando ya estaba muy enfermo. Conmigo se portaba siempre con un aprecio especial. Decía que se encontraba muy flojo, pero que aún le quedaban ganas de trabajar al lado de Su Excelencia. Estaba retirado, pero Franco le recibía siempre que lo solicitaba para no darle la impresión de que estaba marginado. A solas con el Caudillo, cumplí con el encargo del ayudante.

Me habían comisionado para que le diera la noticia porque temían una reacción depresiva por parte de Su Excelencia. Aunque se lo comuniqué con la mayor suavidad, vi que se emocionaba por momentos. Me preguntó:

-¿A qué hora ha ocurrido?

-A las siete de la mañana.

Intenté consolarle o, más exactamente, ayudarle a resignarse. No me dejó; cuando estaba hablando, me interrumpió:

-En realidad, doctor, esto es lo que nos espera a todos. Ya ha dejado de sufrir, estaba en muy malas condiciones y él debía sentirse muy triste, casi arrastrándose por la tierra.

Dos días después, el 23 de abril, se celebró en el palacio del Pardo el bautizo del primer hijo de Mariola, nieta del Caudillo. Ofició la ceremonia el capellán de Franco. Fue un acto sencillo al que prácticamente no asistieron más que los miembros de la familia. España sufría por entonces una gran convulsión. En apenas unas fechas habían sido asesinados en el País Vasco tres miembros de las fuerzas del Orden: un inspector de Policía y dos números de la Policía Armada. En el Consejo del 25 de abril, el Gobierno decidió declarar, durante tres meses, el estado de excepción en las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. En los cuatro meses que se llevaban prácticamente cumplidos del año 1975, habían sido en total cinco las víctimas asesinadas por ETA. El estado de excepción suponía la suspensión de cinco artículos del Fuero de los Españoles y era el quinto que se establecía desde 1968. Un momento difícil para España, ya azotada, aunque no en las proporciones de ahora, por el terrorismo vasco.

En mayo, Franco inauguró con el Príncipe la Feria del Campo. Se había instalado una exposición titulada «Pasado, presente y futuro del agro español». Franco se detuvo especialmente en aquella muestra. En realidad, la Feria era una demostración palpable de lo que podía hacer un buen sindicalismo agrario. Me alegró extraordinariamente, aunque no era testigo de ello por primera vez, el enorme cariño y respeto con que Franco fue recibido y despedido. Todo un testimonio.

Al día siguiente, cuando llegué al Pardo, los ayudantes me comunicaron que me habían llamado por teléfono urgentemente de la Embajada americana. Nadie, sin embargo, sabía el motivo. Dejaron simplemente el recado de que me comunicara. Llamé y me contestaron que el médico personal del presidente Gerald Ford deseaba hablar conmigo. No era extraño; Ford iba a llegar a Madrid en visita oficial el día 31. Ya había estado en la capital de España en otra ocasión, concretamente para asistir al entierro del

almirante Carrero Blanco. Como parecía que se trataba de una cuestión inmediata, le dije:

-Podemos vernos a las doce y media en el ambulatorio de la Seguridad Social de la calle Doctor Esquerdo, donde paso mi consulta.

El médico de Ford, acompañado por un especialista de servicio de la base de Torrejón, llegó a mi despacho puntualmente. Se llamaba William M. Lukash. Me causó a primera vista una buena impresión. Lo primero que dijo fue que necesitaba tener la seguridad de un servicio médico perfecto. Siempre que el presidente salía de los Estados Unidos, se disponía, en cada uno de los países que visitaba, una asistencia clínica permanente y un servicio quirúrgico para cualquier eventualidad. Yo estuve de acuerdo con él en todo y le pregunté que por qué me habían elegido para este menester. Me contestó:

-Como médico personal del presidente, he sido comisionado por el propio Ford para transmitirle su deseo de que, mientras esté en suelo español, sea usted quien coordine la asistencia médica, no sólo para él, sino también para su esposa. El presidente me ha encargado que le diga que está informado perfectamente de cuál está siendo su labor al lado del Generalísimo Franco, y conoce también su currículum. Sabe que usted es endocrinólogo y la señora Ford tiene un problema patológico que aconseja la vigilancia de un especialista.

-Me siento muy honrado -les respondí-, pero antes de dar un solo paso tengo que contar con la autorización del Caudillo, de quien, naturalmente, dependo. Yo divido mi tiempo entre Franco y mis enfermos de la Seguridad Social y privados. Por otra parte, no sé si una posible intervención mía cerca del presidente Ford pudiera interpretarse, en algún nivel, como una interferencia, Dios sabe de qué tipo. Tenga usted en cuenta que en España existe una Sanidad Militar y una Sanidad Civil, una Dirección General de Sanidad en definitiva, que se encargan normalmente de atender estas misiones. Por eso juzgo que mi situación en este caso es completamente particular.

El doctor Lukash me señaló:

-Doctor Pozuelo, ¿cuándo puedo saber el resultado de su consulta a Su Excelencia?

-Mañana mismo le pido permiso.

-Si es así, después podríamos cambiar impresiones sobre las previsiones que son imprescindibles para la visita del presidente Ford.

-¿A qué llama usted previsiones imprescindibles?

-Todo el equipo debe estar dispuesto por si ocurriera un atentado o un simple accidente.

Por la mañana, cuando fui a explorar, como de costumbre, al Generalísimo, le planteé directamente la cuestión.

-Tengo que hablar con Su Excelencia -le dije.

Le conté todo lo que había sucedido el día anterior y la conversación mantenida con el doctor Lukash. Me miró y rápidamente dijo, sonriente:

-Estos americanos me quieren quitar hasta el médico.

A continuación señaló:

-Por mí, puede usted aceptar. Que se vayan dando cuenta estos señores de que cuando elijo algo lo hago a conciencia y bien.

Aunque ya tenía la autorización expresa del Caudillo, le volví a insistir:

-El problema, además, Excelencia, es con qué autoridad oficial cumplo yo esta delicada misión. Soy sólo el médico de asistencia personal suyo, pero esta labor requiere una coordinación con la Seguridad Social y con la Dirección General de Sanidad. Existen las correspondientes jurisdicciones y no quiero saltármelas.

Contestó:

-No se preocupe; hágalo todo de una manera muy sencilla; Yo invito al presidente Ford a España... y a médico. y le invito a médico como miembro que es usted de la Casa Civil. Con eso basta; usted coordinará toda la labor asistencial. Hable con quien tenga que hacerlo en la Casa Civil, y arregle el problema cuanto antes.

Me dirigí al general Fuertes, quien se mostró muy extrañado.

Dijo simplemente:

-¿Cómo te las vas a arreglar?

-Ahora mismo voy a hablar con el médico del presidente Ford para que me haga relación expresa de cuáles son las necesidades que ellos piden para considerar garantizada la asistencia. Nos pondremos de acuerdo, y organizaremos la correspondiente estrategia.

-Infórmanos de todo lo que tengamos que hacer nosotros.

Volví a tomar contacto con el doctor Lukash en la Embajada americana. El doctor Lukash era, además, almirante de Marina. Un hombre disciplinado y acostumbrado a tener todo a punto. Su estilo me gustaba. Nos volvimos a ver de nuevo en el ambulatorio. Me indicó que ante todo precisaba un sanatorio o un hospital, con una ala entera de habitaciones vacías, en la que hubiera un equipo médico-quirúrgico completo. Además, era preciso un ascensor privado, un equipo de neurocirugía y otro de cirugía general, otro de asistencia intensiva y un helicóptero que sobrevolará los lugares por donde pasarían el presidente o su esposa. Y en el caso de que tuvieran que ser hospitalizados, una ambulancia que estuviera permanentemente preparada en un lugar logísticamente accesible. Naturalmente, la ambulancia debía estar dotada con todos los útiles más sofisticados para una atención de urgencia.

El doctor Lukash me pedía esto y yo le miraba con una absoluta tranquilidad. Él creía de buena fe que todas las precisiones que me estaba solicitando necesitaban una larga y complicada preparación. Así que se quedó muy sorprendido cuando le respondí:

-No existe ningún problema. Todo lo que pide usted está preparado en las Residencias de la Seguridad Social. Y no sólo en Madrid, sino también en provincias.

La verdad, me sentía un poco incómodo. Me parecían mal las condiciones que había puesto mi colega norteamericano. Creo que aquel hombre pensaba en España como en un país subdesarrollado.

-Como ve, todo está resuelto, pero, ¿no han previsto nada más?

-Nada más.

De nuevo me miraba con sorpresa.

-Pues yo creía que me iba a plantear alguna cosa más...

-¿Es que existe algo en que yo no he pensado?

-Sí. Mis deberes como médico de un Jefe de Estado me hacen estudiar qué alimentos precisa, cuáles son perjudiciales para él, qué fármacos toma actualmente... Yo, si fuera médico del presidente Ford, analizaría todo esto. Como usted sabe, hay medicamentos que son inhibidores de la monoaminooxidasa y que, por tanto, no deben administrarse al mismo tiempo que los productos derivados de la leche. En España los quesos son excelentes, pero fuertes. Imagínese usted si se produjera una reacción sincopal.

-Tiene usted razón.

-Pero aún hay más -continué-: quiero conocer si el presidente o su esposa son alérgicos a algún medicamento y quiero tener preparada sangre para el caso hipotético de que fuera necesaria. Facilítame usted sus tipos y, finalmente, cuáles son sus presiones arteriales. Nada se puede dejar a la improvisación de última hora.

Contestó:

-En este momento no le puedo decir con seguridad si el presidente tiene alergia a algún alimento, pero sí le aseguro que no es alérgico a fármaco alguno. Por otro lado, le voy a facilitar ahora mismo una nota con el grupo sanguíneo y todos los demás datos que juzguemos interesantes.

Después me preguntó:

-¿Y usted cree que todo lo que le he pedido puede disponerlo sin problemas?

-Inmediatamente; eso se resuelve dentro de la Seguridad Social.

Hablé con el doctor Martínez Estrada y me confirmó que no existiría obstáculo alguno. De todos modos, estaba preocupado.

-Sé que está resuelto, pero ¿cómo y cuándo? -le dije a Martínez Estrada.

-Ya. He dado orden de que procedan a desalojar algunos módulos de La Paz. De vez en cuando hay que pintar, arreglar desperfectos, revisar ciertas cosas... Todo se debe realizar de manera gradual. En estos momentos hay un módulo recién terminado que se puede ocupar perfectamente. Se reserva mientras esté el presidente Ford en España y en cuanto se vaya se comienza a ingresar enfermos.

-¿No has pensado -le comenté seguidamente- que este módulo debe estar también dispuesto para el Generalísimo?

De tal posibilidad habíamos hablado los dos en más de una ocasión. Nuestra idea, que desde el primer instante aceptó el propio Franco, es que, si sucedía alguna contingencia, se le ingresara en una residencia de la Seguridad Social.

Llamé a la Embajada de los Estados Unidos para confirmar que todo estaba dispuesto. y lo estaba. El doctor Martínez Estrada había hecho incluso gestiones con la Subsecretaría de Aviación Civil para que nos dejaran libres las rutas de vuelo a una determinada altura, utilizadas por los helicópteros, y para que se nos diera permiso para volar sobre las calles a fin de cumplir la misión encomendada, en el caso de que ello fuera preciso. Les dije también algo que Martínez Estrada me había recalado mucho:

-No existe problema alguno; todo está cubierto a la perfección. Si lo desean, pueden verlo ustedes mismos.

-Mañana vamos.

Efectivamente, a la hora convenida nos esperaban en la Ciudad Sanitaria La Paz. Nos acompañaba uno de los jefes de la seguridad de Su Excelencia, que había sido encargado asimismo de la del presidente Ford. Subimos por un ascensor privado, llegamos directamente al módulo, visitaron todas las dependencias y se fueron muy bien impresionados. Luego quisieron inspeccionar una de las plantas en las que había enfermos ingresados.

Al salir me preguntaron:

-Y esto ¿para quién es?, ¿quién puede disfrutar de estas instalaciones?

-Todos los españoles afiliados a la Seguridad, obreros o empresarios.

-En Estados Unidos -me respondieron- no somos suficientemente ricos como para mantener unos servicios como éstos para todos los ciudadanos.

Ford llegó al aeropuerto el día 31 de mayo. Allí estábamos aguardándole. En Madrid le dispensaron un recibimiento triunfal. La caravana marchó primero al Pardo, donde se celebró la recepción oficial. Desde allí salimos hacia la Moncloa, que era por entonces residencia de huéspedes ilustres. Allí los dos jefes de Estado tuvieron un largo

despacho oficial. Por la noche se celebró la cena de gala, en el palacio de Oriente, que finalizó muy tarde para las costumbres estadounidenses: a las doce menos cuarto. Franco pronunció un brindis con perfecta dicción, tono y timbre. Yo estaba satisfecho. Dijo Su Excelencia que el mundo occidental estaba necesitado más que nunca de cohesión para la defensa de los valores que nos eran comunes y que España estaba dispuesta a colaborar con generosidad en la defensa de esos valores. Ford respondió con un parlamento amable y sincero. Su objetivo era mencionar indirectamente a la OTAN y lo hizo, pero dentro del más exquisito protocolo. Las palabras de Franco, además, le habían dado pie. Contestó: «España, mediante su cooperación bilateral con los Estados Unidos, hace una aportación muy importante a la defensa occidental y de esta cooperación se han beneficiado otras naciones de la Comunidad Atlántica.»

Terminada la cena asistimos a un magnífico concierto con los stradivarius de palacio. El concierto fue impresionante, pero más aún el marco.

A la mañana siguiente acompañamos a Ford al aeropuerto. Cuando volvíamos me dijo el Caudillo:

-El matrimonio compone una buena pareja y él parece un hombre bienintencionado.

Yo había saludado a Ford como todos los restantes miembros del séquito. Cuando le informaron de mi condición de médico de Franco y suyo mientras durara la visita, me afirmó:

-No sé si sabrá usted que le han elegido como médico mío porque todos hemos visto en los noticiarios televisivos lo bien que está su paciente el general Franco.

De aquel hombre guardo hoy un pequeño recuerdo que me entregó personalmente antes de tomar el avión.

XII. La muerte sale al cruce

En la Feria del Campo • Otra intervención dental • Corrida de la Beneficencia • La muerte de Herrero Tejedor • La última final de Copa del Generalísimo • "A mí no me gusta esa pintura" • El 18 de Julio 8 Recepción de la Granja • Anécdota de siete truchas • El viaje a Meirás

De nuevo quiso el Generalísimo volver a la Feria del Campo. La primera vez que estuvo, el día de la inauguración, le habían impresionado favorablemente los pabellones que había recorrido, y en esta ocasión pretendía recorrer la muestra con más tiempo. Además había un motivo más: la clausura de los concursos Ibérico y Nacional de Ganado Selecto. Cinco ministros, aparte del presidente, acompañaron al Caudillo en esta su segunda visita al recinto ferial. Cuando volvíamos al Pardo aprovechó para hacer algunas reflexiones sobre lo que habíamos visto. Me dijo:

-Me encanta venir a esta Feria porque siempre aprendo algo. Ésta es una obra maravillosa que no debe perderse pese a que, según creo, este año han tenido dificultades de organización. Aquí los ganaderos tienen la oportunidad de mostrar lo mejor que tienen, y eso es para ellos un estímulo profesional.

Comenzaron por aquel entonces otra vez las molestias dentales de Su Excelencia. Se quejaba de dolores en los tres dientes que le quedaban en la arcada superior. Estaba siempre molesto. El día 9 se decidió que ya no quedaba otro remedio que la extirpación. Era inútil el mantenimiento. Cuando llegamos a la conclusión de extraer las tres piezas, no oculto que el hecho me inquietó. Había que considerar no solamente el acto quirúrgico en sí, sino la anestesia, la tolerancia y la respuesta final. No se trataba, desde luego, de una extracción sin complicaciones. El doctor Iveys aconsejó que todo se hiciera lo más pronto posible. Preparó un aparato provisional para que en el mismo momento de realizar la extracción, sobre la misma cicatriz, se acomodara la nueva dentadura. En esto insistió mucho el Generalísimo: tenía que continuar su vida normal; no podía suspender sus actividades. Le expliqué las dificultades y problemas que tenía la pequeña operación, pero él no prestó demasiada atención. Tomó la decisión de acudir a la consulta de Iveys cuanto antes. Llevaba desde luego muchos días con molestias. Le pregunté que cuántos y me respondió:

-Hoy es 23 y empecé con los primeros dolores el día 19.

La intervención fue muy afortunada. Iveas extrajo las tres piezas y Franco toleró perfectamente la anestesia. Rápidamente regresamos al Pardo. Aunque el proceso había sido doloroso, no formuló ni una sola queja.

El día 23 estaba programada la corrida de la Beneficencia, fiesta taurina por antonomasia del año a la que el Generalísimo asistía siempre. El cartel era de gala. Ruiz Miguel, Niño de la Capea -todavía se hacía llamar así-, y Roberto Domínguez. No fue, sin embargo, y por diversas causas, una tarde alegre. Franco, según me dijo, gozaba con este espectáculo. Era público y notorio que durante su estancia en Zaragoza había sido abonado de aquella plaza y contaba lo difícil que era el público de la capital maña; un público exigente y apasionado. Marcial Lalanda, lo contaba recientemente, decía que se organizaban tremendas broncas al menor incidente. Comenzó la corrida con algún retraso. Los toros no eran los anunciados en el cartel, puesto que la corrida de Fermín Bohórquez había sido desechada por los veterinarios. Trajeron seis toros de Sepúlveda de Yeltes, bastos, feos y desiguales. Allí naufragó todo el mundo: ganadero y toreros.

Pero la desagradable noticia estuvo fuera del ruedo de las Ventas. Se lidiaba el tercer toro, que correspondía al vallisoletano Roberto Domínguez, cuando, primero sin demasiados detalles y después pormenorizadamente, informaron al Jefe del Estado que el ministro secretario general del Movimiento, Fernando Herrero Tejedor, acababa de sufrir un accidente de automóvil, en el que había muerto. Franco quedó muy impresionado. La gente, la mucha gente que había en el palco, no se lo podía creer. El Caudillo -y así lo repetía aquella tarde- estimaba mucho a Herrero Tejedor y a su familia. Ya no pudo ver prácticamente aquella corrida. Pidió inmediatamente que se le facilitara toda la información posible y así supimos que había sufrido el accidente en Adanero. El Dodge del ministro había chocado con un camión, cuyo conductor sólo padeció heridas leves. El punto en que sucedió el trágico hecho era de los llamados «negros» en la terminología de la Policía de Tráfico; en él confluyen las carreteras de Madrid-La Coruña y la de Valladolid. Al parecer, Herrero Tejedor vivió algunos minutos y pudo recibir la extremaunción de manos del cura párroco de Villacastín.

Regresamos descompuestos al Pardo. Al día siguiente, Franco asistió personalmente al funeral. Fue aquél un acto impresionante. Acudieron también el Príncipe, el presidente del Gobierno y todos los ministros. El funeral se celebró en la sede del Consejo Nacional del Movimiento, hoy Senado. Llegamos a las once de la mañana y en la plaza de la Marina Española no cabía un alma. Franco oró unos minutos ante el túmulo donde reposaban los restos de Herrero Tejedor. Ofició el cardenal arzobispo de Madrid, monseñor Enrique y Tarancón, quien dijo en la homilía del ministro fallecido: «Puedo garantizar su honradez, autenticidad y espíritu de verdadero crítico.» Aquellas palabras nos emocionaron a todos. Cuando terminó el acto religioso, Franco fue a dar el pésame a los familiares; los fotógrafos dispararon sus flashes. Era la segunda vez en poco tiempo que el Caudillo estrechaba la mano de la viuda de un cercano colaborador suyo. En la primera, recuerdo la fotografía, se acercó a la viuda de Carrero Blanco, no pudo soportar la emoción y lloró. En ésta, yo estaba cerca, se mostró entero, pero muy impresionado. Cuando salía -esto parece inevitable en política- ya se oían comentarios sobre quién podía ser el sucesor de Herrero. Me dijeron que su delfín era el vicesecretario Adolfo Suárez. Se comentaba que el nuevo ministro debía ser un

político identificado con el 18 de Julio pero de línea renovadora, al hilo de los tiempos que corrían. Las asociaciones políticas eran entonces el tema más conflictivo, y el ministro del Movimiento era el hombre encargado de llevarlas a buen puerto. Todas las opciones que se habían puesto, en un principio, favorecían al «delfín» Adolfo Suárez. Al final, sin embargo, Franco se decidió por un hombre de su absoluta confianza, que ya había sido ministro en otra ocasión: José Solís Ruiz. Suárez y Solís habían sido precisamente los dos políticos que iban a la cabeza de los que portaron el féretro del ministro fallecido.

La rutina de mi visita y la asistencia consiguiente seguían sin más variaciones. Franco se mostraba permanentemente curioso por conocer cuál era el contenido de mi cartera. Yo siempre llevo en ella una enorme cantidad de papeles, material médico, trabajos y revistas científicas, recetas y notaba que nunca se atrevía a preguntarme. Una mañana al abrir la cartera, observó aquel mare- mágnum y me dijo:

-Lleva usted mucho papeles. ¿Para qué tantos? Eso más que una cartera parece una oficina.

-La verdad es que sí. Tengo costumbre de ir leyendo en el coche. No dispongo de tiempo y debo aprovechar los minutos. Además, cuando se me ocurre algo, lo anoto en una ficha que meto en este departamento.

-¿Anota todo lo que se le ocurre?

-Todo.

-¿De aquí también?

-También -le respondí sonriente-. Tengo los cuadernos que ya conoce Su Excelencia y unas notas que me parecen muy jugosas y que me sirven de mucho. Por otra parte, ¡Dios sabe para lo que servirán algún día!

No me respondió, pero continuó con su sonrisa.

Pasaron algunos instantes y yo no sabía *cómo* romper aquel silencio. De pronto me interpeló:

-¿Usted va bien atado en el coche?, ¿lleva el cinturón abrochado?

-No -respondí.

-Átese, átese. Es importante; le necesitamos.

El verano se estaba echando encima, y en estas condiciones la vida política, aunque no menos completa, era más relajada. Continuábamos con los paseos, la

foniatría y los ejercicios diarios de rehabilitación, que ya eran más de mantenimiento. El día 5 de julio Su Excelencia debía entregar la copa de fútbol que llevaba su nombre al equipo finalista. Se trataba nada menos que de un partido de la máxima rivalidad: Atlético de Madrid-Real Madrid. Llegamos al estadio Vicente Calderón a las nueve de la noche. En el palco estaban, además, el presidente Arias, el nuevo ministro Solís Ruiz, los duques de Cádiz y personalidades deportivas. Fue aquél un partido extraordinario y Franco disfrutó como pocas veces le había visto en los últimos tiempos. Claro que ganó el Real Madrid, por penalties y en la prórroga. Precisamente, cuando uno de los jugadores del Madrid, Vitoria según mis notas, se adelantó en el marcador definitivamente, el Caudillo se volvió hacia donde yo estaba y me guiñó un ojo. De pronto recordé aquellas palabras «... pero Fuertes es del Atlético». Fuertes estaba cerca, muy cerca de mí. Franco pasó un rato excelente y se divirtió. Luego me comentaría que le gustó enormemente el partido, pero que, sobre todo, se había dedicado a mirar de reojo a algunas personas que estaban en el palco presidencial del Atlético de Madrid muy nerviosas y que creyeron por un momento que iban a ganar, aunque luego se llevaron una enorme decepción. Al final, casi a las doce de la noche, el Caudillo entregó a Amancio la copa de campeón. Fue la última que se denominó del Generalísimo.

Entre los acontecimientos que vivimos por aquellos días, recuerdo la inauguración, el 11 de julio, del museo de Arte Contemporáneo. Fue ésta la primera vez que el Caudillo pasó revista a la compañía que le rendía honores, a mi gusto. Desfiló al compás de las marchas con garbo militar, con energía. Yo no le perdía de vista. Incluso algún periódico comentó aquel detalle; a muchos no nos pasó desapercibido. Yo tenía entonces el orgullo de mi oficio.

Durante una hora recorrimos todas las dependencias del museo. Después estuvimos treinta minutos en el bar. Quedé impresionado de la visita, porque soy un enamorado del Arte con mayúsculas, desde la pintura antigua al surrealismo; pero la pintura moderna que allí se exhibía me parecía incomprensible. Debo confesar que ante algún cuadro me sentí hasta ofendido. El edificio me pareció feo. En la Ciudad Universitaria se había construido una mole que desentonaba del conjunto, como un parche arquitectónico horrible.

Ya en El Pardo le hice un comentario, que casi era una afirmación:

-Su Excelencia, que es un técnico en pintura, ¿ qué piensa del nuevo museo?

-¿Y usted?

-He preguntado yo primero, Excelencia -le dije: Rió, replicándome:

-Pues yo pienso exactamente igual que usted: eso no es pintura.

El comentario de Franco tranquilizó mi conciencia. No quería quedar como ignorante.

Llegó la fecha solemne del 18 de Julio. El día iba a ser agotador. Empezó la jornada con la entrega de premios y diplomas a las empresas modelos y a los trabajadores ejemplares. El acto se celebró en el salón de los Pasos Perdidos, un salón rectangular, al fondo del cual se situaba Franco siempre de pie, sin hacer uso en ningún momento del sillón que se le ponía. Era un hermoso salón, que durante un tiempo antes que lo habitara el Generalísimo no era tal, sino un pasador abierto al patio central, porque en él se desfilaba para llegar a diversas dependencias del palacio. De aquí su nombre: de los pasos perdidos.

Allí vi buenas gentes del pueblo español que habían llegado hasta El Pardo en autobuses y que se emocionaban cuando Franco les daba la mano, o les tendía un simple saludo. Entre los trabajadores ejemplares había un actor viejito, muy popular entonces, Joaquín Roa, hombre bueno, con el pelo cano, al que yo había visto algunas veces en televisión. Al final, Franco pronunció unas palabras, muy pocas. Dijo: «Felicito a cuantos han contribuido a este acto en que se premia la destreza en el oficio, la capacidad empresarial y el servicio a la justicia. Gracias, muchas gracias.»

Cuando terminó el acto, y sin apenas descansar unos momentos, salimos hacia la Granja de San Ildefonso. Nada más llegar, almorzamos. Estaban dispuestas varias mesas. Franco comió con su familia y yo compartí la mesa con los ayudantes, con los generales Fuertes de Villaviciencio y Gavilán, segundo jefe de la Casa Militar. Comimos rápidamente. El Caudillo quería ver la primera jornada de la eliminatoria de la copa Davis de tenis entre España y Rumania. No se perdía un solo partido. Aquel día perdonó hasta el reposo. Después comentaría que había sido una pena que el segundo jugador español, Higuera, hiciera tan malos saques porque, de haber acertado más, hubiera conseguido ganar al «monstruo» -así le calificó Su Excelencia- Nastase. No obstante el partido duró ciento ochenta y cinco minutos. El Caudillo no pudo ver el final. Comenzaba la recepción oficial.

Estaba en los bellísimos jardines de la Granja mucha gente. La fiesta era una maravilla: un marco espléndido, vestidos de gala, la mejor de las sonrisas en todas las caras... Sus Excelencias ofrecieron una cena a los invitados y después intervino la Orquesta y Coros Nacionales. El programa fue el siguiente: intermedio, primera y segunda danza de *La vida breve*, de Falla; preludio y coro del segundo acto de *Marina*, de Arrieta; escena quinta, coro y muñeira, preludio del segundo acto de *Maruxa*, de Amadeo Vives. Dirigía la orquesta el maestro Frühbeck de Burgos y actuaron los coros de Lola Rodríguez de Aragón.

En aquella cena no existía un orden predeterminado para sentarse: no había lugares señalados. El protocolo hubiera quedado desbordado. La mesa presidencial estuvo ocupada por Franco, los Príncipes, Gobierno, miembros del Cuerpo Diplomático, consejeros del Reino, autoridades de Madrid y Segovia y representantes de los tres Ejércitos. Veía a un Franco simpático, hablador y entusiasmado con la interpretación de la Orquesta y de los Coros. Aquél era para el Generalísimo un día de júbilo. Nada entonces empañaba su alegría.

Dormimos en la Granja. Me informaron que se iba a levantar temprano para ir a pescar. A las nueve de la mañana salimos para el lago. Puedo decir que Franco, aunque soy lego y no puedo entrar en tecnicismos, manejaba la caña con enorme maestría. En aquella ocasión tampoco vi a ninguna persona, a ningún experto, que le colocara las

truchas en el anzuelo. Pero estaba de suerte: le picaban muchas. No recuerdo el número de capturas que hizo en aquellas horas, pero sí que consiguió bastantes piezas.

En un momento de descanso le pregunté que cuál era su secreto:

-No hay tal; la gente se cree que la trucha se pesca con cucharilla. Están equivocados. Y o lo hago siempre con lombriz. Aquí me preparan unas estupendas y las truchas pican con facilidad. Este pescado es realmente torpe. ¿Le gustan a usted las truchas?

-Sí, mucho.

-Ahora ordeno que le envíen quince.

Cuando regresé a casa, se habían recibido siete.

Franco disfrutaba en aquel Real Sitio. Los nuevos tapices que habían sido colgados eran una auténtica maravilla. Cuando llegamos después de la pesca, Franco me interrogó:

-¿Le gusta este palacio?

-Es fantástico.

-Mire desde esta ventana y vea correr las fuentes.

Lo hice y me dijo:

-Desde aquí el jardín resulta muy bonito, porque debe verse desde arriba. Está trazado para ser contemplado desde estas ventanas. En cambio si usted baja, no le dirá nada. El jardín es bonito pero hay que juzgarlo desde arriba. Como sucede con casi todos los jardines de los palacios.

Entró entonces el ayudante de Marina, capitán de navío Suanzes, un hombre que siempre se quejaba de los ahogos que sufría subiendo las escaleras. Se cansaba incluso en el golf. Fumaba mucho, estaba obeso y no hacía apenas ejercicio. A Franco le hacía una cierta gracia que las personas que iban con él se cansaran. Decía que él no se fatigaba nunca. Cuando le comentamos lo mal que lo pasaba Suanzes en las largas caminatas, dijo:

-Este hombre es absolutamente igual que su padre.

Después utilizó una palabra suya, que en él no era despectiva:

-Era un gandul bajito y gordito. En el Pazo se ponía muy contento cada vez que llovía porque pensaba que así no saldríamos a pasear.

Un día, al llegar al palacio, me dijeron que se había decidido que el 28 comenzarían las vacaciones. Franco y su séquito irían a Galicia. Unas fechas antes hubo relevo de ayudantes. Suanzes sustituyó a Urcelay y Lens a Justo Fernández Trapa. Continuaron Morales Vara del Rey, teniente coronel de Infantería; Antonio Galbis, teniente coronel de Artillería; Rodríguez Colubí, teniente coronel de Caballería, y Mariano Mañeru, teniente coronel de Ingenieros. Un equipo eficaz y ejemplar, caballeros todos, fieles y entregados a su tarea. Guardo de ellos un recuerdo imborrable porque me ayudaron a rehabilitar y a recuperar a Su Excelencia y en muchas ocasiones me demostraron su amistad personal.

El día 28, efectivamente, salimos de Madrid. En el aeropuerto esperaba el Gobierno en pleno. El avión se llamaba *Ribeiro* y Franco saludó a la tripulación al pie de la escalerilla. A las seis despegamos de Barajas. Antes, el Caudillo había hecho un aparte, que fue muy comentado, con el presidente Arias, que al día siguiente marchaba hacia Helsinki para asistir a la Conferencia de Seguridad Europea.

Además de los ayudantes que ya he mencionado, viajaban un equipo de ayudas de cámara y enfermeros: Juan Muñoz Gil, el sempiterno Juanito; Ruperto Zamorano, que había llegado al palacio al mismo tiempo que yo, y Maximino González. Juanito, un hombre de total confianza del Caudillo, llevaba a su servicio desde los tiempos de Salamanca.

Tardamos poco menos de una hora en llegar a Santiago de Compostela. El Generalísimo estaba extraordinariamente emocionado. Nunca -me lo confesó- pensó que volvería de nuevo a Galicia, a su tierra natal. En el aeropuerto de Labacolla le esperaban centenares de coruñeses y forasteros. Eran las siete de la tarde. Después de que fueron rendidos honores al Generalísimo, le cumplimentó el ministro de Jornada, almirante Pita da Veiga, ministro hasta que dimitió siendo ya presidente del Gobierno Adolfo Suárez. Después nos trasladamos hasta la residencia veraniega del Caudillo, las famosas «Torres de Meirás». Allí se hallaban esperando los miembros de las Casas Militar y Civil, Max Borrel, íntimo amigo de Franco y acompañante en las jornadas de pesca, Nicolás Franco Pasqual de Pobil y las autoridades locales. Apenas llegados supe que al día siguiente llegarían los Príncipes y sus hijos. Comenzaba el último verano del Generalísimo, una época agradable que en nada presagiaba el próximo y dramático final.

XIII. El último verano

La acacia negra • Llegan los Príncipes • Almuerzo en el "Azor" • Una película • El juramento de Hipócrates • El Generalísimo quiere saber la verdad • La construcción en Galicia • La división de la propiedad • El médico rural e Mañanas en el golf • De pesca en el "Azor" • El terrorismo • Una niña saluda al Generalísimo desde la cuneta • Demostración naval • Las dos veces que se mareó Franco • El día que se mareó Muñoz Grandes • Las tormentas • Francis sufre un accidente de automóvil • Multitudinario homenaje de Galicia a Franco • Anécdotas de los gafes • Franco dormía como un tronco

El día 29, mientras aguardábamos la llegada del Príncipe, estuvimos paseando por las proximidades de la pista de tenis. De pronto, el Generalísimo se detuvo ante un magnífico ejemplar de acacia negra y nos dijo:

-La acacia negra es el símbolo de la masonería.

-¿Por qué habrá sido elegida como tal? -le pregunté. -Seguramente, porque su madera es incorruptible.

Luego refirió que los masones elegían a sus miembros después de hacerles pasar como un noviciado por los rotarios y por los leones. Se extendió aún en un comentario de la inmensa propaganda que se hacía sobre el altruismo de los fines de la masonería, y dijo que en realidad lo que buscaban era un dominio multinacional en todos los aspectos.

El Príncipe llegó a la una menos veinticinco del mediodía al aeropuerto de Alvedro, en un avión especial de la Subsecretaría de Aviación Civil en el que había viajado desde Madrid -según refirieron después- en la cabina de los pilotos. Con él venían las infantas.

Cinco minutos después tomó tierra el avión en el que viajaban la Princesa y el infante don Felipe.

En el aeropuerto fueron recibidos por doña Carmen Polo de Franco, el ministro de Marina y las autoridades militares y civiles.

Cuando el Generalísimo advirtió la llegada de los infantes se le iluminó la cara. Una de las cosas que más le enternecían era la presencia de los niños, a los cuales miraba, seguía y observaba de continuo. Los niños de los Príncipes, sobre todo don Felipe, le tenían entusiasmado. No le perdía de vista. Posiblemente, pensaba en la continuidad.

Don Juan Carlos llegó acompañado por el general Armada, marqués de Santa Cruz de Rivadulla, secretario del Príncipe; el capitán de fragata don Eduardo Vila, ayudante de servicio, y don Luis Pérez Domingo, inspector-jefe de la escolta. Con la Princesa habían llegado el general don Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, jefe de la Casa de don Juan Carlos, y el nuevo ayudante naval, capitán de corbeta don Fernando Poole.

Todos departieron con los ayudantes de Su Excelencia, de los que eran amigos.

Los Príncipes se alojaron en el Pazo de Meirás, en una habitación conocida por «la habitación del Príncipe». Guardamos a que se cambiaran para ir al *Azor*.

En el barco estaban de servicio el ayudante Suanzes, Juanito y yo, que con el capitán y la tripulación del *Azor* éramos los únicos extraños a las dos familias: la de Franco y la del Príncipe.

Al llegar a cubierta, el Generalísimo se sentó y estuvo mirando a lo lejos durante un rato. Luego participaría en la conversación general.

Con los anfitriones, presidieron el almuerzo los Príncipes. Figuraban también los marqueses de Villaverde y sus hijos Francisco y Mary, el coronel Agustín Morales Vara del Rey, el capitán del *Azor*, el segundo oficial y yo.

Después del almuerzo se pasó una película italiana, *El médico de la Mutua*, protagonizada por Alberto Sordi, que era una sátira de la medicina del Seguro y que desató conversaciones y comentarios. Cristóbal se refirió al juramento de Hipócrates. La Princesa hizo algunas preguntas sobre la trascendencia del mismo y entonces se habló del secreto profesional. Cada cual expuso su criterio y, en general, se opinó que no existe secreto, que todo el mundo sabe todo.

Intervine para hacer una exposición de lo que es, a mi juicio, el secreto profesional. Me referí a la necesidad de la verdad en el diagnóstico; que se debe decir a cada enfermo su propia verdad, aunque no todos la toleren, pero que el arte del médico radica en saber decir esa verdad sin que el enfermo se alarme, porque es importante razonarle lo que tiene que conocer.

La discusión se hizo más intensa cada vez. Cristóbal siguió en desacuerdo y Alfonso de Borbón -que llegó posteriormente al barco- estuvo de mi parte. Cristóbal argumentó que la depresión hace infelices a los enfermos; y yo insistí en que la verdad es absolutamente necesaria, porque hace tomar conciencia y resolver la vida personal a cada cual; porque puede ser que el paciente tenga una serie de problemas en su vida y que la trascendencia de la hora le haga recapacitar y resolver.

Franco escuchaba, callaba y sonreía de vez en cuando. Miraba a todos y se fijaba mucho en los detalles. Siguió la discusión sin perder una sílaba. Luego, a solas, me indicaría que él quería saber la verdad siempre.

-Al final -dijo- es siempre trascendente. Creo absolutamente preciso, no sólo tenerlo previsto, sino dispuesto. He notado la tensión de las discusiones de esta tarde. No haga caso. Usted siga adelante guiado por su criterio.

Al despedirse, el Príncipe me dijo:

-¡Vaya tarde que has pasado!

Volvemos al Pazo a las 17 horas. Su Excelencia está triste. Se aprecia que nota la soledad. Se quedan a jugar Francis y Mary a un juego nuevo; pero ellos, la Señora y él están viviendo su mundo.

Parece que el discurso de Arias Navarro en la «cumbre» de Helsinki ha tenido buena acogida. La prensa destaca algunas afirmaciones de este mensaje tales como «nunca faltará el apoyo de España para que se consolide la obra de esta Conferencia en bien de la paz», que «lo que ahora necesitamos es comprensión abierta y colaboración plena entre los Estados», que «hay que hacer del Mediterráneo un área de paz justa para todos los pueblos de la región... ».

Arias Navarro se entrevistó con el presidente del Gobierno francés, Giscard d'Estaing, con el secretario general del Partido Obrero Unificado de Polonia, Edward Gierek, y con el jefe del Gobierno belga, Léo Tindemans.

Se ha cumplido un año de la incorporación de Zamorano y mía al servicio del Generalísimo este se manifiesta muy cariñoso. Hablamos de la necesidad de crear un presente y un futuro para él. La esperanza, la ilusión de hacer cosas son absolutamente necesarias para toda recuperación.

-Efectivamente -me dice-, sin esperanza y sin ilusión no cabe la posibilidad de realizar nada y todavía queda mucho por hacer.

Al día siguiente va al golf con el Príncipe. Ese día, que es el primero, le salen mal las jugadas.

Para ir al golf me ordena que suba a su coche.

-Hoy es un día muy tristón -observa, a la vez que mira a través de la ventanilla.

Luego añade señalando con el dedo:

-Aquí no ha decaído la construcción porque los emigrantes mandan su dinero para hacer sus casitas. Es lo mejor.

Se extiende en la observación del paisaje gallego y me hace fijarme en cómo el mar se vislumbra, en la lejanía, en la última curva. Es un enamorado de este paisaje, que conoce a las mil maravillas.

Guimaraes, su compañero de golf, al llegar al sexto hoyo le dijo a Su Excelencia:

-Son bastantes para el primer día -haciéndome a mí un guiño para significarme que lo había dicho para que Su Excelencia no se canse.

-No, no estoy cansado. Vamos a hacer otro hoyo -respondió el Generalísimo.

Y hace otro hoyo.

Al día siguiente le pregunto que si está cansado. Me dice que no y que va a ir al golf, aunque va a recibir al presidente de las Cortes, a quien tiene citado por la mañana. Sale a hora más temprana para regresar antes.

El Príncipe me indica que quiere volver a Meirás cuando haya menos gente. Luego comenta el problema de los capitanes, que a lo más van a ascender a comandantes y que aspiran a una remuneración que les permita vivir decorosamente. Lo considera natural. Me indica que va a mantener contacto conmigo y que le dará cuenta de ello a Su Excelencia, porque quiere estar informado de todo lo que ocurra.

Al terminar la asistencia médica al Generalísimo le doy cuenta de la conversación con el Príncipe y le transmito que me ha dicho que le encontraba muy bien, que le ha visto algo triste en el barco y que desea volver cuando sepa que puede estar a solas con él.

El domingo, 3 de agosto, vuelve a salir en el *Azor*, de pesca. No le acompaño por deseo expreso de la Señora, que me indica que debo descansar y dedicarme un poco a mi mujer.

El día 8, el Príncipe interrumpe sus vacaciones en Mallorca para trasladarse nuevamente al Pazo. Mantuvo una conversación a solas con Franco y luego almorzó con Sus Excelencias y la familia.

Al día siguiente leí en un periódico de Madrid que estábamos en vísperas de una gran operación política. Sonaban los nombres de Fraga y de Solís, no sé para qué. El periódico anticipaba que «algo gordo se está cocinando». No tengo ni la menor idea de a qué se refería.

Vamos al golf con el Generalísimo en su coche y entonces, espontáneamente, comenta el gravísimo problema que tiene la división de la propiedad en Galicia, que no permite que pueda desarrollarse más la economía. Habla también de la concentración parcelaria y dice que se tropieza con la dificultad extraordinaria de la personalización de las parcelas. Muchas no se sabe a nombre de quién se encuentran y otras están en

testamentarías. Sobre todo, a su modo de ver, existe el problema de los campesinos que no toman las medidas necesarias porque piensan que las parcelas próximas a las ciudades pueden ser cotizadas a precio de solar.

Cree que debe desarrollarse más Galicia, que califica como una de las reservas naturales más importantes de España. Me dice que él está acuciando para que se haga la concentración parcelaria lo antes posible.

Luego surge en la conversación el tema del médico rural y de su dedicación a los pacientes.

-En Galicia -dice- esto está muy agudizado. El trabajo, el sacrificio, la dedicación del médico rural es enorme por la cantidad de aldeas pequeñas que hay y por la necesidad de comarcalizar y crear buenas condiciones de vida para que los médicos y los hijos de todas las personas que trabajan en el campo, tengan una promoción de educación suficiente. Deben pensar que, si ellos se están sacrificando, sus hijos pueden aspirar al acceso a la Universidad. Este grave problema que tienen planteado los médicos rurales, debería solucionarlo el Gobierno, del mismo modo que el de los maestros. Porque si queremos tener buenos médicos y buenos maestros rurales, es absolutamente preciso que se garantice la promoción, la igualdad de oportunidades para que puedan aspirar a una carrera universitaria los hijos de estos profesionales. Ninguno puede ni debe renunciar al porvenir de sus hijos por encerrarse en una aldea.

El partido de golf del día 9 es el mejor de toda la serie. Aquella mañana se produjo un detalle que me llamó la atención y fue que Guimaraes no cambió de palo al llegar a uno de los hoyos. Su Excelencia, sin embargo, pidió que le cambiaran el palo y eligió el 5 para salvar el *bunker*.

-¿Me quiere explicar, Excelencia, porque yo no sé jugar al golf, para qué ha cambiado el palo antes de hacer este golpe y no lo ha cambiado su contrincante?

-Lo he cambiado para rodar mejor la bola -respondió-, y para salvar el *bunker* con seguridad. Hay que tantear todas las posibilidades y yo creo que este palo es el que mejor me va.

El golpe le salió muy bien y no así a Guimaraes.

El día 11 almorzamos en el *Azor* con el gobernador civil, el capitán general y el alcalde de La Coruña. Tras la sobremesa, desembarcaron los invitados y nosotros fuimos a pescar fanecas. Condujo Su Excelencia con el comandante del *Azor* y establecieron el punto clave donde creían que estaba el banco de pesca. Ello fue precedido de un breve diálogo en el cual se estableció la posición, tomando *como* punto de referencia unos edificios que se divisaban en la costa.

Su Excelencia, con una gran memoria, dijo: -Aquí es donde están las fanecas.

-¿No será un poco más a la izquierda?

-Vamos a probar pescando -propuso-. Si no es aquí, cambiamos.

Dispusieron una serie de cañas; a mí me asignaron una y comenzó la pesca. El Generalísimo pescó más de cincuenta fanecas en las dos horas que permanecimos allí. Yo, que era la primera vez en mi vida que cogía una caña, pesqué cuatro. Los demás pescaron bastante -éramos seis en línea pescando-, pero el que más capturas realizó fue Su Excelencia. Es indiscutible que él tenía más destreza o más suerte que nosotros.

Desembarcamos en la ría de Sada y desde allí, con la caravana, volvimos al Pazo.

Al día siguiente íbamos hablando dentro del coche y surgió el tema de los atentados terroristas, que ya habían empezado. No comprendía yo cómo los terroristas no eran sometidos a juicio sumarísimo.

-Para que se pudiera someter a los terroristas a juicio sumarísimo -dijo Su Excelencia- es necesario que se les haya cogido in fraganti, o en persecución no interrumpida. Los terroristas cada vez que cometen un atentado, lo hacen en un vehículo robado o alquilado, que abandonan inmediatamente para continuar la huida en otro coche. De esta manera interrumpen la persecución y no pueden ser sometidos a juicio sumarísimo.

Añadió que las leyes estaban atrasadas y que cuando se legisló no había tantos coches como ahora y que éstos son utilizados actualmente para evadir la ley. No sé hasta qué punto resultan correctos jurídicamente estos razonamientos, que son literalmente los que el Generalísimo emitió como respuesta a mi pregunta.

-Considero -añadió- que las leyes están atrasadas, pero se están estudiando una serie de reformas que permitan una Ley Antiterrorista mucho más moderna, para que los culpables puedan ser juzgados debidamente.

En el trayecto del pazo al campo de golf de La Zapateira -realizado casi siempre a la misma hora- habíamos observado que una niña monísima, de unos doce o trece años, nos saludaba al pasar, desde la cuneta. Salía por la mañana para ver pasar el coche de Su Excelencia y volvía luego otra vez para saludar de nuevo con la mano, sonriente.

Un día yo le advertí:

-Ya está ahí la niña, Excelencia.

Entonces sacó la mano por la ventanilla y saludó a la niña. Después me dijo:

-Hablaré con Carmen para que haga un regalo a esta niña. Siempre será un recuerdo.

Ese mismo día me habla el Generalísimo de la muerte de un ingeniero industrial de El Ferrol, el cual se había resistido a su detención por la Guardia Civil. Me dijo que la publicación de este tipo de hechos era conveniente para que no se perdiera el respeto' a las fuerzas del orden.

-En estos momentos en los cuales se mitifica al terrorista, al gángster y al asesino -dijo- muy poca gente se preocupa de valorar objetivamente la disciplina y el riesgo que tienen los guardias civiles y los policías, los cuales se están enfrentando a diario con la muerte. Y la gente piensa que es sólo por un sueldo.

El día 13 de agosto llega el presidente del Gobierno a informar a Su Excelencia de su viaje a Helsinki, donde asistió a la Conferencia de Seguridad y Cooperación. Advierto que el Generalísimo está nervioso, en una situación de tensión contenida. Se da por seguro que Su Excelencia va a invitar al presidente del Gobierno y a su esposa a almorzar en el Pazo. Ambos regresan en helicóptero desde el aeropuerto de Alvedro a la isla de La Toja.

Después de la entrevista Franco aparece como siempre, sin muestra ni señal de haber estado preocupado. Todas las constantes orgánicas son normales.

El día 14 de agosto se celebró en alta mar una demostración naval en honor del Jefe del Estado. Embarcamos en el *Azor* para presenciar el desfile de las fragatas *Baleares* y *Andalucía* y los destructores *Oquendo*, *Marqués de la Ensenada*, *Bias de Lezo* y *Gravina*.

En el *Azor* acompañábamos a Su Excelencia, la Señora, el ministro de Marina, el almirante Nieto Antúnez, el segundo jefe de la Casa Militar general Gavilán, el marqués de Villaverde, los ayudantes Mañeru y Suanzes, Zamorano y yo.

Los invitados del Generalísimo habían embarcado en la fragata *Legazpi*, que daba escolta al *Azor*.

Al embarcar los cámaras de Televisión Española, Cerro y Ramón, les ofrecí un medicamento contra el mareo. Muy valientes los dos, no lo aceptaron, pero se marearon. Sobre todo el pobre Cerro, que no podía con su alma y que, como comúnmente se dice, sacando fuerzas de flaqueza, pudo realizar su trabajo. Aunque me prometieron copias de algunos fotogramas, que no llegué a conseguir, tuve ocasión de ver la magnífica película en la que recogieron las secuencias de Franco saludando a las banderas, emocionado.

El espectáculo de la demostración naval fue impresionante. Pasaron las fragatas empavesadas, a babor, con la marinería formada y saludando, mientras las bandas de música interpretaban alegres himnos. Al llegar a la altura del puente del *Azor*, gritaban «¡Viva España!». Yo no he visto un espectáculo semejante. El color, la vivacidad, el efecto que producía la marinería formada en la cubierta de los barcos, resultaban ciertamente maravillosos.

El Caudillo, que vestía uniforme de marino, estaba emocionado, porque en realidad era un homenaje que le rendía la Marina, a la que él se sentía particularmente sensible.

El *Azor* se dirigió a la entrada de la bahía de El Ferrol, donde esperaban las fragatas. Al llegar frente al castillo de San Felipe recordó Su Excelencia que en una

ocasión en que estaba de guardia en aquel castillo, salió a pescar y la marea no le dejó volver. Tuvo que recalar en la Escuela de Torpedistas, desde donde volvió al castillo, prometiéndose a sí mismo no volver a salir cuando estuviera de guardia.

Hubo un momento de máxima emotividad al pasar delante del *Canarias*, el cual permanecía en el fondo de la bahía, esperando, como un viejo soldado, la separación total del servicio. Al entrar, recibió al *Azor* con su personal formado a bordo, al tiempo que sonaba la *Marcha real* interpretada por la banda. Se despedían así del servicio activo con toda la gloria.

Imaginaba yo, entonces, qué estarían pensando los viejos marinos que se hallaban en el barco. Tuve un recuerdo para todos aquellos que murieron en el servicio, cumpliendo con su obligación, dentro del viejo acorazado.

Desembarcamos, e inmediatamente la comitiva se dirigió a la capilla de la Virgen del Chamorro. Arrodillado ante la imagen, permanecí con Su Excelencia y con la Señora, dando gracias con toda nuestra alma porque nos había dado un año más de vida desde que el verano anterior estuvimos allí para despedirnos.

A la salida, el Generalísimo me mostró, desde lo alto, El Ferrol. Me dijo:

-Ésta es indudablemente la mejor vista de la ciudad y yo nunca me marché sin despedirme desde aquí, de la Virgen y de El Ferrol.

El día 16, cuando llego al pazo por la mañana, me encuentro con una cierta nerviosidad en el ambiente. Han leído en la prensa gallega la llegada de los Príncipes. Los observadores prestan mucha atención a esta visita y se tiene la impresión de que nos encontramos, tal vez, en vísperas de acontecimientos verdaderamente importantes. Hay quien habla de transmisión de poderes, de la renuncia de Franco, porque para muchas personas este desplazamiento del Príncipe desde Mallorca tiene carácter inesperado. La situación hace que todo el mundo esté en el Pazo pendiente de las visitas y de todo lo que se considera que no estaba programado. A todo se saca punta. En esa punta, una de las personas que más pinchazos recibe soy yo.

Este mismo día, seguramente recordando el episodio de los cámaras de televisión durante la demostración naval, el Generalísimo habla del mareo, y nos da su versión.

-Para mi modo de ver -dijo- existen dos tipos de mareo: el de estómago, que cede con el vómito, y el de cabeza. No he estado mareado más que dos veces en mi vida. Una, en mi juventud, cuando salí bajo mi responsabilidad con el puerto cerrado, porque tenía que incorporarme a mi destino en Melilla. Tardamos cinco horas en un trayecto de cuarenta y cinco minutos. Es uno de los momentos más incómodos que recuerdo. La segunda vez me mareé durante una estancia en Mallorca, en un viaje entre islas en que encontramos un velero desarbolado, con muy mala mar. Lo auxiliamos, rescatándolo; pero en la operación me mareé.

Entonces refirió una anécdota:

-¿Conoce lo que le pasó a Muñoz Grandes?

-No, señor.

-Estaba en el *Azor*, en una de nuestras travesías, mareado, cuando se posó en el barco un pajarito que venía muy cansado. Lo recogimos y alguien lo colocó en la toldilla, sobre uno de los armarios. A la mañana siguiente comentaron ante el general que el pajarito se había marchado. Entonces Muñoz Grandes dijo, con toda su alma: «¡Porque pudo!»

El día 19, después de haber mantenido conversaciones con Franco, el Príncipe se va con él al golf. Su Excelencia juega con Guimaraes hasta cerca de las dos y media de la tarde. Su Alteza les acompañó a lo largo de todo el recorrido, conversando con el grupo de periodistas que presenciaban el juego. Al día siguiente, le rinden al Generalísimo un homenaje en el club del Monte de la Zapateira. Allí están los socios del club con sus señoras y entre ellos algunos amigos míos, a los que saludo. Porque, si alguien se encontraba solo en aquella situación, era yo. La mayor parte de las veces tenía que soportar mi soledad, puesto que no podía hablar con nadie, ni con los ayudantes, que eran unos caballeros. Había que mantener la discreción profesional, así como la política, disimulando los estados de ánimo adversos y la sensación de que estaba uno sobre un volcán.

Cuando nos disponemos a regresar al Pazo, Su Excelencia me ordena que vuelva de nuevo a su coche. En el trayecto vamos conversando. Como hay tormenta, le pregunto si esto le produce alguna molestia. Tiene un trastorno neurológico que a este tipo de pacientes les suele producir modificaciones en su status.

-Me encanta contemplar las tormentas -responde-, para admirar su grandeza. Quien teme a las tormentas es porque no las entiende. Siempre he creído que son una manifestación maravillosa de la majestad y de la grandeza de Dios.

Precisamente en estos días comenzamos unos nuevos ejercicios para conseguir mayor flexibilidad de las articulaciones, porque había observado que en los golpes que Su Excelencia daba en el golf necesitaba utilizar una musculatura y unas posiciones para los que no habíamos previsto ejercicios de rehabilitación. Los hace muy bien y, como resultan algo violentos, le pregunto que si se cansa y me dice que no. Está practicando flexiones de tronco en las que, con la edad que tiene, llega perfectamente al suelo sin doblar las rodillas. Le digo que el límite de la recuperación y de la rehabilitación de las personas no lo pone la edad, sino Dios; que no creo que nadie debe limitarse a sí mismo, poniéndose un techo.

-Excelencia -le digo-, esos techos los pone Dios en todo. Cada uno debe aspirar a más. Dios y la vida le cortarán a uno las alas. Con esta norma la rehabilitación no tiene techo. No hay que pensar en edad ni en limitación. Poco a poco, sin violencia, sin daño, hay que alcanzar el ideal.

-Quiero seguir haciéndolo -respondió- y si es posible aumentar los ejercicios, porque creo que tiene usted razón.

El día 22 se celebró Consejo de Ministros en el pazo de Meirás. El acuerdo más importante que se ha adoptado se refiere a la aprobación de un decreto-ley sobre prevención y enjuiciamiento de los delitos de terrorismo y subversión contra la paz social y la seguridad personal.

El día anterior se produjo un accidente de automóvil en el cual Francis, el nieto mayor de Su Excelencia, sufrió fractura de tibia, fisura de codo y magullamiento general. Se dirigía por la noche desde La Coruña al Pazo de Meirás, acompañado de su amigo e invitado Ignacio Basa, cuando, al intentar evitar la colisión con una moto, el coche chocó contra una columna debido a lo resbaladizo del terreno por causa de la lluvia. Mercedes, la doncella más antigua, que es una institución en la familia, de acuerdo con Nani, me piden que se lo diga inmediatamente a Su Excelencia, ya que Francis vive dentro de la casa y es muy conveniente que el Generalísimo lo sepa antes que nadie.

Cuando se lo comento, dice a la Señora:

-Es natural que ocurran estas cosas a las velocidades que van.

Francis y su amigo fueron trasladados a la Residencia Sanitaria de La Coruña y asistidos de urgencia por los doctores Ramallal (hijo) y Vázquez Rodríguez. Fue a recogerlos el doctor Martínez Bordiú, a las once de la mañana, para llevarlos al Pazo y que no se alarmara el Generalísimo.

Esto ha aumentado mucho la tensión, porque algunas personas de las que vivían en el Pazo consideraban que el hecho de que yo hubiese dado la noticia del accidente a Su Excelencia había sido salirme de mi misión. Creía yo que no solamente era mi misión, porque me lo habían pedido las personas de más confianza de la familia, sino porque no era conveniente que en las circunstancias en que se hallaba el Generalísimo, y a su avanzada edad, pudiera encontrarse en la escalera con una camilla en la que llevaban a su nieto, sin saber lo que pasaba. Y, sobre todo, porque era el dueño de la casa y, antes de que nadie entrara en ella en tales condiciones, era lógico que lo supiera.

Con este motivo tuve una serie de conversaciones con personalidades de las que rodeaban al Generalísimo, todas muy tensas, muy incómodas, muy molestas, que me hicieron pasar quizás el peor trance de mi vida por una situación de incompreensión.

Decidí plantárselo a Su Excelencia. Y así lo hice, en el coche, cuando íbamos al golf. Después de escucharme atentamente, contestó:

-Eso es envidia. Hemos hablado muchas veces que la envidia es el mal nacional.

-Excelencia -le respondí-, si esto es envidia, me parece que la estamos elevando al cubo al ser yo la única persona que le acompaña dentro del coche. Creo que lo más prudente sería que utilizase el mío.

-No le preocupe a usted eso -me dijo-. Ya lo veremos. Y que se aguanten.

El día 25 se rinde un multitudinario homenaje de Galicia a Franco. Ochocientos trabajadores de La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra y millares de espectadores, tributan a última hora de la tarde al Jefe del Estado un homenaje en el palacio Municipal de los Deportes de Riazor, que resulta muy emocionante.

A pesar de que el local cuenta con cuatro mil setecientas localidades, ha resultado insuficiente. Ofreció el homenaje el ministro secretario general del Movimiento, José Solís.

Se habían montado en el palacio Municipal de Deportes tres grandes escenarios; el central, para las danzas, y los laterales, para los coros.

Cuando después hablamos del homenaje, me dijo que le gustaba mucho el baile folklórico.

-Lo único que no me gusta -confesé- es el flamenco.

-A mí, sí. Me gusta extraordinariamente. ¿Cuál es el baile español que más le gusta a usted, entonces?

-Para mí, el más viril es la jota.

-Bueno, también a mí me gusta la jota, pero eso no quiere decir que por ello no pueda gustarme el flamenco.

Salía el gallego de siempre.

El día 26 se despide Francis, que va a convalecer fuera del Pazo; el abuelo pide que le avisen media hora antes para hablar con él.

Después comenta el partido Madrid-Español. Está convencido del gran juego desarrollado por el Español, no obstante lo cual ganó el Madrid. Piensa que hubiera merecido ganar el Español por haber hecho un juego extraordinario, demostrando gran rapidez en la concepción de las jugadas.

El día 29 la Señora y Su Excelencia se muestran preocupados porque los niños, tanto Aranza como Fran, el más pequeño, tienen bronquitis banales y no están sus padres. Los bisabuelos se preocupan con los problemas de los niños, pensando que puede pasarles algo. Le quito importancia al problema y quedan más tranquilos.

La Señora me pide que me ocupe de un hombre de la casa de la Playa de Bastiagueiro que se ha creado un problema al romperse la pierna artificial que tenía, quedando prácticamente inválido. Es un pensionista y la Señora, que se toma

muchísimo interés, me pregunta qué hay que hacer para resolverlo. Me pongo en contacto con el hombre que en España resuelve prácticamente todos los problemas de la Seguridad Social, que es el doctor Martínez Estrada. Ella misma lo había supuesto, ya que me preguntó:

-¿Eso no lo podría resolver el doctor Martínez Estrada?

La eficacia del doctor Martínez Estrada en La Coruña era ya tradicional y reconocida.

El día 31 de agosto, nada más entrar en el dormitorio de Su Excelencia, me dice la Señora:

-¿Quieren venir a comer al barco?

Nos invitaba con tiempo suficiente para avisar a mi mujer, probablemente en el último domingo que pasábamos en La Coruña. Yo no me engañaba de que día a día nos íbamos acercando al final, aunque el Generalísimo estuviera mejor que nunca. Pensaba que con las tensiones que tenía alrededor y con el trabajo extraordinario que él se imponía, la marcha del tiempo iba a decidir de una manera inexorable.

La Señora sigue preocupándose mucho de los niños, que continúan con bronquitis, y de Jaime concretamente, que tiene una rinosinusitis. Para ellos esto es un mundo distinto, porque, como bisabuelos, el tener en casa niños de esta edad supone un gran problema debido a la responsabilidad de las enfermedades.

La Señora, que sigue pensando en el almuerzo en el *Azor*, me dice que no quiere que seamos trece a la mesa y a la salida de misa invita a un matrimonio para que venga al barco.

Cuando estamos a bordo, el Generalísimo me pregunta:

-¿No pesca, doctor?

-Prefiero mirar.

De todas formas, por complacerle, tomo una línea y en todo el tiempo que permanecí pendiente de ella pesqué una faneca.

Se cuentan anécdotas de los gafe. Quién es y quién no es gafe. Cuentan la del almirante Leno. Parece que en una ocasión se confundieron de paraguas, cogieron el suyo y murió el comandante. También refieren otra de cuando Ramón Franco se perdió, en su segundo viaje. Dice el Generalísimo:

-Entonces los ferrolanos me pedían que no recibiera al almirante Leno, porque, me decían, «es gafe y no vas a encontrar a tu hermano». A pesar de todo conté con él y, al fin, apareció Ramón.

No creía en los gafes. Pero, no obstante, refirió una tercera anécdota, la de aquel capitán de Ingenieros que bajaba a Melilla con la camioneta del suministro, cuando le encargaron la compra de un ataúd para uno de los sargentos que había muerto.

-En vez de comprar un ataúd -refirió Su Excelencia- compró cinco, porque le salían más baratos. y cuando volvió, había cuatro muertos. Nadie quiso, desde entonces, tomar café con él, ni acompañarle a ningún sitio. Quedó con la etiqueta de gafe para toda su vida.

Salimos de nuevo a pescar en el *Azor* y se volvió a hacer la tentativa de colocar el barco en La Fanequeira. La tercera de las tentativas la dirige el Generalísimo personalmente y en aquel punto se consiguen ochenta fanecas. A las seis de la tarde estamos todos ateridos de frío, menos él, que sigue pescando. Todos deseamos volver y se lo insinuamos de varias maneras, advirtiéndole la hora. Por fin saca su línea y ordena recoger. Todos estamos helados de frío, pero él parece no sentirlo.

El día 1 de septiembre pide levantarse treinta minutos antes. Le avisan, pero ya estaba levantado. Nos dice que se despertó dos veces durante la noche y tiene la idea de trabajar en su despacho.

El martes 2 recibe por la mañana varias audiencias militares. Está un poco nervioso. Comento la situación con Felipe Polo, su cuñado y secretario particular, que me dice que los nervios a Su Excelencia no le alteran el sueño. Me cuenta cómo en una ocasión el general Varela se presentó a las diez de la noche, cuando la batalla de Brunete, para decirle que el frente estaba roto, desintegrado y que era una catástrofe. Entonces el Generalísimo dio orden de que se prepararan los coches para las cuatro de la mañana a fin de salir hacia el frente.

-Todos estábamos nerviosos -me decía Felipe Polo- y permanecemos en vela hasta las cuatro. Nadie se atrevía a entrar en su dormitorio. Abrieron la puerta, le llamaron y dormía como un tronco.

El problema de los bisnetos, hijos de Carmen y Alfonso de ~ Borbón, no está resuelto; pero cuando Su Excelencia me pregunta, le tranquilizo diciendo que se encuentran muchísimo mejor. Él me contesta de inmediato:

-Los niños pequeños no deben separarse nunca de sus padres. Hacerlo no es bueno. El niño necesita tener seguridad de apoyo en sus padres y éstos no deben olvidar que los hijos son una responsabilidad personal.

El día 5 deciden mandar los niños a Madrid. Marchan con fiebre, con tos y con un aspecto anémico. Escribo una nota para el doctor Jaso. Luego la Señora me informará que han sido vistos por el especialista en el mismo día y que les han autorizado a continuar el viaje a Málaga. Para sus padres, los niños no tenían nada.

XIV. Oscuros presagios

Volvemos a Madrid • El incidente de mi automóvil • "Confío en el buen sentido de Fuertes" • ¿Dónde está el cuaderno clínico? • Los Consejos de Guerra • Franco pierde peso • La campaña contra los fusilamientos • Manifestación en la plaza de Oriente • "Echeverría no cuenta con el apoyo de su pueblo" • Una enferma de Parkinson

Volvemos a Madrid el día 8. Por la mañana fuimos a Santiago de Compostela: Franco quería acudir, como todos los años, a la basílica-catedral para dar el tradicional abrazo al Apóstol Patrón de España. Le acompañaron el arzobispo, monseñor Suquía Goicoechea, y otras dignidades eclesiásticas. A las seis menos cuarto ya estábamos en Labacolla. El Generalísimo se encontraba contento, aunque yo le notaba un mínimo gesto morriñoso.

A las seis y diez despegamos de Labacolla. Viajábamos en un Boeing 727, aparte de la familia del Jefe del Estado, los jefes de las Casas, ayudantes, ministro del Aire y presidente de Iberia. Llegamos a Madrid una hora después en un vuelo sin incidentes. Había terminado el veraneo.

Llegué, a la mañana siguiente, muy pronto al Pardo. A las ocho de la mañana, como antes de las vacaciones. Cuando vi a Franco le dije que había hablado con Martínez Estrada y estábamos de acuerdo en todos los pormenores que exigía la asistencia al Generalísimo. Le indiqué también que le había transmitido su consejo para que se cuidara. Martínez Estrada lo agradeció extraordinariamente, pero tengo la impresión de que hizo poco caso. Franco afirmó:

-Si a la gente que vale en nuestro país no la cuidamos, ¿de qué vamos a preocuparnos entonces?

Una de las cosas que parecían molestarle más es la obligada asistencia del peluquero. y no, naturalmente, porque tuviera nada contra ellos, guardias del Regimiento, sino porque le parecía quizás una pérdida de tiempo. El día 13 iba a subir el peluquero y me dijo:

-Tenemos que terminar hoy pronto con los paseos y las marchas militares; luego me tienen que cortar el pelo. No me gusta, pero no me queda otro remedio.

Le comenté a Antonio Galbis esta cuestión de matiz y el ayudante me refirió otra:

Durante la estancia en el Pazo de Meirás, en una ocasión Su Excelencia parecía que se había quedado dormido delante de la televisión. Rondaba por allí un moscón fastidioso que hacía un ruido desagradable; Galbis acudió con un *spray* y lo mató. Su Excelencia, sin apenas abrir los ojos, dijo simplemente: «Gracias.»

No era ésta la única vez en que había sucedido un episodio similar. Algunas veces, delante de nosotros, Franco cerraba los ojos y parecía que descansaba. En realidad, no estaba dormido, sencillamente se quería aislar y simulaba tener sueño; en ningún momento perdía la noción de lo que estaba pasando a su alrededor. Era una estrategia que utilizaba para evadirse.

Por aquellos días comenzaron en El Pardo algunos problemas que yo ahora califico de segundo orden pero que, sin embargo, me tuvieron bastante preocupado. Una mañana, Galbis me preguntó que dónde se guardaba el cuaderno clínico que yo cumplimentaba después de la asistencia al Generalísimo. y es que, al parecer, Rodríguez Colubi y Fuertes de Villavicencio habían dicho la mañana anterior que no sabían dónde estaba y que tampoco conocían qué se estaba haciendo con él. Incluso comentaron en voz alta que yo me lo habría llevado a mi casa y que, además, seguramente lo estaba utilizando en asuntos extraprofesionales. Sin perder un solo minuto, le respondí a Galbis:

-Vamos a buscarlo ahora mismo. El cuaderno, si nadie lo ha movido de allí, tiene que estar en la caja de seguridad. Yo lo entrego todos los días.

Naturalmente estaba allí. Era un cuaderno de pastas negras de hule, que ya tenía completas todas sus hojas. Lo metimos en un sobre, lo cerramos, lo firmamos los tres: Galbis, Lens y yo, y lo reintegramos a la caja. El cuaderno no se podía abrir, sin romper las firmas.

Una mañana, mi coche particular se estropeó a cuarenta y cinco kilómetros de Madrid. Venía yo de pasar el fin de semana en la sierra. Eran las ocho y necesitaba estar explorando a Franco media hora más tarde. Llamé al palacio y en poco tiempo se presentó el conductor en el coche oficial que tenía asignado. Mi coche tenía una pequeña avería y el chófer pudo subsanarla.

Al día siguiente el hombre, un tanto compungido, me dijo:

-Doctor, me han amonestado por realizar un servicio Sin permiso; por esto, lo siento enormemente, pero, en adelante, tiene que dirigirse antes al capitán Rodríguez, que es quien dirige el parque.

-¿Quién ha dado esa orden? -le pregunté.

-El general Fuertes -contestó.

-No se preocupe. Pero desde mañana no venga usted a buscar- me a mi casa, porque para venir hasta aquí utilizaré mi propio automóvil.

Terminada aquella conversación, les comuniqué a los ayudantes que dieran las órdenes oportunas para que, en lo sucesivo, dejaran pasar mi coche sin más trámites. Uno de ellos quiso saber el motivo. Le respondí:

-No tengo ninguna razón para usar coche oficial.

Yo, no obstante, quería saber cuáles eran los argumentos que Fuertes de Villavicencio había tenido para obrar de aquella manera, así que en la primera ocasión en que me encontré solo frente a él se lo dije. Contestó:

-Aquí debemos llevar un control de la gasolina que se gasta. El capitán Rodríguez es el encargado de este menester. Todo esto ha sido un malentendido, pero no te preocupes que en este instante doy orden al responsable para que no existan más problemas.

El caso llegó a los oídos de Franco. Una mañana, cuando ya había terminado de explorarle, me dijo:

-¿Qué ha pasado con su coche? No debe venir conduciendo su propio automóvil. Usted es una de las personas de esta casa que debe tener chofer siempre.

Me pareció una obligación relatarle el suceso que me había ocurrido, y, sin darle demasiada importancia, me indicó:

-Creo que el buen sentido común de Fuertes resolverá la cuestión.

En la segunda decena de septiembre se plantearon una serie de problemas políticos nacionales e internacionales, de extrema gravedad. El día 11, una bomba estalló en el histórico palacio de Palhava, en Lisboa, residencia de los embajadores de España en la capital portuguesa. Un grupo, al parecer ácrata, Solidaridad Revolucionaria, reivindicó la explosión. El mismo día había comenzado en Madrid el Consejo de Guerra por el asesinato de un policía armado. El Tribunal, constituido en El Goloso, impuso tres penas de muerte y dos de reclusión. Los condenados fueron Blanco Chivite, Fernández Tovar y Baena Alonso. Con el anuncio de las tres penas empezaron una serie de reacciones en cadena en todo el mundo. Protestas que a Franco le molestaron mucho. El día 15, un comando palestino entró en la Embajada de Egipto en Madrid y secuestró a seis rehenes. Los integrantes del comando pretendían no sólo que la delegación de Egipto se retirara de la Conferencia de Ginebra, sino que la delegación de ese país reconociera que los acuerdos tomados recientemente con Israel habían sido un fraude para la causa del pueblo árabe y que, por tanto, se denunciaran e incumplieran. A pesar de ser una jornada muy tensa en la que no resultaron fáciles las negociaciones, por fin, al filo de las tres de la madrugada, los cuatro secuestradores encapuchados salían por la puerta de la Embajada, en la madrileña calle de Velázquez. La situación fue tensa porque aquellos terroristas llevaban bombas de mano. Franco estaba muy nervioso y ordenó que, aun cuidando de no lesionar la vida de ninguno de

los rehenes, se pusiera fin cuanto antes a aquella «situación vergonzosa», afirmó literalmente. Luego me dijo:

-La sociedad debe defender a los débiles, a los ancianos, a los disminuidos, pero éstos que quieren someterla a punta de pistola son unos vulgares asesinos que tienen que ser eliminados rápidamente.

Yo encontraba que Franco vivía en una tensión tremenda, así que ponía todo lo que estaba en mi mano para conseguir relajarle. Me preocupaban las consecuencias que esta situación peligrosa, y los continuos incidentes, tuvieran sobre su salud. Pienso que en aquellos días se fue fraguando su enfermedad.

Aun así, sin embargo, tenía detalles para mí muy emocionantes.

Cuando el día 19 llegué a su habitación, me dijo:

-Felicidades, doctor Pozuelo, hoy es su cumpleaños. Hace un año que murió su madre, y esto, lógicamente, enturbiará la felicidad de este día.

Me informaron que doña Carmen había pasado una noche muy intranquila.

La situación española era sumamente delicada. En otro Consejo de Guerra, celebrado también en El Goloso, se dictaron otras cinco penas de muerte contra unos terroristas que asesinaron en Madrid al teniente Pose. Eran miembros de un comando que pertenecía al por entonces famoso FRAP. En estas condiciones, los obispos hicieron público un documento, que era, en definitiva, una toma de posición ante el problema de la violencia. El documento, al tiempo que condenaba el terrorismo, pedía clemencia ante la máxima instancia del Estado: el Generalísimo.

Franco era otro hombre, perdía peso por días, estaba continuamente nervioso y apenas podía conciliar normalmente el sueño. Comía, según me decían, bastante bien, pero de prisa. Sus tensiones y su pulso, sin embargo, eran normales y todos los demás parámetros, también. En público no hacía ningún comentario, pero estaba impenetrable, sin apenas pronunciar palabra.

El día 18 se suspendió el acto de entrega de cartas credenciales por parte de tres embajadores que llevaban días en Madrid. No había para ello ninguna razón clínica. Algún periódico, no obstante, especuló con ella. Oficialmente se dijo que nunca se había previsto la celebración del acto para aquella fecha. Lo cierto es que habían aumentado las presiones internacionales. Las Comunidades Europeas se dirigieron a Franco formalmente pidiendo indulto. Los franceses también. Había once condenados a muerte y el mundo entero reaccionaba contra España. Se boicoteaban los barcos de nuestra bandera, se atentaba contra los turistas de nuestro país, se lanzaban bombas y cócteles Molotov contra dependencias oficiales de España en el extranjero... Una situación, por tanto, dramática.

Se convocó un Consejo de Ministros el viernes 26 de septiembre, que iba a ser histórico. El Consejo confirmó cinco condenas a muerte y acordó seis indultos. En manos de Franco quedaba la decisión final. Su Excelencia estaba demacrado, seguía perdiendo peso, pero se le notaba más firme que nunca.

Las sentencias se cumplieron. Cinco reos fueron fusilados al amanecer del 28 de septiembre. La campaña contra nuestro país adquirió proporciones gigantescas. El Papa Pablo VI intervino diciendo que deploraba los atentados terroristas y que había pedido, sin éxito, clemencia para los asesinos. En plena ciudad de Lisboa y cerca de varios centros policiales, se destruyeron la Embajada y el Consulado españoles. España estaba conmovida. Arias Navarro intervino en televisión.

El día 1 de octubre se cumplieron los treinta y nueve años de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado. A las doce y media se había programado una concentración, ante el palacio de Oriente. Antes, Franco presidió una recepción y oyó un Tedéum. La manifestación, multitudinaria, constituyó una masiva adhesión a Franco. Fue la última vez que Su Excelencia apareció en público. En el balcón, yo veía, de cerca, al arzobispo de Toledo, a Fernando Suárez. Monseñor Marcelo González estaba emocionado; yo, también. En un momento dado, el primado de España se dirige a Franco, le felicita y le bendice. Es momento de emoción incontenida.

Apenas terminado aquel acto, nos enteramos de que se habían cometido otros cuatro atentados en Madrid. Tres agentes de la Policía Armada que prestaban servicio en entidades bancarias fallecieron a consecuencia de los disparos recibidos por terroristas del FRAP. Otro agente pudo salvar su vida.

Cuando volvemos al Pardo, le tomo el pulso: tiene sesenta y dos pulsaciones. Le felicito, pero estoy aterrado: ha sido una jornada tremendamente emotiva y no sé cómo va a reaccionar. En un instante se vuelve a mí y me dice:

-Las tres familias de los guardias estarán tristes y solas.

Al día siguiente corrí, casi volé al palacio del Pardo. Quería saber si las emociones de la pasada jornada le habían afectado significativamente. Lo encontré bien: estaba relajado, su pulso era normal, sus constantes también. Su mirada, sin embargo, tenía un brillo especial. Aquello no me gustó nada.

En las condiciones de impresionabilidad en que se encontraba el Caudillo, cualquier noticia le causaba un gran impacto. Desde luego, nadie hubiera pensado, por entonces, en ocultarle información y ni siquiera en disminuir la gravedad de muchas de las situaciones que se estaban produciendo. Recuerdo que el fallecimiento del torero Antonio Bienvenida le hizo emocionarse. Bienvenida, el más famoso de los toreros de su dinastía, murió en la Residencia Sanitaria La Paz a consecuencia de las heridas sufridas al ser volteado por una vaca brava. Fue en un tentadero, en la finca de Amelia Pérez Tabernero, en El Escorial. La vaca le produjo fractura, luxación cervical de las vértebras quinta y sexta. Murió quizá como él hubiera querido: con la muleta en la mano. El Generalísimo dijo, cuando se enteró, una frase que luego, al día siguiente, aparecía también escrita en un periódico madrileño. Firmaba aquel artículo Vicente Zabala: «¡Qué pena!»

Franco pensaba que los Bienvenida constituían una familia ejemplar. Por la noche, según me confesó, no había podido dormirse hasta muy tarde, recordando a Antonio.

-¿Usted le conocía? -me dijo.

-He sido médico de su familia y de él mismo durante algún tiempo; tengo de Antonio un gran concepto.

-Era muy buena persona. Tenía el orgullo de su propia profesión e iba por el mundo con una gran dignidad. Era uno de los hombres que merecía la pena conocer; nunca defraudaba, ni en el ruedo ni en la vida. Procuraba siempre responder al máximo.

Pero si aquella noticia le afectó sobremanera, aún hubo otra que le causaría una gran intranquilidad, no exenta de indignación. Fue la reacción del presidente de México, Echeverría, a las ejecuciones. Echeverría se fue hasta las Naciones Unidas, en Nueva York, y pronunció un patético discurso. Una frenética intervención llena de odio, que fue televisada a todo el mundo y que exacerbó la campaña contra nuestro país. Echeverría pidió, nada más y nada menos, que se suspendiera a España del organismo internacional, basándose en uno de los puntos de la Carta fundacional de la ONU.

Mis amigos médicos mexicanos me habían enviado recortes de lo que decían los periódicos de su país por aquellos días. El profesor Álvarez Bravo, ginecólogo del hospital Español, un gran hispanista, se ocupó de que llegaran hasta mí las muchas reacciones contrarias que, en el propio México, había producido el discurso de su presidente. Franco los leyó atentamente y me preguntó:

-¿Entonces el pueblo no está con Echeverría? Porque yo creo que, efectivamente, no lo está.

Después añadió:

-Echeverría es un cínico y no cuenta con el apoyo de sus electores, pero aquello, dicen, es una democracia y en una democracia, una vez que se elige al presidente, éste hace lo que le viene en gana.

Ya digo que la tensión emocional que vivíamos todos, pero especialmente Su Excelencia, había sido extraordinaria. Yo pensaba que era muy difícil de soportar para un hombre de ochenta y dos años. Se produjo, sin embargo, un movimiento de apoyo, de cerrar filas alrededor de Franco. Una tarde, por ejemplo, se presentó en mi consulta una enferma de Parkinson, que se había enterado de que Franco lo padecía también. Me ofreció literalmente:

-Vengo para brindarme a que usted estudie experimentalmente en mí todos los aspectos de la enfermedad. Aunque ello me pueda costar la vida. Si todo lo que averigüe puede servir para mejorar la salud del Caudillo, lo daré por bien empleado. No hay nada más honroso.

Era la esposa. de un almirante de la Armada. Una muestra de los muchos testimonios que luego, apenas un mes más tarde, iba a tener.

XV. Primero, España

Suena el teléfono a las tres de la madrugada • ¿Un infarto silente? • En las audiencias con Franco • "Tengo cosas importantes que hacer" • La Marcha Verde • El parte que no se publicó • Riesgo de muerte • "Tráigame el traje" • Franco, monitorizado • "¿Se ha puesto en legionario, como en Brunete!" • El último día que fue al despacho • Redacción del testamento • "Esto se acaba" • Los Santos Sacramentos • Una llamada del "New York Times" • Franco desobedece los consejos médicos • "¿Está consciente?" • Hemorragia e insuficiencia cardiaca • "Que se aplique el Artículo 11"

Eran las tres de la madrugada del 15 de octubre de 1975. Sonó el teléfono. Me sobresalté: era el particular y secreto que sólo debía utilizarse en caso de extrema necesidad. El ayudante de cámara que estaba de servicio me pidió, sin rodeos, que acudiera cuanto antes al palacio. Tomé el coche y no miré el cuentakilómetros. Veintidós minutos después atravesaba la verja de la residencia del Generalísimo.

De dos en dos escalones subí por la escalera de la izquierda, atravesé los salones y llegué todo lo rápido que pude al dormitorio. Estaba a media luz. Franco tenía sensación de angustia. En seguida me dijo, con voz entrecortada, que le dolían los hombros, que le dolía el pecho y que sentía una gran opresión. El pulso era normal, también sus constantes. Pero Franco era un hombre anciano y había sufrido mucho en días pasados. Todo me hacía pensar en un infarto silente, que suele presentarse con cierta frecuencia en las personas de edad. Sin perder un solo minuto le apliqué el tratamiento correcto y conseguí que se durmiera.

Al lado de la cama estaba Maximino, un ayuda de cámara que llevaba poco tiempo con el Caudillo, sólo desde que se había jubilado Juanito. Maximino me dijo:

-Le han estado preguntando antes de que usted llegara qué era lo que le dolía y por qué se quejaba. No ha respondido de primera intención; por dos veces le han hablado de la misma manera y no ha contestado tampoco. Al acercarme e insistir: «Excelencia, ¿por qué se queja?», me ha respondido: «Porque quiero.»

Había hecho durante toda aquella jornada una vida completamente normal. Por la mañana recibió audiencias militares, entre ellas dos comisiones de la Guardia Civil y

de Intendencia, que habían celebrado en fechas anteriores las festividades de sus patronas. El resto del día continuó trabajando en el despacho. En ningún momento hizo notar que se encontraba enfermo. Se durmió a las cuatro y media de la madrugada. Yo me quedé en el palacio. Me dijeron, cuando me levanté tres horas más tarde, que había llamado en dos ocasiones para orinar. Ordené que hasta pasadas las nueve no se le despertara. Unos minutos antes abrió los ojos. Estábamos la enfermera, el ayuda de cámara y yo. Le exploré a fondo; nada parecía anormal. Sin embargo, y aun sabiendo que mi petición iba a tener poco éxito, le pedí que suspendiera todas las audiencias civiles que, como miércoles, se habían programado.

-De ninguna manera; me encuentro muy bien. Le insistí:

-No lo dudo, pero creo que Su Excelencia debía ordenar la suspensión de las audiencias.

-No, no hace falta -me respondió.

Sin contar con nadie, no tardó mucho tiempo en salir perfectamente vestido y arreglado. Me crucé con él y me comunicó que iba al despacho. Le sugerí:

-En vez de hacer lo de todos los días, si no lo juzga inoportuno me quedaré a dos o tres audiencias, para mi tranquilidad.

Se volvió muy sonriente y me contestó:

-Para su tranquilidad, y para la mía.

Después permanecí en todas. Fueron las últimas visitas oficiales que recibió el Caudillo. Por eso las tengo recogidas por el orden en que fueron saludándole: Comité Organizador del Congreso Mundial de Profesionales del Turismo; Junta de Gobierno de la Universidad Nacional de Educación a Distancia; doña Carmen Barrera, viuda del teniente coronel de Infantería Cañas Sánchez; ministro de Obras Públicas de Venezuela; Asociación de Hidalgos a Fuero de España; don Gregorio López Bravo; don Antonio Poch; don Emilio Lamo de Espinosa, don Pedro García Pascual; don José Luis Ramos Figueroa y don José María Trenor. Once visitas, once discursos. Dos horas y media de pie para un hombre ya enfermo. Al terminar la última audiencia, volví a explorarle. No existía la menor alteración. Se lo dije, me despedí y me agradeció que hubiera estado aquella mañana junto a él. Le aseguré que no podía hacer su vida normal y que por la tarde reposara un buen rato. Ordené, por otra parte, que aquella misma tarde se le hiciera un electrocardiograma y unos análisis. El electrocardiograma no se pudo realizar hasta las once de la noche, para evitar filtraciones y que se corriera la voz de que Franco había sufrido un infarto. Para mayor seguridad, se lo hizo una de las enfermeras de guardia.

Por la mañana vi el electrocardiograma. Existían evidentemente unas alteraciones de repolarización con una zona eléctricamente inactivable anteroseptal y de cara diafragmática. Mientras estudiaba el resultado, se encontraba en el dormitorio doña Carmen. Franco permanecía aún acostado. En aquel momento llegó el profesor Castro Fariñas, al que yo había pedido la noche anterior que viniera a decirme su opinión. Castro Fariñas confirmó el diagnóstico.

Volví a Madrid muy preocupado y pasé aún la consulta en el ambulatorio. Cuando a las tres de la tarde llegué a casa, aún no me había quitado el abrigo cuando sonó nuevamente el teléfono secreto. Era Carmen Franco. Me comunicaba que los cardiólogos del equipo de su marido estaban reunidos en El Pardo, y me pedía que fuera. «Pero no te asustes -me dijo-, porque afortunadamente mi padre está muy bien.»

De nuevo todos se reafirmaban en la opinión de que Su Excelencia había padecido un infarto de miocardio silente. Estábamos en aquella reunión los doctores Martínez Bordiú, Gómez Mantilla, Mínguez y Vital Aza. Se acordó que el paciente permaneciera monitorizado.

Alguien planteó:

-Además, hay que decírselo.

Le habíamos anticipado algo Castro Fariñas y yo, incluso antes de tener en nuestras manos el resultado de los análisis. Cristóbal se dirigió a Vital Aza y le sugirió:

-¿Te importaría comunicárselo a ti?

-No -respondió.

Así se hizo. El doctor Vital Aza transmitió al Generalísimo lo que habíamos convenido:

-Excelencia, padece una insuficiencia coronaria y en estas condiciones no puede ni debe moverse.

-Tengo cosas importantes que hacer -respondió.

-Hoy es imposible. Ha de guardar reposo absoluto, tanto físico como psíquico.

-No puedo. Vienen a despachar el presidente del Gobierno y el ministro de Asuntos Exteriores.

Vital Aza continuó:

-Pues tendrá que acudir a su despacho en una silla de ruedas.

Franco respondió:

-Mañana, tras el Consejo de Ministros, haré lo que ustedes me piden.

Y sin hacernos caso se levantó, se vistió y se fue andando al despacho.

El Generalísimo estaba realmente preocupado con el tema de la Marcha Verde. Se cumplía aquel día el 17 de octubre, y por primera vez se había filtrado una noticia de la enfermedad en los periódicos. Un periodista, Federico Ysart, hoy subsecretario con Abril Martorell, escribía aquella mañana en *Nuevo Diario* que Franco padecía una afección gripal de carácter leve. En otro orden de cosas, Marruecos amenazaba y ya nadie dudaba que Hassan II cumpliría sus promesas. Medio millón de personas fanatizadas esperaban la orden para comenzar el largo camino sobre el Sahara. La situación era dramática. Asan II, en permanente rebeldía con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, aseguraba a los ciento ochenta y dos periodistas -muchos españoles- que se encontraban en su reino que la Marcha Verde (verde porque este colores, según las costumbres islámicas, el de la paz y la buena voluntad) se cumpliría.

Cortina Mauri y Arias Navarro comunicaron a Franco las últimas noticias que habían llegado de Rabat. No eran buenas. La opinión de todos era que Hassan no podía echarse atrás, sobrepasado por los acontecimientos. En Marruecos se habían preparado medios de transporte, cabinas de télex, teléfonos, aprovisionamiento, todo lo que podía pensarse necesario para llegar -aunque fuera de rodillas, decían los periódicos marroquíes- hasta El Aaiún.

Cuando terminó de hablar con Cortina y Arias, Franco se acostó. Sus constantes eran, entonces, buenas. En El Pardo nos quedamos de guardia el cardiólogo, doctor Mínguez, y yo. Decidimos hacerle un nuevo electrocardiograma en la mañana del día 18. Queríamos saber si su conocimiento de la enfermedad había influido en él. Durmió bien toda la noche, pero el electrocardiograma, tal y como nos temíamos, fue bastante peor que el primero que habíamos efectuado.

Crecía nuestra preocupación. La noticia estaba en los periódicos -aunque no revestida con los tintes de trascendencia que, en realidad, había tenido-, y en estas condiciones resultaba absurdo ocultar la verdad. Decidimos escribir un primer parte clínico, enseñárselo al Caudillo y, si él lo juzgaba oportuno, darlo a la publicidad. El texto decía así:

En la madrugada del día 15 de octubre de 1975, S. E. el Jefe del Estado sufrió un episodio de insuficiencia coronaria aguda y en el electrocardiograma se detecta una zona eléctricamente inactiva de tercio medio e inferior del tabique y de cara diafragmática con confirmación analítica.

Lo firmamos y se lo leímos a Franco, preguntándole:

-¿A quién damos este parte?

Contestó explícitamente:

-A mí. Yo se lo daré a quien crea necesario.

Este primer parte nunca se publicó como tal, sino que fue transformado en un comunicado que la Casa Civil envió a todas las agencias y periódicos a través de los servicios informativos de la Dirección General de Coordinación Informativa del Ministerio de Información y Turismo. El comunicado decía textualmente:

En el curso de un proceso gripal, Su Excelencia el Jefe del Estado ha sufrido una crisis de insuficiencia coronaria aguda, que está evolucionando favorablemente, habiendo comenzado ya su rehabilitación y parte de sus actividades habituales.

El comunicado incidía en el episodio de insuficiencia coronaria y se refería a un proceso gripal, proceso que, de forma oficiosa, se había adelantado el día 20 a la agencia Cifra, entonces agencia nacional de EFE. El parte se hizo público el día 21. Pero antes sucedieron algunas cosas.

Para el día 17 se había programado un Consejo de Ministros. Era viernes. Antes de su celebración, nos reunimos los doctores Vital Aza, Mínguez, Señor de Uría, Palma, Martínez Bordiú, Castro Fariñas y yo. Cuatro de nosotros -Martínez Bordiú, Aza, Castro Fariñas y yo- fuimos comisionados para, una vez más, hablar con Su Excelencia. Había dormido bien y se encontraba con mejor ánimo.

Le dijimos:

-Su Excelencia debe guardar reposo absoluto. No puede ir a presidir el Consejo de Ministros. Cualquier hombre de empresa obedecería a sus médicos.

Respondió:

-Pero yo no soy un hombre de empresa.

Vital Aza le interrumpió:

-Es que corremos un riesgo vital.

-¿Eso qué quiere decir?

-Riesgo de vida, Excelencia. Riesgo de vida si usted se levanta.

Intervine:

-Que el Consejo se celebre en este dormitorio. Me cortó:

-No. Es necesario que yo me sienta en mi puesto.

La enfermera propuso entonces una solución intermedia:

-Excelencia; le traigo una silla de ruedas y va en ella.

-Gracias, no. Tráigame el traje.

Le colocamos un monitor. Tratábamos con ello de controlar teleméricamente el electrocardiograma. Era absolutamente preciso conocer su ritmo cardiaco. Me acerqué y le informé:

-Excelencia. Esto que lleva puesto es un monitor que nosotros estaremos vigilando desde una pantalla de televisión en una habitación contigua al salón del Consejo. Si observamos una alteración importante no tendremos más remedio que entrar. Esto sucederá si vemos signos de fibrilación ventricular. Si esto ocurre, que Dios no lo quiera, entraremos con un desfibrilador, le tenderemos y antes de treinta segundos procederemos a desfibrilarle, porque si no, se nos muere.

Por toda respuesta, dijo sonriente:

-Bien.

Sin decir otra palabra comenzó a andar hacia el despacho. Antes, pasó por la biblioteca, donde le esperaba el presidente Arias, al que nosotros habíamos informado de todos los pormenores de la enfermedad y que estaba blanco como el papel. Seguíamos al Caudillo a una discreta distancia. En un momento dado, nos dirigimos al presidente y le dijimos:

-No ha consentido en suspender el Consejo, así que, por favor, hágalo lo más breve posible.

De pronto apareció Juanito. Cuando Franco se encontró a la puerta del despacho me miró. Entonces Juanito, emocionadamente, dijo estas palabras que no se me han olvidado:

-Doctor, ¡no va a pasar nada! ¡Se ha puesto en legionario... como en Brunete!

No podría describir la angustia que pasamos durante el tiempo que duró aquella sesión del Consejo. Junto a la pantalla de televisión estábamos el doctor Mínguez y yo. En más de una ocasión, hicimos ademán de levantarnos para pasar a aquella sala, porque tuvo numerosos extrasístoles ventriculares y supraventriculares. Una vez, el pulso subió hasta 120. Para el doctor Mínguez y para mí fueron quizá los cuarenta minutos más duros de nuestra primera parte de asistencia.

Terminó el Consejo, abandonaron el palacio los ministros -alguno de ellos ya estaba al corriente de todo lo que había pasado- y de nuevo nos dirigimos a Franco:

-Excelencia, por favor, debe acostarse.

-Ahora, sí -dijo.

En El Pardo habíamos constituido una Unidad de Vigilancia Intensiva. Por la tarde no sucedió ningún episodio digno de mención. En el primer equipo de guardia se encontraban los doctores Vital Aza, Señor de Uría, Mínguez y Palma. Poco después llegaron los intensivistas Llauradó y Gómez Mantilla, que realizaba todos los análisis, y Castro Fariñas.

El sábado 18 se levantó y se encerró en su despacho. Fue el último día. Aún hoy, el calendario de sobremesa marca el sábado 18 de octubre de 1975: santos Odón, Cosme Romano y Domingo. Ese día, según luego hemos pensado todos, escribió su testamento. Sabía perfectamente que se iba a morir. Luego, aquellas dos cuartillas escritas con una

letra prácticamente impecable, sin signos aparentes que denotaran el Parkinson, fueron ligeramente corregidas por su hija la marquesa de Villaverde.

El sábado por la mañana se volvió a repetir el electrocardiograma con resultados negativos. Se le hicieron también pruebas analíticas y una radiografía de tórax, en la que no se apreciaron modificaciones significativas. En una ocasión en que salía de la habitación de Su Excelencia, me llamó Arias Navarro; apenas colgué el teléfono, el ministro de la Gobernación García Hernández. A éste, vicepresidente de aquel último gobierno de Franco, le dije que debía hablar con el presidente de todo lo que estaba pasando.

El domingo a las seis de la mañana estábamos de guardia Vital Aza y yo. De pronto nos dimos cuenta de que se había levantado al baño y que tenía una fuerte crisis de extrasístoles. Saltamos. Al pie de la cama se encontraba Maximino. Franco le dijo entonces:

-Esto se acaba.

Le advertimos al ayuda de cámara que guardara silencio, que lo dejase hablar. Mejoró rápidamente.

Era domingo y fue monseñor Bulart a decir misa. Estábamos Doña Carmen; los nietos Aranza y Jaime; los ayudantes Mañeru y Vara del Rey; Vital Aza; Lina, la enfermera; el ayuda de cámara, Zamorano, y yo. Cuando le doy la paz a Su Excelencia, tras Vital Lina, Franco se emociona. Zamorano y Mañeru ya no se atrevieron a dársela. Me di cuenta en aquel acto religioso que, aunque estaba acompañado, ya se sentía solo; que estaba solo ante su propia muerte.

Cuando terminó la misa, Carmen nos preguntó si debía decirle su padre que tomara los Sacramentos. Yo respondí:

-Díselo.

Doña Carmen insistió en que quería hacerlo ella. El Generalísimo respondió a todo con devoción, perfectamente consciente.

Después me acerqué a él, y le pedí permiso para almorzar en casa. Tenía escalofríos, no me encontraba nada bien y deseaba darme un baño caliente. Antes de marcharme telefoneé al almirante Nieto Antúnez para pedirle que fuera a visitar a Su Excelencia, porque era de las pocas personas que podían elevarle el ánimo.

Apenas llegué a casa cuando me llamaron desde Nueva York. Me puse:

-Soy un redactor del *New York Times*, supongo que usted se imagina para qué le llamo. Se dice que Franco está realmente mal, que se está muriendo.

-Que yo sepa -respondí- se encuentra bien. Soy su médico de asistencia personal y estoy almorzando en mi casa. Si se encontrara tal y como usted afirma, ¿cree que estaría aquí? No puedo decirle más.

En la tarde del lunes día 20 visitaron a Su Excelencia, que estaba vestido en su habitación, el jefe de la Casa Civil, el ayudante de servicio, su secretario particular y, a continuación, el Príncipe, con quien mantuvo una entrevista a solas. Sin embargo, cuando le avisaron que estaba en el palacio el presidente de las Cortes, no quiso recibirle en su dormitorio; se levantó y fue al despacho. Estuvieron reunidos veinticinco minutos; nosotros teníamos al Generalísimo monitorizado por telemetría. No existió durante aquel tiempo ninguna alteración electrocardiográfica. Cuando Rodríguez de Valcárcel salió de aquel despacho, tenía los ojos llenos de lágrimas.

A las once de la noche cundió la alarma. Franco estaba en la cama y se quejaba de fuerte opresión precordial irradiada a ambos brazos, inquietud y sudoración profusa. Clínicamente observamos que su presión arterial había ascendido notablemente. Rápidamente hicimos un electrocardiograma que mostró alteraciones de taquicardia sinusal, extrasístoles ventriculares, monotópicos, con morfología de bloqueo de rama derecha y una lesión subepicárdica de cara diafragmática que remitió, afortunadamente, con el tratamiento que impusimos.

En la madrugada, nuestro pronóstico era malo. Decidimos, pues, informar al presidente del Gobierno y a los jefes de la Casa del Generalísimo. Pensamos, además, que por la mañana deberían incorporarse al equipo médico habitual los doctores López García, Pescador del Hoyo, Castro Fariñas y Gómez Mantilla.

Celebramos una junta facultativa, en la cual se reafirmaron el diagnóstico y el tratamiento y juzgamos indispensable que el paciente guardara reposo absoluto. Todas las conclusiones fueron expuestas detalladamente al presidente Arias. Éste se dio por enterado y, de acuerdo siempre con él, decidimos que lo más prudente era informar también al Jefe del Estado. Acudimos a la habitación Castro Fariñas, Mínguez y yo. Una vez que terminamos de hablarle con toda sinceridad, nos dijo:

-Estoy tranquilo, y, desde luego, me quedaré en la cama, pero esta tarde he de recibir al presidente del Gobierno.

Nuevamente desobedecía nuestros consejos. Consintió, sin embargo, en que le monitorizáramos. La entrevista duró cuarenta y cinco minutos. No aceptó el que se hiciera público el parte, que habíamos firmado todos; sí la nota de la Casa Civil, que es la que ya he transcrito.

Ésa fue la última noche que fui a cenar a casa. Cuando me despedí del Generalísimo, me dijo:

-Tiene usted una dedicación excesiva; que me perdone su mujer.

El día 22, miércoles, no hubo ninguna incidencia. Franco pareció mejorar. El doctor Yuste le realizó una ecocardiografía. La función ventricular era buena. Una

mínima esperanza se abrió para todos nosotros y en El Pardo cundió el optimismo. Franco se levantó e hizo sus ejercicios de rehabilitación; incluso, presencié la proyección de una película. No permitimos, sin embargo, que nadie mantuviera con él entrevista política alguna. La situación española era dramática. Marruecos insistía en la Marcha Verde y el rey Hassan había lanzado un grito casi de guerra: «Devolución o Marcha Verde.» No podíamos autorizar a que se le diera alguna información que perturbara aún más el curso de la enfermedad.

Un ministro, Solís Ruiz, había viajado hasta Rabat para negociar con el rey una salida favorable a la crisis. La Marcha, a pesar de todos los pesares, continuaba. Seiscientos cincuenta mil marroquíes se sumaron a ella.

A la una y veinte minutos de la madrugada del día 23 la situación comenzó a empeorar. Franco no había podido conciliar el sueño y se quejaba de fuertes dolores en el hombro izquierdo y en la región lumbar. Detectamos una insuficiencia cardíaca. El equipo médico decidió convocar una consulta para las ocho de la tarde.

Asistimos a aquella junta diez médicos. Al final redactamos un acta que quisimos terminar con este párrafo: «Deseamos expresar nuestro convencimiento de que la actitud negativista del Generalísimo ante los consejos médicos se debe exclusivamente al elevadísimo concepto del deber que tiene como Jefe de Estado.» Firmamos los diez, y Fernando Fuertes de Villavicencio, jefe de la Casa Civil, como recipiendario de dicha acta.

En El Pardo, en los alrededores de la habitación del Generalísimo, se vivía un clima de tensión difícil de explicar. Había mucha gente, en ocasiones demasiada. Las frases se decían a media voz. Nadie quería comprometerse, pero ninguno podía estar quieto. A los médicos nos detenían por los pasillos, por los salones, y nos preguntaban. El teléfono siempre estaba ocupado; se llamaba más desde El Pardo, porque las comunicaciones desde el exterior estaban controladas y apenas se ponían otras que no fueran las indispensables.

Se desencadenó un tenso vaivén de información que yo nunca había conocido. De vez en cuando me ponía al habla con mi mujer. Me decía ella que los periodistas no dejaban de llamar a casa. El *Times* y *Paris-Match* eran especialmente constantes en sus requerimientos telefónicos. En los alrededores del Pardo, más de un centenar de periodistas trataban de conseguir alguna información. Los bares del pueblo no cerraron aquellas noches. Hacía mucho frío y los periodistas se refugiaban en ellos, incansables.

Salía yo de una visita de control y conté a mis compañeros el diálogo que había tenido con Su Excelencia, a quien pregunté: «¿Cómo se encuentra?» Me respondió: «Mejor, pero es porque están ustedes aquí.»

Los jefes de las Casas Militar y Civil se reunieron con nosotros y nos hicieron tres preguntas: «¿La actual situación es irreversible?» «¿Si no deja sus ocupaciones, corre peligro de muerte?» «¿Está consciente?»

Nuestras contestaciones fueron muy objetivas: que no existía forma de saber si aquella situación de gravedad era realmente irreversible (la prueba más evidente de que estábamos en lo cierto es que Franco no murió de infarto, sino de peritonitis por *shock* endotóxico). A la segunda de las preguntas, afirmamos:

-Naturalmente. Hay riesgo de muerte. Sabemos, sin embargo, que si insistimos en el tema volviendo a decirle que deje sus habituales ocupaciones, podemos influir negativamente en su estado. Nos ha demostrado que no le importa su vida, que tiene un sentido del deber del que, en ningún momento, ni siquiera ahora, abdicará.

Finalmente respondimos:

-Desde luego, está consciente. Estamos seguros de ello.

El empeoramiento de Su Excelencia causó una gran preocupación en los ambientes políticos. El Gobierno se había reunido en la sede de la Presidencia, para preparar, como jueves que era, el Consejo de Ministros. La actividad era inusitada; los ministros se reunían en sus departamentos; a la Zarzuela no dejaban de acudir personalidades.

El día 24, Franco superó otro nuevo episodio de insuficiencia coronaria. Los partes los firmábamos todos los médicos y todos recibíamos una copia de la Casa Civil. Aquel día nos comprometimos a redactar, y así se lo hicimos saber al Gobierno, un parte por la mañana, después de una información complementaria de la Casa Civil. En cualquier caso, nadie debería hacer ningún tipo de declaraciones.

Una nueva complicación vino a sumarse a las muchas que ya se habían presentado. Comenzó el día 24 a quejarse de la boca y pidió que viniera a verle el doctor Ives. Tenía un decúbito en el aparato del paladar que le producía sensación de malestar e incomodidad permanente. Por otra parte había aparecido una moniliasis. Sufría también meteorismo. Sobrevino una nueva crisis anginosa. Pensamos entonces que lo mejor era consultar con dos especialistas más: un gastroenterólogo y un neurólogo. Así se incorporaron al equipo los doctores Marina Fiol y Obrador.

Aunque la distensión abdominal motivada por una paresia intestinal se resolvió rápidamente, aquello nos dejó a todos hondamente preocupados.

Obrador estudió la posibilidad de que las hemorragias gástricas que ya había padecido tuvieran su base en la medicación antiparkinsoniana que le estábamos administrando.

La situación durante aquellos dos días del fin de semana era de gran emotividad. Recibíamos mensajes y telegramas de toda España. Conservo algunos. El Papa Pablo VI, que había recibido en España críticas a raíz de sus manifestaciones con motivo de las ejecuciones de septiembre, envió un comunicado muy afectuoso a Su Excelencia. Decía así:

Con nuestra confianza puesta en el Señor seguimos noticias enfermedad de Vuestra Excelencia, a quien renovamos seguridad nuestras fervientes

plegarias invocando ayuda divina y reiteramos de corazón nuestra confortadora bendición apostólica.

Leí este mensaje en una fotocopia que me entregó un miembro de la Casa Civil.

A últimas horas del sábado 25, la situación clínica del Generalísimo empeoró notablemente. A las siete firmamos un parte en el que decíamos que se habían acentuado los signos de sufrimiento miocárdico, que había aparecido fiebre, descendido ligeramente la tensión arterial y aumentado la frecuencia cardíaca y respiratoria. Sin embargo, Franco conservaba un buen estado de conciencia. Por entonces ya todos los políticos que se encontraban en El Pardo y que tenían capacidad de decisión, habían aceptado la sugerencia del grupo médico de informar sobre la enfermedad. En días anteriores habíamos encontrado, no obstante, algunos recelos. Alguien planteó que las únicas limitaciones que debía tener la ver- dad eran las razones de Estado. Contestamos:

-En una situación como ésta, tales razones cuentan muy poco.

La preocupación de todo el equipo era que los partes tuvieran tres características: que fueran veraces, científicos y comprensibles para los españoles no médicos. Sabíamos, por otro lado, que algunos periódicos difundían diariamente nuestros partes, con interpretaciones que llegaban más lejos de lo que nosotros informábamos pero que, en honor a la verdad, hay que decir que eran afortunadas. Para redactar aquellos partes, debimos organizar un sistema. Los médicos que estaban de guardia tomaban las notas correspondientes a todas las incidencias que habían podido observar. Después, tras la visita, nos reuníamos en un salón contiguo al despacho de Franco y allí, sobre una mesa redonda, redactábamos nuestros informes. Todos los consultores exponían su opinión después de haber explorado uno a uno al enfermo. Así trabajamos en equipo con absoluta fluidez, sin problemas.

El Caudillo aún permanecía consciente. Cada vez que uno de nosotros entraba en su dormitorio, nos conocía y a todos nos miraba y nos saludaba; pero durante la exploración permanecía con los ojos cerrados. El doctor Carbonell, incorporado desde La Paz al equipo el día 26, encontraba positivas todas las pruebas 'neurofisiológicas de reactividad.

Escribíamos un preparte y después se introducían algunas correcciones si los especialistas lo consideraban oportuno. No hubo en aquellos días el menor indicio de protagonismo; nadie quiso asumir mayor relieve del que tenía. En bastantes ocasiones oímos decir allí: «De eso no tengo experiencia.» Cuando alguno del equipo planteaba un concepto que a los demás nos resultaba nuevo, se le preguntaba: «¿Tienes experiencia personal en ello?» «¿Dónde lo has leído?» Todos aceptábamos la opinión de los demás; nadie se ofendía.

No cesaba ni la hemorragia ni la insuficiencia cardíaca. El martes 27 nos encontramos, por primera vez, con ascitis y hepatomegalia. A las diez y media de la

noche se le colocó una sonda gastroduodenal y al momento comenzó a salir sangre roja y negra abundantemente. Nos alarmamos. Había, pues, que realizar lavados gástricos con suero frío. Para ello se incorporaron al equipo el doctor Fernández y la doctora María Paz Sánchez, que como anestesiistas tenían experiencia suficiente en la realización de estas técnicas.

El martes 28 fue un día crítico. Por la mañana, Franco se encontraba relativamente bien. Pero a medida que el día avanzaba, la situación empeoró. Marina Fiol corroboró que el enfermo padecía ascitis y paresia intestinal. Se propuso entonces un diagnóstico: trombosis venosa mesentérica. El pronóstico era extraordinariamente grave. Los análisis, por otro lado, indicaban una elevación de la urea, que ya considerábamos prerrenal y consecutiva a las hemorragias y a la pérdida de líquidos. De La Paz llegó un especialista en nefrología, el doctor Sánchez Sicilia.

En la madrugada del 29 tuvimos que realizar transfusiones; el hematocrito había bajado. Dábamos al Generalísimo leche fría porque había pedido más alimento. De pronto alguien nos pide permiso para colocar a los pies de la cama del Caudillo el manto de la Virgen del Pilar. Franco está consciente, habla con su familia, se dirige a todos, pero su estado es malo.

En las primeras horas de la mañana me acerqué a explorarle. Antes le habían cambiado de lugar el catéter, porque llevaba bastantes días instalado en la vena braquial derecha. Cuando terminé, cordialmente, le puse la mano en el antebrazo, se quejó e hizo un gesto de dolor. Miré el sitio y era el mismo donde se le había hecho la punción venosa. Le dije:

-Perdón, no me había dado cuenta de que le he rozado en el pinchazo.

-No -contestó-. Esto no es un pinchazo; me han cogido el brazo, me lo han sujetado, me han metido un tubo y así lo han mantenido horas y horas. Luego me lo han sacado. Esto, doctor, no es un pinchazo.

Me miró y me hizo un gesto que yo comprendí perfectamente; era la reacción de un hombre que se estaba dando cuenta perfecta de todo lo que estábamos haciendo, que era absolutamente consciente de su gravedad.

Cuando el jueves día 30 ordenamos una radiografía simple abdominal, lo hicimos con la intención de saber si existía algún episodio perforativo, un neumoperitoneo. La imagen no era demasiado clara, pero nos dio la sensación de que existía aire en el peritoneo. En una de las visitas, el Generalísimo se dirigió a nosotros y directamente nos preguntó:

-¿Qué tengo?

Nos miramos con algún desconcierto, pero cumpliendo con mi deber, con mi compromiso de conciencia y con el que había tomado con él durante nuestra primera entrevista, le respondí:

-Ha padecido usted un infarto de miocardio y, además, una complicación intestinal grave.

Durante unos segundos, Franco se quedó en silencio. Después, emocionadamente, afirmó con energía:

-Artículo 11; que se aplique el artículo 11.

Franco dejaba de ser Jefe de Estado.

XVI. La última batalla

Persiste el proceso trombótico • "Me encuentro mal" • Extraigo un coágulo • "¡Qué duro es esto, doctor!" • Un quirófano en el botiquín del Regimiento • Franco supera la intervención • "No me deje" • Traslado a La Paz • Directamente al quirófano • En la madrugada del 15 comienza de nuevo a sangrar • La tercera intervención quirúrgica • Información personal al Príncipe • Franco no reacciona • Sus últimos minutos

Sin perder un solo minuto, acongojados, transmitimos la orden a la familia, al presidente del Gobierno y a los jefes de las Casas Civil y Militar. No había sido Franco demasiado explícito, pero enérgicamente afirmaba la voluntad de su inapelable decisión. El artículo 11 de la Ley Orgánica del Estado establecía que, en caso de la enfermedad del Jefe del Estado, asumiría sus funciones el heredero de la Corona. Aquel mismo día 30 de octubre, el Consejo de Ministros se reunió en el palacio de la Zarzuela. Mientras tanto, Franco continuaba igual, el proceso trombótico persistía y también, por tanto, la gravedad.

El sábado recibimos el análisis del líquido ascítico; era claramente inflamatorio, lo que significaba que el Caudillo padecía una peritonitis. La situación resultaba ya angustiada. Nosotros, como tal equipo médico, no podíamos sustraernos al ambiente de tensión agudísima que se respiraba en El Pardo. Algunos insistían en que se debía practicar una laparatomía exploratoria; otros se inclinaban por mantener un tratamiento intensivo con antibióticos y realizar transfusiones periódicas. Se pretendía efectuar un tratamiento conservador que era el que, normalmente, se hacía cuando en un enfermo de esa edad se presentaban episodios hemorrágicos gastroduodenales. Pero no podíamos, de ninguna forma, detener la hemorragia y, además, aumentaba la ascitis. A las tres de la madrugada del día 2, la gastrorragia es tremenda. Duerme mal, está muy nervioso y sangra después todo el día. Estábamos realmente alarmados al pensar que una agudización hemorrágica significaría el fin. Aún consciente, se dirige a la enfermera y afirma:

-Me encuentro mal.

Es realmente penoso verle en este estado. Por la tarde comienza a bostezar, la palidez se acentúa, tiene dolor interescapular y la hemorragia es ya masiva. Por la sonda sale sangre roja. Alrededor de su cama, nos encontramos la Señora, las enfermeras, los ayudados de cámara... De pronto, cuando estamos intentando extraer sangre por la sonda, me doy cuenta de que el Generalísimo está cianótico y, rápidamente, pienso que entre la

sonda y la faringe existe un coágulo. Tiro de la sonda, y con la mano, extraigo de su faringe un coágulo tan grande como un puño.

El momento es dramático. Él me mira angustiado, sin apenas poder articular una sola palabra. Noto que me quiere decir algo. Me acerco:

-¡Qué duro es esto, doctor! -me dice.

Le limpiamos rápidamente y cuando una enfermera intenta introducir de nuevo la sonda nos dice:

-Déjenme ya.

Salí de la habitación con un nudo en la garganta. Apenas me podía mantener en pie. Decido plantear la situación a la familia:

-Tal y como Su Excelencia se encuentra en este momento, se puede morir por hemorragia aguda. Hay un vaso roto, un vaso importante.

Otro miembro del equipo añade:

-Si no realizamos un tratamiento más agresivo, Su Excelencia puede morir en cuestión de minutos, porque este coágulo que acaba de extraerle el doctor Pozuelo significa que el vaso es muy grande y que sangra continuamente.

La familia dice que se haga lo que nosotros pensemos que es más conveniente.

Entonces se produce un intervalo de duda. No hay tiempo para trasladarle a una clínica. Se acuerda, pues, utilizar el botiquín del Regimiento de la Guardia, que debe convertirse en quirófano inmediatamente. Llega el doctor Hidalgo Huerta, que acudía a la consulta como continuador del primer equipo que le atendió tras la primera enfermedad. Hablamos con el presidente del Gobierno, con los jefes de las Casas Civil y Militar, con los ayudantes... Todos se dirigen al Regimiento. En una habitación contigua al botiquín se quedan los políticos. Está también el Príncipe de España. En otro lugar se reúnen los médicos. La familia aguarda en el palacio

El profesor Hidalgo ordena que le traigan material quirúrgico de su hospital. Acuden también su enfermera y la monja de quirófano. Damos la orden de que el Regimiento entero permanezca a oscuras; hay que potenciar toda la luz posible en el quirófano. Se oye el silencio. El Regimiento entero está levantado; el equipo dispuesto, pero entonces surge una pequeña discrepancia entre miembros del equipo médico. Hay un sector que opina que no se debe intervenir. Alguien se adelanta, se dirige al grupo que no es partidario de la operación y reflexiona en voz alta:

-Si el paciente fuera vuestro padre y supierais que estaba sangrando por un vaso grande y que la única solución posible era cerrar el vaso, ¿qué haríais?

Nadie discrepó más; el argumento era definitivo. Decidimos no perder ni un minuto.

Seguimos a Hidalgo al quirófano los doctores Cabrero, Artero, Alonso Castrillo, Vital Aza, Señor de Uría, Llauradó y la anestesista María Paz Sánchez. Cuando Hidalgo se hubo lavado, dijo:

-Yo opero si vosotros decís que opere. Pero, de ninguna forma, cargo solo con la responsabilidad.

Se dirigió a mí para indicarme:

-Tú eres el médico de cabecera.

Vital Aza me apoyó. No había otra solución; lo demás era condenarle a muerte.

Todo esto sucedía a las nueve y media de la noche. Hidalgo comenzó la intervención: el estómago aparecía muy dilatado, y al abrirlo encontró que estaba lleno de coágulos y con una úlcera sangrante en el fundus. La úlcera interesaba la arteria gastroepiloica izquierda y era responsable del cuadro hemorrágico. Se suturó el vaso y se comprobó que cesaba la hemorragia. Los cardiólogos, mientras tanto, observaban las esporádicas alteraciones electrocardiográficas severas que se iban produciendo en el curso de la intervención. A las doce y media terminó todo. Aquella angustia feroz había durado tres horas. Veinticuatro especialistas estaban en la habitación cercana al quirófano. Veinticuatro médicos que habían seguido el hondo dramatismo de aquella jornada.

Cuando Franco superó aquella intervención, algunos -yo quizás el que más- sentimos una gran sensación de alivio, un descargo para nuestra conciencia porque, no en vano, habíamos insistido en que se operara. Vital Aza, Llauradó y yo fuimos los primeros responsables de que se siguiera esa pauta y éramos, naturalmente, los más preocupados.

En la habitación de Su Excelencia teníamos montada una Unidad de Vigilancia Intensiva. A las tres de la mañana descansaba y, según parecía, cursaba un postoperatorio sin complicaciones.

Después de aquella fecha, entramos en un pequeño periodo de relativa calma. Franco se recuperaba, tenía sus constantes normales y, aunque en ningún momento se entreabrió una ventana para el optimismo, la verdad es que el ambiente estaba más relajado. Pero el día 5 observamos que se había elevado notablemente la uremia y decidimos dializar al enfermo. De nuevo volvió el temor, temor que se hizo más agudo cuando, al intentar movilizar el intestino, hicimos un enema, y encontramos otra vez coágulos y heces negras. El estómago comenzaba de nuevo a sangrar, estaba sangrando en aquellos momentos. Nos reunimos todos los miembros del equipo y dije:

-No podemos correr el riesgo de que se tenga que practicar una nueva intervención en las mismas condiciones en que se ha efectuado la primera. En mi opinión, hay que trasladar al Generalísimo a un centro donde tengamos un quirófano dispuesto, equipos de recuperación y lo necesario para una buena asistencia.

Todos estuvieron de acuerdo y me comisionaron para que avisara al doctor Martínez Estrada. Éste me dijo que en cualquier momento podíamos ingresar a Su Excelencia.

Juzgué absolutamente imprescindible entonces, informar a Franco del traslado; pasé a su dormitorio y, después de decírselo, me contestó emocionadamente:

-No me deje.

Un instante después me repitió:

-No me deje.

No pude responder una sola palabra, debido a la emoción. Pasaron algunos segundos y, haciendo un supremo esfuerzo para que no notara mi estado de ánimo, le dije:

-Estaré a su lado hasta el final.

No dio tiempo a hacer un traslado tranquilo a la Ciudad Sanitaria La Paz. Otra vez se trataba de una cuestión de vida o muerte. La urea había subido; la ascitis estaba infectada por *entrobacter* y *clostrydium*; le teníamos transfundido porque constantemente perdía sangre; la sonda estaba permanentemente colocada... Era una situación que parecía límite. La gastrorragia no cesaba. Tomamos la decisión de ir rápidamente a La Paz y, sin pasar por la habitación, le llevamos directamente al quirófano. Habían transcurrido solamente tres días desde la primera intervención. Eran las cuatro de la tarde y las gentes se agolpaban delante de la fachada de la Residencia. Los periodistas esperaban a que les dejaran entrar, sentados en las escalinatas; eran más de doscientos. Toda España aguardaba la menor noticia.

Nuevamente comenzó a operar el profesor Hidalgo, esta vez ayudado por los doctores Serrano, Cabrero y Artero. La anestesia estaba a cargo de Llauradó y Francisco Fernández. La operación duró cuatro horas y media. Un equipo de donantes voluntarios de sangre, escogido entre el personal de las Casas, esperaba por si era necesaria su colaboración. A aquella lista quisieron incorporarse muchas personas, pero por unas u otras causas no pudo ser. Formaban parte de ella: Juan Cobos, Juan Muñiz, Maribel Fernández, Daniel Terán, Policarpo Mestres, Mariano Mañeru, Antonio Galbis, Aurelia Sierra, Mercedes Pardo, Remedios Rodríguez, José Prieto, Alejandro Rodríguez, Ruperto Zamorano y Vicente Pozuelo. En aquella operación se transfundieron seis litros y seiscientos gramos de sangre.

Hidalgo realizó una resección subtotal, una eliminación de una gran parte del estómago, lo que los cirujanos llaman un «Billroth 1 », en homenaje al primer especialista que practicó esta técnica. Era una intervención apropiada, pero que tenía riesgos presumibles, como la superación de los efectos anestésicos y las complicaciones renales.

Pero el Caudillo de nuevo pudo superar aquel postoperatorio que se creía difícil. A las siete de la mañana del día siguiente se encontraba bastante bien, las constantes eran normales y la evolución no tenía problemas. Le sometimos a otra diálisis peritoneal

y recuperó la conciencia. Los dolores, sin embargo, eran fuertes y constantes, y tratamos de calmar los con Valium.

Desde aquel día ya no firmábamos los partes con los nombres de todos los especialistas que se habían integrado, sino «el equipo médico habitual». Evitábamos así no sólo un fárrago de nombres, uno detrás de otro, sino que en un parte se olvidara algún apellido. Era ésta una medida de amplia cautela, y se trataba, asimismo, de impedir que pudiesen interpretarse protagonismos, que no existían.

Todos los médicos del equipo decidimos mantener al Generalísimo constantemente sedado, aunque esta medida supusiera una pérdida parcial de conciencia. Para hacer esto no consultamos a ningún político; no hacía falta. El Príncipe era Jefe de Estado en funciones y franco no tenía que tomar ninguna decisión política. No se quejaba; abría simplemente los ojos y buscaba a las personas de su confianza: a Juanito, a las enfermeras, a Zamorano, a mí... Nos miraba, hacía un gesto de resignación y volvía a cerrarlos.

El tubo de la respiración asistida le producía algunas molestias, pero hasta el día 9 lo toleró muy bien. De pronto le notamos nervioso; nos hacía alguna seña que al principio no entendimos, pero nos dimos cuenta en seguida de que no soportaba la intubación. No podíamos, sin embargo, retirarlo, porque el riesgo era muy grande.

Dialogamos entre nosotros y, después de analizar los pros y los contras de aquella situación, pensamos que debía permanecer con él. Lina, la enfermera, tomó la mano al Caudillo y le dijo:

-¿Me conoce? Si me conoce, apriete mi mano.

La apretó.

-¿Soy una enfermera nueva?

-No -señaló.

-¿Soy Nani?

-No.

-¿Soy Alicia?

-No.

-¿Soy Lina?

Franco hizo un signo inequívoco de que reconocía perfectamente a aquella mujer, abnegada y eficaz, que no se separaba un momento de su lado.

A los pocos minutos llegó doña Carmen. Le pidió que abriera los ojos. El Generalísimo se encontraba totalmente despierto, pero no quiso abrirlos. Como me ocupaba en aquellos momentos de tomarle el pulso, noté que se alteraba. De nuevo solicitó doña Carmen que abriera los ojos. Tampoco en esta ocasión lo hizo. Se marchó la familia y nos quedamos solos Juanito, Zamorano y yo. Abrió entonces los ojos; los tenía llenos de lágrimas.

Juanito afirmó:

-No se dan cuenta de que no quiere que le vean así.

Nos volvimos a replantear al día siguiente el problema de la retirada del tubo. Él nos hacía señales de que realmente se encontraba muy molesto con él. Hicimos una prueba y notamos que podía respirar bien. Desde luego, su estado físico y psíquico había mejorado. Cuando me vio a la cabecera, y una vez que pudo hablar, me puso su mano sobre la bata y me repitió aquellas palabras que nunca podré olvidar:

-No me deje...

Debíamos realizar fisioterapia respiratoria y para ello necesitábamos levantarlo, así que el día 12 le tuvimos una hora sentado. Había que ventilar las bases pulmonares para que no reaparecieran los síntomas de insuficiencia cardiorrespiratoria. Cuando se le levantó se encontraba consciente y se puso muy nervioso. Estaba ya incorporado en el momento en que entró el presidente Arias Navarro a verle. Desde que estaba en La Paz nunca le pudo ver sino desde la puerta. El Caudillo permanecía con los ojos cerrados; pero se dio cuenta de la visita. Creo que no le gustó. Estaba contraído y tenso. No quería que nadie, salvo el equipo médico y las personas de su confianza le vieran en aquella penosa situación. Los ministros nunca llegaron hasta la habitación. Se improvisó en La Paz una sala de autoridades para las que constantemente acudían a interesarse por la salud de Su Excelencia. El *hall* de La Paz era, realmente, un espectáculo. En algunas ocasiones me pareció deprimente. Bajábamos nosotros vestidos con pijama quirúrgico a redactar los partes, y nos encontrábamos con una gran aglomeración de periodistas que, literalmente, invadían aquella estancia, grande pero entonces insuficiente. Algún reportero se nos acercaba, pero lo cierto es que respetaban nuestro silencio. Estaban allí, cansados, agotados por la larga espera, días y días, tratando de conseguir alguna noticia que sirviera para «calzar» nuestros partes. Por las noches, aún permanecían muchos en vela. Según me enteré después, jugaban a las cartas y al ajedrez.

En la madrugada del día 15, Franco comenzó de nuevo a sangrar. La hemorragia era masiva como en las ocasiones anteriores. Permanecíamos de guardia Hidalgo, Roldán, Llauro, Fernández, Martínez Bordiú, Gómez Mantilla, Artero y el entonces director de La Paz, doctor José Luis Vallejo. Tenía hipo tensión arterial e hipertensión venosa. El abdomen presentaba un aspecto abombado, tremendo. Estábamos ante un cuadro de peritonitis gravísimo. Se planteó la precisión de intervenir quirúrgicamente y propuse que antes de operar se realizara una punción para conocer qué clase de líquido era aquel que prácticamente se podía tocar. Realizó la punción Cabrero. De pronto, por el catéter, comenzó a salir contenido intestinal. Si éste se hallaba en la cavidad peritoneal era señal inequívoca de que se habían abierto las suturas y por tanto no existía otro remedio que cerrarlas, aunque supiéramos que la intervención estaba condenada al fracaso. La indicación era inmediata.

Cabían pocas esperanzas. Todos éramos conscientes de ello. Nuestra decisión no podía ser, sin embargo otra. La tomamos en conciencia.

Cuando le llevamos al quirófano tenía 8 y 4 de tensión. Hidalgo suturó las dehiscencias y situó drenajes externos de cavidad abdominal. La intervención duró dos horas y el enfermo la soportó aceptablemente. En las siguientes horas superó las primeras alteraciones y normalizó sus constantes, pero el pronóstico continuaba siendo gravísimo. Seguíamos realizando dos diálisis diarias y la respiración era, naturalmente, asistida. Ya no tenía consciencia. El ambiente en La Paz era pesimista. Nadie se atrevía a marcharse del hospital porque se temía el desenlace en cualquier momento. Pasaron por allí doña Carmen, acompañada de su hermana Isabel Polo, el ministro Fernández de la Mora, el general Campano, Oriol, Mortes, Ruiz Jarabo, Allende...

Aproximadamente a las nueve llegaron los Príncipes. Les recibió Fernando Fuertes de Villavicencio. Me contaron que don Juan Carlos venía conduciendo su propio automóvil.

El Príncipe me había dicho que le tuviera permanentemente informado. Cumpliendo sus expresas órdenes, a las siete y media y desde el despacho de los ayudantes, le llamé al palacio de la Zarzuela. En la última parte de la conversación estuvo presente el ayudante Lens. Le dije al Príncipe la verdad:

-Ésta es una situación muy mala.

Me preguntó:

-¿Irreversible?

-A mi juicio entramos en una etapa terminal. No creo que exista posibilidad alguna de recuperación.

-Pase lo que pase -me respondió-, infórmame al momento, por favor.

Comenzaron también las complicaciones pulmonares detectadas en las radiografías. Tenía un mínimo nivel de conciencia porque cuando se le preguntó si sufría algún dolor, señaló el abdomen y la garganta. El tubo continuaba molestándole. Pero ya no era posible retirarlo.

Quisimos conocer si existía algún daño en el cerebro. El doctor Carbonelle practicó un nuevo electroencefalograma. No se objetivaron signos de anoxia cerebral. La respuesta a los estímulos era, por otra parte, normal.

En los partes no ocultábamos nuestro pesimismo. A dos días de relativa calma en la que hasta pudimos dormir algunas horas, sucedieron, sin embargo, jornadas de mucha tensión. Iban a ser las últimas.

Las visitas a la planta primera se habían prohibido terminantemente. Sólo podían subir los Príncipes, el presidente del Gobierno y la familia. Se pretendía con esta medida evitar molestias y, al tiempo, facilitar la recuperación de un periodista del diario *Ya* Juan Servet, que posteriormente fallecería. Era uno de los informadores que, desde el principio, habían seguido el curso de la enfermedad de Franco.

Estábamos definitivamente nerviosos. Las discusiones menudeaban porque alguien planteó la necesidad de dejar «morir tranquilo a este hombre». Se oyeron algunas voces. El momento era de enorme tensión. Celebramos una consulta, me adelanté y dije:

-Pido a todos calma, por favor. Necesitamos colaborar como hasta ahora lo hemos hecho para cumplir con nuestro deber.

Un médico se quejó de que se habían filtrado informaciones sobre nuestras discusiones, sobre algún aspecto clínico de la enfermedad. Nadie, naturalmente, se dio por aludido, pero decidimos que de ninguna manera podríamos tolerar noticias de este tipo: «Que nadie saque fuera de esta consulta una sola información», se dijo. Se recibían en aquellos días ofrecimientos de todas las clases; familias enteras donaban órganos. Yo apenas me relacionaba con el mundo exterior: sólo tenía el contacto telefónico con mi casa, con mi mujer. Estábamos todo el día vestidos con el pijama quirúrgico. Una tarde, cuando mi mujer vino con las piezas de ropa interior de recambio, me indicó que una persona le había ofrecido la posibilidad de que se sacara una fotografía al Generalísimo, en la cama, con un médico al lado. No existía límite de dinero para tal fotografía.

Las hemorragias eran persistentes. Franco sangraba por la sonda duodenal y por el tubo de drenaje. Era una sangre roja. Transfundimos tres litros. Por los tubos había perdido más de uno. Pensamos que el Intestino y el peritoneo estarían llenos de sangre.

El día 18 continuaba la evolución hacia la muerte en medio de una angustia extraordinaria. Entró en hipotermia para tratar así de defenderle mejor. Se le colocó a treinta y tres grados, absolutamente inconsciente ya. La presión arterial estaba baja, alta la venosa y se observaba un gran abombamiento abdominal.

Pasó muy mala noche. Costó mucho, muchísimo trabajo mantener las tensiones. El *shock* era evidente; un *shock* endotóxico por una peritonitis brutal, con enorme distensión abdominal. Hicimos todos los tratamientos que se nos ocurrían. A ninguno renunciamos. Pero todo era inútil. Franco no reaccionaba.

A última hora de la tarde vino mi mujer. Estaba yo cansado, agotado, nervioso, hundido. La acompañaba una de mis colaboradoras, la doctora Navarro. Me dijeron que en Madrid se creía que el Generalísimo había muerto ya y que se ocultaba el hecho por razones políticas; que se hacían cábalas, acrósticos...

Les aseguro que aún no está muerto, pero que todo es cuestión de horas.

Cuando vuelvo a su lado, sé que son sus últimos minutos. No puedo contener la emoción. Rezo.

XVII. Franco, para la historia

Se establece la seguridad de la muerte a las 5.25 • El certificado de defunción • El parte final • El ministro de Información y Turismo comunica la noticia al país • Información al Príncipe • Santiago de Santiago realiza el vaciado de la mascarilla y de las manos • El embalsamamiento • La laureada sobre la guerrera de capitán general • Un cajón con documentos • El presidente del Gobierno lee el testamento de Franco • ¿Cómo y cuándo lo había escrito?" • Misa de corpore insepulto en El Pardo • Ante fa tumba de Franco

Comienza en la madrugada la diálisis peritoneal con antibióticos y ya necesita mucha Dopamina para mantener la tensión. De pronto empiezan a aparecer extrasístoles, se alarga el espacio P.R. del electrocardiograma y la onda R y advertimos un bloqueo de arborización. Desaparece el complejo ventricular, permanece la onda P y después el encefalograma es plano. Aparece la cianosis y cesan la respiración y el latido.

Se realiza masaje cardiaco por el equipo asistente: Vital Aza, Artero, María Fernanda Población. No se recupera.

Todo ha terminado. Se procede a la desintubación de los ,catéteres, se lavan las partes en las que había sangre de las punciones y las zonas de los esparadrapos y se prepara el cadáver para la mascarilla, y el embalsamamiento.

En ese momento estamos reunidos Vital Aza, María Paz Sánchez, Alonso Castrillo, Artero, Martínez Bordiú, Roldán, Francisco Fernández. El personal no médico lo integran el teniente coronel Antonio Galbis, el comandante Manolo Llaneras, Mariano Vázquez Alvarez, Marín Reino, Martín, Ruperto Zamorano, Juan Muñoz Gil, Maximino González y Heliodoro Herrero Ibáñez.

Las enfermeras de turno eran María Fernanda Población, Concepción Villar Martín y María Teresa Manjarro Manfarrés.

Se establece la seguridad de la muerte a las 5.25, después de objetivar la ausencia de respiración, de pulso, de latido y de haber visto el aplanamiento total de las ondas del electrocardiograma y del encefalograma.

A las cinco y media llegó el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro.

La emoción de los que estábamos dentro, después de la enorme lucha de tantos días, nos tiene a todos aplanados. No hablamos. Tenemos un nudo en la garganta y cada uno gasta su emoción intentando colaborar en algo.

Una vez limpio se dispuso el cadáver, cerrándole los ojos, arreglándole la cara y la boca como se hace habitualmente, pero con muchísimo cariño, por parte de las enfermeras de servicio, Juanito, Zamorano y yo.

Poco antes de las seis se produjo el relevo de la guardia del Regimiento de la escolta del Generalísimo. Posteriormente serían re- forzadas considerablemente las fuerzas de la Policía Armada.

A las seis y media llegó a La Paz el ex ministro Monreal Luque y minutos después el señor Fernández Victorio, presidente del Tribunal de Cuentas del Reino. Permanecían en la planta el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, el presidente de las Cortes, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, y el ministro de Trabajo, don Fernando Suárez.

El certificado de defunción, cuyo original entregué al ministro de Justicia, notario mayor del Reino, para ser incluido en el acta, lo firmé alrededor de las seis de la madrugada. El certificado es histórico. En principio, se quiso plantear la posibilidad de no declarar el diagnóstico de una peritonitis como causa primaria de la muerte, pero se impuso el criterio de que en realidad la parada cardiaca no se hubiera producido sin el *shock* endotóxico por peritonitis. Había superado el infarto de miocardio, y la prueba de que su corazón reaccionó extraordinariamente, es que pudo soportar tres intervenciones quirúrgicas sin morirse, a los 82 años.

Estaba todo el equipo médico habitual avisado para elaborar el parte final, que se redactó en La Paz, donde se escribieron los anteriores, y que dice textualmente así:

Desde el último parte médico, la evolución de Su Excelencia el Generalísimo continuó empeorando progresivamente, aparecieron trastornos de la conducción intraventricular e hipo tensión arterial mantenida, y a las cinco horas y veinticinco minutos sobrevino una parada cardiaca irreversible.

Diagnósticos finales: Enfermedad de Parkinson. Cardiopatía isquémica con infarto de miocardio anteroseptal y de cara diafragmática. Úlceras digestivas agudas recidivantes, con hemorragias masivas reiteradas. Peritonitis bacteriana. Fracaso renal agudo. Tromboflebitis ileo-femoral izquierda. Bronconeumonía bilateral aspirativa. Choque endotóxico. Paro cardiaco.

Madrid a las 7.30 horas del día 20 de noviembre de 1975.

Firmado: EL EQUIPO MÉDICO HABITUAL.

A las seis y doce minutos de la mañana, el ministro de Información y Turismo, don León Herrera Esteban, leyó a través de Radio Nacional, en conexión con todas las emisoras, el siguiente comunicado:

Con profundo sentimiento doy lectura al comunicado siguiente: Día 20 de noviembre de 1975. Las Casas Civil y Militar informan, a las 5.25 horas, que según comunican los médicos de turno, Su Excelencia el Generalísimo acaba de fallecer por paro cardiaco como final del curso de un shock tóxico por peritonitis. Posteriormente será facilitado un comunicado médico detallado por el equipo médico que habitualmente ha asistido al Jefe del Estado.

Desde la inmensa tristeza de esta España a la que Franco entregó, sin reservas, toda su vida, yo pido una oración por su alma, un sentimiento de gratitud para su obra ingente y un recuerdo muy respetuoso y muy entrañable para su familia, que está hoy en la vanguardia del inmenso dolor nacional.

Debo anunciar que en virtud del artículo séptimo de la Ley de Sucesión, los poderes de la Jefatura del Estado han sido asumidos, en nombre de S. A. R. el Príncipe de España, por el Consejo de Regencia, Consejo que, conforme al artículo tercero de dicha ley, preside don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes, y del que forman parte monseñor Pedro Cantero Cuadrado, arzobispo de Zaragoza, y el teniente general del Ejército del Aire don Ángel Salas Larrazábal.

Y un importante aviso: el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, se dirigirá a la nación por Radio Nacional de España y Televisión Española a las diez horas del día de hoy.

A partir de este momento se irá facilitando toda la información que sea de interés para todos los españoles. Gracias por vuestra atención.

Se había previsto una operación cívico-militar planificada con el orden de los avisos por las Casas Civil y Militar y por la Presidencia del Gobierno para el mismo momento de la muerte. Esta operación se pone en marcha. Consiste en información directa a los jefes de las Casas Militar y Civil, al presidente del Gobierno y a la familia. Ellos tenían que decir todo lo demás.

Había ido personalmente a avisar a la familia Cristóbal Martínez Bordiú, aunque el ayudante que estaba de servicio en La Paz había comunicado por teléfono la noticia al que estaba de servicio en El Pardo.

Tenía yo unas órdenes estrictas de Su Excelencia el Jefe del Estado y de don Juan Carlos: informar al Príncipe inmediatamente después de producirse la muerte. Esto se hizo así.

Entonces, indiqué que había que realizar, antes de que se estableciera el *rigor mortis*, el vaciado de la mascarilla y de las manos. Era esencial que España conservara algunos elementos positivados de la persona que durante cuarenta años había gobernado España. Entre ellos, aparte de las fotografías y de los retratos, la mascarilla y las manos.

No estaba prevista esta operación, pero se barajaron una serie de nombres y se propuso finalmente el de Santiago de Santiago. Inmediatamente se le buscó por Madrid,

enviándose a una persona para que le acompañara a La Paz, a fin de que se pudiera realizar el vaciado antes del embalsamamiento.

El escultor llegó con su material y se puso a trabajar sobre la camilla de intervención en que se había colocado el cadáver. Santiago de Santiago dispuso una masa que depositó sobre la cara y las manos, aguardó a que solidificara, separándola después cuidadosamente. Nos maravilló el hecho de ver que lo había realizado en un momento, con técnica perfecta.

Entonces entró el equipo de embalsamamiento que iba a dirigir el profesor Bonifacio Piga, catedrático de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, integrado por su hijo, Antonio Piga, el forense doctor Martínez Piñeiro y el doctor Haro Espín, que rápidamente se dedicaron a preparar el cadáver con inyecciones conservadoras.

El embalsamamiento duró hasta las diez de la mañana. Si tenemos en cuenta que estaba anunciado el funeral de corpore insepulto en El Pardo, se comprenderá que tuviésemos prisa en terminar la operación. No habían contado las Casas Civil y Militar con la laboriosidad de estos preparativos que era preciso efectuar con el cadáver, desde la mascarilla al embalsamamiento.

Se mandó por el uniforme de capitán general de gala para cumplir lo que era un deseo del Generalísimo, el cual había escrito en su libro *Raza* que la gala militar es para casarse, para la festividad del Corpus Christi, y para entrar en batalla antes de morir. No se le pudo vestir a él de gala para morir, pero se le vistió de gala después de muerto.

Estuvimos acompañando y ayudando a vestir de capitán general el cadáver. Es inolvidable el momento de prender la laureada sobre la guerrera, lo cual se hizo con el llanto silencioso de Juanito y el respeto tenso y emotivo de Zamorano, mío y de los que estábamos dentro de la habitación.

Seguíamos luchando con el tiempo y con nuestra emoción; pero en aquel momento recordé que se encontraba allí el protocolo médico relacionado con la asistencia a Su Excelencia. Di orden de que se metiera todo en un cajón para ser trasladado al Pardo por si algún día se pensaba en llevarlo al Archivo Histórico Nacional. En ese cajón se incluyeron las gráficas, los informes, los resultados analíticos que se habían realizado, todo lo cual fue entregado a la Casa Civil.

Tres vehículos, uno militar y dos de los servicios fúnebres, hicieron su entrada en el recinto de La Paz hacia las siete de la mañana. El primero era un furgón del Ejército de Tierra, matrícula ET-00 067; el segundo, una furgoneta azul, matrícula M-802 246, y el otro, una carroza negra acristalada de la Empresa de Servicios Funerarios.

A las diez en punto de la mañana el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, se dirigió a los españoles a través de la radio y la televisión. Estaba muy emocionado. Nosotros nos dispusimos a escucharle en una situación de tensión y angustia, con los nervios destrozados. Dijo:

Españoles: Franco ha muerto. El hombre de excepción que ante Dios y ante la Historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. Yo sé que en estos momentos mi voz llegará a vuestros hogares entrecortada y confundida por el murmullo de vuestros sollozos y de vuestras plegarias. Es natural: es el llanto de España, que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad; es la hora del dolor y de la tristeza, pero no es la hora del abatimiento ni de la desesperanza.

Es cierto que Franco, el que durante tantos años fue nuestro Caudillo, ya no está con nosotros, pero nos deja su obra, nos queda su ejemplo, nos lega un mandato histórico de inexcusable cumplimiento. Porque fui testigo de su última jornada de trabajo, cuando ya la muerte había hecho presa en su corazón, puedo aseguraros que para vosotros y para España fue su último pensamiento, plasmado en este mensaje con que nuestro Caudillo se despide de esta España a la que tanto quiso y tan apasionadamente sirvió:

«Españoles: Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos, sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.

»Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación, en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro Rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y para ello deponed frente a los supremos intereses de la patria y del pueblo español toda mira personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la patria.

»Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte, ¡Arriba España! ¡Viva España!''.»

La lectura del testamento de Franco nos impresionó profundamente. Sobre todo al oír la frase final. Habíamos asistido a la agonía larguísima de un hombre que no se quejó ni una sola vez, pero que tuvo la entereza de enfrentarse con la muerte con ánimo

ejemplar, escribiendo su testamento dirigido a los españoles, que ninguno de nosotros conocíamos. Entonces nos preguntamos cuándo y cómo lo había escrito. Llegamos a la conclusión de que pudo ser el sábado 18 de octubre por la mañana, cuando se encerró en su despacho

La multitud estaba ya en la calle. Esperaba. El murmullo se percibía desde la planta de arriba. A nosotros, que llevábamos treinta y nueve días prácticamente encerrados, la salida a la luz y aquella masa de gente silenciosa, tensa, nos impresionaron extraordinariamente, al darnos cuenta de la emoción compartida de tantas y tantas personas.

Desde La Paz fuimos al Pardo para asistir a la misa de corpore insepulto. Después se dispuso el traslado al palacio de Oriente. Le acompañé en todo momento, en cada etapa, con los nervios destrozados y en esa situación de resignación y al mismo tiempo de rebeldía que tenemos los médicos cuando un enfermo se nos muere.

En El Pardo estaban Mariano Mañero y los demás ayudantes: Fernando Lens, Rodríguez Colubi, Morales Vara del Rey y Suanzes.

No encontraba un minuto para descansar, ni para ponerme en mí. En los oídos me machacaban de continuo su últimas palabras: «No me deje.»

Le acompañé en el palacio de Oriente. Luego acudí con la multitud al Valle de los Caídos. Y cuando todo el mundo se marchó, me quedé todavía unos minutos ante la tumba. En la soledad y en el silencio impresionantes de la basílica, sus palabras sonaban aún dentro de mi cerebro: «No me deje; no me deje.» Yo estaba allí para decirme a mí mismo que creía haber hecho lo que debía.

Por eso escribo este libro. Seguramente mi último acto. Yo no he querido dejarlo hasta hoy. Hoy ya sí. Lo dejo para la Historia.



